LLUEVE SOBRE GAZA

VIDA Y MUERTE EN TIERRA SITIADA

HERNÁN ZIN



LLUEVE SOBRE GAZA.

Vida y muerte en tierra sitiada.

Hernán Zin



1.ª edición: enero, 2014

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)
www.edicionesb.com

Depósito Legal: B 4.612-2014

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-373-0

Maquetación ebook: Caurina.com

A Julieta, porque la lluvia
no ha hecho más que aumentar
la complicidad y el cariño que nos unen

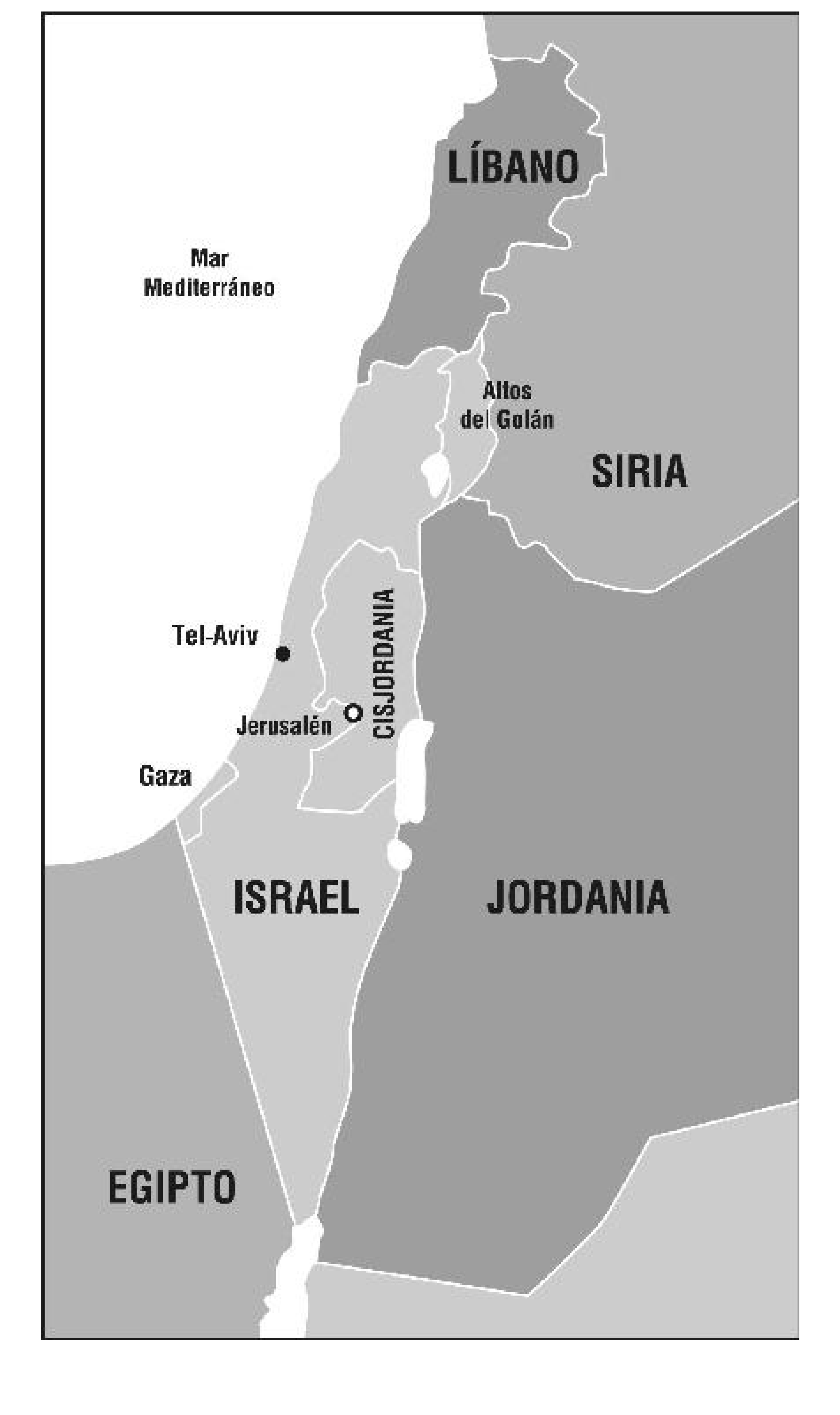
Debatí esta cuestión hace más de dos años con Amira Hass, la brillante periodista israelí del periódico Haaretz, cuyos artículos sobre los territorios palestinos ocupados han eclipsado todo lo escrito por reporteros no israelíes. Yo insistía en que nuestra vocación era escribir las primeras páginas de la historia, pero ella me interrumpió: «No, Robert, te equivocas. Nuestro trabajo es controlar los centros de poder.» Y creo que, en realidad, ésa es la mejor definición que he oído del periodismo; desafiar la autoridad —toda autoridad—, sobre todo cuando los gobiernos y los políticos nos llevan a la guerra, cuando han decidido que ellos matarán y otros morirán.

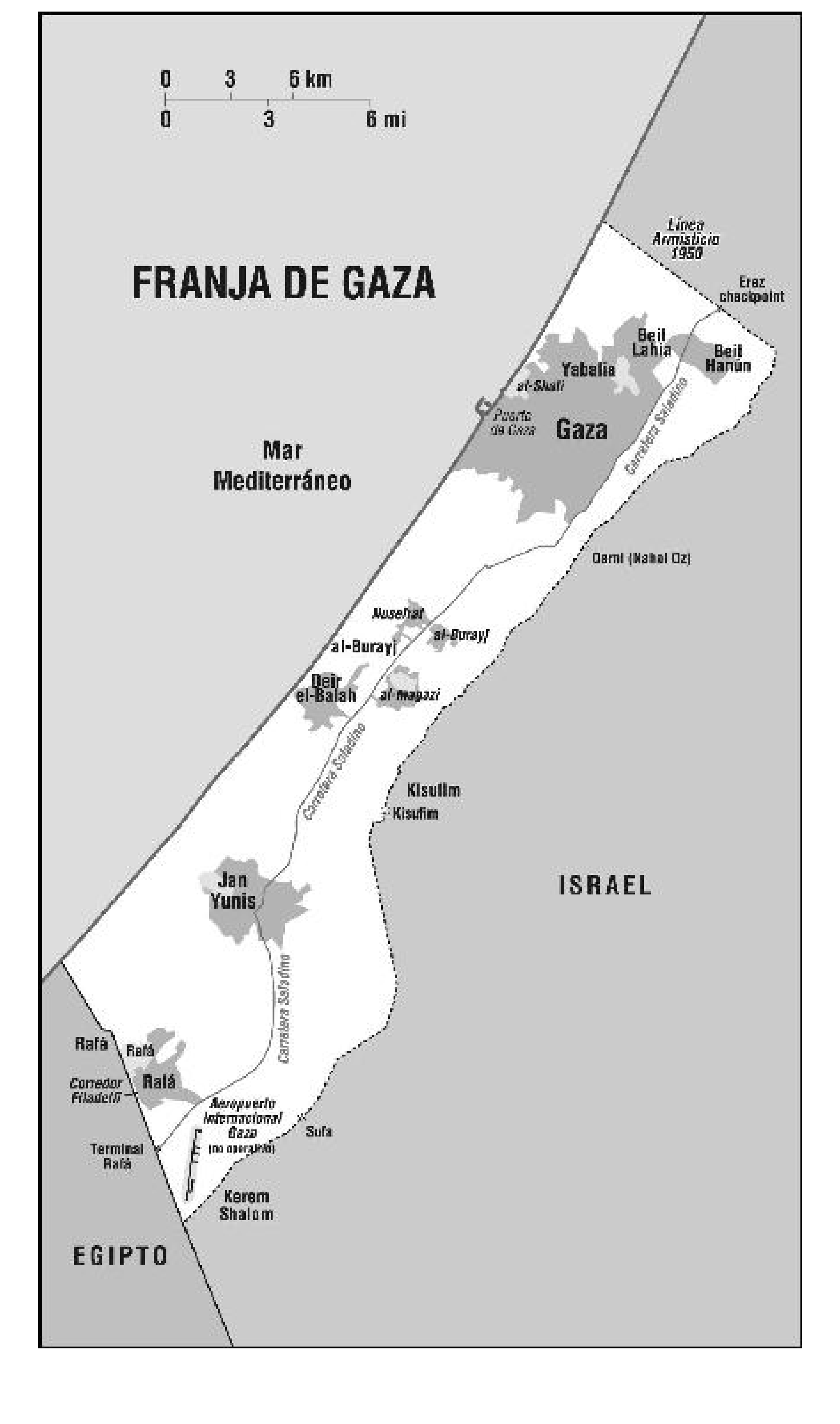
ROBERT FISK,
La gran guerra por la civilización

Contenido

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Cita

Mapa
Franja de gaza
Introducción
Lluvia de Verano
    1. Una abuela y su nieto
    2. Lo que queda de un hombre
    3. El entierro de las niñas Okal
    4. Casa tomada
    5. El hijo de Juda Natur
Primera Lluvia
    6. Un muro de silencio
    7. Vete al infierno, vete a Gaza
Nubes de Otoño
    8. Lo sentimos, nos equivocamos de casa
    9. Un corazón para Erez
    10. Atrapados en Gaza
    11. Historia de un túnel
    12. Los ecos del horror
    13. ¿Por qué?
Agradecimientos


LÍBANO
Mar
Mediterráneo
Altos
del Golán
SIRIA
CISJORDANIA
Tel-Aviv
Jerusalén
Gaza
ISRAEL
JORDANIA
EGIPTO



FRANJA DE GAZA
0 3 6 km
0 3 6 mi
Mar Mediterráneo
Línea Armisticio 1950
Erez checkpoint
Beit Lahia
Beit Hanún
Yabalia
al-Shati
Puerto de Gaza
Gaza
Carretera Saladino
Qarni (Nahal Oz)
Nuseirat
al-Burayj
al-Burayj
Deir el-Balah
al-Magazi
Kisufim
Kisufim
ISRAEL
Jan Yunis
Rafá
Rafá
Rafá
Corredor Filadelfi
Aeropuerto Internacional Gaza (no operativo)
Sufa
Terminal Rafá
Kerem Shalom
EGIPTO

Introducción

El 25 de junio de 2006, un comando de los Comités Populares de la Resistencia abandonó la franja de Gaza a través de un túnel. Al salir a la superficie, en el puesto militar hebreo de Kerem Shalom, mató a dos soldados que se encontraban en un tanque y secuestró a un tercero: el cabo Gilad Shalit.

La respuesta del Gobierno de Ehud Olmert no se hizo esperar. El primer ministro israelí declaró ante los medios de comunicación que iba a «presionar» a los palestinos hasta que el joven militar fuera liberado. Tres días más tarde, puso en marcha la operación Lluvia de Verano.

La primera medida fue imponer un implacable cerco alrededor de Gaza. Aunque los colonos habían salido de la región en septiembre de 2005, Israel aún controla las fronteras terrestres, el espacio aéreo y el mar. El ejército israelí limitó la entrada de alimentos, combustible y medicinas hasta empujar a los habitantes de esta paupérrima porción de tierra de 365 kilómetros cuadrados, una de las más densamente pobladas de Oriente Próximo, al hambre y la desesperación.

Impidió por completo la salida de personas, incluidos los palestinos residentes en el extranjero que estaban de visita, o los enfermos crónicos que viajaban regularmente a Egipto para recibir atención médica, entre los cuales se contaban pacientes con cáncer y niños con malformaciones cardíacas. Prohibió a los pescadores que se hicieran a la mar y a los empresarios locales que exportaran sus mercaderías.

También en las primeras jornadas de la operación Lluvia de Verano, Israel bombardeó la central eléctrica de Gaza, acción que sumió en la oscuridad a buena parte de la población y obligó a los hospitales a trabajar con los equipamientos de emergencia. El ejército destruyó puentes, carreteras y edificios públicos. Por las noches, el vuelo a baja altura y los bruscos cambios de velocidad de los cazabombarderos F-16 producían un sonido ensordecedor destinado a impedir que la gente conciliara el sueño.

A principios de julio se lanzó la primera de una numerosa serie de incursiones militares. Apoyados por helicópteros Apache y aviones no

tripulados, decenas de tanques comenzaron a entrar cada semana en una localidad distinta. Arrasaban cultivos, sistemas de riego, granjas. Arrancaban los árboles de cuajo. Utilizaban a las familias como escudos humanos cuando ocupaban sus casas. Dejaban a su paso decenas de muertos y heridos. Los médicos denunciaron que Israel estaba utilizando un tipo de armamento desconocido hasta el momento que provocó que el número de amputaciones creciera exponencialmente.

«Cada día caen en esos territorios doscientos obuses. Mientras, las fronteras permanecen cerradas, y eso impide a los palestinos enviar mercancías al exterior, destrozando su economía e impidiendo que la gente subsista o tenga acceso a la ayuda humanitaria —señaló Jan Egeland, subsecretario general de Asuntos Humanitarios de la ONU, tras visitar la franja en dos ocasiones durante la operación Lluvia de Verano—. Esto no puede continuar así. De lo contrario, se producirá una explosión social en diez días o en diez meses, no lo sabemos, pero es una bomba de relojería. Todo el mundo que vive en Gaza considera que la situación es insostenible.»[1]

El 8 de noviembre, la artillería israelí disparó sobre Beit Hanún y mató a 19 miembros de la familia al-Atamna. Tal fue el estupor de la comunidad internacional que el 25 de noviembre Ehud Olmert declaró el final de las acciones armadas en Gaza.

Desde el día 25 de junio habían muerto 405 palestinos, 243 de los cuales eran civiles entre los que se contaban 84 niños y 28 mujeres.

No estaba en mis planes viajar a Gaza. Acababa de regresar de Sudán y me encontraba en Nairobi. De haber dependido de mí, me habría quedado en la región, pues me habían ofrecido la posibilidad de viajar a Somalia, país que daba la impresión de estar convirtiéndose en la versión africana de Afganistán. Por otra parte, en agosto iban a celebrarse las primeras elecciones en la República Democrática del Congo, un hecho histórico del que deseaba ser testigo.

Sin embargo, me había comprometido a realizar una serie de reportajes sobre la vida en los territorios ocupados. Se trataba de una visita a Palestina de unos pocos días, que iba a pasar en su mayor parte en Cisjordania teniendo como base Jerusalén.

Cuando desembarqué en el aeropuerto israelí de Ben Gurión, el

soldado Gilad Shalit acababa de ser secuestrado. Hamás, que presuntamente se había hecho cargo de su custodia, exigía a cambio de su liberación que el gobierno israelí sacase de las cárceles a unos mil detenidos, entre los que se contaban mujeres y niños.

Aunque había leído con especial atención las crónicas periodísticas, no estaba preparado para lo que descubrí en Gaza. El contraste con Israel resultaba abismal. Cruzar Erez, el puesto fronterizo que comunica ambos territorios, suponía pasar de la prosperidad y el lujo de Occidente a uno de los lugares más miserables que he visto en mi vida.

A la pobreza crónica de Gaza, se sumaba ahora el asedio medieval que imponía el Gobierno de Ehud Olmert: una estrategia que violaba los principios fundamentales del derecho internacional y de la Convención de Ginebra, ya que no distinguía entre civiles y combatientes, entre la minoría armada que había secuestrado al soldado y que se obstinaba en lanzar misiles Qassam, y la gran mayoría de la población que nada tenía ver y sólo deseaba seguir adelante con su existencia cotidiana. Mujeres, niños, hombres y ancianos estaban sufriendo por culpa de una decisión política a todas luces equivocada, que mostraba una enorme desproporción entre la medida de la afrenta y la dimensión de la respuesta que se estaba dando.

Tomé la decisión de postergar indefinidamente mi regreso a África el día 12 de julio, cuando comenzó la guerra entre Israel y Hezbolá. Apenas se produjeron los primeros bombardeos en Beirut y al sur del río Litani, la mayoría de los periodistas se vieron obligados a partir hacia el norte. Y las noticias de Gaza encontraban cada día menor resonancia en los periódicos y en los informativos de televisión; paradójicamente, justo cuando los ataques crecían en virulencia y el drama de la escasez de agua, corriente eléctrica y alimentos resultaba más lacerante. Esto aumentó mi deseo de dejar constancia, hasta en los más mínimos detalles, de lo que estaba ocurriendo. Me acercaba al escenario de cada ataque para escuchar a las víctimas, pero también recogía los testimonios de aquellos que sufrían las consecuencias del bloqueo y de la destrucción sistemática de los medios de subsistencia.

Sus voces son la razón de ser y la esencia de este libro.

Las crónicas de las que nace esta obra fueron publicadas en la

edición digital del periódico *20 Minutos*, un espacio que tiene la virtud del diálogo inmediato y constante con los lectores.

La mayor parte de los comentarios eran positivos, aunque hubo algunos participantes que me atacaron de manera furibunda, como nunca antes me había ocurrido. Se me llamó «antisemita», «cómplice de los terroristas», instigador de la «desaparición del Estado de Israel». Hasta recibí amenazas de muerte.

No entiendo este comportamiento. En vez de argumentar en contra de los datos y tesis que exponía, que seguramente podrían tener numerosas falencias, se me acusaba de estar movido por oscuras intenciones. Escribía con indignación y dolor, es cierto, pero del mismo modo en que lo había hecho dos semanas antes cuando denuncié las matanzas y abusos de las tropas musulmanas en Sudán, o tantos otros conflictos que he cubierto durante mi carrera como periodista.

Estoy convencido de que los ciudadanos del siglo xxi debemos anteponer el respeto por los Derechos Humanos, la democracia, la libertad y la justicia social, a toda religión o bandera. Y he actuado en consecuencia. Con respecto al fondo de esta cuestión, hago mía una frase del escritor peruano Mario Vargas Llosa que he adoptado como máxima: «No acepto el chantaje al que recurren muchos fanáticos de llamar "antisemita" a quien denuncia los abusos y crímenes que comete el Gobierno de Israel.»[2]

Buenos Aires, 22 de enero de 2007

---

1 «Egeland considera que la situación de Gaza es una "bomba de relojería"», Agencia Efe (30-8-2006).

2 Mario Vargas Llosa: *Israel/Palestina: Paz o guerra santa, Aguilar*, Madrid, 2006, p. 11.

1

Una abuela y su nieto

Las olas rompen con furia en la playa. Toman altura, avanzan y se precipitan en la arena. Su ahogado clamor oculta el sonido de los tanques que esta mañana han comenzado a disparar sus obuses contra los pueblos del norte de la franja de Gaza.

Durante unos segundos me olvido del dolor, la rabia y la muerte que nos rodean. Una vez más me digo que éste podría ser un lugar de extraordinaria belleza. Observo la arena reverberante de luz, el cielo azul, límpido, surcado de nubes blancas. Siento la brisa cargada de sal y humedad que emana del mar. Sin embargo, llevo el suficiente tiempo aquí, compartiendo el sufrimiento y la desesperación de esta gente, para saber que se trata de una tregua momentánea, ilusoria, que en cualquier instante llegará a su fin.

Porque ésa es la esencia del castigo que Israel ha impuesto a los habitantes de Gaza. Cuando los aviones no lanzan sus misiles y los tanques dejan de disparar, la escasez de agua, de electricidad, de alimentos y medicinas, la brutal miseria en la que estamos inmersos, se encarga de recordarnos que más allá de las fronteras de esta estrecha porción de tierra de 365 kilómetros cuadrados hay alguien que ha tomado la decisión de vengar una afrenta.

Sólo el mar Mediterráneo ofrece el vago espejismo de una salida, de una escapatoria. Quizá debido a que su vasta presencia habla del paso del tiempo, de los hombres que a lo largo de los siglos fatigaron sus aguas pletóricos de sueños, de nostalgias, de anhelos de poder. Tarde o temprano, todo pasa. La vida misma es una experiencia efímera.

Aunque tal vez sea como consecuencia de algo menos trascendental. La certeza de que en otras de sus orillas la gente permanece ajena a toda esta barbarie. Padres que ahora mismo acompañan a sus hijos a la playa. Jóvenes que entran corriendo en el agua, que se zambullen bajo las olas, entre risas, como el grupo de adolescentes israelíes con los que me crucé cuando venía hacia Gaza,

que iban cantando a voz en cuello en un viejo coche con el techo cargado de bicicletas.

Kayed me llama desde la carretera. Por el tono sé que tiene malas noticias. Esta fugaz tregua ha llegado a su fin. Me levanto. Abandono la sombra del precario local junto al que me había sentado. Dejo atrás sus maderas podridas, su puerta de latón oxidado y la bandera verde de Hamás, hecha jirones, que el viento agita en su terraza. Camino con resignación hacia el coche.

«Una abuela y su nieto», me dice mientras enciende el motor del Daewoo Lanos. Parece conmovido, enfadado. A pesar de llevar años en esta profesión, no ha perdido la capacidad de hacer suyo el sufrimiento ajeno, por eso es tan bueno en su trabajo. «Volvían del campo, los alcanzó un misil en Beit Lahia.»

Avanzamos rápidamente por la carretera de la playa, eludiendo con brusquedad los pocos coches que encontramos en nuestro camino. Los disparos de los tanques resuenan cada vez más cerca. Experimento sensaciones encontradas: excitación por estar tan cerca de la noticia, por poder dar testimonio de lo que acaba de suceder, pero también tristeza por el cruel destino de esas personas, y miedo ante lo que pueda suceder.

Aún sigo impresionado tras el encuentro del pasado viernes en la unidad de cuidados intensivos del hospital Shifa con Jader al-Magari, el joven sordomudo del campo de refugiados de al-Magazi, que a estas horas continúa debatiéndose entre la vida y la muerte. La pasada noche soñé que era yo el que estaba en su lugar. Me levanté sobresaltado. Un desagradable cosquilleo me recorría las piernas.

Ver cómo los enfermeros suturaban las heridas de Jader al-Magari también le causó una honda impresión a Kayed. Lo hemos comentado en varias ocasiones. Morir bajo la metralla de un misil, ser alcanzado por una bala, son riesgos que se asumen a la hora de realizar este trabajo. Sin embargo, hasta aquel momento ninguno de los dos había contemplado esa opción: sobrevivir y quedar postrados en una cama, sin piernas, sin brazos, transformados apenas en el tenue reflejo de lo que algún día fuimos.

Kayed enciende la radio. Pasa de las emisoras afiliadas a Fatá, a las que sirven de portavoz a los idearios de Hamás o la Yihad Islámica, en busca de información. Un periodista de la radio al-Quds, situada en el

102.7 del dial, describe lo sucedido. «Una abuela, su nieto y también un hijo de la mujer —traduce Kayed, ampliando la información que le habían pasado por teléfono—. Iban en un carro tirado por un burro, cerca de la Escuela Americana. Parece que el único que se ha salvado es el hijo de la mujer.»

Doblamos en una esquina. Vamos tan rápido que el coche derrapa sobre la delgada capa de arena que cubre la carretera. Nos hemos alejado del mar. Ahora ya no vemos el reflejo del sol sobre las olas, ni la brisa que mece las banderas que coronan los chiringuitos de madera. Una vez más, Gaza se encuentra sitiada por una bruma lóbrega cargada de miseria y dolor.

Mientras recorremos calles desiertas, en las que no descubro ni a un solo transeúnte, me paso las manos por las piernas, como queriendo librarme de los recuerdos de Jader al-Magari.

Vísceras desparramadas por el suelo, trozos de piel, de cabellos. Manchas de sangre en la tierra, en la madera astillada del carro, aún humeante. Y el burro, partido en dos, con la lengua fuera y los ojos abiertos, bajo una nube de moscas.

Aunque estamos en medio del campo, y apenas hay casas en las inmediaciones, una docena de personas se ha congregado para ver qué ha sucedido. Siempre ocurre lo mismo, la curiosidad es más fuerte que la razón. No les importa que sigan cayendo obuses, ellos tienen que ser testigos de la muerte. Y lo más perturbador es que la mayoría son niños.

A veces parece que los israelíes los lanzan junto a sus proyectiles. Porque allí donde acaba de caer un misil, sea la hora que sea, hay jóvenes palestinos mirando embelesados los restos de la casa destruida, de los cuerpos sin vida. Quizá se deba a una mera cuestión estadística: el 48,1% de la población de la franja de Gaza tiene menos de 14 años de edad.[1]

Intento retratar la situación de la forma más fidedigna posible, tratando de que las fotografías reflejen que aquí, hace unos pocos minutos, una abuela regresaba de trabajar en el campo junto a su nieto y su hijo cuando un proyectil terminó con sus vidas.

Un niño, que debe de tener diez años, levanta un zapato agujereado, manchado de sangre. Sus amigos ríen nerviosamente. Le

hago una foto y, moviendo la mano en el aire, le digo que lo tire, que deje ese objeto donde lo encontró.

A un costado de la carretera hay un cámara de una televisión local. Somos los únicos que nos hemos acercado para narrar el horror de lo que ha sucedido. Hace un par de semanas, cuando comenzó esta locura, éramos tantos los corresponsales foráneos, que resultaba difícil trabajar. En la puerta de los hospitales teníamos que empujarnos para poder tomar fotografías. Ahora, en cambio, la mayoría se ha marchado hacia el norte de Israel, para cubrir la guerra con el Líbano. La atención del mundo ya no está en Gaza, si es que en algún momento lo estuvo. Estas pérdidas irreparables, estas vísceras, pasarán inadvertidas, opacadas por el enfrentamiento entre Israel y Hezbolá.

«La ambulancia se acaba de llevar los cadáveres al hospital de Beit Lahia —me dice Kayed—. Parece que el hijo de la mujer perdió las piernas. Y que hay dos heridos más.»

Se escucha el ronroneo de un avión no tripulado.[2] Imposible divisarlo bajo este sol que cae a plomo. Seguramente fue el mismo que envió las imágenes del carro a los artificieros que terminaron con él. No sé qué dirá esta noche el portavoz de los mandos castrenses hebreos. Espero que no explique, como en tantas otras ocasiones, que se trató de un error, de otro proyectil con destinatario equivocado. El impacto fue preciso, alcanzó de lleno a las víctimas.

Los estruendos de los obuses de los tanques continúan, pero soy el único que parece notarlos, así como la presencia del avión teledirigido, al que todos aquí llaman *zanana*, que en árabe quiere decir zumbido. Ante cada explosión agacho la cabeza, cierro los ojos, como un perro asustado en las fiestas de un pueblo.

Quiero terminar de sacar las fotos y partir lo antes posible hacia el hospital. No sería la primera vez que los misiles de las fuerzas hebreas caen sobre la muchedumbre que se ha congregado a ver los restos de un ataque. Le pido a Kayed que venga conmigo, deseo que les diga a los niños que se vayan. Él les dice en árabe que vuelvan a sus casas, pero no le hacen caso. Lo que parece llamarles más la atención es el burro, tendido sobre la tierra, partido en dos.

El más pequeño de los chiquillos me coge de la mano y me lleva hasta la alambrada que delimita una parcela de tierra en la que se suceden unos escuálidos olivos. Tiene el cabello enmarañado y el pantalón y la camiseta impregnados de polvo. Cuando nos acercamos

descubro lo que me quiere mostrar: del tejido de metal de la alambrada cuelgan trozos de carne humana renegrida, chamuscada.

Las noticias no dejan de sucederse en la radio. Aumenta el número de muertos y heridos. Dos adultos y un niño han perdido la vida en las torres al-Nada, en Beit Hanún, tras haber sido alcanzados también por los obuses de los tanques israelíes. Además, hay otras once personas hospitalizadas, entre las que se cuentan tres niños y una mujer. Parece que, tras una mañana de disparar a campo abierto para mantener la presión sobre la población civil, los tanques han comenzado a afinar la puntería.

«Joder, joder», dice Kayed, que aprendió a hablar castellano en Málaga y que aún conserva cierto deje andaluz. Y yo sostengo la misma sensata y comedida opinión: «Joder.» Se acaba de poner en marcha el contador del dolor y la muerte. Cada instante trae la posibilidad de otra víctima. La pregunta, como siempre, es cuándo se detendrá. Puede tratarse de una operación breve, entrar y salir, dos, tres, cuatro vidas sesgadas, o del preludio de un ataque a gran escala, de una incursión de varios días, como la semana pasada en al-Magazi.

Dejamos atrás la zona agrícola y nos adentramos en la localidad de Beit Lahia. Las viviendas que se suceden a ambos lados del coche parecen todas iguales. Presentan el mismo aspecto precario y miserable: fachadas de hormigón sin pintar, ventanas carentes de marcos, puertas de metal.

Bajo el soportal de una de esas casas austeras, privadas de artificios, vemos a un grupo de hombres. Resulta evidente que si han salido de sus hogares a pesar de las bombas y están allí conversando es porque alguna relación deben de tener con la abuela que acaba de morir en el carro junto a su nieto.

Bajamos del coche para hablar con ellos. Tienen aspecto de gente de campo, con sus chilabas blancas, sus rostros curtidos por el sol. En las profundidades de una estrecha callejuela, observo a varias mujeres, rodeadas de niños. «Es el marido de la anciana que iba en el carro —me cuenta Kayed, señalando a un hombre de pequeña estatura y barba canosa—. Se llama Nadi al-Attar.» Le damos nuestras condolencias. Cómo comportarse, qué preguntar a un hombre que acaba de perder a su esposa y a su nieto, y cuyo hijo ha resultado gravemente herido. Pero nuestra presencia no parece afectarlo. Da la impresión de estar

ausente. Tiene los ojos llenos de lágrimas y la mirada perdida.

«Hace unas horas estaban aquí conmigo. Mi nieto se reía y jugaba con su abuela», nos dice como si nos hablara desde la distancia, susurrando. Otros vecinos llegan y lo abrazan. Le dan el pésame. Muchos son también parientes de los fallecidos.

Le pregunto a Kayed por qué Nadi no ha ido aún al hospital. Él habla con su amigo. Me explica que acaban de recibir la noticia. «Dile que venga con nosotros, que los llevamos», le propongo.

Nadi avanza aturdido hacia el coche, como un espectro. Su hermano, que lleva un turbante blanco sobre la cabeza, lo ayuda a subirse. Guía sus movimientos, carentes de fuerza y dirección. Otro hombre, que no sé quién es, entra por la puerta del lado opuesto y se sienta también en la parte trasera del coche de Kayed.

Recorremos las calles de Beit Lahia rumbo al hospital. Vemos a pocas personas. La gente está encerrada en sus casas, esperando a que todo termine.

«Cuando entraron los tanques hace dos semanas mataron a mi hijo. Se asomó a la ventana y le dispararon —nos dice el hermano de Nadi —. Y ahora esto. ¿Qué hemos hecho para que se nos castigue de esta forma? Somos campesinos, no tenemos nada que ver con el soldado secuestrado.»

Kayed detiene el coche frente a la puerta de una casa de dos plantas. Allí viven todos. Nadi, sus hermanos y el resto de la familia. Impactos de bala en las paredes. Un boquete enorme que permite ver los muebles del salón. Y un caballo blanco, famélico, con las costillas apretadas contra la piel del vientre, atado junto a la puerta.

Observo a Nadi por el espejo retrovisor: las profundas arrugas que surcan su rostro, que confluyen en sus ojos; el brazo de su hermano, que le pasa por encima de los hombros para tratar de darle ánimo. Nadi sigue con la mirada extraviada en el vacío. La realidad se ha vuelto confusa, como una estancia de cristal en la que el dolor reverbera hasta volverse insoportable, hasta alcanzar una magnitud que supera el tiempo y el espacio, que hace que su sufrimiento sea el único sufrimiento del mundo. Más allá del afecto que recibe, de las muestras de apoyo y comprensión, se encuentra solo, desnudo, inerte, desprovisto de cualquier posibilidad de consuelo.

La entrada del hospital de Beit Lahia está abarrotada de gente. Familiares, amigos y vecinos de los heridos y muertos. Desde lo alto de una camioneta coronada con banderas del Frente Popular para la Liberación de Palestina, un activista de esta organización de izquierdas, que cada día tiene menos apoyo popular, grita proclamas contra Israel a través de un micrófono: «Nos siguen matando. Decían que se iban de Gaza, pero aquí continúan, asesinando a nuestros hijos, a nuestros padres.»

El estruendo insistente de la bocina de un coche se abre paso entre la multitud. Un todoterreno rojo, con el parabrisas astillado, aparece en medio del gentío. Avanza y frena, de forma violenta, espasmódica. En el asiento trasero viaja un niño, con el cabello empapado de sangre, al igual que buena parte del rostro, los brazos y la camiseta. El adulto que está a su lado sostiene un trapo, a modo de torniquete, en el cuello del pequeño, que abre los ojos con expresión de horror.

El aturdimiento de Nadi da la impresión de haber aumentado en medio de la muchedumbre que se ha congregado frente al hospital. Más pequeño que la mayoría de quienes lo rodean, avanza desorientado, siguiendo a su hermano, que tampoco parece muy seguro de saber adónde tiene que ir.

Kayed les está diciendo que nos esperen allí, que iremos a buscar información, cuando se acerca un joven de aspecto humilde y abraza primero a Nadi y después a su hermano. No escuchamos lo que les dice, pero tampoco resulta necesario.

Nadi se deja caer sobre el bordillo de la acera, se cubre el rostro con las manos (unas manos de dedos anchos y curtidos por el trabajo en el campo, pero al mismo tiempo diminutas, como las de un niño) y llora desconsoladamente. La poca entereza que le quedaba lo ha desertado. Quizás albergaba, en medio de la confusión, la esperanza de que su mujer y su nieto pudieran haber sobrevivido, de que todo se tratase de un error.

El joven y los demás hombres que están con él se acercan a consolarlo. Su hermano se sienta a su lado y le vuelve a pasar el brazo por encima del hombro. Lo trae hacia sí con enorme cariño. El cuello blanco de su chilaba se cubre de lágrimas.

Aprovechando que tantas personas nos rodean, saco la cámara del bolso y retrato a Nadi. Allí, derrumbado en la acera, sin atenuantes, frenos o esperanzas frente a su dolor.

Kayed me deja en la puerta del supermercado que está situado a dos manzanas del apartamento en el que vivo. Se ofrece a esperarme, pero le digo que se vaya a casa con su mujer y sus hijos. Al día siguiente hemos de empezar a primera hora.

Durante el trayecto de regreso desde Beit Lahia, mientras el sol se perdía tras las olas del Mediterráneo, casi no hemos hablado, debido al cansancio, pero también al estupor frente al inexplicable crimen de la abuela y su nieto.

Después de dejar a Nadi, entramos al hospital. Los pasillos estaban abarrotados. Buena parte de los heridos que se encontraban en las habitaciones eran niños, conectados a respiradores, a tubos de alimentación.

La madre de uno de ellos nos contó lo que había sucedido. Una mujer alta, de profundos ojos verdes, que se secaba las lágrimas con el *hiyab*. Tras escuchar varias explosiones, su hijo, Mohamed, de 17 años, bajó a la puerta de la casa para ver qué había ocurrido. Justo en ese momento cayó otro obús. En el camino hacia el hospital, le dijo para consolarla que, al menos, él seguía vivo. Las otras personas que había visto en la calle, segundos antes de que lo alcanzara la metralla del proyectil, no habían tenido la misma suerte.

El sonido del generador eléctrico retumba en el interior del supermercado. Lo encienden sólo unas horas al día, por lo que una y otra vez la comida se congela y se descongela. Las bombillas parpadean sutilmente, dando a la tienda un aspecto distante, irreal.

Las neveras del fondo están casi vacías. Se han acabado los yogures, los sobres con legumbres congeladas. Sólo quedan unos cuantos paquetes de hamburguesas. No sé de qué clase de carne están hechas porque la etiqueta ha sido impresa en hebreo. De todos modos las cojo. De una de las góndolas saco varias cajas de galletitas. El dueño del supermercado no deja de carraspear. Desde que me mudé a mi nuevo apartamento está enfermo. Quizás eso explique su constante mal humor. «¿No hay más yogures?», le pregunto.

Antes de responderme coge el pañuelo que tiene junto al cuaderno en el que hace las cuentas, emite un sonido ronco y escupe. Una excelente forma de quitar el apetito de los clientes. «Qarni sigue cerrado», me dice lacónico.

Las calles permanecen a oscuras. La corriente eléctrica suele volver

entre las ocho y las nueve de la noche. Saco la linterna que llevo en el bolso para alumbrar el camino. En la esquina me cruzo con varios soldados vestidos de negro y armados con AK-47 que vigilan la entrada de la residencia oficial de Mahmud Abbás, el presidente de la Autoridad Nacional Palestina. Hace unos días se enzarzaron en un tiroteo con miembros de Hamás. Avanzo lentamente, iluminándome la cara para que me puedan ver. Algo similar hacen los pocos coches que pasan por la calle. Aminoran la velocidad y encienden las luces interiores.

Guiado por la linterna subo los cinco pisos que conducen al apartamento, que está situado en la avenida Mina, justo frente al mar. Una vez dentro, enciendo el ordenador, al que aún le queda algo de batería de la jornada anterior, y dejo que las fotos se carguen. En la penumbra resplandecen las imágenes del día de hoy: el burro partido en dos, la fachada de la casa de la familia al-Attar, Nadi, que llora sentado en la acera.

Cuando se restablece la electricidad, comienzo a escribir. El nombre de la abuela era Hiriya al-Attar. Tenía 58 años, nueve hijos y más de cincuenta nietos. Se dedicaba a cultivar higos que luego vendía en el mercado de Yabalia, junto al queso que ella misma hacía en su casa. Nadi, que había aprovechado las vacaciones escolares para ir con su abuela a trabajar en el campo, acababa de cumplir doce años.

Su hijo, Ahmed, que era el tío de Nadi, está aún en el hospital. Han tenido que amputarle las dos piernas. Tiene quemaduras en la cabeza y en los brazos. Hacía dos meses que se había casado con una joven llamada Zeina, de 16 años.

La versión que dan las Fuerzas de Defensa Israelíes sostiene que en el carro «viajaban terroristas» que estaban transportando varias lanzaderas que habían sido empleadas para disparar misiles caseros Qassam sobre la ciudad hebrea de Sderot. «El ejército disparó de forma precisa al lugar donde se encontraban los terroristas con las lanzaderas, y verificó el disparo. En el momento del mismo no se vio en el carro a una mujer anciana y su nieto.»[3]

Leo algunos cables de prensa en Internet. Doy con un dato que considero digno de mención: mañana, día 25 de julio, se cumple un mes desde que fuera secuestrado el soldado Gilad Shalit, punto de partida de la operación Lluvia de Verano. Con los fallecidos en Beit

Lahia y Beit Hanún, el número total de víctimas palestinas asciende a 113. Del lado israelí sólo se ha tenido que lamentar un muerto.[4]

Envío las fotos y el artículo al periódico. Limpio la cámara, guardo los equipos e intento descansar. Apenas concilio el sueño me despierta una explosión. Salgo a la terraza, pero no veo nada. Subo a la azotea. Se suceden las sirenas de las ambulancias.

Los ataques seguirán a lo largo de la noche. Dos veces más me asomaré a la terraza. La última, sin luz nuevamente en el apartamento. Imposible encontrar un poco de sosiego, de tranquilidad, en esta parte del mundo. Al pie del edificio, las olas del mar Mediterráneo rompen en la playa. Toman altura, se ciernen sobre sí mismas y se precipitan contra la arena, de manera infatigable, como la violencia que asuela la franja de Gaza.

---

1 CIA: *The World Factbook*, datos estimados 2006, <https://www.cia.gov/cia/publications/factbook/geos/gz.html>. En este sentido, cabe recalcar que en Gaza la distribución demográfica se asemeja a la de las naciones menos desarrolladas del planeta. Predomina una gran masa de jóvenes con pocas posibilidades de progreso. La frontera que separa Gaza de Israel es una de las más desiguales del mundo desde el punto de vista de la renta y el nivel de vida.

2 En inglés reciben el nombre de *drones*. Se controlan desde fuera de Gaza y sirven tanto para labores de reconocimiento como de ataque. Israel, pionera en el desarrollo de esta tecnología, empezó a utilizar aviones no tripulados en la década de 1980. En un principio, se usaron como medio de vigilancia y recogida de información, sin embargo, en los últimos años se ha recurrido a ellos como verdadera arma de combate. La industria aeronáutica israelí fabrica numerosos modelos de *drones*: Hermes-450, Pioneer, RQ-5 Hunter, Heron, Harpy, Ranger, Scout, Searcher, Skylite. Su dominio en este ámbito es tal que Israel asesora a Estados Unidos en el desarrollo de sus propios aviones no tripulados. Para más información véase Hernán Zin: «Aviones no tripulados: los nuevos protagonistas de las guerras», *20 Minutos* (28-11-2006), <http://blogs.20minutos.es/enguerra/post/2006/11/28/aviones-tripulados-nuevos-protagonistas-las-guerras>.

3 Gideon Levy: «Deadly diaries», *Haaretz* (1-9-2006).

4 France-Presse (24-7-2006).

2

Lo que queda de un hombre

Abel Said camina sobre la tierra agrietada, henchida de calor y sequedad. Se abre paso entre hierros retorcidos, plásticos agujereados, desparramados por el suelo, y mangueras de riego recortadas, incompletas. Con rabia coge del suelo un tomate magullado, que ha comenzado a perder color, y me pregunta: «¿Era un terrorista? ¿Estaba lanzando misiles a Israel?» Sigue avanzando. Se detiene frente a un árbol que yace sobre el suelo, arrancado de cuajo. La madera del tronco astillada, las raíces colgando en el aire. «¿Y este olivo? ¿Era también un terrorista? Dímelo. ¿Y esos limones?»

Abel Said tiene 53 años. Vive en al-Magazi, una localidad de 22.200 habitantes situada en el centro de la franja de Gaza, junto a la frontera con Israel.[1] Comenzó a trabajar en el campo cuando era joven. No creo que la rabia que exterioriza esté motivada únicamente por el hecho de que hayan destruido sus medios de subsistencia. Vislumbro algo más en sus palabras, en sus gestos. Una íntima y estrecha relación con esta tierra, con sus frutos, que lo lleva a percibirlos de esa forma tan singular, dándoles entidad. Hasta su aspecto, el rostro cincelado por el sol, me habla de arados, de regadíos y cosechas.

En los últimos dos días, el solar en el que tenía sus invernaderos y sus olivos fue utilizado como base de operaciones por los comandos israelíes. Poco ha quedado tras la partida de los efectivos hebreos: estructuras en ruinas, cosechas malogradas, animales muertos. «Había más de cien tanques —dice señalando con el brazo a su alrededor—. Veíamos cómo destruían nuestra granja y nuestros cultivos. No podíamos salir de casa.»

Otro vecino, Maher Said, nos conduce hasta su terreno. El aspecto es similar: los plásticos de los invernaderos desperdigados por el suelo, entre vigas de hierro y mangueras. «No sé qué voy a hacer. Había pedido prestados cinco mil dólares —afirma Maher, que tiene 34 años —. ¿Cómo voy a devolver todo esto? ¿Cómo voy a alimentar a mis

hijos? Mi vida se detuvo cuando los tanques entraron aquí.»

Después nos lleva hacia el límite de su propiedad, que estaba demarcado por unas vallas que han quedado estampadas contra el suelo tras el paso de los blindados. A medida que avanzamos, el olor a descomposición aumenta. «Una parte del dinero que nos prestaron la utilizamos para esto», afirma. Y, con un palo, mueve una tabla de madera rodeada de alambres. Debajo hay cientos de pollos muertos, destripados. Una charca de picos, ojos, plumas y huesos rotos sobre la que planean nubes de moscas.

Desde el comienzo de la operación Lluvia de Verano los ataques se han sucedido sin interrupción. Han golpeado con especial contundencia a Rafá, Beit Hanún, Beit Lahia y Jan Yunis. Cuando los tanques israelíes entraron a la localidad de al-Magazi, los habitantes de Gaza, además de consternados, se mostraron sorprendidos. «No lo entiendo, allí nunca hubo actividad de la resistencia», me comentó Kayed.

Al-Magazi pertenece a lo que aquí se conoce como los «campos centrales». Los refugiados llegaron en 1948. A pesar del paso del tiempo, aún no cuentan con un sistema de cloacas. Las aguas fecales corren a través de canales a cielo abierto. El 70% de las casas tienen techos de amianto.[2]

La incursión militar se puso en marcha el miércoles 19 de julio a la una y media de la madrugada. Un grupo comando israelí cruzó la alambrada y se adentró en Gaza para limpiar así el terreno a los blindados que los secundarían.[3] Media hora más tarde, las verjas se abrieron. Entre la luz de potentes reflectores, y una nube de polvo, se perfilaron las siluetas de los tanques Merkava, los carros de transporte de tropas, que suelen llevar hasta diez soldados en su interior, y las excavadoras blindadas y cubiertas de rejas para proteger a sus conductores.

Por encima planeaban varios aviones no tripulados, algunos de reconocimiento, otros cargados de misiles, así como helicópteros modelo Apache AH-64, fabricados por Boeing entre otras empresas de Estados Unidos (curiosa costumbre que tiene la industria armamentística de este país, bautizar a esta clase de aeronaves de combate con el nombre de tribus aborígenes: Black Hawk, Sioux).

En la zona donde viven Abel y Maher Said, a un kilómetro y medio

del límite fronterizo, las fuerzas hebreas se hicieron fuertes. Los comandos que habían entrado a pie, sumados a los que descendieron de los carros de combate, tomaron algunas casas de la zona. Encerraron a sus moradores en las habitaciones y se posicionaron en las zonas más altas, como francotiradores, abriendo boquetes en las paredes y colocando bolsas de arena en las ventanas.

A partir de ese momento, los heridos y muertos comenzaron a sucederse. Finalmente, tras 48 horas, a las dos de la mañana del viernes 21 de julio, las tropas del ejército israelí regresaron por donde habían entrado. Las consecuencias de sus acciones en al-Magazi dejaron como saldo 17 muertos, entre los que se contaban una mujer y cuatro niños, y 125 heridos, de los cuales 30 eran menores de edad.[4]

Maher Said nos guía hacia la frontera. Necesito, para completar el reportaje, una foto de la verja que separa Gaza de Israel, y de las puertas por las que entraron los tanques, los carros de transporte de soldados y las excavadoras.

Las marcas de los blindados permanecen en la tierra: huellas precisas, rectangulares, que se suceden como mordeduras, entre las que resplandecen de forma esporádica los casquillos de las municiones de las ametralladoras y los fusiles.

A ambos lados del camino, se ven fachadas con impactos de bala y muros derruidos. Una vivienda, perteneciente a una familia de beduinos, ha quedado reducida a escombros. Hombres, mujeres y niños han salido a comprobar la magnitud de los destrozos. Algunos ya se afanan por poner todo en orden. Cogen trozos de mampostería, cascotes, y los colocan en la calle.

Llega un punto en el que Maher no quiere seguir. Afirma que es peligroso, que los francotiradores israelíes apostados en la frontera, conocida como Línea Verde, suelen disparar si ven algo que les causa sospechas. Además de sufrir la destrucción sistemática de sus cultivos, los agricultores palestinos no pueden acceder a terrenos que antes utilizaban para ganarse la vida.

Avanzo unos metros hasta un olivo caído. Es cierto lo que me han dicho los vecinos. Además de arrancarlo de cuajo, las excavadoras han pisado sus raíces para que no lo puedan volver a plantar. En la tierra hay minúsculas aceitunas, ennegrecidas.

Saco del bolso la lente del zoom y la coloco en la cámara. Sé que así, desde el puesto de observación de los soldados israelíes, doy la impresión de estar apuntando con un fusil. Sin perder un instante, disparo. Seis fotos por segundo.

Guardo rápidamente la cámara. Y, antes de irme, observo la alambrada que se extiende hacia ambos lados. Éste es el único lugar del planeta que vive una situación semejante. Un millón cuatrocientas mil personas atrapadas, sin poder salir. En el norte, un gran muro separa a Gaza de Israel. En el sur, otra sucesión de empalizadas de hormigón le cierra el paso a Egipto. Al oeste, el mar Mediterráneo. Y, en la parte oriental, esta alambrada que se extiende en distintas secciones a lo largo de 40 kilómetros.

Un millón cuatrocientas mil personas. Sus medios de subsistencia están amenazados, mermados por las incursiones de las fuerzas israelíes y por el bloqueo de los pasos comerciales. Dicen aquí que viven en un campo de concentración. Así definen Gaza. Una y otra vez escucho el mismo argumento. «Ahora son los judíos los que están en las torres de control, los que vigilan a los prisioneros», afirman. También emplean la analogía del gueto. Progresivamente iré descubriendo que los palestinos están obsesionados con la historia, una y otra vez miran al pasado, buscando claves y explicaciones, quizá por lo incomprensible del destino que les ha tocado.

Cuento hasta tres, me pongo de pie y avanzo hacia donde me espera Kayed, que conversa con varios hombres en torno a un pozo. Los tanques han pasado por encima de él, dejándolo inservible, pisoteando la bomba que seis familias de agricultores usaban para extraer agua. Tenía 75 metros de profundidad.

En esta clase de operaciones, el ejército israelí argumenta que intenta crear una zona de seguridad para evitar así el lanzamiento de misiles. Los vecinos ven la situación de otra manera. Dicen que no tienen vínculo con la resistencia, que no entienden por qué los castigan de esta manera. «Si nos ven todos los días que estamos trabajando en el campo, si saben quiénes somos, por qué nos hacen esto», se pregunta Hamdan Said, de 32 años.

Utilizan siempre las mismas expresiones que llevo días escuchando: ¿es este pozo terrorista? ¿Es esta casa terrorista? No deja de llamarme la atención lo conscientes que son de los argumentos que se emplean para justificar las acciones violentas en su contra. El

bendito calificativo de «terrorista», repetido como un mantra, hasta el hartazgo, sin matices ni discriminación, por las autoridades y la prensa israelíes, así como por buena parte de los medios de comunicación del mundo.

Además, se preguntan con pesadumbre y desazón cómo van a hacer para subsistir ahora que sus cultivos, sus invernaderos y sus granjas han sido arrasados. Ni siquiera podrán regar los árboles que se han salvado, ya que carecen de agua.

Permanezco en silencio, no se lo digo, pero imagino que pasarán a formar parte de la larga lista de personas que viven de la ayuda humanitaria de la UNRWA (la agencia de Naciones Unidas creada en 1949 para ayudar a los refugiados palestinos), como ya lo hace el 70% de la población de Gaza.[5]

Antes de la victoria electoral de Hamás en el mes de enero, cuando la Autoridad Nacional Palestina aún recibía fondos desde el exterior, el Ministerio de Agricultura solía brindar subsidios a los campesinos para que reconstruyeran las infraestructuras destruidas por el ejército de Israel. Sin embargo, desde que la comunidad internacional interrumpió el envío de dinero en abril de 2006, debido al boicot promovido por Estados Unidos y secundado por la Unión Europea, los agricultores no tienen a quien acudir.

Según un informe del Comité Palestino de Trabajo Agrícola, en el transcurso de las primeras cinco semanas de la operación Lluvia de Verano, el ejército israelí arrasó 2.200 *dunams* de tierra cultivada (en Palestina, cada *dunam* equivale a mil metros cuadrados), 1.500 *dunams* de sistemas de riego y 100 invernaderos.

A estas cifras hay que sumar los destrozos provocados a lo largo de los cinco últimos años, desde el comienzo de la Segunda Intifada. «El Ejército hebreo arrasó el cincuenta por ciento de nuestra tierra cultivable —afirma Mohamed al-Bakri, director de una asociación local de agricultores—. Del total de nuestras tierras cultivables, los colonos tenían el cuarenta por ciento.»

Los datos que me facilita señalan que, a fecha 31 de marzo de 2005, las acciones militares terminaron también con 2.054.121 árboles. El coste total de las pérdidas para el sector agrícola palestino ascendió a 907 millones de euros. «Arrancan los olivos con las excavadoras, bombardean los cultivos, no permiten que las familias salgan a trabajar en las zonas próximas a la frontera, no nos dejan

exportar nuestros productos. Antes vendíamos claveles, tomates cherry, pimientos y frambuesas a Europa, y era muy rentable —me dice—. Están condenando a cientos de miles de personas a pasar hambre. El veinticinco por ciento de la población de Gaza se dedica a la agricultura. La mayoría son empresas familiares, de tres o cuatro *dunams*.»

Con respecto al argumento que da el ejército israelí para sus acciones —que afirma que quiere crear una zona de seguridad en torno a la frontera para evitar el lanzamiento de misiles Qassam—, Mohamed me pregunta con ironía: «¿Qué piensan, que nos vamos a esconder detrás de las frambuesas para tirar misiles?» Se muestra convencido de que se trata de una medida de presión para que los habitantes de Gaza dejen de «luchar por sus derechos».

La estrategia articulada por las diversas administraciones israelíes de bloquear las fronteras y socavar los recursos alimentarios de Gaza viola el derecho internacional. Acorde a lo estipulado por la IV Convención de Ginebra, que fue firmada en 1949 y que establece los derechos de los civiles durante los conflictos armados, el Estado de Israel, como fuerza de ocupación en los territorios palestinos, tiene la obligación de velar por el bienestar de la población.

El artículo 39 establece que si la fuerza ocupante «somete a una persona protegida a medidas de control que le impidan ganarse la subsistencia, en particular cuando tal persona no pueda, por razones de seguridad, encontrar un trabajo remunerado en condiciones razonables, dicha parte en conflicto satisfará sus necesidades y las de las personas a su cargo».[6]

Seguimos conversando con los vecinos de al-Magazi, junto al pozo. A lo lejos veo a un joven que me llama la atención. Permanece de pie frente a un conjunto de cajas blancas que yacen sobre el suelo. Al acercarme descubro que las estructuras de madera contienen panales para la producción de miel. Intento avanzar más, pero hay tantas abejas que no sigo.

Entonces lo saludo, lo llamo para pedirle permiso antes de sacar la foto. Pero el joven no me responde. Parece aturdido, ensimismado. En silencio, observa las cajas blancas desparramadas por el suelo. Las abejas se posan en sus brazos, en su rostro, lo pican. Sin embargo, apenas mece la mano en el aire para tratar de apartarlas.

Después de recorrer la zona de al-Magazi que linda con Israel, nos dirigimos hacia el centro del campo de refugiados. Cuanto más avanzamos, mayor es el número de personas que encontramos en nuestro camino. Familias de pie frente a sus casas, evaluando lo que han perdido durante el ataque, conversando con los vecinos para tratar de dar orden y sentido a lo que acaba de ocurrir. Las malas noticias recorren las calles. El hijo de un amigo que ha muerto. El padre de un primo que lucha por sobrevivir en la UCI del hospital Shifa. La luz que, tras haber sido arrancados los postes del tendido eléctrico por los tanques, demorará días, o quizá semanas, en volver.

Se habla de los cuatro miembros del personal médico que fueron alcanzados por fuego israelí. Uno de ellos, Anwar Abu Holi,[7] un conductor de ambulancia que recibió el impacto de la metralla de un misil cuando recogía a las víctimas de un ataque.[8] También se hacen referencias a los 14 jóvenes del barrio que fueron detenidos por soldados israelíes. Los esposaron, les cubrieron la cabeza para que no pudieran ver y se los llevaron a punta de fusil fuera de la franja de Gaza, hasta el puesto militar de Kisufim. Tras una serie de brutales interrogatorios, los liberaron doce horas más tarde.

Cada persona tiene un universo de recuerdos convulsos, desgarradores, que contar. El estruendo de las bombas. El miedo. Los intentos frustrados de huir. La perplejidad ante una acción que no lograban comprender. Y la misma pregunta una y otra vez: ¿por qué?

Uno de los vecinos nos comenta algo que ya hemos escuchado en otras incursiones. Afirma que los disparos de los blindados arrancaban los miembros de los heridos y muertos. Dice que eran como discos que cortaban brazos y piernas. Nos habla del conductor de ambulancia. Vio cuando la munición le cercenaba la pierna.

Esos discos que menciona el hombre no existen. Pero sí es cierto que Israel está utilizando una nueva clase de armamento que genera un elevado número de amputaciones. Las autoridades sanitarias todavía no saben de qué clase de munición se trata, porque en Gaza no hay laboratorios que puedan analizar la metralla encontrada en las heridas.

A nuestro paso, como no podía ser de otra manera, salen niños que nos muestran los restos de armamentos que han encontrado entre las casas destruidas, en los descampados, en las aceras. Levantan contenedores de metal para guardar las balas, con palabras escritas en

hebreo. Muestran las cintas de las ametralladoras: un rosario de vainas doradas, que reverberan bajo el sol.

Sé, por experiencia, que encontrarán utilidad para todos aquellos objetos dejados a su paso por las tropas israelíes. Ya he visto en otras zonas de la franja de Gaza a niños que lucen los casquillos de las municiones de los M-16 colgados del cuello o alrededor de las muñecas. Los he visto jugar con los trozos de metralla a que ellos mismos son soldados en combate.

Más allá del horror, no dejan de ser niños, capaces de abstraerse por momentos de la barbarie para encontrar un lado lúdico a todo aquello. Niños, además, pobres, atrapados la mayor parte del día en sus casas, que no pueden ver la televisión debido a la ausencia de electricidad, que no van a la playa ni a los campamentos de verano por miedo a los ataques de las patrulleras hebreas, como el que costó la vida a la familia Galia el 9 de junio de este año. Lo único novedoso, sorprendente y estimulante que ha llegado a sus vidas son estos objetos infames, cargados de muerte, que transforman en elementos de juego.

La destrucción en esta parte de al-Magazi es mayor que donde hemos estado antes. Los muros que preceden a las casas están desparramados por las aceras. Hay viviendas que no superan la categoría de escombros.

Algunos detalles me dan a entender que es verdad lo que me han dicho. No veo demasiadas banderas de facciones políticas en las terrazas, como en otras localidades. Apenas flamean sobre las casas las insignias verdes de Hamás, las amarillas de Fatá, las negras de la Yihad Islámica o las rojas del Frente Popular para la Liberación de Palestina. Tampoco hay en las paredes muchas fotos de personas muertas, ya sean combatientes o civiles, los famosos *yahid*, los mártires que tanto se veneran en Gaza. Todo esto me parece un indicador de lo escasamente politizada que está la localidad, de la poca presencia de grupos de la resistencia, como bien me habían señalado cuando comenzó el ataque.

En medio de la destrucción, me llama la atención una casa con la que se han ensañado las excavadoras y los tanques, aunque sin llegar a tumbarla, a ponerla de rodillas. Las cuatro paredes de la planta baja han sido destrozadas. Y los pisos siguientes apenas se sostienen sobre media docena de pilares. Desde las ventanas, varias mujeres miran

hacia abajo sin dar crédito al estado en que ha quedado el edificio.

La vivienda contigua, que parece relativamente próspera, con sus balaustradas cubiertas de hibiscos y sus paredes blancas, ha perdido la empalizada que la rodeaba. Un par de girasoles, estoicos, erguidos en una esquina, han logrado sobrevivir.

El propietario de la vivienda se llama Ahmed Juda. Tiene 42 años. Es médico. Nació en Gaza, pero se crió en Libia. «Regresé hace un año con mi mujer y mis nueve hijos —me dice mientras me conduce hacia la casa—. Pensábamos que, como los colonos israelíes se marchaban, íbamos a poder comenzar una nueva vida aquí, en nuestra tierra. Pero ahora me arrepiento de haber regresado. Esto es una pesadilla.»

A un costado de la entrada hay una bombona de gas plagada de agujeros de bala. Ahmed, que lleva un chándal de color anaranjado, el cabello muy corto y una barba canosa de dos días, la levanta. «Una excavadora destruyó el muro y lo arrastró con la tierra del jardín hasta la puerta de casa. Después vino un tanque que se puso justo frente a nosotros para que no pudiéramos salir. Mis hijos estaban aterrados. Yo me asomaba a la ventana y veía al soldado. Y él me miraba y se reía. Parecía divertirse haciéndonos sufrir. Con su rifle disparaba a la bombona de gas. Pensé que íbamos a morir.»

La angustia de Ahmed Juda aumenta a medida que habla. Por momentos da la impresión de estar a punto de romper a llorar. Quizá sea porque la realidad de Gaza es relativamente nueva para él. «Mis hijos tenían sed, y yo no podía conseguirles nada de beber —continúa —. Llamé a la Cruz Roja Internacional para que nos trajeran ayuda. Pero ellos me dijeron: "Lo sentimos, doctor, el ejército israelí no nos deja entrar."»

Cruzamos la calle en dirección a un descampado. Nos acompaña un séquito de niños indomables que me cogen del brazo, que se paran delante de la cámara para que les haga fotos. *«Sowarne, sowarne»*, repiten, pidiendo en árabe que los mire. Parece como si sacasen toda la energía que han reprimido a lo largo de este tiempo. La desbocada, confusa y perturbadora alegría de continuar con vida.

Tras ascender por un montículo de tierra, descubrimos los restos de la fábrica textil perteneciente a Ahmed Jamal. Máquinas de coser, mesas, sillas, matafuegos, bolsas llenas de ropa, desperdigadas entre un mar de ladrillos, cables, hierros y trozos de mampostería, como si flotasen a la deriva, como si acabasen de sobrevivir a un naufragio.

Hasta el pasado miércoles, aquí trabajaban 78 personas. Seguramente, ahora se estarán preguntando cómo harán para sacar adelante a sus familias sin el sueldo que recibían cada mes. Tener trabajo en la franja de Gaza, donde la tasa de desempleo supera el 36,3%, es un extraño privilegio.[9] Una vez más descubro que, como gotas que caen en un estanque, el dolor de la guerra se expande en círculos concéntricos, y, en mayor o menor medida, afecta hasta el último integrante de esta comunidad.

El rostro de Ahmed Jamal no expresa más que una honda amargura. Las mandíbulas apretadas, las comisuras de los labios combadas hacia la barbilla. Rodeado por algunos de sus empleados, observa la destrucción a su alrededor. «Ropa de mujer para Israel —explica mientras uno de sus empleados grita a los niños que no toquen nada, que se vayan a sus casas—. Eso era lo que hacíamos en la fábrica. Ni misiles ni armas. Sólo camisetas y faldas.»

Ahmed era uno de los miles palestinos que cada día iban a trabajar a Israel, hasta que el Gobierno hebreo comenzó a limitar el número de personas que salían de la franja de Gaza.[10]

Allí aprendió todo lo relacionado con la industria textil, y estableció los contactos que más adelante le permitirían crear su propia fábrica. Para los empresarios israelíes era una forma de abaratar costes. Les salía mucho más barato encargar la producción de sus colecciones a talleres de Gaza, donde los salarios son más bajos que en Israel.

La operación Lluvia de Verano, con el cierre de las fronteras, supuso un duro golpe para Ahmed Jamal. Es imposible importar materias primas o exportar las faldas y camisetas con el paso de Qarni cerrado por las autoridades israelíes. Ahora lo ha perdido todo.

El sector industrial, que constituía el 19% del producto bruto interno palestino, pasó en pocos meses a representar menos del 10%. Debido al embargo internacional, la Autoridad Nacional Palestina carece de fondos para pagar las deudas contraídas con los empresarios, que suman 565 millones de euros.[11] Todos los proyectos de futuro han quedado parados.

Hago varios retratos de Ahmed Jamal. Coge algunas etiquetas que están en el suelo y las sostiene. Los nombres de las marcas que producía en su fábrica están escritos en inglés y hebreo en los breves rectángulos de cartón: Madness Collection, Yupi Du, Ladies Clothe.

Por momentos mira de reojo a su alrededor hasta que pierde la paciencia y corre hacia los niños que han venido con nosotros. «Fuera de aquí, iros a vuestras casas», les grita agitando los brazos.

Otro día de trabajo que se acerca a su fin. Como último destino, vamos al hospital Shifa, en la ciudad de Gaza. Allí han sido trasladados algunos de los heridos más graves. El resto permanece en el centro de atención médica de al-Aqsa, que está situado en las inmediaciones de al-Magazi.

Recorremos las dos primeras plantas, donde entrevistamos a varios heridos, hombres, mujeres y niños, y a sus familiares. Luego bajamos a la sala de cuidados intensivos. Un amigo de Kayed, que es enfermero, nos ha dicho que allí hay un caso terrible que debemos ver.

Tras hablar con varios responsables del hospital, conseguimos finalmente permiso para entrar. Me coloco una bata de material desechable, saco la cámara de fotos de la mochila. Kayed hace lo mismo. Y seguimos al doctor Fauzi Nabulsia, que será el encargado de guiarnos.

En situaciones de emergencia, suele pasar días enteros en esta sala, así que se mueve con naturalidad, como si estuviera en su casa, lo que me ayuda a superar la aprensión que me genera el lugar: la luz tenue, mortecina, de los tubos fluorescentes; el fuerte olor a desinfectante; los pacientes conectados a respiradores, a bolsas de suero, a máquinas que registran sus constantes vitales en pantallas de ordenador.

Nos muestra a un niño que ha recibido un disparo en el pecho. Su madre, que yace a su lado, con la cabeza agachada, le coge la mano. Después vemos a un anciano que perdió una pierna como consecuencia de la metralla del obús de un tanque.

Al final del pasillo, frente a una cortina de plástico marrón, el doctor Fauzi Nabulsia nos advierte: «Hay que tener estómago para ver lo que ahora os voy a mostrar. ¿Lo tenéis?» Como no sé la respuesta, me encojo de hombros.

Abre las cortinas. Sobre una camilla, permanece en posición horizontal un hombre al que le han amputado las dos piernas, los genitales y uno de los brazos. Tiene el tórax vendado. Está rodeado de enormes trozos de algodón manchados de sangre. Dos enfermeros trabajan en lo poco que ha quedado de las piernas. Por el nuevo tipo

de armamento que utilizan los soldados israelíes están teniendo problemas para suturar las heridas. Todavía se ven fragmentos de hueso rodeados de tejido muerto.

El doctor Fauzi Nabulsia coge la tabla que cuelga de la camilla, en la que han escrito la información del paciente. Su nombre es Jader al-Magari. Tiene 28 años de edad. «Parece que, como es sordo de nacimiento, no escuchó que se aproximaba un avión. Por eso el misil lo alcanzó de lleno», nos explica.

Al igual que en tantas otras ocasiones, la cámara de fotos actúa como una especie de filtro, de pantalla protectora, que atenúa mi capacidad de empatizar con el sufrimiento de quien se encuentra frente a mí. Pienso en la luz, en la sensibilidad de la película.

Sin embargo, en esta ocasión la presencia de la lente no es tan relevante, porque aquello que yace frente a nosotros poco se asemeja a un hombre. El rostro pálido, la barba negra, los ojos cerrados. Parece frío, distante, como si estuviese hecho de cera. No sufre, no mira a los ojos, no se lamenta. Prima en mí una sensación de desagrado ante la carne abierta, despedazada, ante ese cuerpo que se ha reducido súbitamente a la mitad de su tamaño. Lo que queda de un hombre.

El sufrimiento que está padeciendo Jader al-Magari cobra otra dimensión cuando conversamos con sus hermanos. «Era un buen chico, todo el mundo lo quería en el barrio», afirma Aimán, el mayor de la familia. Según nos cuentan, le gustaba mucho jugar al baloncesto. Tanto es así que sus amigos lo llamaban cariñosamente «Jordan». Tenía en su habitación fotos de mártires, solía asistir a las marchas de protesta contra la ocupación y celebraba cada uno de los ataques de los milicianos contra Israel. Sin embargo, apenas había una incursión armada, volvía corriendo a su casa y se negaba a salir hasta que todo terminara.

Por eso les resulta difícil comprender qué sucedió la mañana del 17 de julio. Creen que puede haber sido el resultado de una confusión. Jader se comunicaba por medio de un lenguaje de señas que él mismo había creado. Tal vez, al hablar con alguno de sus amigos, entendió que los tanques se habían ido. De lo que están seguros, por lo que les contaron algunos testigos, es de que, al ser incapaz de escuchar que se acercaba un avión teledirigido, no pudo correr a tiempo en busca de protección, como sí hicieron muchas de las personas que se encontraban a su lado.

Le pregunto a Aimán si su hermano tenía empleo o si se ganaba la vida de alguna forma. Él se ríe. «Somos una familia de obreros. Hacíamos edificios en Tel-Aviv, en Ashqelón, donde fuera. Pero desde que Israel cerró la frontera nos quedamos sin trabajo. Y si nosotros no tenemos empleo, mucho menos él, que es sordomudo.»

Otro de los hermanos, Marwán, nos pregunta si hemos visto a Jader, si es cierto que ha perdido un brazo y las dos piernas, porque a ellos no los dejan entrar en la sala de cuidados intensivos. Kayed les habla con sinceridad, les dice que está en muy malas condiciones.

«Pero ahora ¿qué vida le espera? —me dice Aimán—. Sordo, mudo, sin brazos, sin piernas. Aunque sea mi hermano, te digo que mejor que se muera y que no sufra más.»

---

1 UNRWA: <http://www.un.org/unrwa/refugees/gaza/maghazi.html> (31-3-2005).

2 Ídem.

3 Palestinian Centre for Human Rights: informe 28/2006, <http://www.pchrgaza.ps/files/W_report/English/2006/20-07-2006.htm>.

4 Palestinian Centre for Human Rights: informe 29/2006, <http://www.pchrgaza.ps/files/W_report/English/2006/27-07-2006.htm>.

5 «UN agency appeals for emergency funds to hard-pressed Gaza residents», *UN Daily News* (7-7-2006). Según la UNRWA: «La dureza de la vida cotidiana en la franja de Gaza es difícil de imaginar para quienes no viven allí.» Más de 900.000 personas sobreviven gracias a la ayuda humanitaria.

6 IV Convención de Ginebra del 12 de agosto de 1949 relativa a la protección debida a las personas civiles en tiempo de guerra, Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR), <http://www.icrc.org/Web/spa/sitespa0.nsf/html/5TDKYK>.

7 Según la tradición árabe, los padres adoptan el nombre de su hijo mayor, que a su vez recibe el nombre del abuelo paterno. *Abu* significa literalmente «padre de». En el caso de las madres se utiliza la palabra *Um*.

8 Palestinian Centre for Human Rights: informe 28/2006,

<http://www.pchrgaza.ps/files/W_report/English/2006/20-07-2006.htm>.

9 Palestinian Central Bureau of Statistics (PCBS): «Demographic and Socioeconomic Status of the Palestinian People at the end of 2006», <http://www.pcbs.gov.ps/Portals/_pcbs/PressRelease/endyear2006_E.pdf>. Estos datos corresponden al tercer cuatrimestre del año. En el período anterior, segundo cuatrimestre, el desempleo había alcanzado el 34 %. La tasa de desempleo entre jóvenes fue la que más subió durante la ofensiva, alcanzando al 53,7 % de la población activa en edades comprendidas entre los 20 y los 24 años.

10 Sobre esta cuestión me sumerjo con mayor profundidad en el capítulo 5. En su libro *Generación Intifada* (Ediciones B, 2003) Laetitia Bucaille realiza un análisis exhaustivo de este proceso de exclusión de la economía israelí de los palestinos y de su progresiva sustitución por mano de obra extranjera.

11 Juan Miguel Muñoz: «Gaza asfixiada», *El País* (19-11-2006). Declaraciones de Fuad al-Samná.

3

El entierro de las niñas Okal

Hoy resulta imposible cenar en la barra del pequeño restaurante de Ahmed. Las cucarachas salen con tal voracidad de debajo de la plancha de formica, amparadas en buena medida por la penumbra, que no hay forma de hacerles frente. Doy un par de bocados al sándwich de *falafel*,[1] lo agito en el aire para tratar de espantarlas, pero apenas reculan ante mis amenazas.

Ahmed, que yace junto a sus dos hijos detrás de la enorme sartén en la que fríen la pasta de garbanzos y las patatas, me pregunta por qué me voy. La lámpara de queroseno que se encuentra en una esquina del mostrador proyecta sobre su rostro una luz blanquecina, sucia, que le da un aspecto acuoso entre el denso vaho del aceite en ebullición. No hago referencia alguna a las cucarachas, tan sólo le comento que estoy cansado.

La primera noche que pasé en Gaza cené en este lugar. Desde entonces he vuelto periódicamente, porque, para mi gusto, ofrece los mejores bocadillos de la ciudad de Gaza. Por un shequel te preparan un *falafel* condimentado con una salsa levemente picante, que le da un sabor que me recuerda a la comida india, y con patatas fritas. En Jerusalén un sándwich semejante cuesta 15 shequels.

La decadencia que ha sufrido el local refleja en buena medida el proceso de degradación, de descenso en las fauces de la miseria, que está padeciendo toda la franja de Gaza. Al principio, tenía las alacenas llenas de latas de bebidas. Sin embargo, a medida que pasaban los días, éstas fueron desapareciendo. La variedad de verduras que te ponían en el pan también fue mermando.

Ahmed y sus hijos comienzan a trabajar a primera hora de la mañana y cierran a medianoche. El negocio no va bien, me dicen. Los empleados públicos, unos 165.000, apenas han cobrado una fracción de sus sueldos desde que en el mes de abril la Unión Europea y Estados Unidos decidieran interrumpir las ayudas a la Autoridad Nacional Palestina, como medida de presión a Hamás, que se niega

abiertamente a reconocer el Estado de Israel.[2] Estos empleados públicos no se pueden dar el lujo de pagar 0,35 céntimos de euro por un sándwich de *falafel*. Lo mismo que quienes trabajan en la industria, en el campo o en la pesca, sectores que están en la bancarrota.

Descubrí las primeras cucarachas hace un tiempo. Eran pequeñas, delgadas, casi transparentes. Se asomaban con timidez por debajo de la barra. En mis siguientes visitas se fueron multiplicando hasta convertirse en legión, como la que hoy apareció de la nada. Deduzco que la ausencia de electricidad y agua corriente, las altas temperaturas y la suciedad que se acumula por todas partes están haciendo que proliferen, lo mismo que las ratas, cada vez más grandes y atrevidas, que corren como bólidos junto a los bordillos de las aceras en cuanto se pone el sol.

Algunas calles de barrios como Zeitún se han convertido en auténticos vertederos. A todas horas se ven niños que juegan entre la basura, que hurgan en los desperdicios. El Ayuntamiento de Gaza se ha quedado sin gasóleo para los camiones que se dedican a recoger la basura.

El hacinamiento, la falta de refrigeración, la ausencia de dinero para comprar productos de limpieza o medicinas y la carencia de agua están causando que enfermedades como la neumonía o la gastroenteritis crezcan exponencialmente.

«Cada día vemos más casos de diarrea y desnutrición entre los niños —me dijo Ashraf Olor, un médico amigo de Kayed que dirige un dispensario en Rafá que funciona con donaciones de ONG europeas—. No damos abasto para repartir leche en polvo a las madres. Hay largas colas, peleas. La gente está nerviosa. Es una situación muy estresante desde el punto de vista psicológico.»

Los palestinos siempre han sufrido escasez de agua (no así los colonos israelíes cuando aún vivían aquí). El problema es que en muchos hogares las dos o tres horas diarias en que los grifos están activos no coinciden con las de suministro eléctrico, que oscila entre seis y ocho horas.[3] Esto hace que las bombas no funcionen y que los depósitos que coronan las casas no se puedan llenar. Aquellos que tienen recursos compran tanques adicionales, de plástico negro, y los colocan en la planta baja. El resto de la gente acumula el agua en cubos.

La calidad del suministro es asimismo deficitaria. Un estudio de la

Autoridad Nacional Palestina de 1999 reveló que apenas una quinta parte del agua alcanzaba los niveles mínimos de salubridad. Según la UNRWA, en los campos de refugiados presenta niveles de nitrato seis veces superiores al máximo aconsejado por la Organización Mundial de la Salud.

Otra de las consecuencias de la merma en el servicio eléctrico es que se ha limitado el tratamiento de las aguas residuales. Se bombean contaminadas al mar. En su recorrido se filtran a los acuíferos, por lo que provocan un grave daño medioambiental. La quema de basura y residuos tóxicos en las calles ha degradado la calidad del aire.

Salgo con una bolsa de plástico que contiene cinco bocadillos. Los comeré en casa. Las sombras que pueblan el restaurante de Ahmed se extienden por toda la ciudad. Son las fugaces luces de los coches, y el destello de las velas y las lámparas de gas que iluminan algunas tiendas, las que me permiten adivinar el camino.

Mientras recorro el bulevar Omar el-Muktar, eje principal de esta urbe de 400.000 habitantes,[4] la más grande y poblada de toda la franja de Gaza, dos niños harapientos se me acercan. *«Hello, hello»*, me dicen. Quieren ayuda. Saco las diminutas monedas de un shequel que llevo en el bolsillo y se las entrego.

Kayed me ha dicho que antes no había pequeños mendigando en las calles. Es algo nuevo. No puedo dejar de pensar que este lugar se parece cada día más a Calcuta. La suciedad que todo lo cubre, los desperdicios que se acumulan por doquier, las ratas, los insectos, sólo faltan las familias envueltas en telas harapientas amontonadas en las aceras.

Gaza nunca fue próspera, la administración israelí realizó escasas inversiones durante las décadas de ocupación, la mantuvo siempre postergada, al margen de cualquier posibilidad real de progreso material. Sin embargo, desde el comienzo de la Segunda Intifada, en el año 2000, la miseria no ha dejado de aumentar. El proceso se ha agudizado de forma dramática a lo largo de estas últimas semanas, con la puesta en marcha de la operación Lluvia de Verano. En junio de 2006, el 87,7% de los hogares de la franja vivía por debajo del umbral de la pobreza.[5]

Jan Egeland, subsecretario general para Asuntos Humanitarios de la ONU, en declaraciones que han tenido escaso impacto en la comunidad internacional, ha alertado de que la ofensiva militar israelí

en represalia por el secuestro del soldado Gilad Shalit está dejando Gaza «al borde del abismo».[6]

Al final del bulevar Omar el-Muktar, escucho que me llaman nuevamente: *«Hello, hello.»* Otro niño harapiento, con la cara sucia, avanza rápidamente hacia mí. No tendrá más de cinco años. Lo más probable es que los otros pequeños, a los que di varias monedas hace unos minutos, le hayan hablado de mí.

«*Esh esmak?*», le pregunto para saber su nombre. «Jamal», me responde con voz atiplada. Sus grandes ojos negros brillan en la penumbra, expectantes, ilusionados. No tengo más dinero. Le doy la bolsa con los bocadillos de *falafel*. La abre, mira su interior y sonríe. Acto seguido, sale corriendo hacia donde se encuentran sus amigos.

Cuando el tanque Merkava apunta en dirección a donde me encuentro, bajo rápidamente la cámara y me parapeto detrás del muro de hormigón que limita la terraza del hospital Mohamed al-Dura. Durante unos instantes espero la explosión, pero ésta no se produce.

Sentado en el suelo, presto atención al sonido de cada disparo, de cada detonación, de cada obús, tratando así de vislumbrar lo que está sucediendo en las entrañas del barrio de al-Shojaeya, a menos de un kilómetro de la frontera, en la zona oriental de la ciudad de Gaza. Escucho el insistente ronroneo de los aviones no tripulados, que giran invisibles en el cielo, mientras buscan objetivos sobre los que descargar sus misiles.

Aguardo unos instantes antes de volver a incorporarme. Me tiemblan las manos. Paso rápidamente las fotografías que he sacado hasta el momento. Observo en el visor digital de la cámara imágenes de familias palestinas que corren por la calle huyendo de los blindados, tanques que disparan, que giran sobre sí mismos, que vacilan antes de seguir, que avanzan por la tierra dando botes, abriéndose paso entre densas hileras de naranjos y olivos. Ésta es la primera vez desde que llegué a Gaza que me encuentro en un sitio que me permite seguir con tanta claridad los progresos de las tropas hebreas.

Cierro los ojos. Analizo la infernal sinfonía que me rodea, realizando el mayor esfuerzo posible por captar cada uno de sus matices. Comprendo, como en una revelación, que la guerra es una experiencia auditiva. Los proyectiles que parten de los helicópteros

Apache con una suerte de seseo, como cuando se intenta encender una cerilla; el estruendo brutal, sobrecogedor, de los aviones F-16; la extraordinaria variedad de tonos, cadencias y reverberancias que caracterizan a cada tipo de proyectil, desde los Hellfire hasta los obuses de 155 milímetros, dependiendo de quién lo lance y del objetivo contra el que impacte.

Me asomo por encima del muro y descubro que el tanque que me apuntaba ha seguido avanzando, adentrándose en las calles del barrio de al-Shojaeya. Su lugar lo ocupa otro blindado. Decenas más bajan desde la frontera hasta alcanzar una explanada en la que se van acomodando, en la que maniobran sin cesar, como en una coreografía, como si bailasen al ritmo de la música de sus propios disparos, del ruido ensordecedor de sus motores de gasoil, mientras tres excavadoras verdes, con los cristales cubiertos de reja, se afanan en limpiar el terreno, también infatigables, también dando la impresión de seguir el atolondrado compás de esta danza demencial, al tiempo en que arrancan árboles, tumban empalizadas y pisotean los cultivos.

Uno de los blindados, que se ha parapetado tras una pequeña vivienda, levanta su cañón y dispara contra un edificio cercano. Una nube polvo, de material que vuela por los aires, sale de la novena planta. La brisa que sopla en la franja de Gaza me trae un sutil olor a hormigón, a pólvora, a humo.

Desde una esquina de la terraza veo dos ambulancias de la Media Luna Roja paradas en medio de la calle. Veo a unos niños subidos a un carro de madera cargado de tomates y tirado por un burro que vacilan durante unos instantes, pero que finalmente se arriesgan a ir en dirección contraria a la que se encuentran los tanques. Después pasan dos mujeres con sus hijos en brazos, que huyen con desesperación de los disparos, pegándose a las paredes de las casas.

Uno de los médicos del hospital está en la puerta y me mira con preocupación. Imagino que en cualquier momento me pedirán que me vaya, así que apuro las últimas fotos. Otro disparo de tanque, profundo, brutal, ahoga durante un segundo los demás sonidos de la guerra. Ahora es la séptima planta del edificio la que acusa el golpe, la que estalla por los aires y cae al vacío en un confuso magma de trozos de ladrillo, cristal y cemento. Ojalá sus habitantes hayan logrado huir a tiempo.

Ráfagas de ametralladoras. Respuestas aisladas de Kaláshnikov.

Nuevos disparos de ametralladoras. Las ambulancias encienden sus sirenas, pero no se mueven. Seguramente están esperando a que el ejército israelí, a través de la Cruz Roja Internacional, les dé permiso para acercarse a recoger a los muertos y heridos.

Kayed aparece en la puerta de la terraza. Me hace una seña con la mano. Guardo la cámara en el bolso y, agachado, corro hacia él. «Nos tenemos que ir —me dice—. Parece que los tanques vienen hacia aquí.»

Cuando llegamos a primera hora de la mañana al hospital pediátrico Mohamed al-Dura, su director, Sami Abu Haifa, nos dijo que no había problema, que podía subir a fotografiar a los blindados. Es más, los médicos se asomaban con curiosidad por las ventanas para poder seguir también el progreso de las unidades del Tsahal (nombre con el que se conoce en hebreo a las Fuerzas Israelíes de Defensa), y comentaban lo que estaba sucediendo, mientras en la televisión de la sala de guardia la cadena al-Yazira emitía imágenes de esos mismos modelos de Merkava, alargados, de color ocre, pero a cientos de kilómetros de distancia, luchando por abrirse paso hacia el río Litani en el sur del Líbano.

Ahora las salas y pasillos están desiertos. Tanto los niños como sus madres, así como buena parte de los médicos y enfermeras, se han ido. Si no llevase tiempo aquí podría pensar que el temor de las autoridades del hospital carece de fundamentos. Los tanques no pueden disparar contra un centro de atención médica. Pero lo cierto es que quienes trabajan aquí aún preservan el dolor de una reciente tragedia.

El 13 de junio, un helicóptero Apache disparó contra un coche que circulaba por el barrio de al-Tufa. En su interior viajaban dos miembros de las brigadas al-Quds, brazo armado de la Yihad Islámica.[7] Inmediatamente, varios médicos y enfermeros del hospital se acercaron para tratar de auxiliar a uno de los dos hombres, que continuaba con vida.

A pesar de ver que numerosos vecinos habían salido de sus casas, y que el personal médico estaba allí con una ambulancia, el helicóptero israelí disparó un segundo misil. Murieron diez civiles. Más de treinta resultaron heridos. Entre los fallecidos había dos niños y cuatro empleados del hospital Mohamed al-Dura.

El mismo nombre del hospital es un recordatorio de lo

indiscriminadas que suelen ser las acciones de las fuerzas del Tsahal en Gaza, del poco interés que muestran en discernir entre combatientes y civiles. Mohamed al-Dura era un niño de doce años de edad que murió el 30 de septiembre de 2000 de un disparo, cuando volvía con su padre de la ciudad de Gaza. Había ido a vender el viejo Fiat de la familia. En unas imágenes estremecedoras, que fueron repetidas por televisiones de todo el mundo, y que se convirtieron en un símbolo del asesinato de inocentes durante la Segunda Intifada, se ve el momento en que las balas israelíes alcanzan al pequeño, que intentaba protegerse tras las espaldas de su progenitor.

Lamentablemente, a pesar de la claridad del testimonio captado por los reporteros, algunos periodistas se encargaron de lanzar versiones que culpaban a los palestinos de lo ocurrido, como sucedería más adelante con la muerte en la playa de la familia Galia, el día 9 de junio. Parecía ser una constante: cuando alguno de los asesinatos del Tsahal salía a la luz, poco tardaba en aparecer alguna voz escéptica que negaba los hechos. Quizá como una forma de dar a la gente bienpensante, de clase media israelí y de Occidente, una excusa para atenuar la culpa, para mirar hacia otro lado, para poder decir en la oficina, en la cola del supermercado o en la cena con amigos: «Fueron los palestinos, que usan a sus hijos como escudos humanos.»

Robert Fisk, corresponsal del periódico británico *The Independent*, y uno de los observadores más cualificados y solventes de la realidad en Oriente Próximo, donde lleva trabajando más de treinta años, disipa toda duda en su libro *La gran guerra por la civilización*. Menciona que el ejército rápidamente destruyó el muro tras el que se había refugiado Mohamed al-Dura, para borrar así las posibles pruebas. «Los periodistas occidentales que investigaron las matanzas llegaron a la conclusión de que los israelíes habían disparado tanto al hijo como al padre, el cual sobrevivió, aunque es posible que los soldados israelíes responsables no les hubieran visto al otro lado de la pared», afirma.

Un dato fundamental que no aparece reflejado en la crónica de Fisk, y que de algún modo será un anuncio de lo que sucederá a los cuatro empleados del hospital Mohamed al-Dura, es que el conductor de ambulancia que trató de acercarse a auxiliar a Mohamed recibió un tiro en la cabeza.

De todos modos, la operación Lluvia de Verano ha terminado con esta estrategia de negar los hechos y culpar a los palestinos, o a los

propios fallecidos, de las muertes perpetradas por el Tsahal. Es tan alta la cantidad de civiles que fallecen cada día, que no hay tiempo suficiente para decir que no es cierto, para difamar la memoria de los muertos y manipular a la opinión pública.

Esta semana comenzó con el impacto de un misil contra el carro tirado por un burro en el que viajaban la abuela Hiriya y su nieto Nadi cuando volvían de trabajar en el campo. Ayer martes, un adolescente, Ashraf Awad, de 14 años, perdió la vida al ser alcanzado por la bala de un francotirador israelí que le disparó desde la frontera. Por otra parte, los médicos declararon muerto a Jader al-Magari, el hombre sordomudo del campo de al-Magazi.

No obstante, hoy, miércoles 27 de julio, será el peor de todos desde que comenzó la operación Lluvia de Verano. Los tanques han entrado a primera hora por el este de la ciudad de Gaza, adentrándose en zonas densamente pobladas.

Abandonamos las instalaciones del centro médico Mohamed al-Dura para ir al hospital Shifa, que es adonde están llegando los heridos y muertos de esta nueva incursión.

La radio informa de que los tanques acaban de entrar también por la carretera Saladino. Hace unos minutos, cerca de la fábrica de Seven-Up, un civil, Hani Heila, de 28 años, ha muerto de un disparo en el pecho. Como consecuencia, nos vemos obligados a improvisar un nuevo camino, distinto al que recorrimos esta mañana para venir aquí. Los dos médicos que viajan con nosotros en el coche van guiando a Kayed a través del complicado laberinto de callejuelas.

Nos movemos con lentitud, sin superar los cuarenta kilómetros por hora, para no llamar la atención de los aviones no tripulados, pero también por los milicianos que vamos encontrando a nuestro paso. Parapetados tras montículos de tierra y bolsas de arena, o simplemente a la sombra de algún árbol, aguardan la llegada del enemigo. La mayoría son jóvenes, están solos y llevan el rostro descubierto. Visten vaqueros, zapatillas y camisetas negras. Mientras esperan observan el cielo con atención, fuman o preparan sus fusiles.

Me sorprende la tranquilidad que demuestran. Hacer frente a uno de los ejércitos más modernos y eficientes del mundo, sólo con un AK-47, y en el mejor de los casos con un M-16 o un lanzagranadas RPG, significa entregarse a una lucha desigual, perdida de antemano,

en la que tienen altísimas posibilidades de resultar heridos o perder la vida. Sin embargo, cada uno de los ataques israelíes ha sido contestado por decenas de paramilitares. A medida que nos movemos, me pregunto cuál de todos esos hombres de mirada expectante, de mandíbulas apretadas, estará viviendo sus últimas horas, o quizá minutos.

Una de las tantas calles que recorremos no tiene salida. Así que regresamos marcha atrás para perdernos a continuación en otra arteria de la ciudad. A medida que nos alejamos del epicentro de los combates y de su desquiciante cacofonía, encontramos a más personas en las aceras. En una esquina, dos milicianos de aspecto mayor, que sí llevan el rostro oculto bajo pasamontañas, preparan una trampa para los tanques con explosivos caseros y alambres. Varios niños los observan con curiosidad.

No parecen muy en forma. Kayed me explica que son seguramente habitantes del barrio que llevan vidas normales, y que se arman cuando se produce alguna incursión armada, en un modelo de milicia popular similar al de Hezbolá en el valle de la Bekaa y en el sur del Líbano. Se cubren el rostro para que sus vecinos no los reconozcan. Muchos tienen miedo a las delaciones de los colaboracionistas o a los asesinatos selectivos del Tsahal.

A través de las llamadas de los oyentes, y del testimonio de sus corresponsales, las emisoras de radio informan del progreso de los blindados. Van dando consejos sobre las zonas por las que no se puede circular. Abren los teléfonos a personas que piden ayuda, como una familia que se encuentra atrapada en su casa debido a la presencia de los tanques.

Con voz angustiosa y desesperada, una mujer dice que está junto a sus hijos, y que necesitan salir de allí, que los disparos pasan cada vez más cerca. El locutor intenta tranquilizarla, le dice que llamará a la Media Luna Roja para ver si pueden acercarse con una ambulancia.

Entre los bloques informativos suenan canciones concebidas para levantar el ánimo de la población. Himnos de apariencia militar, en los que voces masculinas entonan letras que hablan del final de la ocupación, de la lucha armada contra el enemigo sionista, de la bendición de Alá a quienes combaten en su nombre, todo sobre un ritmo marcial de redobles de tambores. La otra música de esta guerra.

Cada sirena de ambulancia que resuena en la distancia, con dos notas estridentes que se alternan sin cesar, pone en alerta a quienes están en la entrada del hospital Shifa. Los enfermeros sacan las camillas, los periodistas preparan sus equipos, y la infaltable concurrencia de vecinos ociosos, que quiere ver qué sucede, se amontona expectante tras los militares de la Autoridad Nacional Palestina que intentan poner cierto orden en medio del caos.

Una desvencijada camioneta Suzuki, con la media luna roja pintada en las puertas laterales, cruza la verja, avanza por el canto rodado y frena violentamente. En su interior hay dos hombres. Uno en el suelo y el otro en una camilla. El personal sanitario maniobra con rapidez, se hablan a gritos para poder escucharse en medio de la multitud. Los que llegan desde el frente están cubiertos de polvo y llevan chalecos antibalas, a diferencia de los que trabajan en el hospital.

El primer hombre al que bajan aprieta las mandíbulas y cierra los ojos musitando palabras sueltas, lamentándose de dolor. Tiene el brazo derecho desgarrado por cortes tan profundos que han dejado expuesto el hueso. Lo mueven con cuidado, para que no sufra, y lo llevan hacia la sala de emergencias.

El segundo hombre está muerto. De la cabeza a los pies lo cubre una sábana blanca estampada con letras en árabe y pequeñas flores rojas. Dos enfermeros lo ponen en una camilla. Un tercero se acerca a ellos y coloca una bolsa transparente sobre las botas marrones que sobresalen en un extremo del cuerpo sin vida. En su interior hay un brazo, doblado sobre sí mismo, con el puño cerrado.

Intento entrar en la sala de guardia. Normalmente me dejan pasar. Sin embargo, hoy un miliciano me cierra el paso. Intento convencerlo: «*Ana sahafi*, España.» Me dice que no con la cabeza, parece importarle poco que sea periodista y que venga de España. Lo más probable es que haya dentro algún líder de la resistencia, y que no quieran que su foto salga en los periódicos.

Lamento que Kayed no esté conmigo. Sé que habría logrado convencer al miliciano. Me da la sensación de que conoce a todo el mundo en Gaza y tiene una extraordinaria capacidad para encontrar información, además de ser un buen compañero, leal, sin quejas, comprometido. Por algo ha trabajado regularmente con otros *sahafi* de España que llevan años en la profesión como Ramón Lobo o Fran

Sevilla.

Pero hoy era importante que se fuera a casa temprano. Las últimas noticias que recibimos señalan que los tanques se están acercando a Yabalia. Mejor que esté con su mujer y sus hijos por si algo malo sucede.

Los pasillos y salas de espera del hospital están repletos: amigos y familiares de los heridos que aguardan con expresión de angustia, con la mirada absorta, que reciben con un abrazo a los que acaban de llegar, muchas veces entre lágrimas, y que les cuentan cómo se encuentra la persona a la que han venido a ver. Otros van de cama a cama, buscando a sus seres queridos, desesperados, interrogando a médicos y enfermeras.

Cada muerto, cada herido, hace que el dolor se disemine a través de la comunidad a la que pertenece la persona. El disparo certero de un fusil, el obús de un tanque o el misil de un avión no tripulado alcanzan resonancias mucho mayores de las que se perciben desde fuera del conflicto, son el primer eslabón de una extensa cadena de sufrimiento.

En la segunda y tercera planta es tal la cantidad de pacientes ingresados que algunos yacen fuera de las habitaciones, tendidos en camillas, conectados a bolsas de suero.

Me encuentro con el doctor Juma al-Saqq, portavoz del hospital. Está muy ocupado, sólo tiene unos segundos. Me confirma que, desde que comenzara el avance del ejército israelí esta mañana en al-Shojaeya, al menos diez personas han ingresado sin vida, y otras cuarenta heridas. Entre los fallecidos está Bara Nasser, una niña de tres años alcanzada por el misil que disparó un avión no tripulado a las cinco de la mañana.

Una vez más se queja de la falta de corriente eléctrica, que los obliga a utilizar motores de gasolina para mantener las máquinas en funcionamiento. De la ausencia de algunos medicamentos, debido al bloqueo israelí de las fronteras. Carecen del 30% de los genéricos que utilizan. Finalmente, me dice que una vez más han encontrado pruebas de que Israel está utilizando armas nuevas, desconocidas hasta el momento, con una metralla microscópica que podría contener agentes químicos, que quema la piel, que afecta a los órganos internos de forma inexplicable, y que los obligan a realizar más amputaciones que de costumbre, porque destruye de forma brutal, como si los

arrancase, los miembros de los heridos.

En uno de los pasillos se han reunido los tíos y primos de Ibrahim al-Atla, cámara de la emisora pública Palestine Broadcasting Corporation, de 26 años de edad, que recibió varios disparos por parte de comandos del Tsahal cuando estaba filmando esta mañana en al-Shojaeya. Otro periodista también ingresó con heridas. Si la semana pasada en al-Magazi fueron los conductores de ambulancia, hoy parece que son los reporteros los que caen víctimas del fuego indiscriminado.

«Tiene heridas en el corazón, en el brazo y en la espalda —me dice Mohamed Ibrahim, el tío de Ibrahim al-Atla—. Lleva cuatro años trabajando. Es un buen chico, no hace mal a nadie. Sólo quería mostrar al mundo lo que nos están haciendo los israelíes, por eso hacía este trabajo.» La esposa de Mohamed, que está sentada a su lado, se cubre la cara con las manos hasta que no aguanta más y rompe a llorar. Lleva un *hiyab* verde y le faltan varios dientes. No se puede contener. En medio de las lágrimas y convulsiones, se pregunta con la voz rota por qué los soldados hebreos los están matando de esta manera. La semana pasada asesinaron a su hijo, y hoy dispararon a su sobrino.

Vuelve a escucharse la sirena de una ambulancia. En esta ocasión, los enfermeros sacan a un joven con una herida profunda de metralla en la espalda. Me empujo con otros periodistas para encontrar sitio y poder hacer algunas fotos. Un niño, que está a mi lado, mira con los ojos bien abiertos a ese joven que llora de dolor a medida que se aleja en la camilla.

Segundos más tarde, un Peugeot 504, viejo y oxidado, frena violentamente. De la parte delantera baja un hombre que carga a un pequeño con las piernas cubiertas de sangre.

La opinión de los periodistas que aguardan en la puerta es similar: se trata de la peor incursión hasta el momento. La multitud que se ha congregado en el hospital así lo demuestra. En las ventanas de las cuatro plantas no queda un espacio libre: hombres y niños aguardan a que llegue la próxima ambulancia. Lo mismo sucede en los bancos de la entrada, en el aparcamiento, a la sombra de los pocos árboles que hay delante del hospital, no cabe más gente. A mi alrededor se juntan varios niños, que me miran con evidente curiosidad. El *sahafi* extranjero, que se ha tomado un descanso y se ha sentado en el suelo

a fumar un cigarrillo.

Le pido a Mohamed, un reportero de radio Manar, que le pregunte a uno de los pequeños por qué está aquí, si tiene algún familiar herido. Se sorprende al escuchar que me intereso por él. Sus amigos se ríen.

Su nombre es Mahmud, tiene once años.

—Vivo aquí cerca. Vengo cuando hay mucha gente —responde.

—¿Y qué sientes cuando ves todo esto? —quiero saber.

—No sé, tristeza, después, por la noche, pienso en los *yahid*.

Otra noche de escaso sueño en Gaza. Los cazabombarderos recorren el cielo con un ronco estruendo que hace vibrar los cristales. Vuelan sobre el mar. Sólo giran y se adentran en tierra firme cuando se dirigen a su blanco. Lanzan misiles contra tres casas de activistas de Hamás en el barrio de Yabalia.

A las 6.30 de la mañana, una anciana de 75 años parte junto a su hijo y sus cuatro nietos hacia la propiedad de Motaz Kuhail, en la que se dedican al cultivo de berenjenas, también en Yabalia. Cuando se disponen a empezar su labor habitual, les caen, a escasos metros, tres obuses disparados por los tanques israelíes que ayer entraron por los barrios del noreste de la ciudad de Gaza.

Según el hijo de la mujer, Mohamed al-Nayar, de 52 años, los proyectiles impactaron en el camino que tomaban para ir a su casa, por lo que no se atrevieron a huir. Fue un cuarto disparo, efectuado en cuestión de segundos, el que terminó con la vida de su madre. «Como no sabía qué hacer, me agaché y me cubrí la cabeza con los brazos —explica Mohamed—. Después de la explosión me acerqué para ver qué había sucedido. Los niños gritaban. La metralla le había arrancado la cabeza a mi madre.»

Las ambulancias tardaron media hora en llegar. Abrazado a sus hijos, Mohamed aguardó con desesperación. Seis obuses más cayeron en ese lapso.

Una noche sin descanso en Gaza. Y una mañana cargada de noticias desgarradoras en este segundo día de presencia de los tanques israelíes en la periferia de la ciudad. Al asesinato de la anciana se suma la muerte de una mujer y sus hijas. Sucedió ayer a las seis de la tarde. Estaban en el salón de su casa cuando el disparo de un blindado

destruyó la vivienda.

Nos dirigimos con Kayed al funeral de la madre y las niñas. La urbe sigue conmocionada, en pie de guerra. No se sabe hacia dónde pueden progresar las fuerzas hebreas.

Todas estas vidas de civiles segadas en tres días. Le pregunto a Kayed qué explicación puede haber para tanto derramamiento fútil de sangre. ¿Por qué están haciendo esto? ¿Qué razón puede haber? «Para dar por culo a los palestinos, Hernán —me dice con acritud. Una frase que ha repetido en numerosas oportunidades y que reiterará en el futuro—. Para dar por culo.»

Disparos al aire. Aullidos de dolor, lamentos, gritos de venganza. Y una muchedumbre que aparece al final de la calle, que surge de la nube de polvo que se levanta de estas arterias sin asfaltar.

Encabezan el cortejo, que se mueve a paso rápido en dirección a la mezquita, hombres con fusiles AK-47 y banderas de Hamás, Fatá y la Yihad Islámica. Detrás, en lo alto de una camilla de lona gris, viene la más pequeña de la familia, Shahd, de ocho meses de edad, amortajada y con expresión de honda serenidad en el rostro.

Kayed me coge del cinturón para que pueda caminar hacia atrás sin llevarme por delante a nada ni nadie mientras saco fotografías. Un miliciano de cabello pelirrojo, que también avanza apretujado en medio del gentío, descarga su fusil en el aire. Agachamos la cabeza instintivamente.

Pasa un segundo grupo de hombres que transportan en otra camilla gris al cadáver de otra niña: María, de cinco años, que también va amortajada, aunque los vendajes que lleva alrededor del rostro están cubiertos de sangre. Los ojos abiertos, mirando hacia el cielo plomizo e incandescente que cuelga sobre la procesión.

En la escalera que asciende hasta la mezquita de Yabalia la multitud se detiene. Suben la camilla que lleva a Shahd, después la de María, y, finalmente, la tercera, en la que va el cuerpo de Asma Alí Okal, la madre de las niñas; éste sí, cubierto de la cabeza a los pies.

El silencio y la sobriedad que imperan en este humilde templo de paredes de yeso y moquetas gastadas, parecen atemperar la furia de quienes han venido a despedirse de las mujeres.

Antes de entrar en la sala principal, nos quitamos el calzado, que

dejamos junto a la interminable hilera de zapatos y sandalias que se solapan y se superponen contra la pared.

Los cuerpos han sido colocados sobre esterillas, al fondo de la mezquita. Niños y adolescentes se empujan para poder verlos de cerca. Un anciano lee el Corán sentado junto a los cadáveres. Es tal la cantidad de gente que por momentos cuesta respirar.

Observamos con detenimiento a las niñas y a su madre. La extraña luz que emana del rostro de Shahd, la sensación de bienestar y placidez que transmite con sus grandes pupilas negras, latentes, me causan una profunda impresión. Parece como si estuviera inmersa en una agradable ensoñación de imágenes placenteras, situada en algún lugar que oscila entre la vigila y el mundo de los sueños. Varias heridas le surcan el rostro. La principal se encuentra en la nariz. Una gran mancha roja.

Su hermana, María, tiene una parte del cráneo brutalmente hundida, lo que da a su cabeza una fisonomía perturbadora. Las diminutas pupilas miran en direcciones opuestas, seguramente a consecuencia del impacto de la metralla.

Se produce una nueva conmoción de empujones, de palabras perdidas en medio del tumulto. Se agrega un cuarto cadáver, que es mucho más voluminoso que los demás. Es la abuela de la familia al-Nayar, que esta madrugada salió a trabajar en el campo para cultivar berenjenas junto a su hijo y sus cuatro nietos. Le hago varias fotografías, aunque está completamente tapada. Pienso en que la onda expansiva del proyectil le arrancó la cabeza. Pienso en el trauma de los niños.

—El padre está en primera fila —me dice Kayed—. Parece destrozado.

—Fíjate si después podemos hablar con él. Aunque sea unas palabras, creo que sería importante. ¿Sabes algo de las otras hermanas?

—A una la internaron en el hospital Shifa.

—¿Y la otra?

—Parece que está bien, que sólo tiene unos traumatismos —me explica. Y acto seguido agrega, con gesto cansado, de extenuación ante tanto sinsentido—: Me acaban de decir que la madre estaba embarazada de siete meses. Esperaba su primer niño.

A las dos de la tarde, los cuerpos salen de la mezquita. La procesión es aún más multitudinaria que antes. Una vez en el cementerio, no necesito que Kayed me señale a Samir Okal para saber quién es. En medio de la multitud, sitiado por el dolor, con gesto inconsolable, observa cómo sus amigos y familiares cavan apresuradamente las tumbas en las que reposarán los tres cuerpos sin vida.

Samir Okal es un obrero de 32 años. Ayer, a las 18.50, cuando el obús de un tanque israelí cayó en el salón de su modesta casa del barrio de Ash Shaaf, perdió en unos segundos aquello que había construido durante años.

Los cadáveres son colocados en las fosas. La tierra los ahoga. Un líder de la comunidad, de barba blanca, se dirige a la multitud. Se queja de que el mundo ha olvidado a Gaza y pide a Dios que acoja en su seno a estos mártires de Yabalia. Por momentos, Kayed no llega a escuchar lo que dice este hombre, porque los estruendos de las bombas israelíes parecen caer cada vez más cerca. «No nos dejan enterrar a nuestros muertos en paz», se queja uno de los asistentes. La breve ceremonia termina con una plegaria.

Samir Okal, que está rodeado por sus parientes cercanos, hace una declaración a la televisión palestina: «¿Dónde están los líderes de los países árabes que tanto dicen apoyar al pueblo palestino? ¿Dónde está Europa? ¿Dónde está la ONU? No ven que nos están matando como a animales.»

Tratamos de hablar con él, pero se va. Nos acercamos a su hermano, Mohamed. Le pregunto qué opina de lo ocurrido, pero permanece en silencio. Un hombre que está a su lado lo alienta: «Vamos, cuéntale lo que están haciendo a nuestros hijos.» Y él, con cansada ironía me mira y me dice: «No, Israel ha hecho bien en asesinar a la pequeña Shahd, era una terrorista, tenía un lanzagranadas debajo de la cama, yo lo vi.»

Partimos de regreso hacia el centro de Gaza. Más calles cortadas por barricadas y milicianos que siguen allí, esperando el avance de los tanques. En la radio dan el saldo de esta nueva incursión israelí. En poco más de un día, veinte muertos y sesenta heridos. La cifra total de fallecidos desde que empezó el conflicto el día 25 de junio, hace un mes y algunos días, asciende a 145.

En la sala de guardia del hospital Shifa nos encontramos con un

adolescente, Ahmed Amsha, que acaba de llegar con una herida de metralla en la cabeza. Estaba en la puerta de su casa, en Beit Hanún, cuando cayó un proyectil disparado por unidades del Tsahal desde la frontera. Horas más tarde, Ahmed perderá la vida.

Recorremos el hospital Shifa en busca de la única hija superviviente de la familia Okal. No resulta fácil. Kayed pregunta a los médicos que conoce si saben dónde puede estar la niña. Tras revisar las cuatro plantas del edificio principal, damos con ella en una vivienda contigua, que contiene una improvisada UCI. Se llama Sumaya y no hace mucho que cumplió 13 años de edad. Tiene la cabeza vendada, los ojos abiertos, desorbitados, y la lengua le cuelga de la boca.

El cirujano que la operó nos dice: «Tuvimos que sacarle buena parte del aparato digestivo, lo tenía destrozado, pero no pudimos hacer nada con la cabeza, está clínicamente muerta.»

---

1 Croquetas de puré de garbanzo, muy populares en la región.

2 «Estados Unidos se suma a la UE en su decisión de suspender las ayudas al Gobierno palestino», agencias, *El País* (7-4-2006). Según el Palestinian Central Bureau of Statistics, los ingresos de la Autoridad Nacional Palestina descendieron un 71 % en el año 2006. El bloqueo internacional a Hamás impidió asimismo la llegada de fondos de países árabes. Vuelvo sobre este tema en el capítulo 4.

3 United Nations Office for the Coordination of Humanitarian Affairs: «Gaza Strip Situation Report» (12-7-2006).

4 Humanitarian Information Centre. Para más información, véase el mapa interactivo con datos demográficos de Gaza, <http://www.humanitarianinfo.org/opt/Disengagement0805/Flash/OCHAoPtGz_WB_Dsng0805LowRes.swf>.

5 Palestinian Central Bureau of Statistics: informe julio 2006, <http://www.pcbs.gov.ps/Portals/_pcbs/PressRelease/pop_06e.pdf>.

6 «La ONU convoca una reunión urgente sobre Gaza y alerta de que está al borde de una crisis humanitaria», agencias, *El País* (30-6-2006).

7 Palestinian Centre for Human Rights: informe 23/2006,

<http://www.pchrgaza.ps/files/W_report/
English/2006/15-06-2006.htm>.

4

Casa tomada

Otra vez Qana. El mundo se ha despertado hoy con la noticia de una nueva masacre en este pequeño pueblo del sur del Líbano. Se habla de 56 víctimas mortales. Las labores de rescate no están resultando sencillas debido a que los bombardeos continúan. La cifra final será de 28 fallecidos, entre los que se contarán 14 niños.[1] Murieron mientras dormían.

Diez años antes, el 18 de abril de 1996, otra acción del ejército israelí terminó con la vida de 106 personas en Qana, en el marco de la operación Uvas de la Ira. Los mandos castrenses explicaron que se trató de un error de cálculo. Dijeron que en ese momento no tenían aeronaves en la zona para ver que estaban disparando contra un cuartel de Naciones Unidas en el que se habían refugiado más de 800 civiles libaneses.[2]

El vídeo grabado por un casco azul de la ONU, conseguido por el periodista Robert Fisk, muestra a un avión no tripulado volando por la zona durante el ataque.[3] Asimismo, varios testigos declararon que habían visto helicópteros de la aviación israelí.

Tal fue el estupor de la opinión pública que, dos semanas más tarde, Israel dio por terminada la operación Uvas de la Ira tras firmar un acuerdo con Hezbolá en el que ambas partes se comprometían a respetar a la población civil; aunque la ocupación del sur del Líbano continuaría hasta el año 2000.

La historia se repite. Ehud Olmert ha lamentado la muerte de inocentes. Su Gobierno ha argumentado que se les habían lanzado octavillas en las que se los conminaba a abandonar sus casas (no fueron pocas las familias que perecieron en sus coches bajo los misiles mientras huían hacia el norte).[4] También ha dicho que los fallecidos habían sido utilizados como «escudos humanos» por los combatientes chiíes.[5] Después, el Tsahal argumentaría que la verdadera causa de las muertes fueron los explosivos que Hebzolá tenía almacenados en la casa.[6]

En un artículo para *The Independent*, Robert Fisk escribirá: «Es como si Qana (cuyos habitantes pregonan que aquí es donde Jesús convirtió el agua en vino) hubiera sido maldecida por el mundo, condenada para siempre a sufrir tragedias. Y no hay duda de la procedencia del misil que mató a todos esos niños ayer. Vino de Estados Unidos, y en un fragmento se podía leer: "Para uso en MK-84 Bomba Guiada BSU-37-B." No hay duda de que el fabricante ya puede anunciar el "buen resultado en combate", porque destruyó completamente el edificio de tres plantas en el que vivían las familias Shalhub y Hashim.»[7]

Sarah Leah Whitson, de Human Rights Watch, dirá que se trató del «resultado predecible de la campaña de bombardeos indiscriminados por parte de Israel en el Líbano».[8] La Cruz Roja dejará claro que «avisar previamente a la población civil del inminente ataque no exime a Israel de sus obligaciones bajo las normas y principios del derecho internacional humanitario».

Con respecto a la excusa esgrimida sobre la presencia de milicianos en el pueblo, Robert Fisk se planteará varias preguntas: «¿Cómo puede un ciudadano impedir que Hezbolá lance cohetes desde su calle? Hezbolá se oculta entre las casas de civiles (igual que las tropas israelíes cuando entraron en Bint Jbeil la semana pasada también usaron los hogares de civiles para esconderse). ¿Puede esto ser excusa para una matanza de esta escala?»

En Gaza, esta nueva masacre en Qana ha sacado a la superficie los tristes recuerdos de tantos actos similares. Toda esta serie de explicaciones, disculpas y comisiones de investigación que articula el Gobierno de Ehud Olmert se vislumbra como algo incomprensible. Si se tiene el valor para asolar zonas altamente pobladas (la guerra en el Líbano terminará con la vida de más de mil civiles, y aquí se superará la cifra de cuatrocientos fallecidos), también se debería contar con el coraje para asumir sus consecuencias sin disculpas ni atenuantes.

Más aún si se tienen en cuenta declaraciones como las del ministro de Justicia, Haím Ramon, en los albores del conflicto: «Todo el mundo en el sur de Líbano es terrorista, de una u otra forma está relacionado con Hezbolá.»

En noviembre se llevará a cabo la matanza de Beit Hanún, en la que 19 miembros de la familia al-Atamna morirán por la noche, en sus camas. Ante la conmoción del mundo, asqueado tras la repetición de

hechos que se suceden con una similitud espeluznante, Ehud Olmert declarará un alto el fuego en Gaza.

Vistas desde aquí, las acusaciones a Hezbolá de emplear «escudos humanos» resultan también paradójicas. Dan la impresión de no ser más que otro engranaje de la guerra mediática.

El Tsahal tiene una larga historia de emplear a civiles palestinos como medio para protegerse de los ataques enemigos. Tanto es así que el Tribunal Supremo israelí declaró el 6 de octubre de 2005 que estas acciones son ilegales, respondiendo a la petición presentada por siete asociaciones de defensa de los derechos humanos en el año 2002.[9]

La organización Betselem, que se encontraba entre las demandantes, presentó datos que demostraban que el ejército israelí había utilizado de forma sistemática a palestinos no combatientes como medio de protección, obligándolos a realizar acciones militares que ponían en riesgo su seguridad y que terminaron con numerosas vidas, especialmente al principio de la Segunda Intifada. «Entrar en edificios por si hay bombas trampa, o para sacar a sus ocupantes; retirar objetos sospechosos de las carreteras que usa el ejército; permanecer dentro de las casas tomadas por los soldados para evitar que otros palestinos disparen; caminar delante de un soldado para protegerlo del fuego, mientras éste le apoya un arma en la espalda y muchas veces dispara por encima de sus hombros», señala un informe de Betselem.[10]

A pesar de la resolución judicial que prohíbe el uso de escudos humanos, en la operación Lluvia de Verano sigue siendo una práctica común. En cada uno de los ataques los soldados han tomado casas, para situarse como francotiradores, y han colocado a quienes allí moraban cerca de ellos con la intención de evitar que los milicianos palestinos les disparasen.

Junto a Kayed he recogido numerosos testimonios de casos como éstos en Beit Lahia, Beit Hanún y al-Magazi. El modo de proceder es siempre el mismo, por lo que no cabe duda de que responde a un protocolo de actuación del ejército. Los soldados se acercan en un tanque a la casa, que fue seleccionada con anterioridad. Lo suelen hacer en medio de la noche. Para entrar destruyen uno de los muros. No utilizan la puerta por miedo a que haya una bomba trampa.

Se bajan del carro de combate y, mientras un grupo mantiene

encañonada a la familia, los demás registran la vivienda. Después encierran a los palestinos en alguna habitación próxima al lugar en el que se van a parapetar.

En el sitio escogido para montar la base de operaciones, cubren los cristales con cartones y colocan bolsas llenas de arena que consiguen arrancando las baldosas. Después realizan, con martillos, agujeros en las paredes, a pocos centímetros del suelo, frente a los cuales se sitúan los francotiradores.

Uno de los casos denunciados por Betselem se produjo el día 17 de julio, en Beit Hanún. Un comando israelí entró en la casa de la familia Kafarna. A pesar de que en la calle se había desencadenado un intenso tiroteo, obligaron a las mujeres y niños a partir.

«Nosotros les decíamos que nos iban a matar, pero a los soldados no les importaba, nos gritaban “fuera, fuera” y nos apuntaban con sus armas. Uno de ellos nos tiró una bomba sónica que todavía hace que me zumben los oídos —me explica Mai Kafarna, estudiante de diseño de interiores, de 18 años—. Al final fue mi madre la que nos salvó. Se acordó de que la vecina siempre dejaba la puerta abierta para que entraran los animales. Con uno de los niños pequeños en brazos, que se había desmayado, se arrastró hacia allí y todos la seguimos. Cuando nos vio entrar, la vecina, que es una anciana, nos dijo que había escuchado tantos disparos que pensaba que estábamos muertos.»

Mientras tanto, los efectivos hebreos obligaron a los jóvenes de la familia a sacarse la ropa. Después les ataron las muñecas a la espalda y los subieron a la tercera planta.

«Nos dijeron que si levantábamos la vista nos mataban. Tenía tanto miedo que les hice caso y en ningún momento los miré a la cara. Algunos eran drusos de Galilea, que hablaban árabe —me explica Hassem, hermano de Mai, que tiene 14 años—. Sacaron armas y herramientas de las bolsas. Cubrieron las ventanas con siluetas de cartón con forma de militares. Arrancaron las baldosas. Hicieron agujeros en las paredes por los que disparaban con sus armas. Uno de ellos usaba un lanzagranadas.»

El comando israelí había elegido la residencia de los Kafarna porque estaba en una zona elevada desde la que podían dominar buena parte del barrio.

«El mayor de los soldados debía de tener 25 años. Cuando no

estaban disparando recorrían la casa buscando cosas de valor. Nunca nos devolvieron los teléfonos móviles. También rompían las cosas, arrancaban las páginas de los libros, tiraban los adornos al suelo, los pisaban —prosigue Hassem—. Uno se cortó la mano con los platos de la cocina, y se la tuvieron que curar. Dejó las paredes de la habitación manchadas de sangre.»

Hassem permaneció retenido durante doce horas, en cuclillas, contra una pared. Sólo en un par de oportunidades le permitieron ir al baño. Los adultos, encerrados en una casa adyacente, perteneciente también a la familia, sufrieron palizas y abusos. Uno de ellos fue detenido y llevado contra su voluntad a Israel.

«De pronto, metieron todo en sus bolsas y nos obligaron a bajar con ellos. Me dolía todo el cuerpo, las rodillas, las piernas. Por suerte nos habían dejado ponernos las zapatillas, porque las escaleras estaban cubiertas de cristales —me explica Hassem—. En la planta baja nos dijeron que miráramos a la pared. Pensé que en ese momento nos iban a pegar un tiro en la nuca.»

Pero los soldados se subieron al blindado y se fueron. Antes de partir, el oficial a cargo se acercó, le puso la mano en el hombro y le dijo: *«Salma, Yasahbi»* (adiós, amigo).

«Cuando volví a mi habitación y vi lo que habían hecho sentí rabia. Mi cama estaba patas arriba, mis cosas en el suelo. Había balas, sangre —me dice Mai—. Esa noche tuve pesadillas. No quiero volver nunca más a esa casa.»

Una vez que estuvo fuera de la vivienda, Assa Kafarna, madre de Mai y Hassem, llamó por el teléfono móvil a las oficinas de Betselem para denunciar lo que estaba sucediendo. Uno de los miembros de la organización, Nayib Abu Rokaya, se puso en contacto inmediatamente con el despacho de coordinación para Gaza del ejército israelí. El capitán Haím Sharbit, asesor legal de las fuerzas armadas, le respondió que nada podía hacer porque «no estaba familiarizado con el incidente».[11]

Posteriormente, el testimonio de Assa Kafarna fue empleado por Betselem para presentar una denuncia ante el fiscal general del ejército en la que solicitaba que ordenara a la policía militar la apertura de una investigación.

La IV Convención de Ginebra, en su artículo 27, señala que los

civiles que se encuentran en manos de militares «siempre serán tratados con humanidad y protegidos especialmente contra cualquier acto de violencia o de intimidación».

El artículo 28 de esta herramienta fundamental del derecho internacional prohíbe de forma expresa el empleo de no combatientes como escudos humanos en infraestructuras militares para prevenir ataques del enemigo. El comentario oficial de la Convención hace referencia al uso «cruel y bárbaro» de esta táctica durante la Segunda Guerra Mundial.

Otro barco que ha naufragado en el desierto. El puente más grande de Gaza, situado en la carretera Saladino, está de rodillas sobre la arena, partido en dos. Los coches, camionetas y carros tirados por burros se desvían y avanzan dando tumbos por una precaria carretera paralela.

Tras el secuestro del soldado Gilad Shalit, Ehud Olmert declaró que iba a «presionar» a los palestinos hasta que el joven cabo fuera liberado. Tres días de preparativos, amenazas, movimientos de tropas. El 28 de junio la operación Lluvia de Verano desató su furia sobre Gaza.

Fue tal la «presión» que todos los puentes volaron por los aires. Los aviones los fueron bombardeando uno tras otro. También la central eléctrica, construida por la compañía Enron, y que proporciona la luz que consume el 40% de la población, tuvo el poco tino de ubicarse en el camino de los proyectiles (de los 210 megavatios de electricidad que requiere la franja de Gaza, 90 eran suministrados por esta planta y los 120 restantes por la Compañía Eléctrica Israelí).[12] «Misiles fabricados en Estados Unidos que destruyen la central eléctrica construida por una empresa de Estados Unidos», me dirá el prestigioso periodista israelí Gideon Levy en su casa de Tel-Aviv.

No importaba que hubiese gente en Gaza que se opusiera al secuestro, que lo criticara abiertamente, que ni siquiera se hubiera enterado de que se había producido, todos debían ser presionados, todos debían pagar por la desaparición del soldado; la lógica que luego esbozaría el ministro de Justicia Haím Ramon en relación al sur del Líbano puesta en práctica con los palestinos.

En Gaza se dice que el secuestro de Gilad Shalit proporcionó al Gobierno de Olmert la excusa perfecta para legitimar y dar una mayor

dimensión a las acciones que estaba llevando a cabo desde que Hamás ganó las elecciones en enero. Es cierto que el bloqueo ya estaba en marcha, y que el ejército israelí llevaba meses bombardeando la franja de Gaza.

En este sentido, la acción de la insurgencia palestina no tomó por sorpresa a las autoridades israelíes, que esperaban una serie de ataques como respuesta al asesinato de la familia Galia. Ese mismo día, Hamás anunció que levantaba el alto el fuego que había declarado unilateralmente y que llevaba un año y medio respetando.

Lo que sí resultó sorprendente fue que los miembros de los Comités Populares de la Resistencia hicieran prisionero a un soldado, ya que había pocos antecedentes similares. En 1994, un comando de Hamás capturó al soldado Nahshon Waxman, exigiendo a cambio la liberación de 200 prisioneros de la organización entre los que se encontraba uno de sus fundadores, el jeque Ahmed Yasín. El primer ministro en aquellos tiempos, Yitsjak Rabín, declaró públicamente que Yasir Arafat era responsable del bienestar del militar, y este último puso a los hombres de sus fuerzas de seguridad a buscarlo.[13]

El Shin Bet, servicio de información y seguridad de Israel, creía que el soldado estaba en algún lugar de la franja de Gaza. Cientos de militantes y mandos de Hamás fueron detenidos por orden de Arafat. Finalmente, descubrieron que no se encontraba en territorio controlado por la Autoridad Nacional Palestina, sino en Yenín. Los líderes hebreos se negaron a negociar y ordenaron a un grupo comando entrar por la fuerza. Como consecuencia, los tres captores y el rehén perdieron la vida.

A partir de ese momento, las fuerzas de seguridad de Arafat, que llegarían a contar con más de cincuenta mil hombres, tomarían un notable protagonismo en la vida de los habitantes de Gaza. Llevarían a prisión a miles de integrantes de las organizaciones islamistas. Al igual que en las cárceles israelíes, muchos de ellos sufrirían torturas. Esa brutal represión, sumada a la corrupción de Fatá, sería la que daría el poder a Hamás en las elecciones de enero de 2006. Otro de los hechos cruciales en esta historia.

Aunque la destrucción de puentes y centrales eléctricas tenía como objetivo evidente a la población civil, pues en modo alguno influía en la liberación del soldado Gilad Shalit, la comunidad internacional

apenas musitó unas tímidas declaraciones de condena. Y lo hizo con voz atiplada, casi inaudible.

Ni siquiera el argumento económico parecía importar. Estas obras se habían hecho con el dinero de los impuestos de los ciudadanos de los países desarrollados. Y lo más probable era que su reconstrucción fuera financiada de la misma manera.

Según Samir Wishad, director de relaciones públicas del Ministerio de Obras Públicas y Vivienda, para reparar la central eléctrica se necesitarán unos 12 millones de euros. El coste de la reconstrucción de los puentes asciende a más de un millón de euros. Al no haber corriente eléctrica en su oficina, me pasa los datos en un folio manuscrito.

Como Gaza sólo tiene seis puentes, el Tsahal se quedó rápidamente sin objetivos. Entonces les llegó el turno a los edificios públicos. Bombardeó el Ministerio de Asuntos Exteriores, el Ministerio de Economía, el Ministerio del Interior, el Consejo de Ministros, la Facultad de Agricultura. Precio de la factura: 2.623.040 E.

En los primeros días de la operación Lluvia de Verano, la aviación israelí atacó asimismo viviendas de dirigentes de los brazos armados de Hamás, la Yihad Islámica y Fatá. Luego expandió su acción. A fecha 16 de agosto, habrá destruido por completo 240 casas particulares por un coste de 4.057.701 E. El número de edificaciones dañadas de manera parcial será de 1.122. El monto necesitado para repararlas asciende a 984.677 E.

Al principio, los tanques tomaron el aeropuerto de Gaza, que se construyó con fondos españoles. Se trata de un elemento meramente decorativo, pues lleva años sin funcionar debido al cierre de las fronteras. La presión del Gobierno de Olmert era aún comedida. Sin embargo, luego vinieron las incursiones a gran escala, con cientos de blindados, helicópteros y aviones no tripulados. Beit Hanún, Beit Lahia, al-Shojaeya, Rafá. La cifra de muertos se disparó.

Un dato adicional que me da Samir Wishad cuando termina de leer la lista de destrozos que redactó con esmerada caligrafía: «Gaza es un lugar tan pequeño, y los escombros que se acumulan por los ataques son tantos, que no sabemos qué hacer con ellos. Necesitamos que nos donen un molino para poder triturarlos.»

Hoy es un día tranquilo en Gaza. Quizá como consecuencia de la matanza en Qana, el Tsahal ha decidido no tensar más la cuerda y evitar más víctimas mortales.

Nos dirigimos a la localidad fronteriza de Beit Hanún, porque la historia de su puente refleja a la perfección el sinsentido de toda esta campaña de aniquilación de las infraestructuras civiles.

Kayed está de mal humor. Las autoridades israelíes acaban de cerrar el paso de combustible. «Bueno, iremos en burro», le digo. Pero no se ríe. En la primera estación de servicio que hallamos en nuestro camino nos sumamos a una hilera de coches vetustos, descascarados.

La franja de Gaza cuenta con tres puestos fronterizos habilitados hacia el mundo exterior. Erez y Rafá para el paso de personas. Qarni para la importación y exportación de mercancías.

Si bien Ariel Sharón retiró hace un año al ejército y a los colonos, Israel todavía mantiene el control de estos puestos. Los emplea como medida de presión, cerrándolos y abriéndolos a su antojo. «Para ellos es como un juego. Cuando ven que la gente está al límite de su capacidad de resistir, abren Qarni. No quieren que la situación sea visible —afirma Hamada al-Bayari, empleado de OCHA, la agencia de coordinación de ayuda humanitaria de Naciones Unidas—. Es algo que llevan años haciendo, pero nunca de esta manera. El ochenta por ciento de lo que consumimos en Gaza lo importamos de Israel.»

Lo que le parece poco coherente es que, aunque sea de forma arbitraria y esporádica, puedan entrar productos pero que en cambio no se pueda exportar nada desde el comienzo de la operación Lluvia de Verano. La medida está llevando a la bancarrota a los empresarios palestinos.

«Los camiones llegan a Qarni, descargan sus mercaderías dentro de alguna de las 34 dársenas. Los soldados israelíes las revisan utilizando los aparatos más modernos que he visto. Lo mismo sucede en el sentido inverso. Si hay problemas de seguridad, ciérralo para siempre. ¿Por qué lo abren hacia un lado y no hacia el otro?»

Con respecto a la gasolina, achaca también la escasez a la estrategia de desgaste del ejército israelí. «Cuando se fueron los colonos el año pasado, el Gobierno de Sharón prohibió que pudiéramos importarla desde Egipto, aunque nos saldría seis veces más barata. Pero no sólo fue para hacer negocio con la desgracia de los palestinos, sino también, como vemos en este momento, para

poder asfixiarnos.» Según su testimonio, la Israeli Petroleum Company, empresa privada, está dispuesta a dar todo lo que le pida la Autoridad Nacional Palestina. El problema son las horas a las que el ejército deja pasar la gasolina.

«Ahí, por ejemplo, no vale el argumento de la seguridad. Tienes una estación de servicio del lado israelí, a ochocientos metros de la Línea Verde, del lado palestino tienes otra estación a ochocientos metros. Ambas están comunicadas por una tubería que transporta la gasolina. No hay entrada ni salida de personas o vehículos. No hay riesgo alguno de un ataque», sentencia.

Llega nuestro turno en la gasolinera. Un hombre obeso, vestido con una camiseta de tirantes manchada de grasa, conecta la manguera del surtidor al Daewoo Lanos de Kayed. Se llama Salem, tiene 54 años y siete hijos. Nos comenta que le quedan reservas para cuatro días más. Le pregunto qué va a hacer si se queda sin combustible. «Me voy a sentar a esperar allí, en esa silla blanca que está en la esquina», me contesta.

Visitar Beit Hanún, localidad pegada a la frontera con Israel, produce una gran desazón: el zepelín que escruta desde el cielo, las calles desiertas debido a los constantes ataques de la artillería hebrea, la gente encerrada en sus casas desde hace seis semanas. Junto con Rafá, ha sido la población más golpeada por la operación Lluvia de Verano. Hasta el momento, han muerto 25 personas.

En el Ayuntamiento nos recibe Nabil Abu Namsha, responsable del archivo municipal. «Nos bombardean, nos invaden, destruyen nuestras viviendas, nuestros campos y, encima, nos quieren dejar sin posibilidad de salir de aquí. Estamos viviendo un embargo dentro del embargo de Gaza», explica.

Según la información que nos brinda, el puente de Beit Hanún fue atacado por primera vez el 13 de enero de 2003. Sus accesos quedaron gravemente dañados.

«Tardamos meses en que los israelíes nos dieran permiso para reconstruirlo. Fue la presión de Naciones Unidas la que finalmente lo consiguió. La obra costó cuatrocientos mil dólares. Se hizo con fondos de la agencia de cooperación japonesa y de USAID. Terminamos a finales de 2004», nos explica Nabil.

La segunda operación militar se inició el 26 de septiembre de 2005. Otro misil alcanzó una de sus entradas. «El 7 de febrero de 2006, el puente salió en la prensa de Israel —comenta Nabil con ironía—. No porque lo hubieran destruido, dejándonos aislados por tercera vez, sino porque el F-16 lo pilotaba una mujer.»

Las bombas cayeron nuevamente sobre el puente el día 1 de junio. Terminaron con lo poco que de él quedaba la mañana del 9 de julio, cuando fue atacado en dos ocasiones.

Según las autoridades israelíes, el objetivo de esta serie de acciones es dificultar el acceso de los misiles Qassam a Beit Hanún, desde donde suelen ser lanzados hacia Israel. Nabil no está de acuerdo. «¿Y los otros puentes de Gaza? ¿Y la central eléctrica? Se trata de un castigo colectivo. Igual que arrancar los árboles o bombardear los cultivos», afirma.

Acto seguido añade: «Si dicen que tienen la tecnología para ver los lugares desde los que son lanzados los Qassam, ¿por qué entonces no emplean esa misma tecnología para evitar que los obuses de sus tanques maten a nuestros niños?»

Mohamed el-Kafarna, alcalde de la localidad, que asumió el poder tras ganar las elecciones al frente de las listas de Hamás, recurre a la ironía para referirse a la situación que están viviendo: «Pagamos el precio de estar junto a la frontera. Cada dos o tres días los tanques pasan por aquí. Las incursiones son tan asiduas que las llamamos visitas.»

Licenciado en Literatura Andalusí por la Universidad de Egipto, nos dice que el acoso a Beit Hanún, que cuenta con treinta mil habitantes, comenzó mucho antes de que se «inventaran» los Qassam.

«Tienen una estrategia confusa. Por una parte dicen que quieren un gobierno palestino, que se van y dejan Gaza, pero después atacan nuestra autonomía, hacen todo lo posible por hundirla, y no desde que Hamás ganó las elecciones, sino desde mucho antes, desde hace cinco años. En el fondo creo que sólo quieren destruir al pueblo palestino», sostiene.

Durante la Segunda Intifada, los ataques israelíes produjeron destrozos por valor de 78 millones de euros en casas e infraestructuras. Murieron en estos cinco años 85 personas. Se arrasaron 7.500 *dunams* de tierras cultivadas.[14] «En Beit Hanún

tenemos muchas industrias: textiles, baldosas, medicinas, plásticos, carne congelada. Todas se arruinaron por las operaciones militares —señala Mohamed el-Kafarna—. Lo mismo ocurre con el sector agrícola, que producía limones para la exportación. Los israelíes no parecen darse cuenta, pero todo esto genera más violencia.»

El derrumbe de la economía local se hizo patente cuando la gente dejó de pagar los impuestos. Los vecinos deben casi dos millones de euros al Ayuntamiento. La decisión de Estados Unidos y la Unión Europea de congelar los fondos que recibía la Autoridad Nacional Palestina ha privado a este consistorio, así como a tantos otros, de financiación.

«Sabemos que hay familias atrapadas, que no pueden salir de sus casas por miedo a los disparos desde la frontera, pero no podemos ayudar a nadie, no tenemos recursos —me explica—. Muchas veces ni siquiera nosotros tenemos la posibilidad de movernos. En la última incursión los tanques se detuvieron a dos manzanas del Ayuntamiento.»

---

1 Human Rights Watch: «Israel/Lebanon: Qana Death Toll at 28», *Human Rights News* (2-8-2006).

2 Informe del asesor militar del secretario general de Naciones Unidas del día 1 de mayo de 1996 sobre lo sucedido en Qana. Se puede leer la totalidad del informe redactado por el general de división Franklin van Kappen en <http://domino.un.org/UNISPAL.NSF/0/62d5aa740c14293b85256324005179be?OpenDocument>.

3 *Democracy Now!* (31-7-2006), entrevista de Amy Goodman a Robert Fisk.

4 Tras abandonar Gaza viajaría al Líbano. Allí vería decenas de coches al costado de las rutas del sur del país que fueron alcanzados por misiles cuando huían. En su interior: ropa, comida, juguetes. Robert Fisk hace un relato pormenorizado de estos actos en su artículo «¿Un crimen de guerra?», publicado por *The Independent* el 24 de julio de 2006. «Hace nueve días, el ejército israelí ordenó salir de sus casas a los habitantes de un pueblo vecino, Marwahin, y luego disparó cohetes hacia uno de los camiones que los evacuaba; perecieron las mujeres y los niños que iban dentro. Y ésta es la misma fuerza aérea

israelí que fue elogiada la semana pasada por uno de los más ardientes defensores de Israel, el profesor de Harvard, Alan Dershowitz, porque "toma medidas extraordinarias para minimizar las bajas civiles".»

5 «Israel dice que Hezbolá utilizó a civiles como escudos humanos en la matanza de Qana», agencias, *20 Minutos* (3-8-2006).

6 «Mystery: Why did the Qana building fall only hours after it was struck?», *Israel Insider*, <http://web.israelinsider.com/Articles/Security/8994.htm>.

7 Robert Fisk: «How can we stand by and allow this to go on?», *The Independent* (31-7-2006).

8 Human Rights Watch: «Israel/Lebanon: Qana Death Toll at 28», *Human Rights News* (2-8-2006).

9 Betselem: «20 July 2006: Israeli Soldiers use civilians as Human Shields in Beit Hanun», informe publicado en su página web. Se puede leer completo en <http://www.btselem.org/english/Human_Shields/20060720_Human_Shields_in_Beit_Hanun.asp>.

10 Ídem.

11 Ídem.

12 La planta se comenzó a construir en el año 1999. Costó 150 millones de dólares. En 2002 se puso en marcha bajo la gestión de la Palestine Electric Company (PEC). En 2004 alcanzó su máxima producción. El ataque destruyó sus seis generadores. Más información en <http://www.pnic.gov.ps/arabic/quds/eng/general %20report/report3.html>.

13 Lisa Beyer: «Murderers of Peace», *Time* (24-10-1994).

14 Datos que me facilitó el alcalde de Beit Hanún, Mohamed el-Kafarna.

5

El hijo de Juda Natur

Ante el avance de los blindados israelíes, los vecinos de Rafá se debatían entre partir en busca de refugio o quedarse en sus casas. Juda Natur les dijo a sus hijos que se vistieran, que se marchaban de casa.

Minutos antes había hablado con Salá, su hermano. «Los tanques han entrado en el barrio y no sé qué hacer», le había dicho asustada. «Si no los ves en la calle, coge a los niños y ven para mi casa, yo saldré ahora mismo a buscarte», le había respondido él.

Juda Natur tenía 44 años. Era una mujer alta, corpulenta, entrada en carnes. Hacía ya varios años que su marido la había abandonado, por lo que su situación económica distaba de ser buena. Para sacar adelante a sus hijos trabajaba de jornalera en el campo. Uno de los jóvenes, Amar, de 15 años, la ayudaba vendiendo periódicos.

Los carros del Tsahal progresaban por las calles de la aldea de al-Shoka. Las bombas sonaban cada vez más próximas. Sin embargo, al ver que sus vecinos huían, Juda apretó con fuerza las manos de sus dos hijos menores y empezó a correr hacia la casa de su hermano. Eran las 2.32 de la noche. El misil lanzado por un avión no tripulado los alcanzó de lleno.[1]

Un hombre del barrio, Eyad Abu Shabana, fue testigo de lo ocurrido: «Escuché una explosión a cincuenta metros de donde estaba. La explosión causó pánico entre la gente. Avancé con cuidado hasta allí. Vi a una mujer y a sus tres hijos: dos niños y una niña. Salía humo y olor a quemado. Oía los quejidos de uno de los niños y de la mujer. Los otros dos no se movían. Mientras veía la escena, mi amigo Sobi Abu Dahi me llamó al teléfono móvil. Le dije que pidiera una ambulancia, que una familia había sido víctima de un avión no tripulado que todavía seguía dando vueltas sobre nosotros. Después empecé a solicitar ayuda a quienes estaban a mi alrededor. La gente tenía miedo de acercarse por si caía un segundo misil. Mi hermano Yahia vino junto a un miembro de la familia Abu Taha y a un taxista

de la familia al-Shawi. Tratamos de subir al coche a la mujer, pero no pudimos debido a las quemaduras que tenía. Entonces levantamos al chico. La metralla le había arrancado la pierna derecha. Fuimos al hospital. Media hora más tarde apareció una ambulancia con la mujer y los otros dos niños.»

Los tanques volvieron a entrar. Después de al-Magazi, después de al-Shojaeya, nuevamente han irrumpido en la franja de Gaza. Casas tomadas, campos arrasados, civiles heridos, muertos. Cientos de blindados, protegidos por helicópteros Apache y por aviones teledirigidos se pusieron en marcha desde el aeropuerto de Rafá en dirección al barrio de al-Shoka.

Nos dirigimos hacia Rafá. La radio a todo volumen. Las ventanillas abiertas para poder fumar. El roce del viento en la cara. Y un cigarrillo que se consume rápidamente entre mis piernas, que se retuerce en una fugaz torre de ceniza, a medida que el coche se abre paso raudamente por la carretera Saladino.

Quiero acercarme al frente lo antes posible, pero Kayed sugiere que vayamos primero a la escuela de la UNRWA. Las noticias dicen que unas 1.500 personas, que sí lograron huir ilesas, se han refugiado allí.

El encargado de registrar a los recién llegados parece naufragar bajo la maraña de documentos de identidad y manos suplicantes que se dirigen a él. Sentado tras una mesa de madera, ataviado con un chaleco celeste, no pierde la calma. Mujeres vestidas de negro, con niños en brazos; jóvenes impacientes; ancianos con gesto desganado; se amontonan, se llevan por delante para tratar de lograr que sus nombres y los de sus parientes sean agregados a la lista que permite acceder a los alimentos, a las mantas, a un lugar donde dormir. El trauma de la huida en pleno combate, de los que cayeron en el camino y de los que se quedaron atrás es sucedido por la lucha por la supervivencia, la pugna por conseguir alguna migaja de la ayuda internacional.

La escuela, cerrada por vacaciones, se ha convertido en un improvisado campo de desplazados. Bajo las sombras de las galerías, las familias yacen en el suelo, absortas, fatigadas. Sólo los niños van de un lado a otro, juegan en el patio. Se han encontrado con vecinos del barrio, se han hecho nuevos amigos. Algunos de ellos corren

ágilmente, levantan los brazos para mantener el equilibro y se deslizan sobre un charco de agua que se ha formado como consecuencia de una cañería rota. Sonrientes, gritan, se gastan bromas, negando la deprimente realidad que los circunda. Dan la impresión de estar en un campamento de verano, esos que se tuvieron que suspender por culpa del sitio de Gaza. Sus voces estridentes, atipladas, resuenan ahogadas en las paredes del colegio.

Nos acercamos con Kayed a un grupo de hombres que permanece en una de las galerías. El mayor de ellos nos saluda: «*Salaam aleikum*.» Se llama Ibrahim Abu Sable y tiene 70 años. Ha venido aquí junto a sus quince hijos, y sus más de treinta nietos y bisnietos. Llegó hace dos días. «Conseguimos escapar cuando las ambulancias vinieron a buscar a los heridos. Gracias a Dios salimos todos sanos y salvos», nos dice el anciano, que lleva puesta una chilaba blanca con cercos de sudor.

Uno de sus hijos, Mussa, que viste un chándal gastado y una gorra de lana en la cabeza, interviene: «Éramos obreros en Israel.» Al drama que vive Gaza se le suma desde hace cinco años el hecho de que la mayor parte de las 120.000 personas que cruzaban a diario desde los territorios ocupados para trabajar en Israel ya no pueden salir. Ganaban buenos sueldos para el nivel de vida local. Los empresarios hebreos apreciaban su función: eran mano de obra barata, poco cualificada, esencial para el desarrollo del país.

Hasta 1998, los trabajadores palestinos podían circular libremente en busca de empleo. Entre el 35 y el 40% de la fuerza laboral de Gaza estaba contratada en el Estado hebreo.[2] Kayed, que había trabajado de planchador en un pueblo cercano durante la adolescencia, recuerda que la relación entre los palestinos de a pie y los israelíes no era mala.

La primera guerra del Golfo, en 1991, llevó a Israel a implantar un estricto sistema de permisos, que debía ser renovado cada dos meses. Sólo podían salir hombres casados, mayores de 28 años.[3]

Para abandonar Gaza debían levantarse al alba y hacer colas durante horas en Erez, pero hacían lo que fuera con tal de contar con uno de estos empleos. Un miembro de la familia que tuviera la suerte de desempeñarse profesionalmente en Israel significaba un sustento razonable para el resto de sus parientes, lo mismo que sucede con el inmigrante latinoamericano, asiático o africano que llega a trabajar a Europa.

En 1993, en respuesta a la acciones violentas de grupos armados

palestinos, el Gobierno laborista redujo aún más el número de palestinos que podían salir de los territorios ocupados. Al mismo tiempo, para compensar así a los empresarios israelíes, comenzó a importar mano de obra de Rumania y del Sureste Asiático. En 1996, eran 30.000 los palestinos empleados, y más de 100.000 los extranjeros.[4]

Esta estrategia fue criticada por muchos analistas que argumentaban que fomentaba el incremento de la pobreza y, como consecuencia, el extremismo y la violencia política. Además, tuvo un efecto no deseado: la llegada masiva de inmigrantes ilegales. Entre 200.000 y 300.000 extranjeros viven ahora en Israel sin permiso de residencia.

La provocación de Ariel Sharón, por aquel entonces ministro de Defensa, que visitó la Explanada de las Mezquitas en septiembre de 2000, encendió la indignación popular, y dio inicio a la Segunda Intifada (o Intifada de al-Aqsa). En parte, porque es el tercer lugar sagrado del islam, donde se supone que cayeron las lágrimas de Mahoma, pero, sobre todo, por el hastío del pueblo palestino, que veía que las promesas de los acuerdos de Oslo no se materializaban, y que la oferta de Ehud Barak en Camp David lo alejaba una vez más de la posibilidad de terminar con la ocupación y crear un Estado palestino próspero y viable.

Otro motivo, como me recuerda una y otra vez la gente con la que converso en Gaza, fue el rechazo que sentían hacia Fatá, al que acusaban de connivencia con Israel y de ser un partido corrupto y despótico. La Segunda Intifada causó 3.776 muertos entre los palestinos y 993 entre los israelíes.[5] Los atentados alcanzaron proporciones sin precedentes y sembraron el terror en la sociedad hebrea.

Además, continuaba el proceso de acercar a judíos de todo el mundo a vivir a Israel. Si bien hablaba de paz, al mismo tiempo el Gobierno de Jerusalén llevaba a parte de esta gente a vivir a Cisjordania. Y la posibilidad de una retirada a las fronteras de 1967, de acuerdo con la Resolución 242 del Consejo de Seguridad de la ONU, parecía más lejana.

La construcción del Muro,[6] que el Tribunal Internacional de la Haya declaró ilegal, ha ido aislando progresivamente a los habitantes de Cisjordania. El cierre de Gaza fue mucho más sencillo de ejecutar.

Bastaba con colgar el cartel de «Prohibido el paso» en Erez. Las pérdidas diarias acumuladas para la economía palestina por cada día de aislamiento del resto del mundo ascendían a 6,5 millones de dólares.[7]

Otros hombres se acercan a hablarnos en la escuela. Mientras Kayed traduce, yo tomo notas en mi cuaderno. El calor hace que el bolígrafo sufra una especie de derrame. Cojo uno nuevo de la mochila y, con las manos pringosas de tinta negra, sigo recogiendo testimonios.

«Mis primos continúan allí, atrapados en sus casas. Son veintidós personas. Estuve hablando con ellos por el móvil, pero se les acabó la batería. No tienen agua ni comida —nos cuenta Helmi Abu al-Rus, otro obrero en paro, padre de dos hijos—. Me escapé con mi mujer y los niños cuando entraban los tanques. Está embarazada de ocho meses. La he dejado con su familia y me he venido aquí, porque allí éramos demasiados. Tengo miedo de que vaya a perder al bebé por todo lo que ha pasado», agrega.

Cada vez se congrega más gente a nuestro alrededor. La mayor preocupación parecen ser los ausentes, los que no tuvieron la suerte de escapar. Es de ellos de quienes nos hablan con mayor insistencia.

Soy el primer periodista occidental que se ha acercado a ver lo que aquí sucede. Vislumbro que algunos de los que nos hablan tienen la esperanza de que el mundo reaccione de una vez por todas a lo que sucede en Gaza, que finalmente haga algo para poner fin a todo este sinsentido. Esperan que su grito de dolor alcance a quienes toman decisiones, a quienes tienen poder para frenar a Israel. Sin embargo, hoy no parece ser el mejor día para esta clase de aspiraciones. El final de la guerra en el Líbano acapara todos los titulares de la prensa. Uno tras otro, los analistas desmenuzan el texto de la Resolución 1701 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Se preguntan si esta nueva edición de la fuerza multinacional de paz será capaz de evitar que las armas lleguen a Hezbolá desde Siria.

Paradójicamente, la ministra israelí de Asuntos Exteriores, Tsipi Livni, aparece en la televisión con expresión sombría, exigiendo que se cumpla el mandato de la ONU hasta las últimas consecuencias; cuando probablemente no haya ningún país en el mundo que supere a Israel en el incumplimiento de mandatos de la comunidad internacional.[8]

Las últimas noticias señalan que durante los tres últimos días de combate el ejército hebreo lanzó 1.800 bombas de racimo que esparcieron 1,2 millones de submunición.[9] Ya han muerto los primeros niños que las cogieron desprevenidos, atraídos por sus atractivos lazos de color blanco, que les dan el aspecto de juguetes. Un regalo de despedida que se suma a las 400.000 minas antipersona que dejó en el terreno en el año 2000 —después de abandonar el sur del Líbano al poner fin a la ocupación— y de las cuales sólo 67.000 fueron desactivadas.

Otro hecho que juega en contra de los habitantes de Rafá que albergan la esperanza de una reacción internacional es que acaban de comenzar las vacaciones en los países del hemisferio norte. Los medios de comunicación están saturados de noticias de Oriente Próximo y la mayor parte de la gente no quiere oír hablar más de guerra y destrucción. Ha llegado la hora de tumbarse en la arena, de salir a pasear y cenar con los amigos.

Nayef Abu Adre tiene 48 años. Anoto en el cuaderno los rasgos que lo definen a primera vista: piel cetrina, dientes pequeños, ojos fatigados, barba de dos días. Vive en una modesta granja próxima al aeropuerto y es camionero. «Cuando salíamos me peleé con el mayor de mis hijos. Me dijo que no venía con nosotros, que se quedaba allí. Estuve hablando con él por teléfono hasta que ayer se le acabó la batería —me dice con pesadumbre—. Hubo otros ataques que resistimos en casa, pero esta vez vimos que era demasiado fuerte. Me dio miedo y por eso decidí que teníamos que irnos.»

Le pido a Kayed que le pregunte si el resto de su familia se encuentra a salvo. «Tengo 13 hijos. Están todos aquí conmigo, menos el que se quedó allí, que es tan obstinado como yo. Me arrepiento, tendría que haberlo sacado por la fuerza en lugar de discutir. Quizá lo maten por mi culpa.»

La operación Lluvia de Verano obligaría a más de veinte mil habitantes de la franja de Gaza a abandonar sus hogares y buscar refugio, según datos de la UNRWA. La mayoría saldrá de Beit Hanún, la localidad más castigada por el Tsahal debido a su proximidad con Israel, y de Rafá, que también ha sufrido constantes ataques por hallarse a muy poca distancia de Kerem Shalom, la base militar donde fuera secuestrado el cabo Gilad Shalit.

Un par de semanas antes había sido testigo junto a Kayed de una situación similar, en una escuela de Naciones Unidas del barrio de Yabalia. Personas que llegaban desesperadas. Fue después de la incursión en Beit Hanún, aquella en la que permaneció retenida en su casa la familia Kafarna.

Uno de los que más tiempo llevaba allí era Ibrahim Abdul Abu Said, de 86 años, que había llegado junto a sus dos mujeres y sus hijos y nietos. Vivían en una casa situada a 400 metros de la frontera con Israel. «Hacía cinco meses que nos bombardeaban. Estábamos atrapados, no podíamos salir a trabajar al campo porque teníamos miedo de que nos mataran —afirma Ibrahim, que lleva el cabello tocado con un pañuelo blanco—. Primero nos fuimos a una escuela en Beit Hanún y, cuando los tanques entraron en el pueblo, una ambulancia de la Media Luna Roja nos trajo aquí.» Se mete las manos en los bolsillos del pantalón y saca cinco shequels. «Es todo lo que tenemos. Ni ropa, ni comida, ni casa. ¿Cómo quieren que vivamos así?»

Admán Habib huyó de un complejo de edificios, conocido como las torres al-Nada. Vino con su mujer, que es argelina y habla francés, y sus seis hijos. La mayor tiene unos grandes ojos verdes que retrato frente al patio de la escuela, mientras los niños juegan a la pelota.

Admán vivía en el sur de la franja de Gaza, pero su casa fue destruida en 2003 por las excavadoras israelíes. Entonces lo realojaron en el norte, en las torres al-Nada, que ahora estaban siendo atacadas regularmente. Hasta 1948, sus padres habían residido en una localidad próxima que hoy forma parte de Israel. Los palestinos recuerdan lo ocurrido aquel año como la *nakba*, que en árabe quiere decir «catástrofe». Unas 750.000 personas huyeron o fueron expulsadas para siempre de sus hogares como consecuencia de la guerra entre árabes e israelíes. En la actualidad son más de cuatro millones, y se encuentran desperdigadas por míseros campos de refugiados en Gaza, Cisjordania, el Líbano, Siria y Jordania.

Una tragedia que se suma a otra tragedia. Los refugiados y sus descendientes, que tienen que volver a tratar de encontrar un lugar en el que subsistir. Es lo que pienso siempre que leo noticias de demoliciones de casas por parte del ejército israelí: a estas personas, que ya llevan sobre los hombros la dura carga de haber visto cómo les arrebataban sus tierras, les hacen pasar por otra traumática

experiencia de pérdida y desarraigo.

Es uno de los puntos cruciales del conflicto. Muchos de los palestinos que viven en Gaza están a pocos minutos de las casas que eran de sus antepasados, donde algún día habían llevado una vida próspera, sólo que no se les permite acercarse a ellas porque están en Israel. Es un destino terrible. No se les ha ofrecido reconocimiento ni posibilidad de enmienda o reparación. Y en las negociaciones de paz ha sido un tema siempre postergado. ¿Cómo compensar lo que sucedió? ¿Cómo hacer para que dejen de malvivir en los campos de refugiados?

Muchos de los que ocuparon sus viviendas y usufructuaron sus terrenos eran judíos supervivientes de uno de los crímenes más horrorosos y despiadados de la historia de la humanidad: el Holocausto. Refugiados que convertían a otros hombres y mujeres en refugiados.

«Una gente a la que habían maldecido y perseguido buscaba refugio y un Estado para sí misma, y lo hizo a un precio horrible para otra gente. Durante la guerra de 1948, más de la mitad de la población palestina en aquel momento —1.380.000 personas— fue expulsada de sus tierras. Aunque Israel oficialmente afirma que la mayoría de los refugiados no fueron expulsados sino que huyeron, todavía se niega a dejarlos volver, pese a que así lo exige una resolución de Naciones Unidas aprobada después de la guerra de 1948. Así, la tierra israelí se obtuvo gracias a la limpieza étnica de los habitantes indígenas palestinos»,[10] señala con rotundidad la intelectual israelí Tanya Reinhart, en una línea de pensamiento que le ha costado no pocos sinsabores, ya que se opone a la versión canónica del sionismo. Al igual que el historiador Ilan Pappe,[11] sostiene que Israel debe admitir que cometió ese expolio y tiene que reconocer el derecho al retorno de los palestinos para que se pueda alcanzar la paz.

«Éste —sostiene Reinhart— no es un proceso poco usual en la historia. Las acciones de Israel resultan incomparables con la limpieza étnica masiva de nativos americanos por parte de los colonos y el Gobierno de Estados Unidos. Si Israel se hubiese detenido allí, en 1948, yo podría haberlo aceptado. Como israelí, crecí creyendo que el pecado primordial en el que fue fundado nuestro Estado quizá podría ser olvidado algún día, porque la generación de los fundadores estaba guiada por la creencia de que ésa era la única forma de salvar a los

judíos de los peligros de otro holocausto. Pero no se detuvo allí.»[12]

La mayoría de las personas con las que hablo en Gaza no consideran que éste sea su lugar. Aún albergan la esperanza de volver un día a sus tierras. Guardan los títulos de propiedad, las llaves. Atesoran las fotografías de los tiempos previos a la *nakba*.

Kayed, por ejemplo, me habla de Barbara, el pueblo del que sus padres tuvieron que huir para convertirse en míseros habitantes del campo de Yabalia, cuando allí gozaban de un buen nivel de vida. Su abuelo había sido alcalde de la localidad.

En la escuela de la UNRWA resuena la llamada a la oración de un minarete cercano. Los hombres se ponen de pie, cogen mantas o trozos de tela sobre los que se arrodillarán para rezar. Mussa, el hijo mayor de Ibrahim, dirige las oraciones. Kayed se une a ellos. Levantan las manos pidiendo clemencia a Alá.

Se trata de un fenómeno creciente en Gaza y que tuvo sus albores en la Primera Intifada. Cada vez hay más hombres que se acercan los viernes a las mezquitas, más mujeres que empiezan a usar el *hiyab*. Cada día más personas abrazan la religión, seguramente como una forma de buscar consuelo, de encontrar alguna certidumbre en medio de tanto dolor y frustración.

Aunque nos encontremos en situaciones sumamente estresantes, Kayed siempre encuentra unos minutos para rezar. Saca la alfombra de la parte trasera del coche y la coloca en alguna esquina, en dirección a La Meca. Parece hallar así cierta paz de espíritu. No en pocas ocasiones me ha hablado del concepto de fraternidad islámica, de la certeza de un destino prefijado.

Los helicópteros Apache sobrevuelan a baja altura el barrio de al-Shoka. El rugido de sus rotores es secundado por el infernal clamor de los misiles. Las calles a nuestro alrededor se encuentran desiertas, ausentes de coches y transeúntes.

Hemos intentado acercarnos hasta donde están los tanques, pero sin éxito. Una vez más se han posicionado de forma tal que resulta imposible verlos sin exponerse a sus cañones. Quiero un vislumbre, un testimonio, de las familias que están atrapadas, algo que permita retratar su drama de la forma más contundente posible.

Nos detenemos frente al hospital de Rafá para averiguar si hay

alguna forma de acercarnos. «Detrás de esa casa blanca están los israelíes», nos comenta en la entrada uno de los enfermeros. La primera línea de combate ha avanzado tanto que se encuentra a tres manzanas del centro médico.

Una destartalada camioneta Peugeot gira torpemente en la esquina haciendo sonar la bocina. Avanza hacia donde nos encontramos. En la parte trasera viaja un joven que acaba de recibir un disparo. Varios hombres lo cogen de los brazos, de la espalda y de las piernas, y lo bajan.

En la camilla de la sala de urgencias, el adolescente parece a punto de desmayarse. Tiene los brazos, los pantalones de deporte, la camiseta y el reloj de plástico negro cubiertos de sangre. Está lívido. Dos médicos y dos enfermeros le sacan la ropa. Le ponen suero fisiológico, que derraman a chorros en la profunda herida de bala que presenta en el muslo. Los guantes, las gasas, la camilla, se tiñen de rojo.

No tendrá más de 16 o 17 años. Abre la boca para tratar de respirar profundamente. Sus dientes frontales están separados por una grieta. Distante, se mira lo que la munición israelí le acaba de hacer en la pierna. Sus ojos, de largas pestañas negras, vacilan, se entrecierran.

Los médicos le vendan la herida de forma provisional, bastante aparatosa. Lo pasan a otra camilla. Encima le ponen unas sábanas para que no salga desnudo. Y lo llevan hacia la ambulancia. El equipo de cirujanos del hospital al-Nasser, situado en Jan Yunis, tiene preparado el quirófano.

El doctor Kamel Abu Umer lee el formulario que acaba de rellenar. Nos dice que el joven herido se llama Alí Abu Suneria. Le preguntamos por la cantidad de personas que han sido ingresadas en estos dos días de ataques. Saca del mostrador de entrada un cuaderno y realiza una rápida adición mental. Nos dice que han recibido a 17 muertos y 32 heridos.

Al hospital al-Nasser no le hacen falta carteles que pidan silencio. El denso magma de ruido en el que está atrapado resulta tan perturbador que no existe posibilidad alguna de hacerle competencia. Los enormes generadores de gasolina que debían funcionar sólo en

caso de emergencia y que provocan un gran estruendo se han convertido en su única fuente continua de energía.

Kayed se dirige a un médico que recorre el pasillo en ese momento. Nos conduce a donde están algunas de las víctimas más graves de los ataques, aunque la mayoría han sido llevadas a la ciudad de Gaza, donde los recursos clínicos son mayores.

Los cristales de las ventanas están sucios; las paredes, descascaradas. El aspecto descuidado y mísero de los hospitales del tercer mundo. Los parientes aguardan ansiosos. El médico toca un timbre y se abre una pesada puerta. Y en la sala de cuidados intensivos nos recibe el doctor Amad, que habla un correcto inglés y se muestra muy generoso en sus explicaciones.

Recorremos los distintos casos: niños, mujeres, ancianos recostados en las camas, conectados a monitores y respiradores artificiales.

—A esta mujer la trajeron ayer por la noche. Se llama Juda Natur. Le cayó un misil cuando huía de su casa con sus hijos —nos dice. Sólo se ven sus manos hinchadas, ensangrentadas, que asoman por debajo de las sábanas blancas y verdes. Su rostro está también cubierto de vendas. Tiene el cabello oculto bajo una gorra de baño.

El doctor Amad nos advierte de que lo que vamos a ver es muy duro. Nos pregunta si estamos preparados. «Eso ya lo he escuchado antes», me digo, y asiento con la cabeza. Con sumo cuidado retira la sábana. Respiro profundamente, conmovido, antes de poder levantar la cámara. «Mierda», musita Kayed, que da un paso hacia atrás en un acto reflejo.

El cuerpo de Juda Natur está vendado de los pies a la cabeza. Y el colchón, así como las vendas, presentan manchas de sangre y secreciones. Del cuello le salen dos tubos de plástico que se cruzan con numerosos cables. Lo peor es el rostro: por debajo de las cintas blancas y las gasas aparece una masa informe, renegrida, magullada.

—¿Qué posibilidades tiene de sobrevivir? —le pregunto al doctor Amad.

—Muy pocas. Y, si lo hace, va a tener una vida miserable —me responde—. La metralla rebotó contra el suelo y le pegó de lleno en la cara. Casi se ha quedado sin maxilares. Cada vez que coma va a sufrir, cada vez que intente hablar.

Suena el timbre de la puerta de la sala de cuidados intensivos. El

doctor Amad tapa a Juda Natur y va a abrir. Entran dos hombres, dos mujeres y un joven. Se detienen a nuestro lado, junto a la cama.

Kayed habla con uno de ellos. Es Salá, el hermano de Juda, con quien ella habló por teléfono cuando los tanques israelíes entraron ayer por la noche en al-Shoka, instantes antes de salir de su casa. Tiene 39 años. Trabaja de traductor. Habla español con fluidez. Lo aprendió en Colombia.

—Es una mujer muy valiente. Su marido la abandonó hace años, por lo que ha sacado adelante a la familia sola, sin más ayuda —me dice—. Estamos tratando de conseguir que la lleven al hospital Shifa. Pensamos que allí va a estar mejor atendida.

—¿Y los hijos? Me han dicho que dos han muerto.

—Los niños estaban destrozados. A la niña, Kifá, el misil le impactó en el pecho y le rompió el corazón en mil pedazos. Al niño, Amar, el impacto lo alcanzó en la espalda. Nael, que se salvó, está en el hospital. Perdió una pierna y le amputaron parte de las caderas.

Las dos mujeres que han venido con Salá se acercan a Juda y la observan de cerca, hondamente consternadas. Me alegro de que las sábanas hayan vuelto a su posición original.

—Él es Yakup, el hijo mayor de Juda —me dice Salá señalando al joven que se acerca ahora a la cabecera de la cama—. Justo ayer se había ido a la casa de unos amigos en la ciudad de Gaza.

—¿No había visto a su madre aún desde lo que pasó anoche?

—No, lo acabamos de traer.

Yakup coge la mano de su madre, apretada por las vendas. No sé si es un acto involuntario, o si percibe que quien la coge con tanto cariño es su hijo, pero Juda mueve levemente la cabeza.

El otro hombre que ha venido lo abraza para darle fuerzas. Y Yakup, que hoy ha perdido a sus dos hermanos y que ve a su madre en semejante estado, se derrumba. Rompe a llorar de forma inconsolable. Salá también le da un fuerte abrazo. Le dice que ella se va poner bien.

—Si hubiera estado allí esto no habría pasado, yo la habría podido ayudar —dice a su tío entre sollozos. Y la sola mención de esta idea, de esta culpa que no tiene por qué experimentar, ya que él no empezó esta guerra de mierda, ni dirigía el avión no tripulado que lanzó el misil, parece hundirlo aún más en las profundidades del dolor.

---

1 Palestinian Centre for Human Rights, informe 31/2006, <http://www.pchrgaza.ps/files/W_report/English/2006/10-08-2006.htm>.

2 Leila Farsaj: «Palestinian Employment in Israel 1967 – 1997: A Review», Ramala, 1998.

3 Laetitia Bucaille: *Generación Intifada*, Ediciones B, Barcelona, 2003.

4 Ídem.

5 Middle East Policy Council, Resources, 2005, <http://www.mepc.org/resources_counts/CS2005.asp>.

6 Sobre el muro de Cisjordania profundizo en el capítulo 6. Para más información recomiendo la página web de la campaña Stop The Wall, <http://stopthewallorg.siteprotect.net/>.

7 Ignacio Álvarez-Ossorio, «La nueva intifada», Especiales, *El Mundo.es*.

8 Hernán Zin: «Israel y las resoluciones del Consejo de Seguridad», *20 Minutos* (16-11-2006), <http://blogs.20minutos.es/enguerra/post/2006/11/16/israel-y-resoluciones-del-consejo-seguridad-la-onu-2->.

9 Hernán Zin: «El Líbano y las malditas bombas de racimo», *20 Minutos* (27-9-2006), <http://blogs.20minutos.es/enguerra/post/2006/09/27/el-libano-y-malditas-bombas-racimo-1->.

10 Tanya Reinhart: *Israel/Palestine: How to End the War of 1948*, Seven Stories Press, Nueva York, 2002.

11 Ilan Pappe es profesor de Historia de Oriente Próximo en la Universidad de Haifa. Es autor del libro *A History of Modern Palestine. One Land, Two People*, Cambridge University Press, 2004. «Está convencido de que la evacuación de Gaza no tendrá trascendencia, porque esos veintiún asentamientos son nada, comparado con los centenares de Cisjordania, que Sharon no tiene la menor intención de desocupar. Mientras Israel no lo haga, y reconozca el derecho de Palestina a la soberanía y al retorno de los refugiados, no habrá solución alguna al conflicto y, larvada o abierta, la guerra continuará. Su crítica al sionismo es frontal: un país no puede ser democrático de verdad si practica el exclusivismo religioso o étnico», escribió Mario Vargas Llosa acerca de Pappe en su libro *Israel/Palestina: Paz o guerra santa*, Aguilar, Madrid, 2006.

12 Tanya Reinhart: *Israel/Palestine: How to End the War of 1948*, Seven Stories Press, Nueva York, 2002.

Primera Lluvia

6

Un muro de silencio

El campamento se encontraba a oscuras. Sus responsables habían decidido cortar la luz para no llamar la atención de los grupos armados que luchaban en la margen opuesta del río Nilo.

—Unos usan AK-47 y los otros responden con M-16 —me dijo David, un oficial retirado del ejército de Estados Unidos que trabajaba en la empresa multinacional de seguridad DynCorp—. Los que utilizan los Kaláshnikov son hombres de Joseph Kony, estoy seguro.

Cuando comenzó el intercambio de disparos, que destellaban en el denso entramado de la selva iluminándola como si se tratase de un árbol de Navidad, estábamos en el bar. Y allí seguíamos un vez que se fue la electricidad. Periodistas, mercenarios a sueldo de compañías extranjeras, oficiales de Naciones Unidas, empleados de empresas constructoras occidentales, integrantes de organizaciones de ayuda humanitaria. Para algunos se trataba de un ataque de las tropas musulmanas del norte. Para otros, quienes sacudían la noche con sus armas eran miembros de la tribu dinka que se enfrentaban a los nuer. La guerra de las vacas, como la llamaban por allí.

Tras 23 años de conflicto armado, que costó la vida a dos millones de personas y obligó a dejar sus hogares al 80% de la población, el sur de Sudán había quedado devastado. La ciudad de Yuba, en cuyos suburbios nos encontrábamos, no era una excepción. Casas derruidas, vehículos quemados, calles sin asfaltar, ausencia casi total de electricidad, de agua corriente... Por eso nos alojábamos en ese mugriento campamento.

Supongo que si continuábamos en el bar aferrados a nuestras bebidas a pesar de los disparos, que en cualquier momento se podían volver contra nosotros, era porque se trataba del único ámbito con el que contábamos para los momentos de esparcimiento y vida social, y porque la perspectiva de encerrarnos tan temprano en las tiendas de campaña no resultaba demasiado alentadora en medio de aquel asfixiante y pegajoso calor. La mía, además de tener las telas laterales

manchadas de sangre, presentaba un agujero en el techo por el que se colaban descaradamente hordas de mosquitos nilóticos portadores de malaria.

Al día siguiente, las noticias en la radio de Naciones Unidas daban la razón a David. Los hombres de Joseph Kony habían tratado de asaltar las instalaciones de la empresa italiana responsable de pavimentar las calles de Yuba. Efectivos del ejército del sur les habían hecho frente.

El tiroteo, que no había dejado víctimas, apenas superaba la frontera de la anécdota. La verdadera noticia, de trascendencia histórica para millones de personas en la región, pasaba porque Joseph Kony estaba en las afueras de la ciudad. Finalmente se había acercado a negociar. La conclusión de otra guerra civil, que había causado dos millones de desplazados y más de 120.000 muertos, parecía más probable que nunca.

Joseph Kony representa para los africanos la personificación del mal. Desde sus escondites en la selva, llevaba veinte años dirigiendo el Ejército de Resistencia del Señor (conocido por sus siglas en inglés: LRA), un grupo paramilitar que comenzó a luchar contra la Administración de Kampala por motivos políticos, pero que con el tiempo se fue convirtiendo en una suerte de secta mesiánica que afirmaba defender los Diez Mandamientos y cuya estrategia pasaba por aterrorizar a la población civil. Para ello cortaba los brazos, la nariz y los labios a los campesinos que encontraba en su camino, secuestraba a niñas para convertirlas en esclavas sexuales y a niños para hacerlos soldados (se estima que tenía unos dos mil menores combatientes).

El año anterior yo había seguido sus pasos por Uganda. Había visitado los campos de Naciones Unidas en los que se hacinaban quienes escapaban de la violencia. Había entrevistado a jóvenes huidas de las garras del LRA, que intentaban volver a la sociedad tras haber pasado la mayor parte de sus vidas como meros objetos de entretenimiento sexual de las tropas. La hermana Rosemary Nyumbere les enseñaba a leer y escribir, las formaba para que pudieran tener una profesión. Había sido testigo del éxodo masivo de niños que se producía cada noche. Miles de pequeños que abandonaban sus aldeas y partían hacia las ciudades por miedo a ser secuestrados.

En numerosas ocasiones yo había fantaseado con realizar un

reportaje sobre el LRA. Y ahora que aquel enigmático personaje, del que tan poco se sabía, y del que apenas se tenían unas viejas fotografías, estaba allí, a unos pocos kilómetros del campamento en el que yo me alojaba, me tenía que ir. Debía regresar a España para viajar a Israel y a los territorios ocupados. Había dado mi palabra a la gente con la que trabajaba. Los billetes ya estaban emitidos, y no había forma de postergar la fecha de partida.

Me marché de Yuba sintiendo una honda decepción, que se hizo mayor cuando vi en la BBC la primera entrevista televisiva de Kony, realizada por Sam Farmar, corresponsal de *The Times*.[1] El líder del LRA, que se mostraba como un hombre afable y sencillo, negaba los secuestros de niños y afirmaba que no entendía por qué el Tribunal Penal de Justicia había pedido su captura y extradición. Tiempo después, otros periodistas lograron acercarse a su gente y entrevistarlo.

En Nairobi, que era mi base en los viajes por África, y la ciudad donde debía pasar unos días antes de volar a Madrid, cada charla que mantenía con colegas me hacía desear no tener que partir. Según Isabel Coello, corresponsal de la Agencia EFE, podría conseguir sin demasiados problemas que Naciones Unidas me llevara en una de sus misiones a Somalia, otro de los países de la región cuya situación seguía desde hacía años, y en el que anhelaba poder trabajar. Las luchas entre la Unión de Tribunales Islámicos y las fuerzas del gobierno de transición de Somalia del presidente Abdulahi Yusuf, que contaba con el apoyo de Estados Unidos y la injerencia directa de Etiopía, continuaban a pesar de los acuerdos firmados. Algunos especialistas señalaban que se convertiría en el nuevo refugio de al-Qaeda, en un Afganistán africano. Tanto es así, que Bin Laden había llamado a los yihadistas a unirse a la lucha en este país.

No obstante, el plato fuerte de la temporada, que por nada del mundo me quería perder, tenía como protagonista a la República Democrática del Congo. Este país, el segundo más extenso de África después de Sudán, celebraba sus primeras elecciones en cincuenta años. También estaba en los últimos estadios de una guerra fratricida, que superaba a las demás en número de muertos: había terminado con la vida de cuatro millones de personas.

Todo esto hizo que viajara al aeropuerto internacional Jomo Kenyatta, para tomar el vuelo a Madrid, sin excesivo entusiasmo.

Tenía planeado permanecer un par de semanas en Israel y los territorios ocupados, para luego volver a África lo antes posible.

El conductor del taxi, que escuchaba el Mundial de Fútbol en la radio, no dejaba de hablarme de los jugadores, de los equipos, de las perspectivas de la selección de Ghana, por la que simpatizaba como la mayoría de los africanos. Yo le respondía que sí, que me parecía muy bien, que tenía razón, mientras miraba nostálgico por la ventanilla las acacias de largas ramas, como lánguidas manos, que flanqueaban la carretera; un símbolo de este continente desgarrado por la miseria, la violencia y la indiferencia del mundo, en el que tantas situaciones que habían estado enquistadas durantes décadas comenzaban a progresar.

Mi desembarco en el aeropuerto Ben Gurión coincidió con el inicio de la operación Lluvia de Verano. En el tiempo que había tardado en viajar desde Nairobi a Tel-Aviv, parando varios días en Europa, el cabo Gilad Shalit había sido secuestrado. Las perspectivas del viaje cambiaban de este modo radicalmente, aunque aún no quedaba claro cuál iba a ser la dimensión de la respuesta del Gobierno israelí.

Las noticias hablaban del bombardeo de las infraestructuras civiles en Gaza. Sin embargo, en la parada de autobús del aeropuerto Ben Gurión no había señal alguna de que hubiese comenzado un conflicto armado. La vida fluía de forma acelerada, caótica, como en toda urbe moderna, indiferente a los misiles que caían a menos de cien kilómetros de distancia.

Algo similar sucedía en Jerusalén, cuyas calles seguían abarrotadas de turistas, como si nada estuviera ocurriendo. Recorrí las callejuelas de la ciudad antigua, que en tantas ocasiones había sido conquistada y destruida, y me alojé en una modesta pensión del barrio armenio, el único hostal con habitaciones libres que encontré.

Bajo el cielo cubierto de estrellas, cené maravillado el sándwich que había comprado en el aeropuerto. A mis pies se desplegaba un panorama fascinante, ecléctico como pocos, que ha tenido una influencia difícil de igualar en el devenir de la humanidad: el Santo Sepulcro, el Muro de las Lamentaciones, la Explanada de las Mezquitas, con la cúpula de la Roca poderosamente iluminada. Más allá, el Monte de los Olivos.

No había planeado viajar a Gaza, por lo que tardé varios días en conseguir los permisos del Gobierno hebreo, que sólo entregan a periodistas y a miembros de organizaciones no gubernamentales acreditadas.

Mientras aguardaba a que me dieran los documentos para poder cruzar el paso de Erez, que separa a Gaza de Israel, tomé un autobús que me condujo a Ramala, la ciudad más importante de Cisjordania desde el punto de vista administrativo. Al regresar, cuando ya había comenzado a anochecer, fui testigo de un incidente que marcaría un punto de inflexión en mi percepción del conflicto. Ninguno de los informes, artículos, libros o películas a los que había recurrido para documentarme, como tampoco las conversaciones con colegas de profesión y miembros de ONG, me había preparado para lo que estaba a punto de encontrar.

No se trató de un incidente cruento, como los que vería por decenas en Gaza, sino que fue apenas un alto en el camino, quizá carente de trascendencia, trivial, de los que a diario sufren por decenas los palestinos.

El autobús partió de la estación en cuanto estuvo lleno. Junto a mí viajaba una anciana que llevaba el bolso apretado contra las piernas. Tras dar varios giros por las calles de Ramala, sucias y caóticas, salimos a la carretera y pasamos frente al campo de refugiados de Qalandia. Poco habíamos avanzado, cuando se interpuso en nuestro trayecto un puesto de control móvil, que los efectivos hebreos sitúan al azar en las carreteras palestinas.

Un joven soldado subió de un salto, se dirigió al conductor y luego miró hacia el interior del vehículo. Sin que se lo hubieran ordenado, quienes viajaban a mi lado levantaron sus documentos de identidad. La mayoría eran ancianos, que sacudían los carnés en el aire. El color azul de los mismos indicaba que podían estar en ese autobús.

Con los ojos ocultos tras unas gafas de sol, y las mandíbulas apretadas, el soldado israelí, que no tendría más de 20 años, avanzó por el pasillo escrutando a cada uno de los pasajeros. Se detuvo junto a un adolescente que viajaba en el asiento del fondo. Cargado de bolsos, había sido el último en montarse en el vehículo.

Primero le habló con sequedad, pero sin levantar la voz. Luego le empezó a gritar y, a punta de fusil, le ordenó que cogiera sus cosas y bajara. El joven, con aquellas bolsas en las que seguramente llevaba

mercaderías para vender en Jerusalén, descendió entre sollozos.

Terminada la inspección, el autobús se marchó a toda prisa. Los soldados empujaron a un costado de la carretera al joven, antes de comenzar a revisar sus pertenencias.

Regresé a la pensión pensando en aquel muchacho de hombros caídos. Me pregunté si lo habrían enviado de regreso a su casa o si estaría detenido en alguna prisión militar.

Pero el recuerdo que más insistía en volver era el de la anciana que viajaba en el asiento contiguo. Su mano arrugada, temblorosa, que sacudía en el aire el documento azul de identidad. Era apenas un gesto, pero estaba cargado de significado. Me hablaba de lo cruel y humillante que es toda ocupación, me mostraba la dimensión humana del experimento de ingeniería social que habían puesto en marcha los israelíes para encerrar a los palestinos en sus pueblos y ciudades, para evitar que se pudieran mover con libertad, mientras seguían expandiendo su dominio en aquellas tierras que, según la legalidad internacional, no les pertenecían. Un concepto imposible de aceptar en los albores del siglo XXI, basado en la segregación por la raza, el lugar de origen y la religión, que resonaba, salvando las distancias y las diferencias históricas, a los bantustanes[2] en que los afrikáners encerraban a los negros durante el apartheid.

Recorrí Cisjordania de un extremo a otro. El gesto de aquella mujer que, tras guardar el documento en su bolso me miró con resignación, se multiplicó en cientos de gestos similares.

Los fragmentos del muro de separación que la Administración de Ariel Sharón empezó a construir en junio de 2002,[3] y que el Tribunal Internacional de Justicia de la Haya[4] declaró ilegal, aparecían por todas partes. Su presencia complicaba hasta límites absurdos, delirantes, propios de la obra de Kafka, la vida diaria de los palestinos. Trayectos que antes tardaban en recorrer unos pocos minutos para ir a visitar a parientes o para dirigirse a sus trabajos, ahora les llevaban horas, si es que los jóvenes soldados del puesto de control estaban de humor y los dejaban pasar. Las historias de mujeres que no habían llegado a tiempo a los centros de atención médica para dar a luz, de hombres enfermos que habían muerto, demorados incomprensiblemente, no eran pocas.

Algunas organizaciones, como Stop the Wall, estimaban que 680.000 personas se quedaron sin acceso a la sanidad como consecuencia del muro, cuyo coste de construcción previsto ascendía a 3.400 millones de dólares.[5] Otro de sus efectos secundarios era que más de 15.000 palestinos se habían visto obligados a dejar sus casas de forma definitiva.[6]

La historia de Fuad Jado era tan trágica como surrealista. Su casa había quedado apartada de Belén por el muro de hormigón. Para poder ver a sus familiares en la ciudad, o para acompañar a sus hijos al colegio, se veía obligado a cruzar por el laberíntico puesto de control israelí. En teoría, su propiedad se encontraba en Jerusalén, pero al carecer de la cédula azul no podía moverse libremente ni ir a la ciudad. Estaba atrapado en tierra de nadie.

Su madre, Fatma Jado, que tenía 70 años de edad, comenzó una mañana a sentirse mal. Inmediatamente llamaron por teléfono al hospital de Belén. Al ver que pasaban los minutos y que la ambulancia no aparecía, volvieron a ponerse en contacto. Les dijeron que el vehículo estaba retenido en el *checkpoint*, ya que no podía pasar sin escolta policial.

Fuad decidió coger a su madre en brazos y, con la ayuda de su sobrino, corrió a través del campo rumbo al hospital de Belén. Logró colarse por una parte del muro que aún no estaba terminada. Cuando llegó al hospital, ella estaba muerta. «Hice lo que pude por salvar a mi madre, no es culpa mía que tengamos este muro en la puerta de nuestra casa —afirmó—. Espero que algún día lo derriben y que me den permiso para ser legal en mi propia casa.»

Lo retraté en la puerta de su vivienda, con el documento de identidad verde en la mano. De haber sido azul, quizá su madre seguiría con él, su mujer y sus siete hijos.

Visité distintos fragmentos del muro de la mano de la organización de defensa de los derechos humanos Betselem, creada por parlamentarios judíos, que ofrece excursiones gratuitas desde Tel-Aviv para que los ciudadanos de Israel puedan conocer la verdad acerca de esta iniciativa. Según ellos, que llevaban años litigando en el Tribunal Supremo para frenar su construcción, el muro no estaba siendo erigido simplemente por una cuestión de seguridad, como argumentaba el Gobierno, sino para consolidar la presencia de Israel en Cisjordania. Apenas una quinta parte de su trazado sigue la Línea Verde,[7] a la que

duplica en extensión, anexionando de facto casi el 10% del territorio palestino.[8] Por otra parte, habían descubierto importantes intereses económicos de empresas constructoras que levantarían nuevos asentamientos en los territorios conquistados gracias a esta barrera de hormigón y alambre de espino.

Mi guía se llamaba Eliezer. Había salido de Argentina en 1974 huyendo de la represión. Me mostró el muro en el barrio de Abu Dis, perteneciente a Jerusalén Oriental, que quedaba así escindido del resto de la ciudad. La comunidad palestina que allí vivía, una de las más prósperas de Cisjordania, sufría un terrible golpe, aislada de los turistas, de los comerciantes. También los estudiantes que, desde toda la región, asistían a la Universidad de al-Quds, que se encuentra justamente en esta parte de la urbe.

Aquel fragmento del muro, por su proximidad con la ciudad antigua, había sido escenario de infinidad de manifestaciones tanto de activistas extranjeros como de palestinos e israelíes. En sus gruesas paredes de hormigón, de ocho metros de altura, las pintadas hechas con aerosol hablan de libertad, de justicia, como en tantos otros tramos de esa infame pared: «De las cenizas de nuestra desesperación florece la llama de nuestra esperanza»; «No a otro muro de las lamentaciones»; «Dadles justicia y os recompensarán con la paz»; «Haced el amor, no hagáis muros»; «Pronto se abrirá».

También diversos artistas habían querido dejar su huella en los bloques de hormigón por medio de murales. Los diseños de Bansky no tenían comparación: una niña que volaba cogida de un globo, unos pequeños que jugaban con palas y baldes en la playa que surgía de una grieta ficticia en el muro.

Después fuimos al pequeño pueblo de Sheij Saed. Al estar situado en lo alto de una colina, la única vía de acceso que tenía daba a Jerusalén, y allí el ejército colocó un *checkpoint*, por lo que la mayoría de sus dos mil habitantes, que tenían carné de identidad verde, no podían salir de su propio pueblo. El levantamiento del muro y la valla de seguridad, que alcanzaban ya 362 kilómetros de los 703 proyectados,[9] así como los asentamientos judíos y las carreteras de circunvalación, habían dejado incomunicadas a numerosas localidades de Cisjordania.

A diferencia de otros puestos de control, éste era simple: una cabina, varios bloques de cemento y media docena de jóvenes del

Tsahal. Eliezer se presentó a los soldados como miembro de Betselem y nos dejaron pasar sin problemas.

Un grupo de vecinos, que estaban reunidos en una tienda, nos describieron la situación. Algunas familias llevaban viviendo allí desde el siglo xviii. Y, debido al muro, ahora no podían salir a visitar a sus parientes que residían fuera del pueblo, en algunos casos, a pocos metros. Al terminar los estudios elementales, los jóvenes no tenían oportunidad de seguir preparándose para el futuro, pues la localidad carecía de escuela secundaria. Hasta las visitas a los muertos habían quedado vedadas, ya que el cementerio también se hallaba fuera de la línea trazada por las autoridades israelíes.

La situación era demencial. Los coches no tenían adonde ir. Los hombres, sentados en las puertas de sus casas sin que les permitieran acercarse a sus trabajos. La presencia del puesto de control israelí y la abrupta topografía de la zona habían transformado aquel pueblo de magníficas vistas en una prisión para sus habitantes.

Sin embargo, las mayores quejas estaban dirigidas a la forma arbitraria en que se comportaban los soldados. Si estaban de mal humor, ni siquiera dejaban pasar las mercaderías que llegaban para las tiendas, como nos comentó Jabel al-Mukaber, un comerciante del pueblo. Lo mismo sucedía con los enfermos crónicos que debían ir al hospital a recibir tratamientos.

En el pueblo se había creado una comisión que, a través de Betselem, estaba luchando en el Tribunal Supremo israelí para tratar de reconquistar su derecho a la libre circulación. «Los jueces saben que tenemos razón, no somos extraterrestres, somos de aquí, ésta es nuestra tierra —nos dijo Wail, uno de sus miembros—. Sólo pedimos que nos dejen visitar a nuestras familias, que nos dejen ir al cementerio, que nos permitan ir al médico. Llevamos tres años atrapados.»

Nos despedimos. Caminamos hacia el puesto de control militar dejando atrás a la gente. Terrible ironía: yo, que venía del extranjero, tenía la potestad para moverme sin restricciones; ellos, que llevaban generaciones en aquel lugar, no podían hacer lo mismo.

Una vez en el *checkpoint*, Eliezer saludó a dos mujeres israelíes, vestidas de negro, que acababan de llegar y que se habían situado en una esquina con cuadernos para tomar notas en las manos. Se llamaban Daphne Shalit y Deborah Vinath. Formaban parte de la

organización no gubernamental israelí Majsom Watch, que desde 2001 denuncia los abusos de los soldados, además de brindar ayuda y asesoría legal a los palestinos. En hebreo, *majsom* quiere decir «puesto de control militar».

«Somos más de cuatrocientas voluntarias que nos dedicamos a observar el comportamiento del ejército —me explicó Daphne, que tiene 53 años—. Sabemos que, si estamos aquí, su conducta mejora. Por eso tratamos de venir temprano, cuando los palestinos tienen que ir a trabajar.» Si bien la presencia de estas observadoras ha impedido numerosos abusos de poder, su objetivo primordial es hacer que la sociedad israelí conozca lo que se está haciendo en su nombre. Para ello, publican a diario informes sobre los incidentes de los que son testigos en su página web, además de ponerse en contacto con altos mandos militares.

En lo personal, ambas mujeres opinaban que los colonos israelíes deberían retirarse de Cisjordania y que los palestinos tenían que recuperar lo que les pertenecía. Además, no querían que los adolescentes de su país tuvieran que convertirse en feroces carceleros, no querían que fueran empujados a tener que maltratar y sojuzgar a personas humildes que no deseaban más que acercarse a su trabajo o que las atendiera un médico.

Escucharlas hablar con semejante valentía resultaba esperanzador. A estas alturas del conflicto, habiendo probado los líderes de ambos lados su ineptitud, estrechez de miras y corrupción, y estando los palestinos cautivos en la miseria y la falta de espacios, la paz y la concordia pasaban por los israelíes de a pie.

Si se levantaban y comenzaban a protestar, si acallaban con sus protestas las voces de los medios de comunicación serviles del poder, si decían a los líderes políticos y jefes militares que el camino emprendido no hacía más que ahondar la afrenta y la razón del conflicto, podrían terminar con la ocupación. Gente de buena voluntad, capaz de ver más allá de las premisas mesiánicas, de los intereses económicos, de los miedos exagerados, de las manipulaciones, del odio y el deseo de venganza, para hacer que, por encima de la religión, la etnia o la clase social, la justicia prevaleciera.

La página web de Majsom Watch da meticulosa cuenta de palizas, abusos, detenciones o demoras de ambulancias. Incluso narra algunas agresiones que sus propias integrantes habían sufrido por parte de

colonos, que veían su comportamiento como una traición. «El régimen practicado en los *checkpoints* es arbitrario y azaroso. Las reglas cambian frecuentemente, en general, para satisfacer los caprichos del militar de turno —estaba escrito en el sitio de Internet—.[10] En los puestos de control somos testigos de los continuos sufrimientos, privaciones y humillaciones que padece la población palestina en cada ámbito de su vida: el encuentro con familiares, la economía de subsistencia, las necesidades médicas, el acceso a la escuela y a la educación superior.»

En toda Cisjordania hay más de 600 puestos de control militar,[11] la gran mayoría de los cuales van cambiando de posición. Los más grandes, instalados de forma permanente, dan la impresión a quien los recorre de estar en las entrañas del Gran Hermano orwelliano. Hay que pasar por estrechas puertas giratorias de metal, lo que dificulta el transporte de cualquier clase de mercancía. Unas voces de ultratumba, que salen de megáfonos instalados en las paredes, te van guiando por el laberinto de pasadizos y escáneres. Muchas veces sus instrucciones resultan confusas. Te hacen avanzar para luego retroceder. La mayor parte de los militares no hablan árabe y apenas tienen nociones de inglés.

En los *checkpoints*, el gesto de la anciana que viajaba a mi lado en el autobús de Ramala a Jerusalén, que levantaba temblorosa el carné azul, se repetía cientos de veces en miradas perdidas de tedio y desolación, en gente cabizbaja, hastiada. Hombres, mujeres y niños que eran obligados a esperar durante horas bajo el sol, detrás de las alambradas de metal, a que los soldados se dignaran a dejarlos pasar. Jóvenes maniatados, con los ojos vendados, abandonados de cuclillas en un rincón. Ancianos en sillas de ruedas, que debían incorporarse para pasar por las estrechas puertas giratorias.

Para John Dugard, relator especial de la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas, los puestos de control «son arbitrarios, humillantes e intimidantes». Los considera la causa principal de la pobreza en Cisjordania. Y cree que «no han sido instalados por la seguridad de Israel, sino para proteger a los odiados colonos que hay en territorio palestino».[12]

Tras abandonar Sheij Saed, Eliezer me llevó a una colina cercana para que pudiera retratar el trazado de la barrera. Al verla desde la distancia, comprendí que su construcción no sólo debilitaba la

maltrecha economía de los habitantes de Cisjordania —donde la pobreza alcanza al 38% de la población—[13] y privaba a éstos del acceso a la salud, el trabajo y la educación, sino que también creaba una tremenda sensación de aislamiento. En cierta medida, reflejaba la indiferencia del mundo ante el destino de los palestinos. Estaban solos, atrapados, y nadie hacía nada concreto, significativo, por devolverles el derecho a vivir con libertad en su propia tierra.

En la ciudad de Hebrón, situada a 36 kilómetros de Jerusalén, quizá la situación era más desquiciante que en ningún otro lugar. La presencia del moderno y lujoso asentamiento judío de Qiryat Arba, con sus casas impecables y sus jardines, obliga a los residentes de la ciudad a padecer la presencia de infinidad de puestos de control. Las mejores carreteras son para que los colonos puedan viajar a Israel sin problemas, mientras que los palestinos han de resignarse a utilizar caminos secundarios, tantas veces interrumpidos y bloqueados por cuestiones de seguridad. Familias que antes se comunicaban en cuestión de minutos ahora deben realizar viajes de horas.

Pero es en el sector H2, la parte más antigua de la ciudad, donde está el mayor problema. Allí, la presencia de unos 450 colonos, protegidos por 4.000 soldados,[14] ha hecho imposible la existencia cotidiana de los palestinos, obligando a más de 25.000 a abandonar sus hogares.[15] Los coches que no tengan matrícula israelí no pueden entrar, los puestos de control se suceden por todas partes. «Si tengo que ir a la mezquita tengo que pasar por tres *checkpoints*», me dijo un vecino. Los negocios han cerrado. El mercado, de cientos de años de antigüedad, está desierto. Aunque lo peor son los ataques,[16] perpetrados con la intención de que claudiquen los árabes que aún quedan en la zona. «Y sólo en el barrio de Tel Rumeida, donde está el asentamiento de este nombre, de las 500 familias árabes que allí residían quedan apenas 50 —escribe Mario Vargas Llosa en su libro *Israel/Palestina: Paz o guerra santa*, una recopilación de los artículos que publicó en 2005 en *El País*—. Lo extraordinario es que éstas no se hayan marchado todavía, sometidas como están a un acoso sistemático y feroz por parte de los colonos que las apedrean, arrojan basura y excrementos a sus casas, montan expediciones para invadir sus viviendas y destrozarlas, ante la absoluta indiferencia de los soldados israelíes. Nadie me lo ha contado: yo lo he visto con mis propios ojos y lo he oído con mis propios oídos de la boca de las

víctimas.»

Amnistía Internacional también da cuenta de esta situación: «Otras formas de ataque utilizadas por los colonos israelíes han consistido, por ejemplo, en disparar contra paneles solares y cisternas situadas sobre edificios palestinos, prender fuego a automóviles, arrancar y quemar árboles, rociar con sustancias tóxicas cultivos palestinos, cortar carreteras y atacar casas palestinas con cohetes. En los últimos años, activistas israelíes e internacionales de defensa de los derechos humanos han presenciado y documentado numerosos ataques de colonos israelíes contra palestinos y sus propiedades en la ciudad de Hebrón y en pueblos de Cisjordania. En numerosas ocasiones había fuerzas israelíes (el ejército, la policía y los guardias de fronteras) presentes y no hicieron nada para impedir los ataques o detener a los colonos que los estaban llevando a cabo. En algunos casos, las fuerzas de seguridad informaron a los palestinos de que no iban a intervenir para protegerlos de la violencia de los colonos, ayudando de hecho a éstos a expulsarlos de sus tierras.»[17]

Converso con Amjad Zahdá, uno de los residentes que se ha quedado a luchar hasta el final en Tel Rumeida. Es ingeniero y director de la central eléctrica de la ciudad. Tiene siete hijos. Su situación recuerda al cuento *Casa tomada* de Julio Cortázar. No sólo pasan días atrapados en la vivienda, sino que los soldados israelíes han ocupado la tercera planta. Como estudió en la Unión Soviética, habla ruso, y en esa lengua se comunica con algunos de ellos, que emigraron, como tantos otros, en la década de 1990 a Israel.

«Dicen que aquí había judíos, y que eso les da derecho. Pero eran judíos árabes. Teníamos muy buena relación con ellos. Éstos vienen de Estados Unidos, de Rusia, de Argentina, para echarnos de nuestras casas», me dice Amjad Zahdá, mientras su hija nos sirve una taza de té.

En las paredes del barrio hay pintadas racistas contra los palestinos. «Hay que gasear a los árabes», se lee en una de ellas. Amenazas de muerte, que en numerosas ocasiones se han cumplido. Los soldados protegen y encubren sistemáticamente a los israelíes. Ninguna de las acusaciones presentadas ante la justicia ha prosperado.

La casa de Amjad Zahdá tiene las ventanas tapiadas para evitar que las rocas vuelvan a destruir los cristales. El jardín ha sido arrasado, así como los árboles que tenía.

Paso un puesto de control. Intento acercarme a las casas de los colonos. Se niegan a hablar conmigo. Mujeres con la cabeza tapada, hordas de niños, hombres tocados con kipás y armados con los fusiles y pistolas que les entrega el Gobierno israelí.

Los mueve un sentimiento religioso, fanático. Creen que Dios les dio esa tierra, el Gran Israel, para que la habiten. Muchos de ellos recuerdan a los colonos del lejano oeste, dispuestos a pelear por conquistar lo que dicen que les pertenece. Son padres de numerosos hijos con los que esperan repoblar la tierra sagrada.

«La idea de que haya dos estados aquí en Israel va contra la Torá y es tan sacrílega como encender fuego en *shabbat*. Nuestra política debe ser inflexible: los árabes que acepten que esta tierra es judía, que nunca será suya, pueden quedarse a trabajar aquí para nosotros. Los que no lo acepten, deben irse. Y los que se rebelen y quieran pelear, deben saber que los mataremos. Sólo si Israel cumple lo que dice la Torá será una nación útil al resto del mundo», cita en su libro Mario Vargas Llosa a Ezequiel Lifschitz, un colono de 27 años, informático.[18]

«Son un nuevo tipo de israelíes. Manejan un elemento victimista, se consideran "víctimas" pese a ser víctimas con posibilidad de desarrollar armas nucleares. También poseen un elemento de virilidad israelí. Y otro fundamento consiste en resucitar al antiguo arquetipo de colonizador israelí que se aventura por nuevos territorios y trata de conquistarlos con sangre, educación y descendencia. Esto coincide con el espíritu estadounidense de conquistar un Oeste infestado de enemigos salvajes... Con estrechez de miras se puede pensar que el colono vive (y sus hijos viven) en peligro permanente. Pero esta limitada perspectiva no reconoce el hecho de que el Estado inyectó a los colonos en aquel territorio como piezas de ocupación», cita Robert Fisk en su libro *La gran guerra por la civilización* a Robert Zucker, un miembro liberal del Knésset, el parlamento israelí.[19]

Fue en Hebrón donde el colono estadounidense Baruch Goldstein, en el año 1994, entró en la Tumba de los Patriarcas y mató a 29 palestinos, e hirió a más de 170, mientras rezaban. Para controlar a la multitud enfurecida por la masacre, el ejército israelí comenzó a disparar. Murieron otros 25 palestinos.[20]

Desde 1950, Jerusalén Occidental es la capital de Israel. En la

guerra de 1967, Israel conquistó la parte oriental de la ciudad, que estaba en manos de Jordania. En 1980, la declaró su capital indivisible, hecho condenado por el Consejo de Seguridad de la ONU a través de la resolución 476.[21]

Las distintas administraciones hebreas fueron promoviendo la construcción de viviendas, como una manera de anexionar de facto el sector de la ciudad que pertenece a los palestinos.

La mayoría de los habitantes de Cisjordania no pueden entrar en Jerusalén. Esta medida tiende a aislar a los palestinos que quedan en al-Quds, nombre árabe con el que se conoce a esta urbe, del resto de sus compatriotas. Un número significativo de ellos han sido expulsados progresivamente, y el cerco y la presión aumentan de forma constante. Algunos analistas han calificado a esta estrategia de «limpieza étnica». El objetivo es claro: consolidar la conquista de Jerusalén, cerrando así cualquier posibilidad de una soberanía compartida.

Los descendientes de los 150.000 árabes que permanecieron dentro de las fronteras del incipiente Estado judío en 1948 son actualmente 1.300.000 personas, un 20% de la población total de Israel si se incluye a los habitantes de Jerusalén Este.

El crecimiento demográfico de los ciudadanos israelíes musulmanes, superior al de los judíos, genera gran inquietud en las autoridades hebreas. Si su proporción sigue aumentando, podría poner en riesgo las bases de Israel, fundado como un Estado judío.

Este hecho explica la Ley de Ciudadanía y Entrada en Israel, que prohíbe la unificación familiar de los israelíes casados con palestinos de los territorios ocupados. Si un árabe israelí, o un residente árabe de Jerusalén, quiere contraer matrimonio con una mujer de Cisjordania, no podrá traerla a vivir con él. En el caso de que la unión se diera entre un ciudadano de Israel y un colono judío, entonces no habría impedimento alguno para la unión. Esta legislación, que a todas luces viola la Convención Internacional sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación Racial,[22] como bien señala Amnistía Internacional, se asemeja a la impuesta en 1949 durante el régimen surafricano del apartheid bajo el nombre de Ley de Prohibición de Matrimonios Mixtos.

Otra de las acciones que se está llevando a cabo para aislar a los habitantes de Cisjordania es prohibir la entrada en el país de los

palestinos que residen en el extranjero. Desde el año 2000 se comenzó a impedir de forma sistemática la llegada de quienes vienen de países árabes. Resulta imposible visitar a parientes o colaborar con el desarrollo económico o cultural de Palestina. «Se hicieron un puñado de excepciones —sobre todo cuando un familiar cercano estaba muerto o a punto de morir—, pero incluso esta práctica se suspendió en abril», denuncia la periodista Amira Hass en el periódico *Haaretz*.[23]

Ahora, en una nueva vuelta de tuerca a esta arbitraria política de segregación, se ha comenzado a dejar fuera de Israel a los palestinos, o descendientes de palestinos, con pasaporte de Estados Unidos o de la Unión Europea. «Por primera vez desde 1967, Israel está impidiendo la entrada de palestinos con nacionalidad extranjera, la mayoría de ellos estadounidenses», agrega Amira Hass. En todo el mundo se han formado diversos grupos para alzar su voz ante esta medida. En España, varios jóvenes descendientes de palestinos, como Claudia Martínez Mansell, han creado una plataforma para tratar de que se les permita ir a visitar a sus tíos, primos y abuelos en los territorios ocupados.

Al mismo tiempo, Israel ha invertido enormes cantidades de dinero para atraer a los judíos de la diáspora. Ha financiado junto a diversas organizaciones programas como *Taglit Birthright*,[24] que ofrece viajes gratuitos de diez días a jóvenes de todo el mundo bajo el lema «Tu aventura, tu derecho de nacimiento, nuestro regalo». La mayor parte de los 110.000 estudiantes judíos que se han beneficiado de esta iniciativa han sido estadounidenses. (Como contrapartida, un grupo de judíos progresistas estadounidenses crearon *Birthright Unplugged*,[25] que ofrece un viaje similar pero con visitas a los territorios ocupados y encuentros con palestinos.)

Algunos pensadores israelíes, como el profesor universitario Ilan Pappe, proponen como solución que Israel deje de ser eminentemente judío —lo cual entorpece su desarrollo democrático, ya que sesga los derechos de una parte de la población— para convertirse en un Estado laico y bilingüe.

Por las noches, sentado en la terraza de la pensión, editaba las fotografías y escribía para la sección que tengo en el periódico *20 Minutos*. Junto con muchos comentarios elogiosos, recibí mensajes

insultantes. Uno de ellos, firmado por David, que decía escribir desde Tel-Aviv, me amenazaba de muerte.

Me sorprendió semejante reacción. No entendía bien por qué recibía estas agresiones. Dos semanas antes había denunciado las violaciones masivas del ejército musulmán de Jartum en el sur de Sudán.[26] Historias como la de Selua, que había sido esclava sexual durante diez años y que estaba enferma de sida. O los testimonios de los huérfanos de la guerra, cuyas familias habían sido masacradas por las tropas árabes. Pero nadie me había escrito para amedrentarme. Nadie me había dicho que mis relatos no se ceñían a la verdad y que provenían de mi «islamofobia».

Tres cuartos de lo mismo con respecto a Joseph Kony y los brutales crímenes que había cometido con la Biblia bajo el brazo. Ningún lector me había acusado de estar promoviendo el exterminio de los cristianos a través de los reportajes que hacía.

Una vez terminados los artículos, me dirigía hacia Jafa Road en busca de algo de cenar, pues las tiendas y restaurantes cerraban temprano en la ciudad antigua y en Jerusalén Oriental.

Mientras caminaba junto a las milenarias murallas, cargadas de ecos del pasado, me formulaba infinidad de preguntas. En primer lugar me cuestionaba por qué había gente que no aceptaba que hablara con claridad sobre las acciones de Israel.

En *Pity the Nation: The abduction of Lebanon*, su primer libro, Robert Fisk describe las manifestaciones que se organizaron en torno al periódico para el que trabajaba tras haber publicado una serie de reportajes sobre las casas que habían dejado atrás los refugiados palestinos tras abandonar el territorio en 1948. Se había dirigido a un par de ellas para conocer a sus residentes y preguntarles qué sentían en relación a sus antiguos moradores, que ahora malvivían en míseros campos de refugiados en el Líbano.

Esto me llevó a reflexionar mucho sobre el comportamiento de los medios de comunicación en relación a Israel. Por lo que había leído en los últimos años, imperaba un muro de silencio, una serie de verdades a medias que hacían que la situación de los palestinos no estuviese siendo descrita como merecía. Claro que había honrosas excepciones, en España algunos reporteros hacían un muy buen trabajo, hablaban alto y claro, pero la tónica predominante era la de describir lo que ocurría con una falsa ecuanimidad, que ponía en igualdad de plano a

las partes, privando a la información de su necesario contexto.

Me resultaba imposible aceptar que alguien me llamara antisemita, enemigo de Israel, ya que me consideraba en el extremo opuesto. A pesar de lo que veía, no perdía la esperanza en la capacidad de este Estado para rectificar, para derrumbar el muro, abandonar los territorios ocupados en 1967 y, después, comenzar a buscar la paz.

Los que me parecían enemigos del Estado judío eran quienes censuraban por sistema toda crítica, todo ataque. Esta actitud sí que resultaba dañina. Los innegables errores que estaban cometiendo sólo podían ser enmendados si los admitían, si los aceptan, en lugar de atacar de forma vehemente a quienes los esgrimían. Mario Vargas Llosa lo decía con claridad en la introducción de su obra. Afirmaba que su apoyo a las voces disidentes respondía, en contraposición a lo que algunos pudieran opinar, a la amistad y admiración que experimentaba por el Estado hebreo, que visitaba de manera continuada desde hacía treinta años.

En aquellas caminatas me preguntaba también si ese muro de silencio sobre la verdadera dimensión del conflicto, que apenas encontraba eco en la prensa, no sería también la principal razón por la que muchos israelíes de buena fe estarían arrinconados. Porque estaba convencido de que tenía que haber muchos más Eliezer, Deborah o Daphne de lo que parecía a simple vista. La política de represión, en lugar de la de enmienda y restitución de los territorios ocupados, tenía que sonar extraña, equivocada, a muchas personas.

La gente de a pie con la que conversaba en Jerusalén consideraba que la victoria democrática de Hamás había sido una suerte de «declaración de guerra». Asimismo, expresaba su desilusión tras el fracaso de las negociaciones en Camp David. Pero, ante todo, lo que notaba en ellos era una sutil indiferencia, que contrastaba con la pasión que los palestinos empleaban para hablar de estos temas.

Quizá sucedía allí lo mismo que en tantas sociedades prósperas. La gente vivía con prisas, desvinculada de los problemas ajenos. En Europa y Estados Unidos hay una notable ignorancia del sufrimiento de los más postergados. ¿Cuánta gente muere a diario en los cayucos tratando de alcanzar una vida mejor desde las costas de África occidental? ¿Cuál es nuestra reacción? ¿Salimos a pedir un mundo más justo? ¿Nos manifestamos para exigir políticas comerciales que no ahoguen el desarrollo de sectores agrícolas de estos países?

También sentía que la descripción de los palestinos que habitualmente leía en la prensa estaba irremediablemente apartada de la realidad. Se los retrataba como un pueblo enfermo de venganza, de odio, artífice en cierto modo de su propia desgracia.

Por supuesto que hay un gran número de milicias, de grupos armados fundamentalistas que han cometido crímenes atroces, y que deben ser juzgados, y que no son pocos los jóvenes que se han criado con la lucha armada como única consigna. Sin embargo, la gran mayoría de los palestinos no sólo no me demostraba propensión alguna a la agresión y la venganza, sino que, además, en cada puesto de control, en cada demolición de casas y en cada marcha contra el muro de Cisjordania me daba pruebas de una enorme capacidad de resistencia pacífica, de estoicismo, de sacrificio colectivo.

Su vida cotidiana resultaba desquiciante. Horas perdidas cada día en los *checkpoints* para tratar de ir a cualquier parte. Abusos por parte de los colonos, de los jóvenes soldados, muchos educados en el más visceral odio al árabe. Detenciones sin justificación que, por meros procesos administrativos, podían prolongarse a lo largo de los años. Terrenos expropiados, sin indemnización, con el sólo fin de construir nuevos asentamientos judíos. Derribos de casas. Asesinatos brutales, a sangre fría, que no alcanzaban nunca los tribunales. Familias divididas.

Tenía la impresión de que lo sucedido el 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y la desmedida respuesta de la Administración Bush habían dado alas a la política segregacionista impulsada definitivamente por Ariel Sharón. Algunos lectores del periódico confundían a los palestinos con al-Qaeda. Incluso hubo quienes llegaron a señalar que, al narrar sus desgracias, estaba fomentando la reconquista de al-Andalus.

Todo esto me parecía un disparate (y hacía que no dejase de pensar en el brillante ensayo escrito en 1996 por Edward Said bajo el título *La campaña contra el terrorismo islámico*, en el cual el autor predecía que, tras la caída del comunismo, el islam sería empujado a ocupar el puesto de enemigo acérrimo de Occidente). Considerar iguales, movidos por idénticas ambiciones, a los mil millones de musulmanes del mundo, suponía un acto reduccionista que atentaba contra toda lógica, además de albergar en sus entrañas una gran dosis de racismo. Sin embargo, tenía sentido, ya que respondía a la política

de guerras preventivas y detenciones ilegales, sin juicio ni condena, que estaba llevando a cabo el Gobierno de Washington. Y quizá los palestinos habían caído tan bajo, sin provocar más que unas pocas reacciones aisladas en la comunidad internacional, arrastrados por esta espiral de sinrazón colectiva.

---

1 Sam Farmar: «Uganda rebel leader breaks silence», BBC2, <http://news.bbc.co.uk/2/hi/programmes/newsnight/5124762.stm>.

2 Durante la época de la segregación racial en Suráfrica, los bantustanes eran las zonas destinadas a la etnia bantú. El término proviene del inglés, formado a imitación de «Pakistán», «Indostán». Tras una visita a los territorios ocupados, Desmon Tutu declaró que era «como lo que nos pasó a los negros en Suráfrica». Chris McGreal realiza un apasionante estudio, comparando ambas realidades, en «Worlds Apart», *The Guardian* (6-2-2006), <http://www.guardian.co.uk/israel/Story/0,,1703245,00.html>.

3 *El Mundo* ofrece una cronología del desarrollo del muro de Cisjordania, <http://www.elmundo.es/elmundo/2004/07/09/internacional/1089387925.html>.

4 «El Tribunal de la Haya declara ilegal el muro de Cisjordania entre las críticas de Israel y los EEUU», agencia, *El Mundo* (9-7-2004).

5 «Radiografía de Cisjordania», *BBC Mundo* (24-1-2006).

6 Comission on Human Rights, Economic and Social Council, United Nations: «Report of the Special Rapporteur of the Commission on Human Rights, John Dugard, on the situation of human rights in the Palestinian territories occupied since 1967» (15-1-2006).

7 Se conoce como Línea Verde al trazado del armisticio de 1949 entre Israel y Jordania que sirvió como frontera de hecho entre el Estado hebreo y Cisjordania tras la ocupación de 1967.

8 Información para el Comité para la Eliminación de la Discriminación Racial, Amnistía Internacional (enero de 2006).

9 Betselem, <http://www.btselem.org/english/Separation_ Bar rier/Statistics.asp> (30-4-2006). Para más información sobre el trazado véase el mapa en <http://www.btselem.org/Download/Separa tion_Barrier_Map_Eng.pdf>.

10 Majsom Watch, <http://www.machsomwatch.org>.

11 Amelia Thomas: «Checkpoint witness», *The Christian Science Monitor* (7-6-2006).

12 Comission on Human Rights, Economic and Social Council, United Nations: «Report of the Special Rapporteur of the Commission on Human Rights, John Dugard, on the situation of human rights in the Palestinian territories occupied since 1967» (15-1-2006).

13 Ídem.

14 Tel Rumeida Project, <http://www.telrumeidaproject.org/Proposal_Background.html>. En esta página web se pueden encontrar vídeos y testimonios de las constantes agresiones de los colonos a los palestinos.

15 Mario Vargas Llosa: *Israel/Palestina: Paz o guerra santa*, Aguilar, Madrid, 2006.

16 Tel Rumeida Project.

17 Información para el Comité para la Eliminación de la Discriminación Racial, Amnistía Internacional (enero de 2006). Otro testimonio descarnado sobre el comportamiento de los colonos en Hebrón lo brinda Gideon Levy en un artículo publicado el 16 de marzo de 2001 por el periódico *Haaretz* dentro de la serie «Twilight Zone». «Si quieres conocer qué es la dureza, si quieres conocer qué es el racismo, si quieres conocer qué es el mal, si quieres conocer qué es la injusticia, y si quieres conocer el aspecto de la maldad, Hebrón durante la festividad judía de Purim es el mejor lugar en la tierra para averiguarlo.»

18 Mario Vargas Llosa: *Israel/Palestina: Paz o guerra santa*, Aguilar, Madrid, 2006.

19 Robert Fisk: *La gran guerra por la civilización, la conquista de Oriente Próximo*, Destino, Barcelona, 2005, p. 565.

20 Ídem, p. 576.

21. Jewish Virtual Library. Esta página web ofrece un exhaustivo listado de todas las resoluciones de Naciones Unidas relacionadas con Israel, <http://www.jewishvirtuallibrary.org/jsource/UN/unres478.html>.

22 Información para el Comité para la Eliminación de la Discriminación Racial, Amnistía Internacional (enero de 2006).

23 Amira Hass: «Israel bars Palestinian Americans for first time

since 1967», *Haaretz* (10-7-2006).

24 *Taglit-birthright Israel*, <http://www.birthrightisrael.com>.

25 *Birthright Unplugged*, <http://www.birthrightunplugged. org>.

26 Hernán Zin: «Tú, esclavo», *20 Minutos* (15-6-2006), <http://blogs.20minutos.es/enguerra/post/2006/06/15/tu-esclavo>.

7

Vete al infierno, vete a Gaza

A nuestro lado, en la carretera, pasa un coche que lleva bicicletas en el techo. En su interior, sonrientes, tres jóvenes cantan a viva voz. Es un día de sol radiante. En esta parte del país, próxima al mar, cuya belleza resulta sobrecogedora, prima un aire festivo, relajado. Las vacaciones de verano acaban de empezar.

A ambas orillas de la ruta se suceden campos verdes, lujosas urbanizaciones, centros comerciales. Cuesta aceptar que a pocos kilómetros de aquí haya una realidad distinta, que nos separan escasos minutos del lugar que en estos momentos debe de ser el más acosado, sitiado y estrangulado del mundo.

Ángel Navarrete viaja en el asiento delantero, con su cámara de fotos lista. Yo voy atrás. Saco de la mochila el libro que estuve leyendo a lo largo de la noche. Se llama *Drinking the Sea at Gaza*. Su autora, la periodista israelí Amira Hass, es una mujer brillante, de un gran coraje. En los años noventa sentó residencia en Gaza, donde escribía para el periódico *Haaretz*. En la obra afirma que lo hizo porque responde a los valores que sus padres, dos supervivientes del Holocausto, le enseñaron. Su madre le contó de niña que, mientras la llevaban al campo de concentración de Bergen Belsen, el tren se detuvo en una estación, y las mujeres alemanas que estaban allí las miraban con «curiosa indiferencia» mientras ellas se hacinaban en los vagones rumbo a la muerte. «Para mí, estas mujeres representan un odioso símbolo de los que observan las cosas desde un costado, y a una temprana edad decidí que mi lugar no iba a estar con los espectadores», escribe.[1]

Por esta razón dejó su acomodada vida y se fue con los palestinos para dar testimonio al mundo de su sufrimiento, para no permanecer indiferente ante las injusticias que padecen, para ver esos trenes en los que están atrapados, esos trenes que los conducen a ninguna parte.

Otra frase del libro de Amira Hass reverbera en mi cabeza. Cuando un israelí quiere mandar a otro al infierno le dice: «¡Vete a Gaza!»

El coche abandona la vía principal y toma el desvío hacia la ciudad hebrea de Ashqelón. Aparece en el fondo una gran humareda negra, señal inequívoca de que estamos en la ruta correcta, de que Gaza, con su infinito dolor, existe, aunque el universo que nos rodea se obstine en negarlo.

A medida que nos acercamos, escuchamos el sonido de las bombas. Preocupado, el taxista, un palestino de Jerusalén, enciende la radio. Acto seguido nos pregunta con velada ironía: «¿Estáis seguros de que queréis ir?»

Torres de control, vallas con alambres de espino, carros de combate. Nos detenemos en la entrada de Erez. No hay coche alguno a la vista. Y, cuando el nuestro se va, comprendemos que hemos dejado atrás toda posibilidad de retorno. Avanzamos por la acera con las maletas. En la puerta, dos guardias de seguridad, con gafas negras y fusiles M-16, nos preguntan si llevamos armas.

Además de base militar, Erez funciona como puesto de control fronterizo. Es la única vía que pueden utilizar los civiles para entrar o salir de Gaza a través de Israel. Desde que empezó la operación Lluvia de Verano, los israelíes tienen prohibido atravesarlo. Hace ya tiempo que está vetado a los palestinos, con excepción de casos puntuales.

En el edificio principal, sobre el que ondea una bandera israelí, dos soldados revisan nuestra documentación. Una vez fuera, las explosiones retumban aún con mayor fuerza. Ángel está tan pálido que entre su rostro y la camiseta blanca que lleva puesta casi no hay diferencia.

«Pareces un fantasma», le digo. Pero no me responde. Veo que piensa, que analiza las posibilidades. Me transmite una sensación de extrema vulnerabilidad. «Vamos hombre, todo va a salir bien», agrego, y avanzo delante de él para darle ánimos.

Nos conocimos en el hotel Faisal de Jerusalén, mítico punto de reunión de pacifistas y activistas sociales que vienen desde el extranjero para oponerse a la construcción del muro y la demolición de casas. Al igual que a mí, la operación Lluvia de Verano lo tomó por sorpresa. Había venido a Cisjordania para asistir a la boda de un amigo. Decidió acercarse a Gaza tres días para enviar fotos a una agencia.

He visto su trabajo y es un fotógrafo extraordinario. Juega con los contraluces y los detalles. Sabe referirse a un todo a través de una de

sus partes más representativas. Ésta es su primera experiencia en un conflicto armado. Sin embargo, en poco tiempo demostrará que sabe adaptarse perfectamente.

En el interior del pasillo de hormigón que conduce de Israel a Gaza, que antes miles de palestinos cruzaban a diario para dirigirse a sus empleos, cuelga un cartel gigante con las fotos de los hombres más buscados por Israel. Una fundación judía con base en el Reino Unido ofrece un número de teléfono y una recompensa de 10 millones de shequels a cambio de información.

Otra vez la escenografía del Gran Hermano. Las voces metálicas de los altavoces que nos guían, las cámaras de seguridad. Pero magnificadas por la ausencia absoluta de personas. Estamos solos. El sonido de los proyectiles retumba contra las paredes de hormigón.

Al final del pasillo, que tiene 600 metros de longitud,[2] salimos a Gaza. El contraste no podría ser más notable. Del lado israelí: aire acondicionado, música, sillones. Aquí, una mesa de madera sobre una explanada de cemento y bajo un techo de chapa. Nada más.

Munir, el conductor que contratamos desde Jerusalén, tiene una limusina Mercedes Benz color amarillo, con los asientos de cuero ajados por el tiempo. Partimos sin demorarnos en saludos o presentaciones.

A un lado de la carretera está la zona industrial de Beit Hanún, donde antes funcionaban empresas israelíes con mano de obra palestina. Era una suerte de deslocalización de la producción, que se beneficiaba de los bajos salarios y de la cercanía. Sin embargo, la salida de los colonos en septiembre de 2005 fue mermando la actividad en la zona, que en estos momentos está desierta.

En el lado opuesto, hombres y niños viajan en carros tirados por burros y cargados de chatarra. Dan la impresión de haber sido arrancados de la tierra misma: la ropa sucia, andrajosa, los ojos entornados por el sol, un leve destello en sus miradas. Se mueven con lentitud por la carretera, indiferentes a los proyectiles, inmersos en la acuosa e ilusoria estela del sol que cae a plomo.

Son chatarreros, similares a los que malviven en el extrarradio de cualquier gran ciudad del tercer mundo y que se dedican a recuperar de los desperdicios todo lo que pueda ser reciclable. Aunque aquí, como sabré más tarde, recogen además los escombros de las casas

destruidas en los ataques.

Tomamos la carretera Saladino. Montañas de basura, viviendas miserables, que parecen a punto de derrumbarse. Así como Israel vive en un próspero siglo xxi de autopistas, centros comerciales, coches último modelo y gente bien vestida, Gaza se encuentra en una lóbrega y paupérrima Edad Media.

La mayor parte de los vehículos con los que nos cruzamos son carros tirados por burros o caballos. De vez en cuando frenamos en las esquinas para dejar paso a algún automóvil destartalado, enmascarado de polvo. Porque si hay algo que caracteriza a Gaza en estos primeros momentos es el polvo. Aquí, al no contar con recursos para sistemas de irrigación, el desierto no es verde como en Israel, sino árido, irrespirable. Casi no hay diferencia entre el paisaje, la gente, los coches y los edificios. Forman un todo difuso que parece hecho de terracota.

Esta mañana, Acción contra el Hambre emitió un comunicado en el que afirma que la población palestina «necesita urgentemente agua y alimentos». Más de 140 pozos de agua han dejado de funcionar por falta de electricidad. En los mercados cada vez cuesta más hallar arroz, aceite, azúcar, harina y legumbres. «Todas las esperanzas de una vida mejor despertadas en la población tras la retirada israelí de Gaza hace diez meses se han esfumado en poco tiempo, la gente está nerviosa, se viven escenas cotidianas de pánico.»[3] En otro comunicado de esta organización, que recibiré dos semanas más tarde, se afirma que «el 70% de la población ha dejado de consumir los nutrientes necesarios».[4]

Entramos en la ciudad de Gaza, con sus altos edificios y bulevares. Veo restaurantes cerrados, tiendas con las persianas bajas. «Ya falta poco para llegar al hotel», nos anuncia Munir.

Doblamos en una esquina. Un sofá destartalado, una vasta aglomeración de desperdicios, y un niño harapiento que se ha subido sobre una caja de madera y mira hacia el estómago de un contenedor oxidado.

Nos alojamos en el Ocean Suites, un hotel familiar ubicado en la decimocuarta planta de una torre de apartamentos situada en el bulevar Omar el-Muktar. Para que podamos subir, el portero se ve

obligado a encender un generador eléctrico alimentado con fuel.

Las vistas desde la terraza son extraordinarias. En el salón hay dos periodistas españoles. Nos cuentan cómo está la situación. Tras haber bombardeado las infraestructuras civiles a lo largo de las primeras jornadas de la operación Lluvia de Verano, el ejército comenzó sus incursiones a gran escala: Rafá, Beit Hanún, Beit Lahia. En la ciudad se comenta que los tanques van a entrar hoy por el sur para dividir en dos la franja de Gaza, como en el pasado, cuando estaban aquí los colonos. Semejante acción complicaría todavía más la existencia cotidiana de los palestinos, además de poner en riesgo numerosas vidas.

Munir nos acerca a Beit Lahia, de donde los efectivos hebreos se acaban de retirar tras una cruenta ofensiva que fue bautizada por los mandos castrenses como Las Espaldas de Gilad, en referencia al soldado desaparecido. Caminamos entre las fachadas de las casas destrozadas, las paredes cubiertas de agujeros de balas, los animales muertos. El lugar aún rezumaba miedo, violencia, devastación. La gente se acerca, como sucederá tantas veces en las siguientes semanas, a contarnos sus historias. Los niños nos siguen fascinados por las cámaras de fotos. Como nos sigue la banda sonora insoslayable de la franja de Gaza: los disparos de los tanques desde la frontera, el traqueteo de los helicópteros Apache y el enervante zumbido de los aviones no tripulados.

En el ataque a la localidad de Beit Lahia, el Tsahal pareció perder todas las restricciones, tal vez al comprobar que Hamás no cedía a la presión y que Gilad Shalit no era liberado. De los 36 fallecidos con que saldaron los tres días de intervención, once fueron no combatientes. De los noventa heridos, treinta eran niños.

Los vecinos nos cuentan que los francotiradores apostados en las plantas altas de las casas fueron responsables de una proporción significativa de las muertes, como la de Shadi Omar, un chico de 16 años, sordomudo, que recibió un disparo en el pecho cuando corría desorientado tratando de volver a su casa.

El 8 de julio, último día de la incursión armada, hallaron el cadáver de Jaber Raihán, un discapacitado psíquico de 42 años, en una parcela de tierra dedicada a la agricultura. Una bala lo había alcanzado en la cabeza.[5]

La vivienda de la familia Anja muestra un gran boquete en su

fachada, como una especie de mordisco gigantesco, que permite ver desde la calle los muebles de estilo barroco, recargado, en su interior. Durante el ataque a Beit Lahia se convirtió en el cuartel general de las tropas hebreas. Más de cincuenta soldados se congregaron allí, mientras que 25 miembros de la familia permanecían encerrados en una habitación. Sólo faltaba uno de sus integrantes: Mahmud. Con perplejidad se preguntaban qué habría sido de él.

El trato que recibieron los Anja fue mejor que el de otros vecinos que también fueron empleados como escudos humanos, quizá porque entre los militares que entraron en su casa había algunos de mayor rango. Bajo estricta vigilancia, a la madre se le permitió ir a la cocina y preparar comida para todos. En ese momento preguntó a los soldados si no habían visto a su hijo Mahmud. Le respondieron que no.

Mahmud tenía 19 años. Solía pasar los días en una mecedora situada en el patio. No hablaba. Sólo se reía, compulsivamente, y se movía sacudido por espasmos. Como sufría problemas mentales, sus padres le ponían siempre camisetas en las que se leía en árabe: «Mi nombre es Mahmud, si me pierdo llame al siguiente número: 15.22.11.22.»

Cuando los efectivos hebreos entraron en la casa derribando el muro y arrojando bombas sónicas, él estaba solo, en una habitación de la segunda planta. Ninguno de sus familiares sabe qué ocurrió exactamente, cómo Mahmud logró salir corriendo entre los soldados y abandonar la casa. Sí tenía marcas en el pecho y en la cara, por lo que dedujeron que hubo un forcejeo.

Más allá de las especulaciones, el hecho incuestionable es que logró huir y corrió por las calles, entre el fuego cruzado. De haber salido hacia la derecha, habría muerto al instante, puesto que por allí habían entrado las unidades mecanizadas israelíes. Pero lo hizo hacia la izquierda. Y corrió a través de la noche. Cuatro kilómetros hasta llegar al barrio de Yabalia, donde una pareja lo recogió y comenzó a llamar al número de teléfono que llevaba estampado en la camiseta.

Nos acercamos a Yabalia, el campo de refugiados con mayor número de habitantes de la franja de Gaza, donde las condiciones de vida poco han cambiado desde que las primeras familias llegaron aquí en 1948. La única diferencia es que ahora son más de 200.000

personas las que se hacinan en estas míseras casas, que conforman un conjunto caótico, laberíntico, como una gran ratonera.

De aquí han salido algunos de los líderes de los brazos armados de Fatá, Hamás, los Comités Populares de la Resistencia y la Yihad Islámica. En sus calles se inició, en 1987, la Primera Intifada, un levantamiento popular contra la ocupación que terminaría en 1993, cuando los acuerdos de Oslo brindaron a los palestinos la ilusión de que estaban a punto de alcanzar la tan ansiada libertad.

La fama de Yabalia como lugar fuerte, inviolable, se acrecentó en el año 2004, durante la operación Días de Penitencia. Después de que un misil de fabricación casera Qassam matara a dos niños en la ciudad de Sderot, el Ejecutivo de Ariel Sharón lanzó una incursión militar sin precedentes por su extensión y violencia. Un centenar de tanques entraron en Beit Hanún, Beit Lahia y Yabalia. En el transcurso de dos semanas murieron 103 palestinos, de los cuales 28 eran niños, y 442 resultaron heridos. Asimismo, se destruyeron 87 viviendas.[6] El Consejo de Seguridad de Naciones Unidas intentó aprobar una resolución de condena que no prosperó debido al veto de Estados Unidos.[7]

En aquella incursión, mi buen amigo Kayed perdió su casa, incluido el taller de reparación de electrodomésticos con el que se ganaba la vida. Aún recuerda con desazón los dos días de ataques, que pasó encerrado junto a su mujer, sus hijos y la familia de su hermano. También me cuenta con orgullo que los blindados no pudieron pasar de las calles de entrada a Yabalia. La resistencia fue feroz. Uno de sus vecinos, un hombre mayor, cogió varias cargas de explosivos y saltó desde la ventana de su casa sobre un tanque.

Munir detiene el coche frente a una estación de venta de gas. Cientos de personas esperan a que les llegue el turno de recargar sus bombonas. Las reservas están en mínimos. Aunque ya el sol comienza a perderse en el horizonte, el calor sigue siendo agobiante. Retrato entre la muchedumbre a un hombre que sostiene a su hija en brazos. La niña lleva puesto un vestido rosa. Su rostro parece demacrado y está surcado por profundas ojeras.

Recuerdo las palabras que me dijo en Jerusalén Naiara Galarraga, que cubre el conflicto para la cadena de televisión Cuatro: «Fíjate en los niños de Gaza, tienen todos cara de cansados.» Le pregunto al padre de la pequeña si pueden descansar por las noches. «¿Dormir? —

me responde sorprendido—. Hace meses que no sabemos qué es eso.»

A la semana de la retirada de los colonos de Gaza, el Gobierno de Ariel Sharón ordenó a los aviones F-16 que comenzaran una campaña de desgaste contra los palestinos como castigo por el lanzamiento de misiles caseros Qassam. Durante la noche, el estruendo de los aviones interrumpe súbitamente el sueño, en una estrategia conocida como *sonic booms*.

La lógica de la penitencia colectiva sin atenuantes. Unos milicianos deciden atacar Israel. Cogen un coche, van a la frontera y lanzan los proyectiles. Éstos son tan impredecibles, que no en pocas ocasiones caen sobre la misma Gaza. Todos los palestinos deben pagar por ello, incluidos los niños, que se abrazan asustados a sus padres durante las noches. Es tal el movimiento de aire que provocan los aviones que la gente deja los cristales de los coches y las viviendas entreabiertos para que no estallen.

Dominique Sbardella, una cooperante que trabaja para la ONG italiana CRIC (Centro Regionale de Intervento per la Cooperazione) y que lleva tres años aquí, me dijo que muchas personas sufrieron daños irreversibles en los oídos. También me comentó que aquella campaña tenía el nombre de Primera Lluvia, porque era un castigo que caía desde el cielo.

A la salida divisamos uno de los tres zepelines blancos del ejército israelí que sobrevuelan los límites de Gaza. A través de ellos, los soldados siguen los movimientos en las localidades fronterizas. Desde aquí se asemeja a un gran ojo que todo lo ve. Otra de las paradojas del conflicto: las tecnologías más modernas y costosas, como los aviones no tripulados, dedicadas a sojuzgar a un pueblo hambriento. Estados Unidos barajó la posibilidad de comprar a Israel zepelines para patrullar el muro que lo separa de México.

De regreso al hotel encontramos más de lo mismo: basura, viviendas miserables, carreteras sin asfaltar, cubiertas de arena. También vemos a numerosos milicianos, con las cabezas encapuchadas, detrás de las barricadas. Deben de estar al tanto de la ofensiva anunciada por el Tsahal para separar a Gaza en dos mitades.

En el Ocean Suites han encendido el generador eléctrico. Varios colegas, de los principales medios de España, trabajan parapetados

tras sus ordenadores en el salón. Las bombillas parpadean de forma casi imperceptible. Fuera, la ciudad está sumida en la oscuridad. Sólo una incipiente luna llena permite adivinar el contorno de la multitud de edificios que nos rodean, y las olas del mar Mediterráneo que se suceden infatigables hacia la playa.

Juan Miguel Muñoz, corresponsal de *El País* en Jerusalén, me recomendó encarecidamente este hotel, diciendo que es el lugar en el que se alojan todos los periodistas de lengua castellana.

Isabel Galí, que trabaja para la cadena catalana TV3, me habla de un tal Kayed, que vivió en Málaga y que es un excelente traductor. Él la condujo hasta Qarni, donde grabó unas imágenes estremecedoras, en las que se ve a un miliciano palestino en el instante mismo en que es alcanzado por la munición de un tanque.

Ahora no lo sé, pero días más tarde añoraré la presencia de los colegas en el salón del hotel. No sólo por la información que se intercambia, sino por la complicidad y la amistad que suele surgir en situaciones como ésas. Hasta el mes de septiembre trabajaré solo: el sonido de las bombas en la distancia, y tantas experiencias y sensaciones sin compartir.

Subo con Ángel en el ascensor, previo aviso telefónico al portero. Salimos a la calle. En medio del bulevar Omar el-Muktar hay una pizzería estilo occidental que está cerrada. Caminamos en busca de alguno de los restaurantes de los que nos han hablado nuestros compañeros.

Como no damos con estos sitios, pues en la penumbra de una urbe desconocida no es sencillo orientarse, entramos en un pequeño puesto de venta de *falafel*. Su dueño, Ahmed, nos da la bienvenida. Me quedo fascinado al escuchar el precio: un shequel por un sándwich idéntico al que me costaba 15 shequels en Jerusalén.

Cuando volvemos el hotel está a oscuras. La dueña, Amani, ha apagado el generador. Nuestros colegas ya se han ido a dormir. Nosotros hacemos lo mismo. Abro el libro de Amira Hass y lo leo en la cama, a la luz de una vela. «Para mí, Gaza encierra toda la saga del conflicto entre israelíes y palestinos; representa la contradicción central del Estado de Israel: democracia para algunos, miseria para otros.»

A las 2.45 de la mañana un terrible estruendo nos arranca de la cama. Empapado de sudor, conmocionado, me levanto y me asomo

por la ventana para tratar de ver qué sucede. Ángel prepara la cámara alumbrado por una pequeña linterna que sostiene con los dientes. Se escuchan las sirenas de las ambulancias. Sus luces rojas y azules se reflejan en los edificios a medida que avanzan hacia donde ha caído el misil. Después pasa un vehículo de bomberos.

Sabemos que no ha caído lejos, pero no alcanzamos a ver exactamente dónde. Más ambulancias parten hacia el lugar del ataque. Se oyen algunas detonaciones en la distancia, pero el sonido que ahora prima es el de los aviones no tripulados que giran sobre nosotros.

La luna brilla sublime en el cielo. Su luz descubre con mayor intensidad el perfil de esta ciudad que parece ausente, vacía, y al mismo tiempo profundamente aturdida, atemorizada. No sé por qué pero pienso en el Líbano. Me digo que así debe de haber sido Beirut durante la guerra civil.

Quizá sea la noche, que nos devuelve a la infancia, a profundas sensaciones de soledad e indefensión. O tal vez se deba a la forma traumática en que me he despertado. Lo cierto es que experimento una profunda angustia.

Ninguno de los periodistas pierde demasiado tiempo en desayunar. Unas porciones de pan de *pita*, unas aceitunas, unos cruasanes. Alrededor de la mesa corren las noticias. No fue un misil, sino dos los que cayeron anoche. Y no lo hicieron tan cerca como parecía, sino a tres kilómetros de distancia, en el barrio de Sheij Radwán. De la casa contra la que impactaron con sus dos toneladas de poder destructivo, no queda casi nada. El dueño, Nabil Abu Salmiya, profesor y miembro de Hamás, pereció en el acto junto a su mujer y siete de sus hijos.

La segunda información que me comentan es que, efectivamente, los tanques entraron esta noche por la carretera de Kisufim, principal vía de acceso al ya desaparecido bloque de asentamientos judíos de Gush Katif. Registraron varias casas en busca de Gilad Shalit. A las siete de la mañana alcanzaron el antiguo puesto de control de Abu Holi. Empezaron a levantar montículos de tierra a modo de barreras, mientras que la artillería disparaba desde la frontera y los buques de guerra lo hacían desde el mar.

Sin embargo, hay una noticia que opaca a todas las demás, y es de la que habla en la pantalla del televisor un periodista de al-Yazira en directo desde Beirut. Esta mañana, un comando de Hezbolá cruzó la

frontera con Israel cerca de la aldea de Zarit y atacó a una patrulla del ejército hebreo. Mató a ocho de sus integrantes y secuestró a dos. Sus nombres son Ehud Goldwasser y Eldad Reguev. Para distraer la atención de los efectivos del Tsahal, la milicia chií había lanzado misiles Katiusha hiriendo a cinco civiles.

Al-Manar, la cadena de televisión vinculada a Hezbolá, anunció en un comunicado que Hasán Nasralá cumplía así las advertencias dadas en el pasado: si no se negociaba la liberación de prisioneros, como se hizo en el año 2004,[8] capturaría a soldados israelíes. Por otra parte, afirmaba que la acción constituía una forma de apoyo al pueblo palestino y a Hamás.

Las noticias en Internet señalan que un tanque Merkava II, que entró en territorio libanés para tratar de rescatar a los soldados, voló por los aires al pasar sobre 200 kilogramos de explosivos. Sus cuatro ocupantes fallecieron. En el intento por rescatar los cadáveres del blindado, perdió la vida otro militar israelí.

Ehud Olmert se ha reunido de urgencia con sus ministros. La aviación y la artillería hebreas ya están descargando su poderío en el sur del Líbano. Por la tarde, el Ejecutivo dará la aprobación para una ofensiva en toda regla. La primera desde la retirada de las tropas en el año 2000. Como tantas veces en el pasado, los F-16 de la aviación hebrea sobrevolarán Beirut.

De las declaraciones y proclamas belicistas que se harán a lo largo del día, una me llamará especialmente la atención. Será del jefe del Estado Mayor del ejército israelí, el general Dan Haluts. Dirá que si Hezbolá no devuelve a los soldados capturados, el Líbano retrocederá veinte años en el tiempo,[9] en alusión a las infraestructuras construidas después de la guerra civil y en las que el Gobierno del desaparecido Rafik Hariri invirtió más de ocho mil millones de euros.

La misma lógica se está aplicando en Gaza: arrasar los bienes comunes y castigar a toda la población por las acciones de unos pocos. Una estrategia militar que viola la IV Convención de Ginebra, firmada justamente para establecer una línea divisoria entre quienes empuñan las armas y quienes no lo hacen, para tratar de poner ciertos límites a la barbarie de la guerra.

En la limusina amarilla de Munir nos dirigimos al barrio de Sheij

Radwán, donde los misiles se presentaron durante la noche. Los vecinos están conmocionados. Todos conocían bien a la familia de Nabil Abu Salmiya. Llegaron huyendo de Ashqelón tras haber sido expulsados en 1948.

Aquí, en este lugar decadente, de viviendas sin pintar y aceras mugrientas, reprodujeron la misma distribución que en su hogar originario. Se situaron en posiciones similares, puerta con puerta, para mitigar así la sensación de desarraigo, de pérdida.

«Mi cama se movía de un lado a otro, parecía que bailaba», nos comenta Jamil Namur, cuya casa fue alcanzada por la metralla del misil y presenta puertas arrancadas de cuajo, huecos en las paredes y cristales rotos. «Salí y vi a la hija mayor, que era retrasada mental, muerta en el jardín. Después encontré el cuerpo de otro de los hijos, que estaba en cuarto grado. Le faltaba la cabeza, que apareció en la entrada de la casa de la familia Abbás. Había otro niño muerto en la calle. A la madre la explosión le había arrancado las piernas.»

Al verme tomar apuntes en la libreta, un joven se acerca a mí encolerizado. Era amigo de uno de los hijos mayores de la familia.

—Queremos venganza. Queremos que Israel pague por la forma en que nos trata. No podemos quedarnos de brazos cruzados —me dice.

—Pero Israel es muy superior militarmente —le digo.

—Lo sabemos, porque ellos tienen a Estados Unidos y nosotros estamos solos. Pero no nos importa. Es mejor morir luchando que morir como perros.

Entre los escombros de la vivienda de la familia Salmiya, sobresalen algunos objetos de su vida diaria: un cuaderno de escuela, unas zapatillas de deporte. Nabil Abu Salmiya, de 46 años, tenía un doctorado en matemáticas, trabajaba de profesor en la Universidad Islámica y estaba afiliado a Hamás, aunque no desempeñaba cargo relevante alguno. Uno de sus vecinos, Ahmad Bahar, sí era un destacado líder político de la organización.

De los once miembros de la familia, nueve fallecieron. Nabil, su mujer Salwa y siete de sus hijos, Somaya, Basma, Huda, Nasr, Emán, Yehya y Aya. Sólo se salvaron los dos varones mayores: Mohamed, de 20 años, que estudia ingeniería en la facultad y estaba fuera de casa, y Awad, de 19 años, que fue rescatado con vida. Además, 34 residentes de las viviendas colindantes resultaron heridos.

Los misiles fueron lanzados porque el Tsahal creía que en el lugar se encontraba Mohamed Dif, comandante del brazo armado de Hamás y uno de los hombres más buscados por Israel, que estima que está detrás del secuestro de Gilad Shalit. Durante semanas recorrerá Gaza el rumor de que ha quedado postrado, pues un proyectil impactó el coche en que huía, aunque la organización se encargará de desmentirlo.

Llamo a Hernán, un argentino que emigró a Israel y que trabaja como portavoz del Tsahal para los periodistas que hablamos español.

—Estoy frente al edificio donde ayer cayó un misil que mató a nueve personas, quería saber cuál es vuestra versión —le digo.

—Perdona, pero no sé de qué me hablas, estamos centrados en la operación en el Líbano.

—Esta noche cayeron dos misiles a pocos kilómetros de la ciudad de Gaza, que mataron a nueve miembros de la familia de Nabil Abu Salmiya.

—Ahora lo miro y te llamo.

Dos minutos después suena el móvil.

—Sí, mira, aquí lo tengo.

Saco la libreta y tomo apuntes de lo que me va diciendo.

—No sabíamos que la familia estaba allí, de otro modo habríamos cancelado la operación como ya lo hemos hecho en otras ocasiones. Pero sí sabíamos que allí había reunidos varios terroristas que han cometido crímenes de sangre contra Israel, como Mohamed Dif, y que han utilizado a las mujeres y a los niños como escudos humanos.

—¿Habéis alcanzado a alguno de estos hombres? ¿A Mohamed Dif?

—No, lamentablemente han logrado huir —me explica. Y a continuación añade—: Es un acto de cobardía por parte de los terroristas escudarse tras mujeres y niños. En ningún otro lugar del mundo los jefes militares de un ejército se reúnen en lugares donde hay mujeres y niños.

—¿Pero son jefes militares o terroristas? No me queda claro.

—Terroristas, por supuesto, con las manos manchadas de sangre israelí.

—Gracias.

Otro intento de asesinato selectivo fallido. Superan la veintena los civiles que este año han muerto en Gaza como consecuencia de estas acciones del Gobierno de Israel que, en lugar de tratar de llevar a la gente a la justicia, descarga misiles contra coches en movimiento y casas de familia, sin preocuparse por quien pueda estar en medio.

Una estrategia que el Tribunal Superior de Justicia de Israel autorizará con limitaciones el 14 de diciembre, respondiendo así a la demanda presentada hace seis años, al inicio de la Segunda Intifada, por la Comisión Pública de Israel contra la Tortura y la organización no gubernamental Law. Último fallo que redactará el presidente del Tribunal, Aarón Barak, superviviente del Holocausto nazi, antes de acogerse a los beneficios de la jubilación.[10]

En los asesinatos selectivos participan aquellos a los que los palestinos llaman «colaboracionistas», y a quienes tan severamente castigan cuando los descubren (muchas veces con la muerte). A cambio de dinero, de la libertad de familiares encarcelados o de permisos de salida fuera de los territorios, marcan el coche de algún líder de los grupos armados y luego llaman al Tsahal por teléfono móvil. Un caza F-16 pasa para ocultar el ruido del helicóptero que viene detrás, y que suele ser el encargado de lanzar un proyectil guiado por láser.

La noticia podría haber merecido dos o tres columnas en la portada de los periódicos, como lo hizo en el año 2002 el asesinato de Salá Shehada, líder de Hamás. En aquella ocasión, el misil cayó en el barrio de al-Daraj. Al menos quince personas, entre las que había nueve niños,[11] se contaron entre los «daños colaterales».

Pero la guerra del Líbano, que se desarrolla en el norte, ha acaparado los espacios informativos, y estas nueve vidas perdidas apenas encontrarán sitio en los telediarios y periódicos.

La multitud que se ha congregado en el acceso a la morgue del hospital Shifa va pasando los ataúdes. Decenas de manos los toman en el aire, como una suerte de despedida, y los empujan hacia delante. Están hechos de madera. Son nueve. Uno para cada miembro de la familia de Nabil Abu Salmiya. Ha sido la acción más mortífera del ejército israelí desde la muerte de la familia Galia el 9 de junio en la playa.

Un vehículo de Hamás se abre paso entre la marea de personas.

Familiares, amigos y miembros de la organización integrista se colocan los ataúdes sobre los hombros y avanzan. Los milicianos disparan al aire con sus AK-47. Varios jóvenes que están sobre el techo del edificio, con banderas verdes en las manos, se tiran al suelo y gritan que no disparen. No son pocas las personas que han muerto en funerales y bodas por esta absurda tradición árabe de usar los fusiles para mostrar tanto el luto como la euforia de la celebración.

La procesión con los cuerpos de la familia Salmiya recorre a toda prisa la ciudad de Gaza. A pesar del calor, supera calle tras calle a la carrera sin aminorar la marcha. Quizá sea por miedo a que el ejército israelí lance un ataque al cortejo, como ya hizo en el pasado.

En las aceras se suceden miles de personas. Niños que se cuelgan de postes para poder ver los ataúdes. Adultos que salen de las tiendas, que se bajan de los coches, para ser testigos del último recorrido por Gaza de la familia Salmiya.

La rabia y el deseo de venganza se palpan en el ambiente. Los misiles del Tsahal son semillas cargadas de odio que caen en un terreno fértil, abonado durante décadas. Rápidamente dan sus frutos.

Me acerco para coger un primer plano de unos de los ataúdes, cubierto con la bandera verde de Hamás, y uno de los portadores me insulta furioso, con el rostro morado por el esfuerzo físico. A través de los altavoces de la camioneta salen los sonidos de una canción que dice: «Están en el cielo, con Alá, son felices, son mártires, están en el cielo.» Por los altavoces de otro vehículo, un hombre con la cabeza encapuchada arenga a las masas con voz desgarrada: «¿Por qué nos dicen que somos terroristas si ellos son los que matan a mujeres y niños? Israel es el terrorista. Ehud Olmert es el terrorista. Pero nos vengaremos. Alá está de nuestra parte. Ya tenemos a dos soldados en el Líbano.»

Uno de los féretros pequeños se ha desfondado. En medio de esta locura nadie parece darse cuenta y, en lugar de detenerse para volver a colocar la madera en su lugar, uno de los hombres se sitúa debajo y lo empuja hacia arriba con el cuello y la espalda. El cuerpo del niño, amortajado, manchado de sangre seca, aparece por momentos.

La pensión de Amani está más tranquila que esta mañana. Muchos periodistas se han ido hacia el norte para seguir el conflicto con

Hezbolá. Ehud Olmert ha autorizado el ataque de objetivos civiles.

Los líderes occidentales lanzan algunas frases tibias. Estados Unidos señala el derecho a la «defensa» del Estado hebreo. La Unión Europea se expresa tan moderada y equidistante como siempre. Nadie hace un llamamiento decidido a la calma y la negociación. Salvo contadas excepciones, el mundo permanece impertérrito, como lleva dos semanas haciendo con respecto a Gaza.

Nos llega nueva información: un avión israelí acaba de lanzar dos proyectiles sobre un grupo de jóvenes y niños que se habían acercado a los tanques situados en la carretera Saladino. Seis murieron en el acto y otros seis resultaron gravemente heridos. Los cadáveres aún no han sido identificados.

Un día de luto en Oriente Próximo, que quedará marcado en la historia. Una guerra en marcha. Y la cifra de fallecidos que aumenta: ocho soldados israelíes, 25 civiles en Gaza, más de treinta en el Líbano.

Son varias noches de dormir poco. Caigo rendido temprano, con el runrún de los aviones no tripulados que no cesa. La siguiente imagen es en la penumbra de la habitación: busco el reloj para ver la hora. Ángel está de pie y, como en un espejo de la madrugada anterior, prepara su cámara mientras sostiene la linterna con la boca.

Otra explosión descomunal. Esta vez cerca, no cabe duda. A tres manzanas de donde estamos, del otro lado del bulevar Omar el-Muktar, asciende una columna de humo que gira sobre sí misma, resplandeciente, cargada de polvo y cenizas, bajo la luz de la luna.

Salimos a la terraza. Todavía reverbera en el aire el sonido de los rotores de los helicópteros Apache que lanzaron los misiles. Marta, una fotógrafa española que trabaja en la agencia AP, aparece también somnolienta. «Han atacado el Ministerio de Asuntos Exteriores —nos dice que le acaban de informar por teléfono—. Hay varios heridos entre los vecinos pero ningún muerto.»

Ya no puedo conciliar el sueño. Es imposible dormir en esta parte del mundo. Me quedo en la terraza. Observo las ambulancias que van del hospital Shifa hasta el edificio atacado. Admiro a sus conductores, a los médicos que viajan en ellas, que se atreven a recorrer las calles para cumplir con su labor a pesar de la presencia de las aeronaves israelíes.

De camino al Ministerio de Asuntos Exteriores descubrimos que los retratos de Hasán Nasralá y las banderas amarillas de la milicia chií han brotado por doquier en Gaza. Los palestinos se han apresurado a colocar estos íconos en las puertas de sus casas, en los coches, en los cristales de las tiendas, para solidarizarse con quienes aseguran que están luchando en su nombre. Algunos también han puesto banderas libanesas.

Una y otra vez escucharemos expresiones similares: «Si tuviéramos a un líder como el jeque Nasralá, que siempre cumple lo que dice, ahora viviríamos en libertad»; «Si Hamás tuviera las armas de Hezbolá, los israelíes ya se habrían ido, porque sólo por la fuerza vamos a lograr que terminen con la ocupación, como hicieron en el Líbano.»

Las informaciones que nos llegan desde el Líbano son muy preocupantes. El Gobierno israelí ha decidido bloquear los accesos al país tanto por aire como por mar. Ha bombardeado el aeropuerto internacional de Beirut, así como numerosos puentes y carreteras, aparte de colocar una flota de patrulleras frente a las costas.

Las analogías con el sitio de Gaza no son pocas: limitar la movilidad, controlar las comunicaciones, destruir los recursos elementales para la supervivencia, bombardear de forma indiscriminada zonas civiles. Once miembros de una familia han muerto en el sur del Líbano. Hasta se han atacado los cinco enormes depósitos de almacenamiento de combustible de una central eléctrica situada en la localidad de Jiyé, a 40 kilómetros al sur de Beirut. Esta acción hará que más de 30.000 toneladas de fuel se expandan por el mar Mediterráneo cubriendo de negro 140 kilómetros de playas, en una imagen que recordará al desastre del Prestige (77.000 toneladas de crudo) y al del Exxon Valdez (37.000 toneladas). La mancha de chapapote será de tales dimensiones que alcanzará las costas de Siria.[12]

La sede de la televisión al-Manar, medio de comunicación afín a Hebzolá, acaba de ser reducida a escombros, en un acto que recibirá duras condenas tanto de Reporteros sin Fronteras como de la Federación Internacional de Periodistas. Sin embargo, su señal sólo se ha interrumpido durante tres minutos. Más adelante sabré que sus directivos habían previsto un complejo plan de contingencia cuando Estados Unidos los declaró «organización terrorista» e interrumpió su

señal según lo establecido en la Orden Ejecutiva 12334.[13] Este plan preveía un moderno sistema de transmisión, que evitaba que los aviones israelíes pudieran localizar de dónde partía la señal, además de haber estructurado varios centros de operación secretos, ocultos bajo tierra. Aunque el Tsahal derribaría numerosas antenas, al-Manar seguiría transmitiendo hasta el último día de la guerra.

También se hará un intento de «asesinato selectivo» contra Hasán Nasralá, bombardeando una de las supuestas sedes de Hezbolá en el sur de Beirut. Sumarán más de 190 los edificios destruidos en los distritos de mayoría chií. Para mi sorpresa, la sociedad israelí alienta de forma casi unánime la intervención militar. Hasta escritores por los que siento una gran admiración como Amos Oz y David Grossman, ligados a los movimientos pacifistas, apoyaban la respuesta.

Sólo un puñado de intelectuales tendrá el valor de hacer oír su voz disidente en los estadios iniciales de la confrontación. Entre ellos, Gideon Levy, periodista de *Haaretz*, que lanzará el 16 de julio, bajo el título «Operación paz para el Ejército de Israel», una dura crítica al Tsahal por su respuesta inmediata y desmedida. «El aprecio real es por el fuerte que no utiliza inmediatamente su poder. Lamentablemente, las Fuerzas de Defensa Israelíes parecen una vez más el matón del barrio. ¿Un soldado es secuestrado en Gaza? Que toda Gaza pague por ello. ¿Ocho soldados son asesinados y dos capturados en el Líbano? Todo el Líbano debe pagar. El único lenguaje que habla Israel es el lenguaje de la fuerza.»[14]

En los últimos párrafos del artículo incidirá en la repetición de errores del pasado. «Detrás de las operaciones en el Líbano y Gaza está la misma tonta idea de que la presión sobre la población puede provocar cambios políticos. En la historia del conflicto entre israelíes y árabes, este concepto sólo nos ha llevado de un desastre a otro. Limpiamos el sur del Líbano de palestinos en 1982. ¿Y qué conseguimos? Que se estableciera Hezbolandia en lugar de Fatalandia. Hamás no va a caer porque Gaza esté sumida en la oscuridad ni porque bombardeemos el Ministerio de Asuntos Exteriores (otra medida sinsentido). Hezbolá no va a ser aplastada porque saquemos de circulación al aeropuerto de Beirut.»

El tiempo daría la razón a Gideon Levy. Del mismo modo en que sucedió durante los 22 años de ocupación israelí del Líbano, no sólo la organización chií no saldría dañada de la contienda, sino que gozaría

de una aceptación popular sin precedentes. Tanto es así que se daría el lujo de desafiar las bases fundacionales del Estado libanés y de poner en cuestión la legitimidad del Gobierno de Fuad Siniora.

El 22 de septiembre yo asistiría al acto de celebración en los suburbios del sur de Beirut de la llamada «Victoria Divina». Rodeado de cientos de miles de personas, y de corresponsales extranjeros, cumplí 35 años. Una larga jornada de festejos, de extenuante trabajo para mí, que concluiría con un discurso de Hasán Nasralá. Entre los participantes se contaban musulmanes, cristianos y drusos. Miembros tanto de las clases acomodadas como de las más humildes.

La frase pronunciada por Amir Perets, el ministro israelí de Defensa, al comienzo de la guerra, pasaría a la historia por su desatino y falta de visión. «Nasralá no se olvidará nunca del nombre de Amir Perets.»

Pero el líder de Hezbolá no asestó golpe alguno. Aquella soleada tarde de comienzo del otoño libanés, apareció sonriente, sereno. Sin dar muestra alguna de temor, esperó a que los periodistas que estábamos allí le tomáramos fotos. Minutos más tarde, se dirigió a las masas que, inmersas en un océano de banderas amarillas, coreaban su nombre.

Tres plantas del edificio donde funciona el Ministerio de Asuntos Exteriores han desaparecido. En las aceras, los trozos de mampostería y cristales se mezclan con los restos de muebles de oficina, carpetas y papeles. Un retrato de Yasir Arafat llama la atención de Ángel entre los escombros. Se detiene unos instantes y le toma una fotografía.

Tras hablar con los guardias de seguridad, Kayed consigue que nos dejen acceder al complejo ministerial. Por las escaleras, nos cruzamos con hombres que bajan archivos, ordenadores, impresoras, monitores y los llevan a dos camiones de mudanzas que los aguardan en la puerta.

Hasta el momento, a las numerosas infraestructuras públicas destruidas por Israel hay que añadir tres edificios gubernamentales. Otra de las puntas de lanza de su estrategia para presionar por la liberación de Gilad Shalit consiste en impedir por todos los medios que Hamás gobierne. En Cisjordania, detuvo y encarceló sin cargos a una veintena de parlamentarios y ministros. Aquí, como tendría que realizar una invasión en toda regla para hacer algo similar, se limita a

destruir sus lugares de trabajo. Esto consigue que la población civil experimente una honda sensación de desamparo. Ante las consecuencias de los ataques armados y del bloqueo económico, no tienen un gobierno al que dirigirse en busca de ayuda, resarcimiento o protección.

Dirige la mudanza el embajador Andel Besiso, un hombre alto, canoso, que lleva un elegante traje cruzado: «Tardamos diez años en construir este edificio, y los israelíes, en un instante, acabaron con él —me dice—. Estamos buscando otro lugar para poder seguir trabajando.»

La puerta del ascensor ha quedado combada hacia fuera por la explosión. Entre los escombros subimos hasta la quinta planta, donde estaban las oficinas del ministro Mahmud al-Zahar. Nos agachamos para poder pasar por debajo de los paneles que cuelgan del techo junto a cables, tubos y lámparas. Avanzamos por uno de los pasillos centrales. De pronto, el pasillo se interrumpe. No hay paredes ni suelo. Justo debajo de mí, las entrañas abiertas del edificio. Al frente, el mar.

Conversamos con Rajaie Anán, un funcionario encargado del diseño de las páginas web del Ministerio de Planificación, que también funcionaba aquí. Vestido con ropa de deporte, despeinado, ha venido a buscar los objetos personales que tiene en su despacho.

«No tiene sentido, ¿por qué atacan las oficinas públicas? —nos pregunta Rajaie, que estudió ingeniería en Estambul—. Una cosa son los grupos armados, y otra cosa somos los funcionarios que nada tenemos que ver con eso. ¿Cómo es que no ven la diferencia? ¿Cómo es que el mundo no dice nada?»

Uno de los primeros artículos que Robert Fisk escribirá desde el comienzo de la guerra, podría darle la respuesta. Lo publica *The Independent*. Se titula «Lo que estoy viendo cada día en el Líbano es un ultraje».

«Por todo el camino al aeropuerto se veían puentes destrozados, caminos llenos de hoyos. Todos eran blancos “terroristas”. En el aeropuerto, lenguas de fuego se elevaban hacia el cielo desde los depósitos de combustible para aviones y oscurecían el oeste de Beirut. También eran objetivos “terroristas”. En Jiyé, los israelíes atacaron la estación eléctrica de energía. Otro objetivo “terrorista”.»[15]

Tiempo después me llamaría la atención descubrir que muchos

palestinos se expresaban de forma similar. Llamaban «terroristas» a los objetos destruidos por el Tsahal. Supongo que, en tres décadas de corresponsalía en Oriente Próximo, Fisk estaba en sintonía con el sentir de sus habitantes.

«Terrorista, terrorista, terrorista. Hay algo perverso acerca de todo esto: el asesinato y la destrucción masiva, y la utilización a conciencia, de forma constante y cancerígena, de la palabra "terrorista" [...]. ¿Pero qué ocurriría si el impotente Gobierno libanés hubiera lanzado ataques aéreos por todo Israel la última vez que las tropas hebreas incursionaron en el Líbano? ¿Y si la fuerza aérea libanesa hubiera matado a 73 civiles israelíes en ataques con bombas en Ashqelón, Tel-Aviv o Jerusalén Occidental? ¿Y si un avión caza libanés hubiera bombardeado el aeropuerto Ben Gurión? ¿Y si un avión libanés hubiese destruido 26 puentes en Israel? ¿Acaso no dirían que fue "terrorismo"? Yo creo que sí. Pero si Israel fuera la víctima, probablemente sería también la Tercera Guerra Mundial.»[16]

El hospital Shifa está repleto de gente. Hemos venido a buscar a los niños que resultaron heridos ayer a última hora en la carretera Saladino. Por primera vez recorro los pasillos de este lugar en el que pasaré tantas horas.

Kayed me presenta a Juma al-Saqq, cirujano y portavoz del hospital. Conversamos en su despacho. Es un hombre cordial, pausado, a pesar del exceso de trabajo que sufre en estos momentos. Según sus datos, desde que comenzara la ofensiva israelí el 28 de junio, han muerto en Gaza 90 personas, de las que 41 son niños. Más de 350 han sido heridas, el 27% menores de edad.

Juma al-Saqq se queja de que sólo tienen cuatro horas de electricidad al día. El hospital funciona gracias a generadores eléctricos. Y los médicos deben elegir entre sacar radiografías o usar el quirófano. «Si las máquinas se paran por falta de corriente, un número muy alto de pacientes van a morir, los que tienen ventilación asistida, por ejemplo —me dice—. Además, son equipos de emergencia, que no pueden estar trabajando todo el día.» La última comprobación que hizo le permitió estimar que les quedan reservas de gasóleo para una semana. También me explica que hay trescientos pacientes de cáncer que no pueden recibir tratamiento por falta de medicinas, y a los que el bloqueo no permite viajar a los hospitales de Egipto. Por otra parte,

los abortos involuntarios han aumentado un 20% debido al estrés.

«Todas las madres tienen miedo por sus hijos, por sus familias. Y sufren especialmente en esta situación —continúa—. Las bombas sónicas, el calor, la falta de agua, de comida, los cadáveres en las calles, tienen un efecto muy negativo sobre las mujeres embarazadas.»

Las 600 camas del centro médico están ahora ocupadas. Los heridos no dejan de llegar. La falta de espacio obliga a dar de alta a los pacientes mucho más rápidamente de lo habitual. Al ser empleados públicos, los médicos y enfermeros llevan meses sin cobrar su sueldo, aunque están dedicando más horas que nunca a su labor.

Juma al-Saqq llama a uno de sus asistentes, que nos lleva a recorrer las habitaciones en las que hay niños. Entramos a una sala con dos camas. Junto a la que está más próxima a la ventana descansa Fadi Abu Wanda, de 13 años edad. Tiene un collarín alrededor del cuello y de su mano derecha sale un delgado tubo que se conecta a una bolsa de suero colgada del techo.

El 7 de julio había ido a visitar a su abuelo en el barrio de Beit Lahia. Cuando salió a buscar agua al patio recibió el tiro certero de un francotirador israelí que formaba parte de un grupo comando que había tomado una de las casas del barrio. La bala le entró por la frente, donde tiene una cicatriz. Un fragmento se le quedó alojado en el cuello; el otro, en la cabeza.

Necesita urgentemente ser intervenido. El hospital Shifa no cuenta con los medios para realizar la operación. Y el ejército israelí no lo deja salir para ser intervenido ya sea en Egipto o en Israel. Su padre, Montser, es funcionario. «A cada hora que pasa sus probabilidades de volver a caminar disminuyen. La Media Luna Roja está tratando de conseguir los permisos, pero todas las respuestas que hemos recibido hasta ahora han sido negativas», me dice.

En la mesilla que se encuentra a un costado hay una caja de bombones, unas flores en una botella de plástico cortada por la mitad, un teléfono móvil puesto a cargar. Le pregunto a su madre, Amaan, que tiene otros cinco hijos, qué siente. «¿Qué voy a sentir? —me responde—. Como todas las madres palestinas, me pregunto por qué matan a nuestros niños.»

Hacemos varias fotos de Fadi. Ángel primero, yo después. Impertérrito, como si estuviera a cientos de kilómetros de distancia,

me mira con sus grandes ojos negros. Sin que se lo pida, Amaan se acerca a su hijo y comienza a acariciarle la cabeza. Me siento profundamente emocionado.

En la habitación contigua está Aref Abu Oshiba, de 14 años. Tiene un aparatoso vendaje en la mano y otro sobre el rostro. Su delgado torso muestra una constelación de diminutas heridas rojas. Ingresó ayer en el hospital. Su hermano mayor lo ayuda a acomodarse en la cama. Él se queja, hace una mueca de profundo dolor, frunciendo la boca, cerrando los ojos.

Jugaba con sus amigos en la terraza de su casa en al-Shojaeya, cuando pasó un helicóptero Apache y algo cayó desde el cielo. Lo cogió, sin saber qué era, y le explotó en la mano. Sufre quemaduras en el pecho y en el rostro. Nunca más podrá volver a utilizar la mano derecha. Han tenido que amputarle dos dedos. También ha perdido un ojo. Ángel saca una serie de fotografías. La expresión de constante sufrimiento del joven me obliga a hacer una pausa, respirar profundamente, y seguir.

En las camas que se suceden en el lado opuesto de la habitación hay dos niños: Rani Farid Ashaj, de 11 años, e Ibrahim Farid Ashaj, de 8 años. No es la historia que he venido a buscar, pero se trata también de una terrible agresión a civiles inocentes. Otra lógica que se dará a lo largo de mi estancia en Gaza hasta finales de agosto. Saldré a buscar el testimonio de alguien en concreto, movido por algo que leí en la prensa, y daré con otros testimonios, igual de desgarradores.

El 8 de julio, Rani e Ibrahim estaban sentados en el jardín de su casa junto a su madre, Amuna Yusef Ashaj, de 42 años, su hermano Mohamed, de 20, y su hermana pequeña, Rawán, de 6. Un avión israelí lanzó una bomba en la zona. En declaraciones a los medios de comunicación, un portavoz militar diría que se trató de un error, que intentaban matar a un grupo de milicianos de la resistencia palestina en la zona del paso de mercancías de Qarni.

Su madre y su hermana fallecieron en el acto. Mohamed está tan grave que fue llevado a un hospital en Israel. En este momento se debate entre la vida y la muerte, aunque luego morirá. La única culpa que tuvieron fue vivir en una casa situada a 800 metros de la frontera con Israel.

El padre de Ibrahim y Rani es camionero. No estaba en la vivienda cuando cayó el misil, por lo que se salvó del ataque, al igual que

Aimán, el mayor de sus hijos, de 28 años. En el hospital, éste nos lleva a un costado para contarnos lo sucedido. Al final nos pide, susurrando: «No digáis nada a los niños acerca de su madre y su hermana, aún no queremos que lo sepan.»

Por lo que me comenta Aimán, Rani sospecha algo, intuye que están muertas, ya que no pregunta por ellas. En cambio, el menor, Ibrahim, insiste en querer saber dónde se encuentran. El resto de la familia le dice que están bien, que sólo han sufrido algunas heridas y que por eso no pueden venir a verlo.

Aimán, que es camionero como su padre, me dice: «Es un acto criminal atacar a una familia en su casa. Es un crimen contra todos los Derechos Humanos que existen en el mundo.» Según los médicos, Rani no podrá volver a caminar, ya que la metralla le ha destruido las piernas. Ibrahim ha tenido más suerte. Sólo ha sufrido quemaduras, aunque le será muy difícil superar el trauma de lo que ha vivido.

Cierro la libreta donde he tomado apuntes y levanto la cámara. Rani tiene las extremidades vendadas, al igual que los brazos. De una de las piernas le salen dos grandes clavos. El lado izquierdo del rostro lo tiene quemado. No se mueve. Mira a la nada al tiempo que lo retrato.

A Ibrahim, el más joven de los dos, le han vendado la mano y una de las extremidades inferiores. En la cama tiene un juego electrónico portátil, de color verde, antiguo, que deja un momento mientras lo fotografío. Parece menos aturdido. Hasta hay un momento en que me sonríe. Pienso en que aún no sabe que su madre y sus hermanos han muerto. Le han dicho que están bien, en otra planta, y que pronto bajarán a visitarlo.

Retrocedo para coger mayor perspectiva e incluir en el cuadro a la abuela, una mujer mayor ataviada con una túnica negra, que se ha sentado en medio de las camas. Los tres me miran fijamente. Hago algunas fotos pero no puedo seguir adelante. Bajo la cámara. Tengo un nudo en la garganta, estoy a punto de llorar.

Ángel, que en esta ocasión se muestra más entero y fuerte, sigue con el trabajo. Yo salgo al pasillo a tomar un poco de aire. Lo primero que haré al volver al hotel será mandar un correo a la agencia de viajes en Madrid. Les pediré que posterguen indefinidamente la fecha de mi regreso a África.

---

1 Amira Hass: *Drinking the sea at Gaza*, Owl Books, 2000.

2 Juan Miguel Muñoz: «Gaza asfixiada», *El País* (19-11-2006).

3 Acción contra el Hambre: «Gaza necesita urgentemente agua y alimentos» (11-7-2006).

4 Acción contra el Hambre: «Emergencia en Gaza: la situación económica empeora por el colapso económico y la falta de ingresos» (26-7-2006).

5 Palestinian Centre for Human Rights: informe 27/2006, <http://www.pchrgaza.ps/files/W_report/ English/2006/13-07-2006.htm>.

6 Palestinian Centre for Human Rights: informe 41/2004, <http://www.pchrgaza.ps/files/W_report/ English/2004/21-10-2004.htm>.

7 Shlomo Shamir: «U.S. to veto UN resolution condemning Israel», *Haaretz* (5-10-2004).

8 «Primer canje de prisioneros en 20 años entre Israel y Hezbollah», agencias, *Clarín* (30-1-2004). En su libro, *Hizbulá, el brazo armado de dios* (Catarata, 2005), Javier Martín, corresponsal de EFE en la región, realiza una detallada descripción de las negociaciones que llevaron al intercambio de un empresario israelí y de los cuerpos sin vida de tres soldados por más de 400 prisioneros que estaban en cárceles hebreas, la mayoría palestinos.

9 «Israel authorizes "severe" response to abduction», *CNN.com* (13-7-2006). El día 17 de enero de 2007, Dan Haluts renunciará a su cargo debido a las críticas en su gestión de la guerra.

10 «La Justicia israelí defiende la legalidad de determinados "ataques selectivos"», agencias, *El Mundo* (14-12-2006).

11 «Imágenes: destrucción y muerte en Gaza», *BBC Mundo* (23-7-2002).

12 Hernán Zin: «Catástrofe medioambiental tras la guerra de Líbano», *20 Minutos* (26-10-2006), <http://blogs.20minutos.es/ enguerra/post/2006/10/26/catastrofe-medioambiental-tras-guerra-libano>.

13 Hernán Zin: «En las entrañas de Al-Manar», *Interviú* (13-11-2006).

14 Gideon Levy: «Operation Peace for the IDF», *Haaretz* (16-7-2006).

15 Robert Fisk: «What I am watching in Lebanon each day is an outrage», *The Independent* (15-7-2006).

16 Ídem.

Nubes de Otoño

8

Lo sentimos, nos equivocamos de casa

Una noche tranquila en Gaza. Fumo un narguile en la terraza del hotel Beach. El reflejo de la luna sobre las olas. La plácida brisa del mar que mece las hojas del libro que he traído conmigo. A lo lejos, una patrullera israelí vigila que ninguno de los barcos de pescadores salga del puerto. Con un poderoso reflector inspecciona las aguas. Si encuentra algún pequeño bote con motor fuera borda, se acerca a él y rápidamente lo obliga a volver a la orilla.

Pasada la media noche, cuando ya el camarero ha repartido la cuenta entre las mesas explicando que están a punto de cerrar, se escucha sobre el mar el traqueteo de las hélices de helicópteros.

Sin dejar de conversar animadamente, uno de los hombres que están sentados en una mesa contigua enciende una radio portátil. Buscamos alguna señal en el cielo, alguna luz parpadeante, algún rastro de las aeronaves, pero resultan imposibles de ver. Intento olvidarme del sonido amenazador que emerge de las oscuras fauces del Mediterráneo, cierro los ojos, me centro en el sabor dulce del tabaco.

Los helicópteros se van. Vuelve a primar el sonido del viento, el rugido de las olas. Abro las páginas de *Death as a way of life*, una recopilación de ensayos de David Grossman. Pero las aeronaves regresan, más próximas y amenazantes que antes. Nadie habla en el restaurante. Retumba en el cielo un sonido apagado, como un golpe seco. Acto seguido aparece una luz amarillenta, incandescente, sobre el mar. Es la estela de un misil que se dirige hacia nosotros.

Desesperado, corro hacia los laterales de la terraza, buscando un lugar en el que refugiarme. Cuando llego al muro y comienzo a escalarlo, suena un gran estruendo, que hace vibrar el suelo, que sacude los cimientos del hotel, y me observo a mí mismo allí, con una mano en el muro, la otra sosteniendo el libro y el teléfono móvil. Miro a mi alrededor, el narguile en el suelo, la gente debajo de las mesas, detrás de las sillas. Descubro que me tiemblan las manos.

Los hombres que estaban en la mesa contigua se echan a reír. Pienso en lo que me dijo Hossam al-Madún, director en Gaza de Acción contra el Hambre, una noche que cenamos justo aquí en el hotel Beach: «Los palestinos hemos aprendido a reír para no llorar, para no volvernos locos.» Yo no puedo. Recojo mis cosas y camino hacia la salida. Los helicópteros siguen revoloteando sobre nosotros.

En la recepción hay varios clientes que han bajado de las habitaciones. Desde la calle llega el aullido de las sirenas de las ambulancias. Alguien dice que el misil ha caído a unas pocas manzanas, en la casa de un líder de Hamás, y que hay tres heridos. Entran los hombres que estaban en la terraza. Me estrechan la mano, me preguntan de dónde vengo. Su inglés es tan fluido como mi árabe, así que nos comunicamos principalmente a través de palabras que nada significan para el otro y de gestos que intentan explicarlas. Uno de ellos imita el vuelo de un misil con la mano. El que está a su lado, el acto de salir corriendo, de buscar un lugar para protegerse. Ahora sí me río. Me imagino a mí mismo corriendo entre las mesas. Y ellos también vuelven a reír. Pero ninguno regresa a la terraza ni se aventura fuera de la recepción. Será mejor escuchar qué dicen las noticias.

La guerra en el Líbano ha terminado. El saldo parece negativo para Israel. Las voces críticas contra la acción del Ejecutivo de Ehud Olmert van creciendo en intensidad. Cientos de jóvenes soldados se manifiestan a diario en Jerusalén para pedir responsabilidades por la mala gestión logística de la ofensiva terrestre. La prensa hebrea publica testimonios de militares que han pasado hambre porque no les llegaban suministros. También se está poniendo en tela de juicio que se extendiera la incursión armada cuando ya el Consejo de Seguridad de la ONU tenía lista la Resolución 1701, con la que pondría fin a la confrontación bélica. El general Udi Adam, responsable del frente norte durante la guerra, está padeciendo duras críticas.[1] Y se ha creado una comisión de investigación para evaluar los errores y depurar responsabilidades.

Las opiniones contrarias a una rápida respuesta militar, que tuvo entre sus primeros abanderados a Gideon Levy, han dejado de pertenecer a la «extrema izquierda que busca la desaparición del Estado judío», como muchos la suelen calificar, para ser adoptadas por

numerosos columnistas y analistas políticos. Pero no sólo se acusa al Gobierno de negligencia, también han encontrado espacio en los medios de comunicación varias imputaciones por sobornos, tráfico de influencias y abuso sexual.

La que más repercusión ha tenido es la denuncia que diversas mujeres realizaron por acoso contra Moshé Katsav, presidente de Israel desde el año 2000.[2] Al ministro de Justicia, Haím Ramon, que había formado parte de los gobiernos de Yitsjak Rabín y Shimón Peres, el escándalo relacionado con el beso que dio a una de sus empleadas lo ha obligado a renunciar. El mismo día en que el fiscal general israelí le ordenó que se abstuviera de tomar decisiones relacionadas con la aplicación de la justicia, tras siete horas de interrogatorio policial, él declaró a la prensa que «en el sur de Líbano todos son terroristas y están relacionados de algún modo con Hezbolá».[3]

El jefe del Estado Mayor del ejército israelí, el teniente general Dan Haluts, vendió sus acciones en bolsa horas después de que Hezbolá secuestrara a los dos soldados, sabiendo ya que la guerra iba a comenzar. Se le exigieron explicaciones por haber utilizado información privilegiada para ganar dinero.[4]

Hasta el mismo Ehud Olmert sería señalado por diversos casos de soborno y tráfico de influencias. El primero de todos: la compra de un piso millonario en Jerusalén a un precio inferior al del mercado.[5] En septiembre, su popularidad descenderá al 7%.[6]

Meses más tarde, Sami Perets escribiría en *Haaretz* un artículo titulado «¿Queda alguien que no sea corrupto?». En él afirmará con rotundidad a la luz de un escándalo relacionado con las autoridades fiscales: «Somos un país corrupto, podrido hasta la médula.»[7]

Al escribir estas palabras quizá tenía en mente al anterior presidente de Israel, Ezer Weizman, que dimitió en 2000 tras ser investigado por recibir sobornos de un empresario francés;[8] a Binyamín Netanyahu, con el Caso Bar On;[9] y al hombre que más acusaciones recibió, Ariel Sharón, que a través del Likud creó un poder autónomo dentro del Estado, gracias a la ayuda de sus dos hijos. Quizá sea por estas razones que la ofensiva en Gaza ha perdido ímpetu. Políticos y militares de alto rango están demasiado ocupados echándose culpas para continuar con las operaciones a gran escala del comando sur del ejército de Israel.

Por otra parte, el estupor que en todo el mundo causó la desproporcionada acción en el Líbano, que costó la vida a 1.191 personas y obligó a convertirse en desplazados o refugiados a medio millón,[10] no puede volver a reavivarse tan rápidamente. Mejor ser prudentes, esperar a que la gente olvide lo que ha sucedido, más ahora que vienen las vacaciones, antes de volver a tensar la cuerda que asfixia a los palestinos.

El mes de julio de 2006 ha sido el más sangriento en la historia de la franja de Gaza. Murieron 163 palestinos, de los cuales 78 eran civiles. Una tasa de error del 48%. Demasiado alta para unas fuerzas armadas que se consideran a sí mismas como un ejemplo de modernidad, eficiencia y comportamiento ético. Más aún si se tiene en cuenta que entre los fallecidos hubo 36 niños y veinte mujeres.[11] En los últimos seis años, el número total de muertos por acciones militares ha superado aquí las 2.300 personas.

En Gaza se cree que el ejército aprovechó que la opinión pública mundial estaba pendiente del Líbano para golpear con contundencia. Ahora la situación está más tranquila. Atrás quedan las incursiones a gran escala: Beit Hanún, Beit Lahia, al-Magazi, al-Shojaeya, Rafá. Los tanques siguen entrando, pero el contador de vidas terminadas por la violencia ha dejado de progresar de forma tan vertiginosa. Al menos por el momento.

Sí continúa constante la política de bombardear casas de personas relacionadas con los grupos armados, como la que ayer por la noche casi nos mata de un infarto a quienes estábamos en la terraza del hotel Beach.

Kayed me conduce hasta la vivienda, ubicada en el campo de refugiados de al-Shati. La familia trata de recuperar sus pertenencias de entre los cascotes. No hubo víctimas mortales porque un oficial del ejército llamó para alertar a sus ocupantes. El escaso período de antelación apenas les dio oportunidad de llevarse consigo las cosas más importantes: dinero en efectivo, documentos de identidad. El resto quedó sepultado bajo los ladrillos.

Al-Shati, conocido también como el Campo de la Playa, es el más miserable de los asentamientos de refugiados de Gaza. La gente vive hacinada en paupérrimas viviendas. Al final de muchas de sus angostas callejuelas, plagadas siempre de niños, se atisba el mar. Un hecho que acentúa la sensación de asfixia y precariedad que se percibe

al visitarlo. Allí vive Ismaíl Haniya, primer ministro palestino y miembro histórico de Hamás. A diferencia de Mahmud Abbás, y de tantos líderes de Fatá, no quiere ir a una residencia lujosa, oficial, como la que tiene el presidente. Se trata de un rasgo característico de la organización integrista, permanecer en las bases, próxima al pueblo llano, y que explica en buena medida su victoria electoral del mes de enero de 2006.

Mientras que los dirigentes del partido del desaparecido Yasir Arafat miran a Occidente, y gozan de un alto nivel de vida, los miembros de Hamás ponen en marcha programas de asistencia social: escuelas, guarderías, campamentos de verano, hospitales. Dan ayuda a las viudas, a los huérfanos, sin fijarse en la filiación política del beneficiario. «Es muy difícil engañar a un pueblo durante años. La gente no es tonta, ve quién trabaja por ella y quién trabaja para sí mismo. Hemos cumplido nuestras promesas —me dijo en una entrevista Salem Salama, diputado del grupo integrista y catedrático de la Universidad Islámica—. La mayor parte del dinero que dedicamos a los pobres viene de donaciones internas. Como somos musulmanes, el 2,5% de nuestros ingresos van para los más necesitados. Es lo que llamamos *zakat*. Si yo no uso el dinero para ayudar a los pobres, Dios me va a castigar.»

Salem Salama es asimismo presidente de Jamai al-Salá, una de las principales organizaciones no gubernamentales vinculadas a Hamás. «La creamos en 1993. Estábamos en la Primera Intifada. La ocupación destruyó nuestra vida social y política. Teníamos que hacer algo —me explicó—. La gente nos da su dinero porque sabe que somos buenos gestores. Saben que damos un buen servicio. En las guarderías tenemos listas de espera.» Cuando ya había terminado la entrevista, agregó: «No tenemos nada contra los judíos. Sólo estamos luchando para que se termine la ocupación. Si en tu país quieren llamar a eso terrorismo, allá quien lo haga.»

Como el marco de la puerta de la vivienda ha quedado en pie, lo utilizo de encuadre para las fotos. Detrás de él, los niños buscan sus cosas entre los escombros. Al fondo, en la única pared que ha sobrevivido cuelga un enorme cuadro de la mezquita de al-Aqsa.

Kayed propone dos reportajes que podríamos hacer para ahondar en este tema. En Jan Yunis hay una familia que se está resistiendo a

que bombardeen su vivienda. El Tsahal los llama al teléfono móvil, les dice que se vayan, y ellos trepan a la terraza y encienden velas para que los puedan ver.

La segunda historia que propone también posee cierta dosis de ironía. Subimos al coche, abandonamos al-Shati, que está en la ciudad de Gaza, y nos dirigimos a Yabalia.

Hasta el momento, el ejército israelí ha destruido 17 casas pertenecientes a líderes de Hamás, la Yihad Islámica y los Comités Populares de Resistencia (CPR). Al principio, sin realizar llamada telefónica alguna, lo que terminó con familias completas, como la de Nabil Abu Salmiya, que murió bajo los escombros el 12 de julio junto a su mujer y siete de sus hijos. A estos ataques puntuales, que llegarían a ser más de cincuenta, hay que sumar las casas dañadas durante las incursiones terrestres y la devastación de las infraestructuras públicas.

Navegando por Internet encontraré una viñeta en la que se ve al soldado Gilad Shalit en medio de una ciudad fantasma —similar a una de las escenas más impactantes de la película *El pianista*, de Roman Polansky— con los brazos en alto y gritando: «Dejen de disparar que me van a dar.»

Desde el año 1967, Israel ha destruido 12.000 casas, dejando sin hogar a 70.000 personas, según el Comité Israelí contra la Demolición de Viviendas (ICAHD). Uno de los directivos de esta organización es Meir Margalit, un israelí nacido en Argentina que me brindó numerosos contactos en Jerusalén y que me ayudó a preparar el viaje a Gaza.

Además de acercarse a las casas que están a punto de ser demolidas junto a otros voluntarios israelíes para tratar de detener las excavadoras, se dedica a reconstruir muchas de las que han sido derribadas. El Gobierno israelí no ofrece indemnización alguna a sus moradores.

En estos momentos no puede entrar en Gaza. Los israelíes tienen prohibido el ingreso. De otro modo, estaría aquí, sin duda, buscando alguna forma de evitar los bombardeos selectivos. Cuando todavía vivían los colonos en la región, vino cientos de veces a tratar de impedir las demoliciones. En Rafá, junto a la frontera con Egipto, hay manzanas enteras que fueron borradas del mapa.

En una de esas operaciones de resistencia ciudadana murió Rachel Corrie, que había trabajado junto a Meir Margalit. Con enorme valentía y determinación, el 16 de marzo de 2003 Corrie se paró frente a un bulldozer modelo D9 del ejército israelí que iba a demoler la casa de un médico palestino en Rafá.[12] Aunque el conductor la vio, según relatan los testigos, decidió seguir adelante.[13] Le pasó por encima, destrozándole la cabeza, las piernas y la columna. Tenía 23 años.

Si de algo sirvió la muerte de esta joven estadounidense, que se convirtió en un símbolo de la ignominia de la ocupación, fue para que el mundo conociera la política de expropiaciones y derribos puesta en marcha por las sucesivas administraciones israelíes. Además de artículos, libros y documentales, se estrenó una obra de teatro que narra los trágicos sucesos que terminaron con su vida. Primero en el Royal Court Theatre de Londres. Después se trató de que llegara a Nueva York, pero las presiones de organizaciones judías obligaron a posponer el estreno. Finalmente, gracias a las protestas de numerosos artistas e intelectuales, entre los que se contaba el dramaturgo Tony Kushner (coautor del guión de la película *Munich*, de Steven Spielberg), se estrenó en una sala marginal del Soho neoyorquino.

«Para cualquier persona no cegada por el fanatismo, el testimonio de Rachel Corrie sobre una de las más grandes injusticias de la historia moderna —la condición de los hombres y mujeres en los campos de refugiados palestinos, donde la vida es una pura agonía— es, al mismo tiempo que sobrecogedor, un testimonio de humanidad y de compasión que llega al alma (o como se llame ese residuo de decencia que todos albergamos). Para quienes hemos visto de cerca ese horror, la voz de Rachel Corrie es un cuchillo que nos abre una llaga y la remueve», escribió Mario Vargas Llosa en *El País* tras ver la obra.

Ningún soldado del ejército israelí fue investigado o juzgado por lo sucedido. No obstante, el Gobierno tomó buena nota de la influencia que los activistas sociales llegados desde el extranjero y que trabajan como voluntarios del Movimiento Internacional de Solidaridad —organización de la que formaba parte Rachel Corrie— podrían llegar a tener en la opinión pública si se daban casos similares. Desde entonces ha deportado a decenas de jóvenes que habían venido a ejercer la resistencia pacífica frente a la ocupación. A muchos se les ha prohibido la entrada en el aeropuerto de Ben Gurión.

Quedan algunos, aunque cada día son menos. Organizan brigadas con las que tratan de impedir la construcción del muro, la demolición de casas e intentan defender a los campesinos palestinos de las agresiones sistemáticas de los colonos que tumban sus olivos, que destruyen los sistemas de riego.

En la última carta a su madre, Rachel Corrie le había escrito: «Esto tiene que terminar. Hemos de abandonar todo lo demás y dedicar nuestras vidas a conseguir que esto se termine. No creo que haya nada más urgente. Yo quiero poder bailar, tener amigos y enamorados, y dibujar historietas para mis compañeros. Pero, antes, quiero que esto se termine. Lo que siento se llama incredulidad y horror. Decepción. Me deprime pensar que ésta es la realidad básica de nuestro mundo y que, de hecho, todos participamos en lo que ocurre. No fue esto lo que yo quería cuando me trajeron a esta vida. No es esto lo que esperaba la gente de aquí cuando vinieron al mundo. Éste no es el mundo en que tú y papá queríais que viviera cuando decidisteis tenerme.»[14]

En la periferia del campo de refugiados de Yabalia, Kayed aparca el coche frente a una casa que se ha colapsado bajo el peso de los misiles. Es una zona tan marginal que las calles no sólo no están asfaltadas, sino que se ocultan bajo un denso manto de arena.

Saludos. La infaltable invitación a una taza de té o café. Nunca falla la hospitalidad de los palestinos, por más pobres que sean, por más precaria que resulte su situación. Y luego, en el patio, junto a una multitud de escombros, y fragmentos mutilados de sillas, mesas y camas, sus habitantes nos cuentan lo que sucedió el jueves 10 de agosto.

Aquella noche, Nayim Abu Ful, uno de los principales líderes de los Comités Populares de la Resistencia (CPR), una de las numerosas organizaciones paramilitares de Gaza, recibió una llamada. Al ver se que trataba de un número que desconocía, le pasó el móvil a su hermano, el doctor Adla Ful.

—*Marhabá* —dijo éste con cautela a quien se encontrara al otro lado de la línea.

—Está recibiendo un mensaje de las Fuerzas de Defensa Israelíes —le anunció en árabe una voz ronca y profunda—. Su casa será bombardeada dentro de veinte minutos; usted y todos sus ocupantes deben abandonarla inmediatamente.

Como Nayim Abu Ful es uno de los hombres más buscados por las fuerzas israelíes, ya que los CPR participaron en el secuestro del soldado Gilad Shalit, la amenaza no fue tomada en broma, y en unos instantes movilizó a toda la familia. Las madres despertaron a los niños, los padres cogieron los objetos de mayor valor, y todos partieron en busca de un lugar seguro.

Afortunadamente, la noticia fue pasando de puerta en puerta, y los vecinos de la zona salieron también de sus hogares para tratar de ubicarse lo más lejos posible del lugar donde, en teoría, la aviación israelí iba a descargar su poder destructivo.

Aunque la vivienda de Jamil Habibi no es de las más próximas a la de Nayim Abu Ful, este hombre de 62 años, antiguo empleado de Naciones Unidas, ordenó a toda su familia que saliera. Desde el descampado en el que se habían congregado buena parte de los moradores de la zona, observó atónito cómo un primer misil hacía saltar por los aires el techo de su vivienda. Y cómo un segundo proyectil, seguido por una estela de color blanco, la partía en dos, esparciendo fragmentos de ladrillos, ventanas y muebles, unos doscientos metros a la redonda.

«Claro que aquí vivía Nayim Abu Ful, pero no ahora, hace seis meses. Ahora esta casa es mía, yo se la compré», me dice Jamil Habibi con resignación mientras uno de sus nietos nos muestra la cabeza de los misiles lanzados por un cazabombardero hebreo. Los otros pequeños de la familia, hacen lo mismo: cogen los restos de metralla que han juntado a los pies de un árbol. «América, América», me dice una niña que no debe de tener más de cuatro años pasándome una extraña pieza de aluminio dorado cubierta de inscripciones en inglés.

A mediados de 2005, Jamil Habibi se jubiló de su trabajo como guardia en una escuela de Naciones Unidas. Por haber estado empleado durante décadas en este organismo multinacional, recibió una cuantiosa indemnización. Con ese dinero, más lo que pudo pedir prestado, adquirió la casa de Nayim Abu Ful. Pagó 120.000 dólares, sin imaginar siquiera por un instante que los israelíes sumarían a su campaña de castigo colectivo el hábito de derribar viviendas.

Padre de seis hijos, que le han dado diez nietos, pasó la mayor parte de su vida en un oscuro piso del campo de refugiados de Yabalia. Mudarse a una vivienda de 300 metros cuadrados, con un vasto jardín, significaba un sueño hecho realidad tanto para él como

para toda su familia.

Ahora vuelven a vivir en un lugar pequeño y lóbrego; la única estancia que se salvó del ataque. Una habitación situada junto a la calle en la que Jamil Habibi había instalado una tienda de venta de repuestos eléctricos con la que sacaban algún dinero extra.

El antiguo salón de la casa está cubierto del mismo polvo grisáceo y compacto que se encuentra después de cada bombardeo. El techo ha desaparecido por completo y el piso de la primera planta cae como la proa de un barco hundido sobre lo que era el antiguo salón, descubriendo un enjambre de cables de acero. No hay señales de que haya habido un incendio después del impacto del misil, porque la aviación israelí utiliza en esta clase de operaciones misiles sumamente pesados, pero con escasa carga explosiva, para evitar en la medida de lo posible los daños colaterales. Sin embargo, más allá del intento de limitar al máximo los daños imprevistos —que en este caso fueron todos, debido al error a la hora de averiguar si Nayim Abu Ful seguía siendo el dueño de la vivienda—, las dos casas contiguas se vieron dañadas.

Yahia, uno de los hijos de Jamil Habibi, que acaba de cumplir 27 años y carece de empleo, me conduce hasta lo que antes era una ventana y ahora no es más que un enorme boquete en un muro resquebrajado. Levantando el brazo, apunta a un edificio que está situado en una calle contigua. Una magnífica vivienda de cuatro plantas, en la que vive Nayim Abu Ful. «Al menos los israelíes podrían llamar ahora a mi padre para decirle: “Disculpe señor, nos hemos equivocado de casa”», me comenta pensativo.

Las llamadas telefónicas del ejército israelí provocaron un efecto inesperado. En Gaza se multiplicaron los mensajes semejantes, como forma de gastar bromas pesadas o de incordiar a los enemigos (aunque temporalmente los enfrentamientos entre Fatá y Hamás se han detenido, la tensión continúa). Incluso hubo robos en casas cuando sus moradores las abandonaron alertados por uno de estos avisos. Jawal, la empresa de telefonía palestina, para evitar este efecto no deseado de los bombardeos selectivos ha decidido hace unos días terminar con el servicio de llamada oculta.

El pánico colectivo que se generó en los albores de la estrategia de llamadas fue involuntario. Los portavoces del Tsahal dicen que se trata

de una medida que «intenta evitar víctimas inocentes». No obstante, sí hay en marcha algunas estrategias destinadas a golpear psicológicamente a la población civil. En la jerga castrense se las conoce como *psyops* (operaciones psicológicas).

Una de ellas es la interferencia de las radios locales. Camiones con antenas del ejército recorren la frontera e interceptan las señales para lanzar sus propios mensajes. Escuché uno de esos mensajes el día 24 de julio, horas antes de que, en la localidad de Beit Lahia, un proyectil impactara contra el carro tirado por un burro en el que viajaban la abuela y su nieto. Íbamos en el coche con la sintonía de la radio al-Quds, cuando la emisión se interrumpió y una voz profunda, amenazadora, leyó un comunicado en un impecable árabe clásico: «A los habitantes del norte de la franja les anunciamos que vamos a bombardear aquellas casas en las que haya armas escondidas.»

La segunda estrategia destinada a presionar a los habitantes de Gaza a través de la propaganda se basaba en lanzar octavillas, como también se hizo en el Líbano. Algunas anuncian bombardeos en la zona. Otras llevan mensajes políticos.

Hace una semana avanzábamos por la carretera de la playa cuando escuchamos una explosión y, segundos después, vimos en el cielo miles de rectángulos de papel que flotaban apaciblemente, que giraban sobre sí mismos, a los que el viento llevaba de un lado hacia otro como si fueran bandadas de pájaros. Decenas de niños salían eufóricos del campo de al-Shati, abandonaban sus lóbregas callejuelas, y corrían alborozados para tratar de coger las octavillas.

El piloto del avión israelí había calculado mal la dirección del viento porque los panfletos caían sobre el mar. Desde la playa, rodeado de cientos de pequeños, observaba con frustración cómo el mensaje que el gobierno de Israel enviaba con tanta dedicación a los habitantes de la franja de Gaza terminaba siendo papel mojado.

Sin embargo, unos minutos más tarde se escuchó otra explosión, y una nueva descarga de octavillas cubrió el cielo, esta vez mucho más profusa y mejor orientada que la anterior, por lo que las primeras misivas no tardaron demasiado en llegar a las manos de los niños que corrían tras ellas, que saltaban para cogerlas inmersos otra vez en esa suerte de histeria colectiva, de locura multitudinaria.

«Mashaal juega con el futuro de Palestina y os trae frustración, desesperación y destrucción», se leía en la octavilla. Junto a esta frase

había una caricatura de Jalid Mashaal —líder del buró político de Hamás en el extranjero, que se encuentra en Siria— en la que se lo veía jugando a la ruleta. En la mano tenía tres fichas: seguridad, desarrollo y bienestar. Y, en lugar de números, en la ruleta estaban escritos los nombres de las principales localidades de Gaza: «Beit Lahia, Rafá, Gaza, Jan Yunis, Beit Hanún.»

Nacido en Ramala, Jalid Mashaal abandonó Palestina durante la primera guerra del Golfo para estudiar Física en la Universidad de Kuwait. Después fue a trabajar de profesor a Jordania, donde ingresó en las filas de Hamás. En 1997, dos agentes del Mossad que habían entrado en el país con pasaportes canadienses intentaron asesinarlo inyectándole una sustancia tóxica cuando caminaba por la calle. La orden de la acción la había dado el presidente Binyamín Netanyahu, que lo acusaba de estar detrás de numerosos atentados terroristas. El plan se frustró cuando el Gobierno jordano detuvo a los hombres del Mossad. El rey Hussein exigió a Netanyahu el antídoto, pero éste se negó a dárselo, hasta que intervino el presidente Bill Clinton. Finalmente, Jalid Mashaal sobrevivió.[15] Los agentes de la inteligencia hebrea fueron entregados a cambio de la liberación del jeque Ahmed Yassín, fundador de Hamás, que se salvó de un primer intento de asesinato selectivo en 2003, pero que murió el 22 de marzo de 2004 cuando un helicóptero Apache le disparó tres misiles Hellfire en el momento en el que abandonaba la mezquita en la que estaba orando en la ciudad de Gaza.[16] Nueve personas fallecieron también en el acto, entre ellas el guardaespaldas que empujaba la silla de ruedas del anciano líder de Hamás, que era parapléjico. Aunque Yassín estaba detrás de numerosos atentados, la mayor parte de la comunidad internacional condenó la acción de Israel. El ministro británico Jack Straw dijo que había sido una medida «inaceptable, injustificada y que no ayuda a alcanzar los objetivos que pretende».[17]

Al frente de Hamás quedó Abdelaziz al-Rantisi, otro de sus fundadores. El 17 de abril de 2004 murió junto a su hijo y el conductor del coche en el que iban cuando los alcanzó un misil del Tsahal.[18]

Tras el secuestro de Gilad Shalit, el ministro israelí de Justicia, Haím Ramon, declaró que Jalid Mashaal había pasado a ser un «blanco legítimo» para un asesinato selectivo. La cúpula de Hamás pidió, por su parte, negociar a cambio del soldado la liberación de mil

prisioneros palestinos, incluyendo a todas las mujeres y niños. La octavilla con la imagen de Jalid Mashaal, que el avión israelí acababa de lanzar sobre el campo de al-Shati, me la entregó un joven que se llamaba Mohamed. Pudo hacerse con una porque era más alto que el resto de los niños.

—¿Por qué la coges?

—Para saber qué nos quieren decir los israelíes.

—¿Y qué opinas?

—Es una mentira. Nosotros confiamos en los dirigentes de Hamás. Son gente honrada —me respondió.

Me sorprendió una vez más el altísimo grado de conciencia política, de implicación en la realidad, de los niños palestinos, que siguen con atención todo lo que pasa, sin posibilidad alguna de situarse al margen de esta realidad disparatada en la que, cuando el cielo no se abre para dejar caer bombas, lo hace para lanzar mensajes políticos.

Una patrullera israelí avanzó por el mar, con la proa levantada. Describió varios círculos frente al lugar en el que nos hallábamos y, acto seguido, efectuó dos disparos. «Busquemos un lugar seguro», dijo Kayed. Y yo lo seguí, mientras los niños aumentaban su euforia ante la agresión, corrían por la playa desafiantes, haciendo gestos altivos, dando gritos.

La lancha se fue después de unos cuantos disparos más que terminaron en el agua, sin herir a nadie. En la calle se nos acercó un hombre, que se llama Zakaria y vive en al-Shati. «Si resistimos sus bombas, sus misiles, sus tanques, ¿cómo no vamos a resistir una lluvia de papel? Estamos luchando por nuestra libertad —nos dijo. Y agregó con una sonrisa—: Tantos años viviendo juntos y los israelíes aún no tienen ni idea de cómo somos los palestinos.»

La otra cara de la demolición de casas palestinas es la constante expansión de los asentamientos judíos en las tierras palestinas ocupadas en 1967. La Resolución 242 del Consejo de Seguridad de la ONU, promulgada el 22 de noviembre de ese año, exige la «retirada de las fuerzas armadas israelíes de los territorios que ocuparon durante el reciente conflicto».

Esta política de colonización viola el derecho internacional. La IV

Convención de Ginebra establece en su artículo 49 que la «fuerza de ocupación no deportará ni trasladará partes de su población civil al territorio que ocupe». El 78% del espacio donde originalmente vivían los palestinos ha quedado en manos de Israel. Apenas el 22% restante tendría que ser la base de un futuro Estado palestino.[19]

El problema es que Israel no se ha mostrado nunca dispuesto a devolver plenamente a los palestinos ese 22% que conquistó tras la guerra de los Seis Días en 1967. Al contrario, lo ha ido colonizando a través de la creación de más asentamientos. Mientras que se derribaban las casas de los árabes, y a éstos no se les daba permiso en muchas zonas para edificar nuevas construcciones, las urbanizaciones hebreas se multiplicaban a un ritmo feroz.

En su libro *La gran guerra por la civilización*, Robert Fisk realiza un minucioso repaso de cómo se fue gestando esta estrategia de hechos consumados, de conquista colonial, que terminaba con cualquier posibilidad de autonomía verdadera y viable para los palestinos. «Entre 1967 y 1982, sólo 21.000 colonos se habían establecido en Gaza y Cisjordania. En 1990, había un total de 76.000. En 2000, siete años después del acuerdo de Oslo, se contabilizaban hasta 383.000, entre los que se contaban los colonos asentados en la parte anexionada del este de Jerusalén.»

Fisk critica que el período en que Israel decía negociar la paz con Arafat y la OLP, en los años noventa, fue el de mayor promoción de la colonización y de la confiscación de tierras árabes. En público se hacían unas declaraciones, pero en privado se ahondaba en la afrenta, en la causa última del conflicto: los palestinos no tendrían siquiera derecho al usufructo del 22% que les quedó de su territorio original. «Esta enorme expansión colonial demostró a los palestinos más que ningún otro hecho que Oslo era una farsa, un engaño, un ardid para enredar a Arafat y la OLP con el fin de que abandonaran todo aquello que tanto habían buscado y por lo que tanto habían luchado durante medio siglo; que era un método para crear falsas esperanzas y poder mutilar la aspiración a lograr categoría de Estado.»

Por lo que respecta a Jerusalén, que debería ser compartida por israelíes y palestinos, en 1980 Israel la declaró su capital indivisible. En señal de protesta por esta anexión de facto, los Estados miembros de las Naciones Unidas acabaron por trasladar sus embajadas a Tel-Aviv.

«Hacia 1996, habían arrebatado el 86,5% del control y uso de Jerusalén Este a los residentes palestinos; habían expropiado el 34% del suelo del este de Jerusalén para construir edificios. El municipio de Jerusalén anunció el proyecto de construir 70.000 viviendas más en los próximos diez años», escribe Fisk, que también deja de manifiesto el apoyo de Estados Unidos a esta política y la connivencia de un sector de la prensa que presentaba una versión descontextualizada de los acontecimientos, manipulando deliberadamente el lenguaje hasta convertirlo en uso habitual.

«He investigado en vano para descubrir el origen del uso periodístico que hemos dado a la palabra "asentamientos". En sí, el término resulta casi reconfortante. Entraña un sentido de permanencia, un concepto de legalidad. Todo ser humano quiere "asentarse", tener un hogar. El término más perturbador —y mucho más acertado— para la usurpación de territorio en Gaza y Cisjordania es "colonizar". Aquellos que se asientan en un territorio son colonos, colonizadores. Casi todos los israelíes de Cisjordania viven en territorio ajeno. Pueden decir que Dios les concedió esa tierra, pero a los palestinos que la poseían por ley —que tenían escrituras de propiedad desde la época del protectorado británico, desde la época del Imperio otomano— no se les permite apelar a Dios.»

Quizá fue esta tergiversación crónica de la información la que llevó al mundo a creer que Ehud Barak estaba dispuesto a volver a las fronteras de 1967 durante las negociaciones de Camp David en el año 2000. Lo cierto es que fue el primer ministro que más proyectos de colonización fomentó en Cisjordania. «Tras esto surgirían filtraciones intencionadamente engañosas de que Arafat había rechazado el 95% de "Palestina" (cuando en realidad quedaba un 64% del 22% de "Palestina"). Barak no renunciaría a Jerusalén ni abandonaría los asentamientos», escribió Fisk.

La política de Ariel Sharón de dividir Cisjordania por medio de un muro y de puestos de control consolida aún más esta política colonial. Si algún día los palestinos logran un Estado, su espacio será muy inferior al 22% de la Resolución 242, y estará escindido en bantustanes, comunicados entre sí cuando lo permita el Tsahal. Como sucede con el primer ministro residente en Gaza y el viceprimer ministro, natural de Nablús, que nunca se han podido reunir, y que se comunican por videoconferencia. De este modo es imposible

desarrollar un país próspero.

La cuestión de la tierra —unos pueden construir a pesar de la prohibición del derecho internacional mientras que otros ven sus viviendas destruidas aunque están en su propio territorio— muestra la falta de información y la doble moral que imperan en el conflicto; la ponderación justa y medida del sufrimiento de los israelíes y la indiferencia absoluta ante el destino de los habitantes de Palestina.

Cuando los ocho mil colonos israelíes salieron de los 21 asentamientos que tenían en Gaza, cada familia recibió entre 166.000 y 256.000 euros.[20] En las televisiones del mundo se vieron imágenes de jóvenes colonos llorando, aferrados a sus casas, para resistir así al plan de «desconexión» impulsado por el primer ministro Ariel Sharón.

Poca gente no aplaudió la medida. Otros fueron más allá y la calificaron de «histórica» y «valiente».[21] Desde aquí la perspectiva es diferente. Lo que cuesta comprender es que los colonos —que dominaban una quinta parte del territorio y que vivían y trabajaban en lugares que habían sido expropiados de forma arbitraria, violando el mandato de la comunidad internacional— no se marchasen mucho tiempo antes.[22]

Tampoco se publicitó demasiado en los medios que la presencia de esas familias complicaba hasta el absurdo la existencia cotidiana de un millón cuatrocientos mil palestinos. En el puesto de control de Abu Holi, que dividía Gaza en dos, podían pasar días detenidos. Los soldados los maltrataban sistemáticamente, cambiaban las reglas de forma constante: un día sólo podían pasar los coches con dos ocupantes, al siguiente, aquellos que llevaban tres pasajeros. Entre las restricciones que sufrían estaba la de no acceder a amplias zonas de playa cuyo usufructo estaba reservado sólo para los colonos judíos.

El día en que éstos se fueron, miles de personas lo celebraron bañándose en el mar. Pero la ilusión de libertad y fin de la ocupación fue efímera, duró hasta que el Gobierno de Jerusalén regaló a Gaza, por medio de las bombas sónicas que interrumpían el sueño y quebraban el carácter, el primer atisbo de la campaña de castigo colectivo que nueve meses después articularía con tanta pasión: la operación Lluvia de Verano. Una rápida rectificación de cara a los habitantes de Gaza, que les venía a aclarar que el «final de la ocupación» publicitado por los medios de todo el planeta no era cierto. La ocupación continuaba, desde fuera, pero seguía a través del

control de las fronteras, el mar y el espacio aéreo.

Quizá fuera por el odio acumulado en décadas de relaciones violentas y por las incursiones armadas que grupos palestinos habían realizado contra los asentamientos de colonos, pero al irse decidieron que sus 1.200 casas fueran demolidas. Muestra de la otra cara de ese mismo rencor fue la violencia con que se destruyeron las sinagogas que sí dejaron en pie los colonos tras su partida.

Kayed me condujo en varias ocasiones para que viera los antiguos asentamientos del sur. Pasamos por el viejo puesto de control de Abu Holi, por la carretera que, entre fuertes medidas de seguridad, tomaban los colonos para ir a Israel. Visitamos las montañas de escombros que ocuparon asentamientos como Katia, Nezzer Hazzani y Netzarim (uno de cuyos fundadores fue Meir Margalit). Una tierra árida, pedregosa, de nulo valor estratégico o productivo, a diferencia de Cisjordania, con sus vastas extensiones y sus fuentes de agua, como bien sabía Ariel Sharón.

---

1 Finalmente renunciará a su cargo el día 13 de septiembre. «Renunció el general israelí que dirigió la guerra contra Hezbollah», agencias, *Clarín* (14-9-2006).

2 El 24 de enero el escándalo tomará tales dimensiones que Ehud Olmert exigirá la dimisión de Moshé Katsav. Por su parte, éste, tras comparecer frente a los medios con su mujer, pedirá que se lo exima de sus funciones durante tres meses mientras se aclara su situación procesal. Steven Erlanger: «Israeli Prime Minister Urges President to Resign», *New York Times* (24-1- 2007); «Olmert pide la dimisión del presidente israelí, que se irá si le juzgan por acoso», agencias, *20 Minutos* (24-1-2007).

3 Harry de Quetteville: «You're all targets, Israel tells Lebanese in South», *The Telegraph* (28-7-2006). Estas declaraciones fueron duramente criticadas por miembros de la Unión Europea. Según Reuters, un portavoz del Departamento de Estado de Estados Unidos las calificó de «ultrajantes». Haím Ramon dejó su cargo el día 18 de agosto de 2006.

4 El ataque fue confirmado y revelado a las 9 de la mañana y Haluts llegó a la sucursal del banco Leumi de la calle Dizengoff en el centro de Tel-Aviv a las 12 y solicitó vender sus acciones por un valor

de 120.000 shequels (27.000 dólares). Desde el momento del ataque y el secuestro, las acciones de la bolsa de Tel-Aviv se derrumbaron cayendo un promedio del 8 %. La noticia la dio el periódico israelí *Maariv* el día 15 de agosto. Finalmente renunciaría a su cargo el día 17 de enero de 2007.

5 Tim Butcher: «Israel's PM facing more corruption questions», *The Telegraph* (18-8-2006).

6 «La popularidad de Ehud Olmert, en su punto más bajo», Agencia EFE, *La Vanguardia* (21-9-2006).

7 Sami Perets: «Is there anyone left who's not corrupt», *Haaretz* (6-1-2007).

8 Ezer Weizman falleció el 24 de abril de 2005. El periódico *The Times* publicó el 26 de abril de 2005 un extenso artículo sobre su vida, <http://www.timesonline.co.uk/article/0,60-1585344_1,00.html>.

9 Ramy Wurgaft: «El Gobierno de Netanyahu se tambalea», *El Mundo* (25-2-1997).

10 Amnistía Internacional: «Israel/Líbano, Fuera de toda proporción: La población civil carga con la peor parte de la guerra» (21-11-2006).

11 Betselem: «Almost half the fatalities in the Gaza Strip in July were civilians not taking part in the hostilities» (3-8-2006).

12 «American peace activist killed by army bulldozer in Rafah», *Haaretz* (17-3-2003).

13 Tom Dale, compañero de Rachel Corrie en ISM, relata lo sucedido en <http://www.ccmep.org/2003_articles/ Palestine/031703_ closest_eye_witness_account_on_t.htm>. Se pueden encontrar más testimonios y noticias relacionadas en la página web dedicada a Rachel, <http://www.rachelcorrie.org/>.

14 Mario Vargas Llosa: «Me llamo Rachel Corrie», *El País* (5-11-2006).

15 Tras el secuestro del soldado Gilad Shalit, empezará a correr el rumor de que el Gobierno israelí está planeando un nuevo intento de asesinato selectivo contra Jalid Mashaal que, tras ser expulsado de Jordania en 1999, pasó una temporada en Qatar y en 2001 sentó residencia en Siria. «Hamas: Mossad planning Mashaal hit», *Jerusalem Post* (17-8-2006).

16 Bajo el título «Sheikh Yassin Assasination», *The Guardian* ofrece

un gráfico interactivo que muestra cómo se llevó a cabo el asesinato, <http://www.guardian.co.uk/flash/0,5860,1175454,00.html>.

17 «The life and death of Shaikh Yasin», *al-Yazira* (24-3-2004).

18 «Israeli missile attack kills new Hamas chief», *The Guardian* (18-4-2004).

19 Robert Fisk: *La gran guerra por la civilización, la conquista de Oriente Próximo*, Destino, Barcelona, 2005, pp. 586 y 587.

20 Javier Espinosa, «De cómo ceder ahora para conservar Cisjordania», *El Mundo* (17-8-2005).

21 Una de las últimas referencias la encontré en un artículo de Darío Valcárcel que el periódico *ABC* publicó el 20 de julio bajo el título «Tres notas sobre Israel». Llama la atención porque comienza diciendo que «en cada guerra mueren casi todas las palabras; el lenguaje queda reducido a escombros. La liquidación del Verbo mata la racionalidad y la dignidad». Y justamente en su texto, escrito durante el peor momento de las ofensivas en el Líbano y Gaza, no hace una sola mención a las víctimas civiles del conflicto, que es lo único importante, el único aspecto de la violencia desenfrenada y masiva que «el Verbo» no puede ignorar. Para no criticar la conducta de Israel por los más de 300 muertos civiles que se contaban por esos días en territorio libanés recurre a una serie de lugares comunes como el Holocausto o la amenaza de los mil millones de adversarios islámicos contra un pequeño país de seis millones de habitantes. Tampoco habla del hambre y la desesperación en Gaza. Pero sí menciona la salida de los colonos. Escribe: «Ariel Sharón, antiguo general, luego líder político, lleva a cabo la salida de Gaza. Enorme valor, gran plan.»

22 Laetitia Bucaille: *Generación Intifada*, Ediciones B, Barcelona, 2003, p. 64.

9

Un corazón para Erez

Miles de enfermos, que normalmente se dirigían a hospitales en Egipto o Israel para recibir atención médica, permanecen cautivos en Gaza. El doctor Sami Abu Haifa, director del hospital Mohamed al-Dura, estima que hay 200 niños con patologías cardíacas que necesitan ser intervenidos con urgencia.

—La relación con los médicos israelíes es muy buena. Hacemos el diagnóstico, se lo enviamos y, si les parece correcto, nos mandan un fax con la fecha de la intervención. Nuestro problema son las autoridades militares en el puesto de Erez.

Nos muestra un fax del doctor Maslahy, cirujano del Edmond and Lily Safra Children Hospital, que señala que Jalid Habib, de un año de edad, debía haber sido operado en la institución.

—El niño fue con su abuela hasta Erez. Esperaron durante once horas. Pero el oficial de coordinación no los dejó pasar. Ahora acabamos de recibir este fax. —Levanta otra hoja de papel que tiene sobre el escritorio—. Nos han dado fecha para el 22 de septiembre.

—¿Sobrevivirá hasta esa fecha?

—Puede ser que sí, todo depende de su salud, de si come bien y descansa. Pero si no le permiten cruzar Erez y hemos de volver a postergar la operación, no creo que tenga muchas esperanzas. Ya es la segunda vez que sucede.

La operación la financia el Ministerio de Sanidad de la Autoridad Nacional Palestina. Cuesta doce mil dólares, pero el hospital israelí le hace un descuento, por lo que el precio final es de siete mil dólares. El doctor Sami Abu estima que el 1% de los niños de Gaza nace con problemas cardíacos. Unos cuatrocientos al año, la mitad de los cuales son intervenidos quirúrgicamente. Hasta el comienzo de la operación Lluvia de Verano, todo funcionaba relativamente bien.

—Tenemos dos problemas en estos momentos. El primero es que la ayuda extranjera se ha interrumpido desde la victoria de Hamás, por

lo que el ministerio está escaso de fondos. Cada año dedica casi un millón de dólares a los niños con cardiopatías congénitas y ese dinero ahora no está. El segundo problema es que los niños son sistemáticamente rechazados en Erez.

—¿Por qué? ¿Qué razones dan los militares israelíes?

—Dicen que es por seguridad. Pero son los médicos israelíes los que se encargan de ponerse en contacto con el oficial de coordinación, que a su vez realiza una investigación para ver si la persona puede pasar. En alguna ocasión nos han llamado para decirnos que estaba mal un número del documento de identidad. Hacen un trabajo muy exhaustivo. Por eso, cuando el niño llega a la frontera, los datos se han cotejado y todo está en orden. Además, ¿qué peligro puede suponer para el Estado de Israel un niño enfermo del corazón?

—Entonces, ¿cuál es la razón de fondo?

—Pues es lo mismo que con los cortes de luz o los bombardeos. Es un castigo colectivo.

—¿Cuántos niños han logrado pasar a Israel en los últimos meses?

—Apenas dos de los cuarenta que enviamos.

Nos acercamos a la casa de Raed Habib, acerca de cuyo hijo, Jalid Habib, nos habló el director del hospital Mohamed al-Dura. Viven en una casa amplia, confortable. Uno de los familiares trae una bandeja con té, café y agua.

—A mi hijo le cuesta respirar, se cansa. Como estamos sin luz, no podemos encender el aire acondicionado —nos dice Raed, que es funcionario de la Autoridad Nacional Palestina—. Se suponía que debía entrar hoy en quirófano. Para que no desconfiaran lo iba a acompañar su abuela.

Raed sostiene en brazos a Jalid. Le levanta la camiseta para que podamos ver la cicatriz que tiene en el pecho. Lo operaron a los seis meses de edad.

—El hospital israelí nos dio fecha para el 22 de septiembre. Si otra vez no dejan que mi hijo salga, lo más probable es que se muera. De una manera o de otra quieren hacernos sufrir a todos los palestinos —dice—. Ésa es su estrategia.

A diferencia de sus hermanos, que corren por la casa, Jalid permanece en silencio, casi sin moverse.

—También tengo un problema con mi padre —agrega Raed antes

de despedirnos—. Estaba enfermo, lo mandamos con unos familiares al hospital en Egipto y se murió. Llevamos 45 días tratando de que nos dejen traer el cadáver para enterrarlo. Pero no hay forma. En Gaza nadie entra ni sale, ni vivo ni muerto.

Pocos días más tarde, nos avisan del hospital de que una niña, Manal Afifi, intentará abandonar Gaza. Padece estenosis aórtica y necesita una intervención urgente. Vino junto a sus padres desde Abu Dabi para visitar a sus parientes palestinos. Llegaron justo antes de que Gilad Shalit fuera capturado. Al igual que más de quince mil personas que residen en el extranjero se quedaron atrapados sin poder regresar a su hogar debido al cierre de las fronteras.

Voy a seguir a Manal en su intento de llegar al hospital. De paso, iré a Jerusalén para renovar la credencial de periodista, porque mi permiso para permanecer en Gaza expira dentro de tres días. A las siete de la mañana llamo a la oficina de coordinación para extranjeros del ejército israelí.

—No hay problema, Erez está abierto —me dice un soldado. Cojo una muda de ropa, el ordenador, las cámaras de fotos, el pasaporte, y parto en un taxi hacia Beit Hanún.

Del lado palestino de la frontera, sentados bajo un techo de zinc, encuentro a Manal y a sus padres. No me cuesta reconocerlos, porque no hay nadie más. Entregamos nuestros documentos de viaje al oficial palestino que debe llamar al lado israelí para que nos den los salvoconductos. Poco hay a nuestro alrededor: tres casas blancas que sirven de cuartel a los efectivos de fronteras de la Autoridad Nacional Palestina; esta suerte de sala de espera hecha con un techo de zinc y unos bancos; y luego, a nuestra derecha, el pasillo de seiscientos metros de largo, rodeado de muros de hormigón coronados por alambre de espino, que conduce del tercer mundo de Gaza a la prosperidad del Estado hebreo.

El nombre del padre de la niña es Iyad Afifi. Estudió ingeniería, trabaja en una empresa multinacional y lleva ocho años en Abu Dabi, el más grande de los siete emiratos que conforman los Emiratos Árabes Unidos, al sureste del golfo Pérsico.

A la niña la intervinieron por primera vez cuando tenía seis días por una disfunción cardíaca. Tendría que volver a Abu Dabi a ver al médico que ya la operó, pero no se lo permiten.

—Sé que no es fácil, pero nos han dicho que en media hora nos dejarán pasar —me comenta Iyad en inglés mientras me muestra los papeles que le han dado los médicos.

Manal lleva un vestido celeste. Cabello corto. Grandes ojos azules como los de su madre, Hiyán, que será la encargada de acompañarla hasta el hospital si los soldados israelíes se lo permiten.

El oficial palestino nos devuelve los pasaportes. Erez está cerrado. Cojo el teléfono.

—¡Me has dicho hace una hora que viniera, que no había inconveniente!

—Lo siento, ha sido un cambio de último momento —me responde el soldado.

—¿Qué sucede?

—Hay una operación militar en marcha.

Conversamos con Iyad sobre su carrera, sobre la vida en el Golfo. El sol recalienta el techo de zinc. Manal permanece recostada en los brazos de su madre. Desde Beit Hanún nos llegan estruendos de bombas.

Pasan las horas. Aumenta el calor. Manal está incómoda, no deja de moverse. Tiene el cabello empapado de sudor. Su madre abre la maleta que han traído y saca un biberón con agua.

—Mi hija no está bien del corazón, no le pueden hacer esto —me dice Iyad, que se pone de pie y levanta en brazos a la niña para tratar de tranquilizarla. Es evidente que a la pequeña le resulta difícil respirar. Abre la boca tratando de coger aire.

Me llaman al móvil. Es el joven soldado israelí. Han recibido órdenes de no abrir hasta las cuatro de la tarde.

—¿Estás seguro de que vas a abrir por la tarde? Esta mañana me dijiste que no había problema. Hay aquí una familia con una niña que debe ir urgentemente al hospital.

—Llevamos dos días cerrados. Por lo que me han dicho lo de esta tarde está confirmado.

—*Todá* —le doy las gracias en hebreo.

Llamo a la agencia de taxis. Les pido que manden un coche a buscarme y que avisen al chófer que me está esperando del lado israelí desde las ocho de la mañana que vuelva a Jerusalén.

—¿Queréis veniros conmigo? Os invito a comer algo, seguro habrá algún lugar bueno por Beit Lahia —le pregunto a Iyad.

—¿Y si justo nos llaman? —me responde.

—Me han dicho que hasta las cuatro no abren.

—No nos podemos arriesgar, quizás eso es para los europeos.

A medida que el taxi me aleja del puesto fronterizo, me pregunto qué pasaría si un millón cuatrocientos mil estadounidenses, europeos o israelíes permaneciesen cuarenta días atrapados, sin poder salir de una porción de tierra de 365 kilómetros cuadrados, con niños enfermos que necesitan ser operados, con pacientes de cáncer que se mueren por falta de medicamentos para la quimioterapia. ¿Sería la tercera guerra mundial?, como escribió Fisk.

Almuerzo con el conductor. Compro varias botellas de agua helada para Iyad, Hiyán y Manal. Cuando nos estamos acercando me digo que ojalá hayan pasado. Espero que se hayan ido, que no sigan allí, bajo el techo de lata, sufriendo el despiadado calor de Gaza, esperando la coordinación del otro lado del *checkpoint* que les permita ir al hospital.

El taxi aparca frente a la mísera terminal palestina. Aparece un soldado. Le entrego el pasaporte.

—¿El bebé? —le pregunto haciendo el gesto con las manos de tener un niño en brazos y luego señalo la sala de espera. Me conduce hasta un contenedor blanco en cuyo interior hallo a Iyad, Hiyán y Manal.

—Aquí hay aire acondicionado y la niña puede respirar mejor —me comenta Iyad.

—¿Qué te han dicho?

—Nada, parece que a las tres y media nos van a dejar pasar.

Sobre los asientos de cuero de esta sala, que seguramente está destinada a los mandatarios palestinos, Iyad juega con su hija. La madre los observa desde un sillón. Parecen muy unidos en este momento tan difícil.

Salgo a fumar. Llegan varias camionetas de Naciones Unidas. Se detienen un instante, muestran sus credenciales y pasan. Pienso en preguntar a alguno de estos funcionarios supranacionales si no pueden hacer algo por Manal al llegar al otro lado, si no pueden hablar con el oficial de coordinación. Pero apenas están unos segundos y se van.

El soldado se acerca a mí con el pasaporte en la mano y un trozo

de papel en el que está estampada el águila palestina.

—Listo, ya puedes pasar.

Con enorme pesadumbre me acerco al contenedor blanco.

—¿Qué sucede? —me dice Iyad—. Todos los internacionales os vais y nosotros nos quedamos aquí.

No sé qué hacer, si quedarme con ellos o si irme. Me preocupa que vuelvan a cerrar el paso y que no me dejen salir durante los próximos días. Necesito renovar la credencial de periodista. Si me quedo más tiempo del debido quizá no me dejen volver.

—Lo siento mucho. Cuando vaya al otro lado voy a hablar con el oficial de coordinación a ver qué ocurre. Espero que todo vaya bien.

—*Inshalá* —me dice Iyad.

Le doy un abrazo. Después le hago una caricia a la niña en la cabeza. Por primera vez en ocho horas de espera descubro que el optimismo los empieza a abandonar. En los ojos de Iyad vislumbro preocupación. No me atrevo a decirle que Erez cierra a las cinco de la tarde. Sólo queda una hora.

Recorro el larguísimo pasillo. El bombardeo sobre Beit Hanún se ha detenido. Al acercarme a la verja metálica, una voz de mujer me dice por los altavoces: «Fila tres, por favor, fila tres, por favor, que tenga un buen día.»

Pongo mis objetos en una cinta. Después me meto en una cabina de cristal. Siguiendo el dibujo que hay en la entrada, abro las piernas y levanto los brazos. Listo para viajar en el tiempo. Un enorme escáner gira a mi alrededor. «Espero que esta mierda no sea cancerígena», me digo.

«Por favor, eleve más las manos», me ordena otra voz de ultratumba. Sigo las órdenes. La máquina vuelve a girar a mi alrededor. Doble posibilidad de cáncer. Las puertas de cristal se abren. Avanzo. Desde detrás de una rendija en un muro de hormigón, un agente de la empresa privada de seguridad que gestiona los movimientos en Erez observa mi pasaporte. Instantes después abre una pesada puerta de metal. El viaje en el tiempo se hace realidad. Coches modernos, una máquina de refrescos, orden, limpieza, la bandera de Israel que flamea en lo alto del cuartel. Vuelvo al siglo xxi.

—Se te está a punto de vencer la credencial de prensa —me dice

una de las dos jóvenes soldados encargadas de migración.

—Sí, justamente voy a Jerusalén para renovar la tarjeta. Si todo sale bien, mañana nos veremos de nuevo. No puedo vivir sin Gaza.

La chica sonríe sin dejar de escribir mis datos en el ordenador. Aprovecho para hablarle de Manal. Lo hago con el tono más cordial que me es posible:

—Mira, hay un bebé del lado palestino, tiene que ir al hospital para operarse del corazón. Me gustaría saber qué pasa, por qué no logra cruzar.

—De eso se encarga la oficina de coordinación.

—¿No podrías averiguar con quién puedo hablar?

Conversa unos segundos con su compañera, que tiene rasgos afilados, morenos, podría ser india. En un reproductor de cedés están escuchando *Whatever People Say I Am, That's What I'm Not* de los Arctic Monkeys, uno de mis grupos favoritos. Sonrío.

—Dame los nombres —me dice—. Se los pasaremos a la oficina de coordinación por si ha habido algún problema.

Salgo de Erez. Me siento en la acera con el bolso y los equipos. Cambio la tarjeta SIM del móvil. La compañía Jawal no funciona en Israel. Pongo el número de Orange. Llamo a Jerusalén para que me vengan a buscar. Si no hay tráfico, el conductor tardará una hora.

Saco un cigarrillo. Lo enciendo. Uno de los miembros de la empresa de seguridad, que lleva un M-16 y una camisa gris, se acerca. No puedo estar aquí, es zona de seguridad, debo alejarme.

—Pensé que me ibas a decir que no se podía fumar —le respondo.

Una mujer vestida de negro sale del corredor que comunica Gaza con Israel. Me pongo de pie. Se pierde en el edificio. Intento acercarme, pero el guardia de seguridad me apunta con el M-16.

Pasan unos minutos. Hiyán aparece con la pequeña Manal en brazos. Camina hacia mí. Sonríe.

Yogures desnatados, enteros, con cereales, con trozos de chocolate, con trozos de frutas salvajes, con sabor de vainilla, de fresa, de mango, en envases individuales, en grupos de cuatro, en botellas de medio litro. Queso camembert, cheddar, blanco, roquefort. Pan de molde integral, cubierto de semillas de sésamo.

Las neveras y alacenas del supermercado me seducen con los

colores de productos, con la variedad y diseño de los envases. No entiendo las etiquetas en hebreo, pero vislumbro el sentido de las promociones, en todo el mundo son iguales: 10% de descuento en productos de la casa, tres por uno en la compra de determinado artículo.

Delante de mí, en la cola, hay familias que esperan con sus carros llenos. Niños que piden a sus padres que les compren golosinas. La cajera pone todo en una bolsa de plástico y me cobra. De fondo, se oye la música pop del hilo musical. La vida continúa a pesar de todo.

Recorro las calles de Jerusalén Occidental con varios periódicos en una mano y los productos del supermercado en la otra. Mucho no ha cambiado la fisonomía de esta ciudad durante mi ausencia.

Israel es un país robusto, con bases sólidas. Como única señal de la guerra contra el Líbano que terminó hace unas semanas, descubro una mayor presencia de banderas blancas con la estrella de David. El millón de desplazados que huyeron al sur de los misiles Katiusha de Hezbolá han regresado a sus hogares. Se habla del próximo comienzo de las clases. Y de los millones de shequels que se perdieron debido a la estampida de los turistas extranjeros, principalmente de Francia. También se están negociando las ayudas económicas a los ayuntamientos del norte del país. Se ha abierto un agrio debate entre los políticos que no quieren que se indemnice a los ciudadanos israelíes árabes que perdieron sus casas en los ataques, pues muchos de ellos manifestaron estar a favor de la organización chií libanesa.

Al final de Jaffa Road, donde comienzan las murallas de la antigua Jerusalén, dos coches de policía piden documentos a mujeres y hombres con aspecto palestino. Se forman largas colas mientras llaman para verificar los datos. El miedo a un atentado suicida pervive debido a las amenazas, aunque desde marzo no se ha producido ninguna acción de esta clase. Y este año, más allá de la violencia, será el más positivo para los israelíes desde el comienzo de la Segunda Intifada. Perderán la vida 31 de sus ciudadanos en contraposición con las 633 víctimas palestinas.[1]

En las callejuelas de la ciudad amurallada me cruzo con soldados hebreos fuertemente armados. A mi lado pasa un grupo de turistas judíos de Europa del Este. Los acompañan dos jóvenes de empresas de seguridad privada. Las pistolas en alto, moviéndose de un lado a otro, como si estuvieran en medio de una operación comando, a punto de

tomar una casa en Gaza. Mientras tanto, los niños palestinos juegan en las aceras.

Después coincido con dos turistas filipinos. Uno de ellos carga una cruz que debe de tener dos metros de altura, reviviendo, entre oraciones y lamentos, las últimas horas de Jesucristo. Más adelante, un colono ataviado con una kipá pasea con sus niños de la mano. Lleva cruzado en la espalda un fusil M-16.

En la pared de la oficina de turismo se lee un cartel: «Jerusalén, capital espiritual de la humanidad.» «Así va la humanidad», pienso.

Una vez que consigo mi nueva tarjeta de prensa, tomo un taxi rumbo a Gaza. Esta mañana me he sorprendido al levantarme en la pensión y descubrir que aún había luz.

Mientras avanzamos por la autopista llamo nuevamente a Erez para confirmar si el horario que me han dado es el correcto.

—Sí, el puesto estará abierto entre las diez de la mañana y las tres de la tarde —me dice otro joven militar.

Llego y está cerrado. En la parada de taxis hay cuatro periodistas sentados en el suelo, entre maletas, chalecos antibalas, cámaras, trípodes y cascos. Son las diez y media.

—¿Alguien sabe a qué hora van a abrir? —pregunto.

—Dicen que creen que va a estar cerrado hasta mañana —me responde Georgios, un periodista de la televisión pública griega con el que entablaré una larga conversación—. De todos modos, nos han dicho que esperemos.

Pongo mi bolso junto al equipaje del resto y me acomodo contra una columna. Pasan las horas y no tenemos respuesta. Nuestros compañeros van desertando. Vuelven a Jerusalén, no pueden perder más tiempo. Finalmente, Georgios, que quiere entrar en Gaza para filmar un documental sobre Hamás, me dice que se va un par de horas y regresa. Quiere hacer algunas tomas en Sderot, ciudad en la que suelen caer los misiles Qassam.

Yo sigo sentado en el suelo, decidido a intentarlo hasta última hora. No me resigno a perder otro día en Jerusalén. Lo único que me preocupa es que se han comenzado a escuchar detonaciones. Un grupo de soldados sale del cuartel y cruza la calle. Van fuertemente armados. Avanzan de forma apresurada, sin hablar.

Un oficial del equipo de coordinación israelí, que va vestido de civil, me llama desde la garita de entrada.

—A las dos estará abierto. Diez minutos solamente. ¿Tienes el teléfono de alguno de los periodistas que estaban aguardando?

Llamo a Georgios, que me dice que da media vuelta y viene hacia aquí. Suena enfadado. No sabe si logrará llegar a tiempo. Miro la hora en el móvil: son las dos de la tarde. Me acerco con mi bolso a la garita. Ahora el estruendo de los obuses de los tanques suena aún más fuerte. Me pregunto si será seguro cruzar, pero ya no hay vuelta atrás, me hacen pasar al edificio principal, donde relleno una ficha mientras los soldados corroboran mis datos en el ordenador.

El responsable de coordinación, que se presenta como Sammy, se dirige a mí en un inglés con el típico acento americano de vocales mascadas como chicles:

—Tienes diez minutos para cruzar. Cuando llegues al lado palestino sube a tu coche y vete a Gaza. No te detengas, avanza en línea recta, no cometas errores. Yo avisaré a los tanques que dejen de disparar. Pero tienes que entender que estás cruzando bajo tu responsabilidad. Si los terroristas abren fuego, los tanques tendrán que responder aunque tú estés en medio.

—No tengo coche de prensa. Voy en un taxi —le digo.

—Está bien, se lo vamos a comunicar a nuestros hombres. Pero recuerda que actúas bajo tu responsabilidad. Son chicos, no te puedo garantizar lo que puedan hacer.

Avanzo por el pasillo. Las compuertas tardan una eternidad en abrirse. Camino a toda velocidad llevando el bolso en una mano y las cámaras en la otra. El pasillo que une Israel y Gaza parece más profundo, oscuro e interminable que de costumbre. Los estruendos de los misiles retumban en sus mugrientas paredes.

Al otro lado entrego mi pasaporte. El oficial palestino de turno lo sella. Ni siquiera le doy las buenas tardes. Un taxista gordo, embutido en una prieta camisa se acerca a mí.

—¿Es seguro salir ahora? —le pregunto.

—Si vamos por Beit Hanún no hay problema —me responde.

Entre los conductores que están conversando en un banco descubro a mi amigo Munir. Camino rápidamente hacia él porque le tengo una gran confianza.

—*Habibi* —le digo, y le doy besos.

—Hernán, no te puedo llevar, me tendrías que haber llamado por teléfono —me dice—. Ahora te tienes que ir con ese hombre, es el primero en la lista.

—No me importa quién está primero en la lista —le digo—. Quiero que me lleves tú. En otra situación no tendría problema en ir con él.

El hombre gordo comienza a hablar en árabe, a hacer gestos de indignación, de enfado. Los demás lo observan con atención.

—Vamos, Munir, no perdamos más tiempo.

Pero el chófer gordo insiste. Básicamente, lo que dice es que son las reglas, que me tengo que ir con él. Noto que los tanques han dejado de disparar.

Ahora Munir es el que actúa. Levanta los brazos en el aire, dice que no con la cabeza. Aunque sus palabras me resultan incomprensibles, deduzco que está respondiendo a los argumentos del otro taxista. Durante un instante, rodeado de toda esta pantomima, de este teatro del absurdo, me pregunto qué hago aquí.

—Tengo prisa, han dejado de disparar para que pase. Te pago el viaje igual, no tengo problema —le digo al taxista gordo.

El hombre no me hace caso. Le doy el dinero. Pero él lo coge y lo tira al suelo. Es una cuestión de principios: lleva desde las siete de la mañana esperando y tiene derecho a irse. Soy la única persona que ha cruzado Erez hoy. Para mí se trata de algo mucho más importante aún, la posibilidad de encontrar cierta seguridad dentro de este caos. La certidumbre, quizás un poco absurda, de que Munir me va a sacar de aquí.

Los otros conductores se suman a la discusión. Se han formado dos bandos. El tiempo corre. Esto es lo más absurdo que me ha pasado en mucho tiempo. Bueno, todo es absurdo: Erez, Sammy, la guerra, el taxista, los tanques, los niños que no pueden operarse. Entro en el taxi y me acomodo en el asiento trasero.

Munir sigue discutiendo. Miro la hora en el reloj. Al final viene, coge los cables de debajo del volante y los junta, pero el coche no arranca. Lo vuelve a intentar. Una, dos, tres veces, hasta que ruge el motor de su vieja limusina Mercedes Benz.

Del lado palestino no ha quedado nadie. Los soldados se han ido, lo que interpreto como otra mala señal.

—Vamos despacio, Hernán —me dice—. No hagas fotos ni te muevas de forma que pueda parecer extraña.

Recorremos la carretera Saladino a unos veinte kilómetros por hora. Veo los tanques Merkava en medio del asfalto. Enormes, imponentes, dos veces más altos que nuestro coche.

Pasamos a pocos metros de ellos, lentamente, conteniendo la respiración. Me pregunto si quienes los conducen no serán los jóvenes que vi salir del cuartel. A lo lejos atisbo seis carros de combate más desperdigados entre diversos edificios.

No hay intercambio de disparos. Llegamos al lugar en el que la carretera comienza a descender hacia Gaza. Me doy la vuelta. Ya estamos fuera del punto de mira de los tanques.

Los milicianos, que estaban parapetados tras los montículos de tierra, nos detienen. Sin perder un instante me saco la credencial de prensa israelí del cuello. Me asomo por la ventanilla y les digo:

—*Ana sahafi*, España.

---

1 Middle East Policy Council: «Number of Palestinians and Israelies Killed Each Year Since 9/29/00», Resources 2006, <http://www.mepc.org/resources_counts/CS2006.asp>.

10

Atrapados en Gaza

Las radios dan una noticia esperanzadora, que tal vez podría significar el comienzo del fin del implacable sitio que sufre Gaza. Las autoridades israelíes han anunciado que es muy probable que mañana den permiso para que se reabra el puesto fronterizo de Rafá.

Tras 47 días de cautiverio en esta «jaula» —como el coordinador de ayuda humanitaria de Naciones Unidas, Jan Egeland,[1] definió Gaza tras su segunda visita en menos de un mes—, las más de 15.000 personas que se encuentran varadas aquí en contra de su voluntad quizá logren salir. Muchas vinieron por cuestiones de negocios, o para reencontrarse con parientes y amigos, y aguardan deseosas que se les permita volver a sus trabajos, a sus estudios, a sus casas, para retomar sus vidas donde las dejaron. En las listas de espera de quienes necesitan imperiosamente abandonar este lugar se encuentran también cientos de pacientes que requieren tratamiento médico urgente.

Al día siguiente del secuestro del soldado Gilad Shalit, el 25 de junio, Israel decidió cerrar Gaza, incluyendo la frontera sur, que es la única que pueden emplear los palestinos para salir al extranjero. En teoría, después de la partida de los colonos, este paso internacional quedaba bajo el control de la Autoridad Nacional Palestina, que debía gestionarlo con la ayuda de la Unión Europea.

Kayed me recoge al alba. La carretera Saladino, que habitualmente suele tener poco tráfico, hoy está plagada de vehículos que avanzan hacia el sur, como en una suerte de alocada carrera, eludiendo los baches, los montículos de tierra colocados por los milicianos, los carros tirados por burros, los puentes destruidos. Taxis, coches particulares, camionetas con el techo y el maletero atiborrados de valijas, de cajas, con personas que se asoman por las ventanas, sintiendo el roce del viento en la cara, soñando con la libertad que hace tiempo perdieron y que hoy esperan recuperar.

El periplo termina cuando el número de vehículos es tal que resulta imposible seguir adelante, y uno tras otro se van deteniendo a

lo largo de la ruta. Entonces la gente se baja, coge las maletas y camina rumbo al puesto fronterizo.

A esta distancia, bajo los primeros resplandores del sol, se percibe un ambiente optimista. Niños que alquilan carros para llevar el equipaje, que venden zumos, policías que hacen gestos con sus porras para tratar de encauzar el torrente humano que a cada paso se va haciendo más compacto.

El entusiasmo inicial se tambalea al divisar el caos que impera alrededor de la valla que los palestinos tienen que superar para acceder al puesto fronterizo que comunica Gaza con Egipto. Emergen a la superficie los miedos, las vacilaciones que hasta ahora nadie se atrevía a mencionar.

Cuesta trabajo avanzar. La calle está repleta de gente. Con los niños en brazos, rodeados de bártulos, parecen refugiados que huyen de una guerra. Y en cierta medida así es. No sólo quieren volver a los países en los que viven, también ansían escapar de esta locura.

Cuando logramos alcanzar la valla, la credencial de prensa consigue que los soldados nos dejen pasar. Del otro lado, hay un largo corredor a cielo abierto y, al fondo, la terminal internacional de Rafá, un edificio de varias plantas, rodeado de palmeras. En el aparcamiento, una veintena de ambulancias de la Media Luna Roja esperan a que les den la autorización para partir. Transportan personas vendadas, en camillas.

Nos acercamos a un hombre mayor, que tiene la cara y los brazos hinchados. De la nariz le sale un largo tubo, que le han fijado con cinta adhesiva, y que termina en una bombona de oxígeno. Su nombre es Rajdi Azur, tiene 77 años y sufre cáncer de estómago. Respira con dificultad y se agarra con fuerza de la puerta entreabierta del vehículo. «Le han puesto treinta y seis bolsas de sangre. Tenía turno para operarse de emergencia hace una semana en El Cairo —explica su mujer—. Rezo a Dios para que hoy lo podamos lograr.»

En la misma camioneta, pero recostado sobre una camilla, se encuentra un muchacho de 17 años, Mohamed Huwar, al que un misil hirió en la incursión israelí en el campo de al-Magazi. «La metralla lo alcanzó en el brazo, en la pierna y en los genitales. Los médicos nos dijeron que si no lo operan pronto tendrán que amputarle la mano», comenta Rajib, su padre. El joven sonríe y posa para que lo retrate con la cámara. Con el brazo sano coge la bandera palestina que lleva a un

costado y se la coloca sobre el pecho.

Ziad al-Dayem, el conductor de la ambulancia, agrega señalando al anciano: «Este hombre no puede estar aquí, con este calor, tendría que estar en la Unidad de Cuidados Intensivos. Esto es inhumano, hace horas que esperamos.»

En el hospital Shifa hay 36 pacientes que deben ser trasladados urgentemente a Egipto. Para no perder tiempo, pues no saben a qué hora se volverá a cerrar la frontera, llevan a dos por ambulancia. Si todo sale bien y les dan luz verde, serán los primeros en abandonar Gaza.

El paso fronterizo de Rafá opera según lo establecido en el acuerdo firmado el 15 de noviembre de 2005 entre la Autoridad Nacional Palestina y el Gobierno de Israel. Ariel Sharón impuso la condición de que sean los hombres de Mahmud Abbás los que controlen el lado palestino de la frontera y vetó de manera expresa cualquier participación de Hamás.

De este documento emana asimismo el mandato por el que una misión de la Unión Europea se hace responsable de seguir, verificar y evaluar la actuación de los palestinos.[2] Hasta el comienzo de la operación Lluvia de Verano su funcionamiento había sido correcto. Más de mil viajeros pasaban a diario en ambas direcciones. Pero tampoco la circulación de personas es libre. Cientos de miles de habitantes de Gaza están atrapados a perpetuidad. El Gobierno israelí conserva la competencia sobre la expedición de los documentos de identidad, otra de las concesiones que hizo Yasir Arafat durante los acuerdos de Oslo.

Las ambulancias empiezan a circular hacia Egipto, pero resulta preocupante que la valla, detrás de la cual se encuentra la multitud que espera salir, aún no se haya abierto. Se escuchan detonaciones de fusil a lo lejos.

Kayed habla por teléfono con su cuñado, Ismaíl, que está en Rafá, aguardando junto a su mujer y sus hijos. Vive en Abu Dabi y es ingeniero. Se suponía que debía volver a su trabajo hace dos semanas. Vinieron a la frontera ayer por la noche, apenas se dio la noticia en la radio. Querían ser los primeros en hacer cola, pero no pocas personas se les habían adelantado.

Un grupo de oficiales palestinos abandona el edificio. Minutos

después comienza a correr la noticia: el paso se ha cerrado. María Tellería, responsable de prensa de la misión de observación de la Unión Europea, nos recibe en la primera planta. Es una mujer rubia, alta. Al igual que sus compañeros, lleva un aparatoso chaleco antibalas de color azul.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto.

—Los israelíes acaban de llamar para decirnos que la gente no puede pasar —nos explica—. Temen que haya un atentado suicida por lo que sucedió en Londres esta mañana.

—No entiendo qué tiene que ver. Allí fuera la mayoría son mujeres, niños y personas enfermas —le digo.

—Nosotros tampoco, pero la palabra final la tiene el ejército israelí. Ellos mandan. Según nuestros criterios, el paso podría haberse abierto a los tres o cuatro días del secuestro del soldado Shalit. Toda esta demora nos parece injustificada.

—¿Y no hay nada que pueda hacer la Unión Europea?

—Bruselas está trabajando a todos los niveles. Tanto Marc Otte, que es el representante en Oriente Próximo, como Javier Solana.

Otro español, Ricardo, nos interrumpe. Han recibido orden de dejar el puesto fronterizo por razones de seguridad.

—Lo siento mucho, debemos regresar a Israel —nos dice—. Tened cuidado al salir, la situación está complicada.

Acto seguido se van en coches blindados con el emblema de la Unión Europea. Dan la impresión de ser los primeros en subirse a los botes salvavidas mientras el barco naufraga en las sórdidas arenas de este desierto.

No nos resulta fácil cruzar la valla en el sentido inverso. Hay tanta gente —con sus maletas en la mano, con sus hijos en brazos— que se apretuja esperando abandonar Gaza, que los guardias de la Autoridad Nacional Palestina tienen que abrirse paso a empujones.

La noticia aún no ha llegado a esta otra orilla de la realidad y la multitud continúa expectante, hacinada, en medio de la interminable hilera de vehículos. Cada persona tiene una historia desgarradora, cargada de frustración e impotencia: hombres que han sido despedidos del trabajo por no regresar a tiempo; jóvenes que no han podido asistir a los exámenes en la universidad. Tiempo, dinero, ilusiones,

proyectos perdidos, arruinados, que difícilmente podrán recuperar.

«Soy ciudadana sueca de origen palestino —nos dice una mujer desde la ventana de uno de los autobuses al tiempo que sacude su pasaporte en el aire—. Tengo cuatro hijos, uno discapacitado, y estoy aquí desde las cinco de la mañana. Necesito volver a mi país.»

Observo el interior del autobús. Si el calor resulta insoportable fuera, dentro es mucho peor. Esos pasillos plagados de rostros sudados, de miradas perdidas, resuenan a trenes, a vagones, a destinos colectivos prisioneros de un poder sordo e inclemente.

Amira Hass afirma en su libro *Drinking the Sea at Gaza* que los palestinos son gente de una paciencia infinita. Nada tienen que ver con las imágenes de rabia y odio que se muestran en televisión, que son consecuencia de momentos puntuales y que sirven para presentarlos como un pueblo naturalmente irascible y violento. Doy fe de ello. Como occidental, tan poco proclive a aceptar que me hagan perder tiempo, no sé qué haría en su situación. Tu vida detenida por culpa de un suceso que nada tiene que ver contigo. Sin hablar, por supuesto, del dinero perdido en cada taxi, en cada desplazamiento, en los innumerables cambios de fecha de esos vuelos que tanto anhelan poder tomar en El Cairo para regresar a sus países.

Estamos sentados con Kayed y sus familiares en la terraza de uno de los restaurantes de la carretera Saladino, tomando algo antes de volver a la ciudad de Gaza, cuando vemos a una mujer que viene caminando de la puerta de acceso al puesto fronterizo.

Un hombre, seguramente su marido, le pregunta: «¿Qué tal las vacaciones en Egipto? ¿Me has traído algún regalo?» A pesar del calor, del cansancio, de la frustración, ambos se ríen.

Por la noche recibo una llamada de Kayed. La radio anuncia que quizá mañana se abra finalmente Rafá. Cuando llegamos hay aún más gente que el día anterior. Miles y miles de personas que aguardan entre pilas de maletas. Es otra jornada de insoportable bochorno y con el aire cargado de polvo en las proximidades del Sinaí.

Miro a las mujeres, los niños, los ancianos. Muchos han pasado la noche aquí, a la intemperie, para no perder el lugar. Me pregunto por qué les hacen esto. El portavoz del ejército israelí dice que es una cuestión de «seguridad». La otra palabra crucial en esta narración.

Deformada y manipulada hasta el paroxismo, hasta convertirla en una caricatura de sí misma. En cuyo nombre se aprueba el derribo de casas, se construye el muro, se arrancan los árboles, se destruyen los cultivos, no se deja a los pescadores hacerse a la mar, se cierra constantemente el paso de víveres y combustible a través de Qarni. Todas esas acciones que no generan más que desesperación, rabia y deseos de venganza. En definitiva: inseguridad.

Una vez más, desde aquí, junto a estas familias que hoy, día 12 de agosto, cumplen 48 jornadas de confinamiento en Gaza, la conducta del Tsahal se antoja caprichosa y cruel. Parece otra herramienta de desgaste psicológico. Se les dice que vengan, que van a poder regresar a sus países. Sin embargo, se les hace esperar en vano. Cambian los planes de manera repentina. Cualquier excusa parece buena. Ayer detienen a un hombre con explosivos líquidos en el aeropuerto de Londres, a miles de kilómetros de distancia, y eso sirve para decir: «Lo sentimos, no hay seguridad, deben seguir esperando.»

Los observadores de la Unión Europea no saben cómo reaccionar. Se limitan a seguir las directrices de los comandantes hebreos. Afirman que su mandato no les permite actuar de otra manera. Afortunadamente, esta mañana han pasado 800 personas. Ahora la valla está cerrada. Corren rumores de que el paso de Rafá podría haberse clausurado una vez más.

Entre el gentío se encuentra un niño de 13 años, que permanece inmóvil en el suelo, pálido, sin poder moverse, con los brazos abiertos. Se llama Mohamed Mushtaha.

—Llevamos tres días aquí —me dice su tío, que vino a acompañarlo—. Esta mañana se empezó a sentir mal. No sabemos qué le pasa.

—¿Por qué no lo lleva de regreso?

—Si no vuelve a Egipto en cuarenta y ocho horas perderá el permiso de residencia. ¿Dónde va a vivir? ¿Qué va a hacer?

Es preocupante la situación de Mohamed. Si su estado empeora, tardará mucho tiempo en recibir atención médica. Su madre partió hace una hora en busca de algo de beber. Aún no ha regresado.

—Ni siquiera van a llevar las maletas —añade su tío—. Lo importante es que se vayan hoy de Gaza.

Al mediodía, la gente no aguanta más y comienza a pasar por

encima de las alambradas. Los hombres saltan al otro lado y se arrojan el equipaje. Después cruzan las mujeres y los niños. Los guardias de la Autoridad Nacional Palestina se ven tan superados que realizan disparos al cielo y dan golpes con sus bastones de madera. Pero no hay forma de detener a esta marea humana.

Dos adultos se enzarzan en una pelea a puñetazos. Intentan separarlos. Un tercero saca una pistola, se dirige hacia la valla dando gritos. Otros lo detienen. Más allá de todo esto el éxodo continúa, de manera descontrolada. Me conmueve la expresión de horror en el rostro de los niños en el momento en que los toman de los brazos y los levantan por el aire. Los que ya están del otro lado lloran desconsoladamente.

Nuevos disparos, peleas. En cualquier momento puede producirse una desgracia. Para empeorar aún más la situación, aparece en la distancia un helicóptero Apache.

Logro hablar por teléfono con María Tellería. Si ayer la notaba contenida, razonable, hoy la percibo enfadada. Me dice que las autoridades militares hebreas les han ordenado abandonar el puesto aduanero por razones de seguridad.

—Aquí hay cientos de personas que han cruzado la valla y que van a la terminal —le digo mientras observo a las familias que caminan por el desierto, arrastrando las maletas hacia el edificio blanco cuyo funcionamiento debe supervisar la Unión Europea.

—Sí, lo sabemos, vamos a hablar con los mandos israelíes para ver qué se puede hacer.

Al terminar la jornada, fue tal el número de palestinos que se habían colado a través de la alambrada, que las autoridades fronterizas no tuvieron más opción que dejarlos pasar rumbo a Egipto. Unos dos mil consiguieron liberarse de la trampa de Gaza. Israel ha dicho que el puesto no se volverá a abrir en los próximos días.

Entre los que salieron se encuentran el cuñado y el sobrino de Kayed. Lo dejaron todo menos el pasaporte y el dinero. Su hermana y su sobrina ni siquiera lo intentaron. Por la noche Kayed se pone en contacto conmigo: «Hablé con mi cuñado, ya han llegado a El Cairo. Me dijo que la enfermería del lado egipcio está llena de gente herida, contusionada. Me dijo que nunca había visto llorar a tantos niños.»

Me doy una ducha inevitablemente gélida. Aún me acompaña el recuerdo de los niños que esta tarde eran alzados por encima de la valla en Rafá. Sus caras de miedo.

Suena el teléfono. Me digo que debe de ser Kayed, pero la llamada es de Madrid. «Acaban de secuestrar a dos periodistas de la Fox —me dice un compañero del periódico—. Estaban alojados en el hotel Beach. ¿Tienes alguna información?» Recorro las dos manzanas que separan mi casa del hotel. Como quedamos pocos periodistas en Gaza, los conozco. La última vez que los vi fue en una marcha de Hamás frente al Parlamento. Estaban a un lado con su camioneta 4x4 negra, cámara y micrófono en mano. Steve Centanni, de mediana edad, no muy grande de estatura, narraba la información con aspecto serio, mientras Olaf Wiig, delgado, alto, de cabello rubio, lo grababa.

En la terraza del hotel Beach está Anita McNaught, periodista y mujer de Olaf Wiig, que acaba de llegar de Jerusalén con Eli Fastman, director de la cadena en Israel, y Jennifer Griffin, reconocida corresponsal del medio en Oriente Próximo.

El secuestro se produjo esta tarde, cuando cuatro hombres armados los interceptaron con un coche en el bulevar Omar el-Muktar y se subieron a la camioneta.

Los antecedentes son alentadores. Todos los extranjeros retenidos contra su voluntad en Gaza fueron liberados ilesos y al cabo de uno o dos días. Los autores de estos actos suelen ser grupos armados que exigen trabajos o compensaciones económicas a la Autoridad Nacional Palestina.

Uno de los mayores problemas coyunturales que debe afrontar la sociedad palestina es el exceso de armas. Por la calle se ven hombres que llevan pistolas o fusiles como si fuera algo natural. Pertenecen a las diversas fuerzas gubernamentales, a facciones armadas de agrupaciones políticas o a clanes familiares (o a estas tres categorías al mismo tiempo). El último gran enfrentamiento entre familias, llamadas *hamula*, tuvo lugar en Beit Hanún, entre los Masri y los Kafarna. Empezó con un incidente de poca trascendencia, una pelea callejera, y terminó con varios muertos, hasta que los patriarcas se sentaron a negociar.

Existe una suerte de sentimiento colectivo de estar librando una lucha heroica. A pesar de la indiferencia de los corruptos líderes árabes, de la actitud maniquea y cobarde de la Unión Europea, del

apoyo incondicional de la primera potencia mundial a Israel, que la ampara así viole los derechos humanos, los palestinos sienten que resisten unidos, que luchan por su independencia. «Nosotros, el pueblo palestino, contra el mundo.»

Seguramente por eso hay padres que visten a sus hijos de milicianos, y tantos niños que juegan en las aceras con réplicas de armas hechas de plástico o madera. Quizás esto explique por qué en Gaza las fotos de los mártires superan en cantidad a la publicidad de productos comerciales y servicios. En los escaparates de las tiendas, en las ventanillas de los coches, en los postes de las calles, se suceden los retratos de quienes murieron a manos de Israel. Son carteles de una estética kitsch, recargada, que recuerdan constantemente que la muerte está presente, que ronda por encima de nuestras cabezas.

Como fondo de la foto borrosa del hombre, la mujer o el niño fallecido se ve la cúpula de la Roca, que está en Jerusalén. En primer plano, frases grandilocuentes en árabe, extractos del Corán, alaban el sacrificio de los *yahid*. Aunque muchos fueron víctimas inocentes, se les agregan con Photoshop fusiles M-16 (no AK-47) para dar así la sensación de que han muerto luchando. Cada uno de estos mensajes tiene en una esquina el logo de la facción armada que lo imprimió y a la que supuestamente pertenecía el desaparecido. Hay una velada competencia por ver qué grupo es el que más mártires entregó a la causa, porque resulta una prueba inequívoca de su compromiso en la gesta contra la ocupación.

En una entrevista de varias horas que mantuve con Abu Obaida, portavoz del brazo armado de Hamás, le pregunté por esta iconografía tan perturbadora. Fotos, por todas partes, de fallecidos. «En vuestros países ponéis estatuas de quienes lucharon por vuestra independencia. Aquí tenemos tantos muertos que no habría lugar para estatuas. Los recordamos de esta manera, es una forma de honrar su sacrificio.»

En estos carteles que tanto hablan de la visión de la realidad que tienen algunos palestinos, las referencias religiosas constituyen también un elemento notable. Se pierde la vida por la patria, pero asimismo subyace la promesa de la recompensa divina, el paraíso, como augura la tradición islámica a los mártires. La religión, que sin lugar a dudas en muchos momentos actúa como bálsamo ante la desesperación, asimismo es empleada como elemento para inducir a la violencia. Se trata de un fenómeno perturbador, sobre todo por la

influencia que tiene en los niños. En una encuesta realizada en el año 2004, el 35% de los menores declararon que querían ser *yahid*.[3]

Todo este sentimiento de pugna heroica y popular es una ilusión. Puede resultar efectiva para superar el dolor, para conciliar la rabia ante la opresión, pero los palestinos nunca podrán presentar batalla en el campo militar. Hamás no es Hezbolá. No tiene sus armas ni su capacidad estratégica. Ni entre la población prima una cohesión como la que hay entre los chiíes en el Líbano (hubo en los años noventa un período de enfrentamientos entre Hezbolá y Amal, pero la unión terminó por imponerse).

Los chiíes conforman una minoría, en numerosas ocasiones perseguida, dentro del islam. Han fogueado a lo largo de las centurias su capacidad de resistencia. Los palestinos son suníes. No tienen ese mandato de sacrificio en los genes, por más que muchos grupos armados intenten hacerse a imagen y semejanza de la guerrilla de Hasán Nasralá, después de que ésta expulsara en el año 2000 al ejército israelí del sur del Líbano tras décadas de ocupación.

Del mismo modo, el fervor religioso, cuando es empleado para fomentar la muerte, se convierte en un elemento nefasto de esta sociedad, que la corrompe hasta las entrañas.

La lucha de los palestinos debería ceñirse al plano jurídico y moral. El derecho que defienden a tener su propio Estado es legítimo. La legislación internacional está de su parte, y ha señalado cuál es el territorio en el que deben vivir, aunque el mundo haya mostrado hasta el momento poca voluntad de aplicarla, e Israel lleve desde 1967 perpetuando la ocupación.

---

1 «Millones en ayuda para Gaza», *BBC Mundo* (1-9-2006).

2 Acción Común 2005/889/PESC del Consejo, de 12 de diciembre de 2005, por la cual se establece una misión de asistencia fronteriza de la Unión Europea para el paso fronterizo de Rafá. Para más información sobre las funciones de la misión de la UE en Rafá véase <http://eur lex.europa.eu/LexUriServ/LexUriServ.do?uri=CELEX:32005E0889: ES:NOT>.

3 Julio de la Guardia: «Niños de Gaza aspiran a ser "shaid"», *BBC Mundo* (19-3-2004).

11

Historia de un túnel

Los periodistas de la Fox siguen desaparecidos. Como nadie se atribuía el secuestro, hace unos días circulaba en Gaza el rumor de que Steve Centanni y Olaf Wiig estaban siendo utilizados como escudos humanos para evitar que la aviación israelí bombardeara las casas de dirigentes de facciones armadas.

Hoy ha aparecido un vídeo en el que se ve a estos dos hombres. Sus captores, miembros de la organización Las Brigadas de la Sagrada Yihad, de la que aquí nadie había escuchado hablar, exigen en 72 horas la liberación de los musulmanes que están en cárceles de Estados Unidos.

Aconsejado por Kayed, he reducido las salidas nocturnas. La reclusión se vuelve por momentos tediosa. Añoro las cenas en el hotel Beach, los sándwiches de *falafel* en el restaurante de Ahmed, el fugaz paso por la pensión de Amani, rodeado de compañeros de profesión.

Pero el Tsahal se encarga de mantenerme entretenido. A los F-16, a los *drones* y al fuego de la artillería, se ha sumado la incesante actividad de los buques de guerra hebreos. Un espectáculo de luces y sonido que tiene como escenario el puerto y sus inmediaciones.

Ante la desesperación de llevar cincuenta días fuera del agua, los pescadores palestinos han decidido volver a faenar. Aprovechan la oscuridad para adentrarse en el mar. El número es demasiado elevado por lo que, al menos en un principio, logran superar el cerco de las patrulleras. Sin embargo, éstas después los persiguen, en una suerte de cacería, y los obligan a volver.

En ocasiones se sitúan junto a los botes palestinos y los iluminan con sus reflectores hasta que éstos levan el ancla. En otras, los embisten sin mediar amenaza alguna, o apuntan con las ametralladoras y disparan a pocos metros de donde están anclados.

He tratado de imaginar la sensación de los pescadores, a bordo de sus vetustos botes de madera, en el instante en que ven a la patrullera

acercarse y encender los reflectores sobre ellos. El cruce de miradas, los insultos, el velado desafío en la lucha por la supervivencia. «No aguantamos más, tenemos que dar de comer a nuestras familias. No nos importa si nos matan, no podemos seguir así —dice Rajab al-Hesi —. Tengo ochenta y tres años, llevo pescando en Gaza desde niño y resulta que no puedo hacerlo más, que me tengo que quedar aquí todo el día, porque si salgo con el barco los judíos me disparan. Estamos en la mejor temporada para la sardina, que es el trigo para nosotros.»

Rajab pertenece a una estirpe de pescadores que trabaja en la región desde tiempos del Imperio otomano. Recuerda que, antes de la creación del Estado de Israel, podían pescar tanto por el norte como por el sur, desde el Líbano hasta Egipto. Ahora cuentan apenas con los 40 kilómetros de costa de la franja, lo cual resulta insuficiente para las 35.000 personas que aquí viven del mar.[1]

«Tenemos más pescadores que Israel y el Líbano juntos, pero nos dejan este pequeño trozo de mar que ni siquiera podemos usar. Encima se aprovechan y nos venden su gasolina, que cuesta seis shequels el litro, cuando si la trajéramos nosotros mismos de Egipto nos costaría apenas un shequel. ¿Cómo quieren que podamos vivir? —pregunta, y coge una radio que tiene a su lado—. Ni siquiera consigo comprar pilas para poder escucharla.»

Por las calles del puerto coincido con Mohamed al-Hesi. Sobrino de Rajab, de 44 años, preside la asociación local de pescadores.

«El acuerdo de Olso establecía veinte millas marinas para los barcos palestinos. Sin embargo, nunca nos han dejado pasar de las seis millas, y eso es muy malo para nosotros porque nos obliga a echar las redes en la zona en que crecen los peces más jóvenes —explica—. Si no hemos muerto de hambre aún es gracias a la UNRWA, que nos da cajas con alimentos.»

El sol comienza a colarse por las espaldas del horizonte. Camino entre pescadores que arreglan sus redes, que juegan a las cartas, que se tumban al lado de sus embarcaciones. Las aguas de los puertos están sumamente contaminadas. Al encontrarse limitadas, aisladas del constante movimiento del resto del mar, tienen pocas oportunidades de renovarse. Por otra parte, los barcos suelen verter grandes cantidades de aceite y combustible cuando limpian sus motores.

A pesar de todo, descubro a numerosos hombres en el agua, que caminan lentamente moviendo sus redes en busca de peces. Un joven

pasa a mi lado con varios pescados en la mano. Le pido que me los muestre. Son mújoles, una especie que se alimenta de los desperdicios que se acumulan en el lecho de los puertos.

Rafá es la localidad más golpeada por el Tsahal. Seguramente por su vecindad con Israel, pero también porque fue de esta zona de donde partió el comando de los Comités Populares de la Resistencia que secuestró a Gilad Shalit.

Recorremos sus calles arenosas. Tenemos que hacer tiempo. A las diez de la noche nos espera una persona que conoce como pocas la vida que late bajo el subsuelo de la frontera. Nos acercamos a la barriada de Brasil. La acción de los F-16 y de las excavadoras ha hecho desaparecer manzanas enteras de casas. Sobre todo en la última línea de edificación, que enfrenta el muro que separa a Gaza de Egipto a través del corredor Filadelfi.

Durante la ocupación, se produjo aquí el mayor número de muertes. En la frontera había torres de vigilancia. Los soldados apostados en ellas disparaban a todo el que resultara sospechoso.

En estas calles, el 2 de mayo de 2003, murió el periodista británico James Miller de un certero tiro en la nuca. Había venido para filmar un documental sobre la situación de los niños. Era de noche. Su compañera, Saira Shah, gritaba: «Somos periodistas británicos.» Llevaban una bandera blanca para evitar que los confundieran con milicianos. Sin embargo, el soldado israelí situado en la torre de control volvió a disparar. Tenía 35 años y dos hijos pequeños: Alexander y Charlotte.[2]

James Miller había trabajado en Kosovo, Chechenia, Corea, Argelia, Sierra Leona, Sudán y Afganistán. Contaba entre sus galardones con un premio Emmy como director, y un Peabody Award (el Pulitzer del periodismo televisivo). Fue autor del documental *Debajo del velo*, que mostraba la forma brutal en que los talibanes tratan a las mujeres. Este trabajo conmocionó al mundo al mostrar la brutalidad del fanático régimen que gobernaba Afganistán.

El reportaje que estaba filmando cuando perdió la vida se llamó *Muerte en Gaza*, y muestra el instante en que recibió el impacto de la bala. Lo primero que el ejército israelí argumentó fue que James Miller murió como consecuencia del fuego cruzado. Las imágenes muestran que en aquel momento, cuando el francotirador israelí, teniente Haib, lo alcanzó con un certero disparo desde doscientos

metros de distancia, no había intercambio alguno de fuego. Las declaraciones de todos los testigos sostienen esta afirmación.

El 2 de mayo de 2006, tres años después de la muerte de Miller, el Tsahal dio por cerrada la investigación manifestando que no había pruebas concluyentes. Sin embargo, según las pesquisas del perito independiente, y experto en armas, Chris Cobb-Smith, resulta imposible que un disparo tan preciso fuera consecuencia de un mero accidente.

El teniente Haib, miembro del Batallón Beduino de Reconocimiento, no sólo no fue condenado, sino que ni siquiera recibió amonestación o castigo alguno dentro del ejército. Así lo había solicitado uno de los fiscales generales de Israel, pero el brigadier Guy Tsur se negó públicamente a sancionar a su hombre.

«Seguiremos luchando contra la cultura de la impunidad —afirmó en una de sus últimas declaraciones públicas Sophie Miller, la viuda de James—. Esperamos que la condena a la persona responsable consiga que los soldados israelíes se lo piensen dos veces antes de disparar a civiles inocentes.»[3]

En las ruinas de la barriada de Brasil nos cruzamos con tres niños que buscan trozos de metal entre los escombros: Hasán, Ibrahim y Jalid. Tienen nueve, diez y siete años de edad. Se levantan al alba y, con una carretilla oxidada y sin ruedas, que arrastran con esfuerzo, se dirigen hacia las viviendas destruidas por los cazabombarderos F-16, arriesgándose muchas veces a encontrar armamento sin detonar, a padecer nuevos ataques de la aviación enemiga.

En un buen día pueden ganar cinco shequels cada uno. «Mi padre está en paro y somos nueve hermanos», nos dice Hasán, que tiene las manos renegridas por el contacto con los metales. No tardan en acercarse otros niños del barrio. Todos se dedican a lo mismo. Viven de los despojos de la barbarie. Uno de ellos, bastante mayor que el resto, y que también se llama Jalid, fue alcanzado por la munición de un carro de combate israelí hace cuatro años. Tiene la cabeza rapada, la piel del rostro quemada en la frente y una pierna ortopédica que lo hace avanzar de manera vacilante, tambaleándose, entre los restos de las casas.

Jalid coge el marco de la pantalla de una televisión que encuentra en el suelo y se lo pone frente al rostro. Sonríe para que lo retrate. Es

un símbolo de esta Gaza maltrecha, mutilada, que sigue adelante a pesar de todo.

Muchas veces me he formulado la misma pregunta: ¿qué clase de heridas psicológicas padecen estos niños por todo lo que han visto y sufrido? ¿Qué efectos tienen en ellos el rugido de las bombas que caen por la noche, los cuerpos de los muertos que son llevados al cementerio al día siguiente, la gente que va armada por la calle, el bloqueo económico, el hambre, los edificios destruidos, los retratos de los mártires asesinados por el ejército de Israel?

En el tiempo que llevo en Gaza he visto dos clases de reacciones. La primera es de miedo paralizante, traumático, que hace que los niños no salgan a la calle, que no se quieran despegar un instante de la compañía de sus padres.

Hablando un día sobre las armas de juguete, tan habituales en Gaza, Kayed me contó que, cuando su hijo mayor comenzó a ir a la escuela el año pasado, lo primero que le pidió fue que le comprara una ametralladora de plástico que había visto en una tienda del barrio. Hasta ese momento vivía en su casa en Yabalia y no se aventuraba fuera de ella más que para encontrarse con sus vecinos. Pero ahora se veía obligado a recorrer varias manzanas cada mañana para poder asistir a clase.

«¿No prefieres que te compre un coche de carreras o unas paletas para jugar con tus amigos? Las armas no me gustan, aunque sean de juguete», me cuenta Kayed que le dijo a su hijo, que tiene cinco años de edad. «No, papá, necesito una ametralladora. Y si aparece un tanque en la calle, ¿qué hago?»

Pero también he visto otra clase de reacción, que me ha causado una honda perplejidad. Una respuesta irreverente, desaforada, ante la violencia. Sucedió durante las primeras semanas de mi estancia en Gaza. Avanzo con un periodista por las callejuelas de Beit Hanún. Lo sigo porque le han indicado un lugar seguro desde el cual sacar fotos de los tanques que han entrado en el pueblo. Se escuchan brutales estruendos, vemos gente que corre en dirección contraria a la nuestra.

Nos protegemos tras un bloque de hormigón. Estamos en una calle perpendicular a donde se encuentran los tanques. Sus disparos no nos pueden alcanzar. Aunque sí me preocupan los helicópteros Apache, que se mueven con gran agilidad en esta clase de escenario.

En la otra esquina hay dos milicianos encapuchados, que se asoman esporádicamente y disparan a los tanques con sus AK-47. Acto seguido, éstos responden furiosos. En unos segundos nos vemos rodeados de niños pequeños que miran nuestras cámaras, se ríen, hacen muecas, gestos divertidos, como si posaran.

El periodista al que he seguido hasta aquí les grita en árabe que se vayan. Pero los niños no le hacen caso. Entonces baja la cámara y me hace un gesto para que lo imite. «Estos niños están locos, los van a matar por nuestra culpa», me dice.

Al ver que siguen a nuestro lado, de pie en medio de la calle, el fotógrafo pide a los milicianos que les digan a los pequeños que se vayan. Uno de los dos, entrado en carnes, con los pantalones que no le cierran del todo, se saca la capucha y se dirige gritando a los niños. No entiendo lo que dice, pero es evidente que los está echando.

Atónitos, observamos cómo los niños ahora cruzan la calle de una esquina a otra, desafiando a los tanques, haciéndoles gestos con las manos, alterados, fuera de sí, como si todo fuera un juego, como si una fuerza ingobernable tirase de ellos, en medio del ruido y los disparos. No lo entiendo. Cojo mi cámara y me voy.

El doctor Fadel Abu Hin forma parte del equipo del Gaza Community Mental Health Programme, la institución palestina de referencia en trastornos psíquicos. Suele dar consejos en la radio a los padres sobre cómo ayudar a sus hijos en situaciones tan difíciles como la que padece Gaza.

—El ser humano está acostumbrado a ver a alguien herido, enfermo, pero no a alguien destrozado por un misil. El oído humano está acostumbrado a voces, a gritos, pero no a las bombas —afirma—. También está acostumbrado al dolor, pero no a este padecimiento del que no hay escapatoria.

—¿Cómo afecta lo que hoy ocurre en Gaza a los niños? —le pregunto.

—No quieren salir a la calle porque saben que les puede suceder algo terrible. Han aumentado las peleas en las familias, así como el número de menores que tienen pesadillas, que se levantan gritando durante las noches, que duermen con sus padres, que se chupan el dedo, que se hacen pis en la cama, que sufren ataques de pánico.

Aún no se han realizado estudios sobre los efectos de la operación

Lluvia de Verano, pero el doctor Fadel Abu Hin me adelanta que ha visto un significativo aumento de casos de estrés postraumático (que afecta, por ejemplo, al 70% de los niños iraquíes). Sí tiene datos precisos desde el comienzo de la Segunda Intifada. Los recita de memoria:

—El setenta por ciento de los niños no se puede concentrar; el noventa y seis por ciento tiene miedo a la oscuridad; el treinta y cinco por ciento se aísla, no se integra; el cuarenta y cinco por ciento sufre niveles altos de ansiedad y estrés. La cuestión de fondo en una operación como ésta, de castigo colectivo, es que afecta a todos los miembros de la sociedad. No hay donde esconderse. Y los padres se encuentran atrapados en la misma situación que sus hijos por lo que les resulta difícil ayudarlos. Están más irascibles, tienen menos paciencia. Normalmente, cuando el niño tiene un problema acude a su padre. Pero como los padres no los pueden ayudar, se encuentran solos.

Anochece en Rafá. Hablamos por teléfono con Jalid Kishta,[4] que nos indica cómo llegar al lugar por el que me pasará a buscar. A Kayed le digo que me espere. Por su seguridad, prefiero que no tenga nada que ver con esto. Lo que le pido es que tenga encendido el móvil. Ahora que nuevamente han comenzado los secuestros en Gaza, se muestra preocupado.

Jalid Kishta, que habla inglés porque vivió en Canadá, me conduce hasta un restaurante del centro de la ciudad. Nos sentamos en una mesa alejada del resto de los comensales. Pedimos unas bebidas. Cuando está seguro de que nadie nos escucha, empieza a explicarme cómo funciona el contrabando.

«En 1982, Israel y Egipto llegaron a un acuerdo por el que dividieron Rafá en dos. Familias como la mía quedaron separadas. Así que fueron las primeras en empezar a cavar túneles entre las casas que estaban situadas a uno y otro lado de la alambrada. Los israelíes nos habían dejado desconectados del resto del mundo, y teníamos que buscar la forma de poder introducir mercancías.»

Según sus estimaciones, hay entre 20 y 30 túneles principales que cruzan la frontera. Y más de 300 pasajes secundarios que se van abriendo desde distintas localizaciones para despistar a las autoridades, y que suelen conectarse a los túneles principales.

La Segunda Intifada llevó a que el Tsahal luchara con mayor ahínco por terminar con el comercio ilegal a través de los canales subterráneos, ya que en muchas ocasiones eran utilizados para el tráfico de armas.

«Sacaron la alambrada y pusieron un muro con puestos de vigilancia cada quinientos metros —afirma Jalid—. Disparaban a todo lo que se movía. Cualquiera podía morir en cualquier momento.»

Parte de la política de derribo de viviendas, especialmente junto a la frontera, tuvo que ver con el contrabando. «Mi propia casa, que estaba en primera línea, fue demolida —afirma Jalid—. Pero eso no sirvió para detener el negocio. Se buscan lugares más alejados, más originales.»

Tras la retirada de Israel de la franja de Gaza, la presión ha recaído sobre Egipto, que intenta poner fin al tráfico en la zona. Las personas detenidas por colaborar con esta actividad reciben condenas que alcanzan los treinta años de prisión.

«En este momento aquí se trabaja con tranquilidad. La Autoridad Nacional Palestina no se mete con nosotros. El problema lo tenemos del otro lado. Lo que hacemos es que los túneles salgan a la superficie en medio de los cultivos y tomamos todas las precauciones posibles para que no sean descubiertos.»

Jalid estima que, desde 1982, doce excavadores han muerto en los túneles. Las principales razones han sido los derrumbes y las descargas eléctricas producidas al entrar en contacto los sistemas de iluminación con la humedad de la tierra. En los últimos tiempos, el ejército egipcio comenzó a introducir gas venenoso en el interior de los pasajes subterráneos. Dos primos de Jalid perdieron la vida intoxicados.

A pesar de todo, el comercio continúa. «Para los jóvenes es una oportunidad de ganar dinero —señala Jalid—. Aquí no hay empleo, no hay forma alguna de progresar. La vida tiene muy poco valor. Si no te matan en un ataque, te mueres de hambre. Así que los chicos piensan que, si tienen que morir, lo mejor es que sea tratando de hacer algo útil.»

Además de contratar los servicios de familias como la de Jalid, que tiene unos doce mil integrantes solamente del lado palestino, para que les traigan rifles y explosivos, Hamás construye sus propios túneles, que son utilizados para llevar a sus hombres a ser entrenados en el

extranjero o para cometer atentados suicidas. En los mercados de Rafá se consiguen vídeos con filmaciones de algunas de estas incursiones, como la que se perpetró en el puesto de control militar de Abu Holi.

«Si por un AK-47 pagas 400 dólares en el extranjero, al fusil que entra por un túnel debes agregarle otros 200 dólares. Hamás hace grandes pedidos, de miles de fusiles —explica Jalid—. Esta primera ganancia se reparte por partes iguales entre los excavadores. El jefe, además de su porción de los beneficios, aprovecha para ingresar otro cargamento que luego venderá por su cuenta en el mercado negro.»

Ha llegado la hora de ir a uno de los túneles. Realizamos un largo rodeo con el coche. No sé si es para comprobar que nadie nos sigue o para despistarme. Al cabo de un rato, no tengo la más mínima noción de dónde me encuentro; una sensación que se potencia cuando bajo del coche y sigo a Jalid a través de la oscuridad, entre los restos de casas bombardeadas. Lo único que distingo con claridad es el muro que separa a Gaza de Egipto.

Entramos en una vivienda a medio construir. Un joven con una *kufiya*, el típico pañuelo palestino, atada alrededor de la cabeza nos abre una puerta interior. Bajamos unos pocos peldaños y llegamos a lo que vislumbro que debe de ser un sótano. Cuatro personas más nos esperan allí. Tienen el rostro oculto bajo pasamontañas. Llevan fusiles AK-47 colgados del hombro. Uno de ellos saca el dispositivo de seguridad del arma y la levanta apenas me ve entrar.

Los saludo del modo más afable posible: *«Salaam Aleikum.»* Sin demorarnos en preámbulos, un joven de brazos voluminosos y fuertes me conduce hacia la profundidad del túnel a través de una escalera de madera. Percibo la fría humedad de la tierra a medida que desciendo. Lucho contra la sensación de asfixia y reclusión. Tomo varias fotos con la cámara apuntando hacia arriba. A mi lado hay bidones de plástico y palas. Luego, me agacho, y entro finalmente en el canal subterráneo.[5]

El joven que va delante tiene en la mano una linterna de luz fluorescente. Algunos trayectos del túnel son un poco más espaciosos. Cuesta respirar por el esfuerzo y por las partículas del techo que se desprenden a cada instante. Lucho por controlar los pensamientos, por domar la ansiedad.

Me pongo en el lugar de quienes se dedican a esto y pasan doce horas al día aquí encerrados. Otra perspectiva de la absurda situación de aislamiento que sufre Gaza y que obliga a los hombres a

convertirse en ratas para ganarse la vida, a reptar por las fauces del desierto. Recuerdo asimismo el relato de Jalid sobre una familia que entró por uno de estos túneles. El padre y dos niños. A la madre la detuvo la policía egipcia justo cuando estaba a punto de entrar.

Regresamos al restaurante. Viene con nosotros uno de los excavadores, que ha aceptado que lo entreviste. Su nombre es Abu Hammad. Acaba de cumplir 31 años y tiene tres hijos. Comenzó a trabajar en los túneles en el año 2002.

«La cosa empezó por casualidad. Vi que en la casa de un vecino había varios hombres que entraban todas las noches. Como conocía a uno de ellos, me acerqué para preguntarle qué era lo que estaban haciendo. Fue entonces cuando me ofrecieron que formara parte del grupo.»

De la primera experiencia en un túnel no guarda gratos recuerdos. «Hacía mucho calor, me costaba respirar. Tuve que echarle cojones para que no pensaran que estaba asustado —dice—, pero con el tiempo me fui acostumbrando.»

Los grupos que trabajan bajo tierra suelen tener unos diez integrantes, cifra que puede llegar a duplicarse en situaciones excepcionales, cuando hay un pedido urgente y el túnel tiene que estar operativo en el menor tiempo posible.

Para construir un pasaje subterráneo de un kilómetro, la medida habitual de los que avanzan hacia Egipto, se tardan por lo menos seis meses. El jefe de la operación cubre los gastos de materiales y alimentos, además de poner la casa o el invernadero desde los que se realiza la obra.

«Del lado palestino progresamos a buen ritmo, unos diez metros al día, porque hacemos túneles estrechos, de 80 centímetros de alto por 60 de ancho. El problema lo tenemos del lado egipcio. Ahí no podemos utilizar motores para sacar la tierra porque los soldados nos escuchan. Hacemos túneles de mayor tamaño, para poder traer las mercancías lo más rápidamente posible.»

Se suele creer que los equipos están dirigidos por arquitectos e ingenieros. Pero esto no es cierto. Los jóvenes, en su mayoría de origen humilde, carentes de estudios, trabajan guiados por el conocimiento que ha pasado de unos a otros a lo largo de los años.

«Cavamos hasta dar con la tierra más firme. Pasamos la arena, el canto rodado, hasta que la encontramos. A veces, a tres metros de profundidad, otras, a quince metros. Depende de la zona —explica Abu Hammad—. Lo importante es tener un material duro para evitar los derrumbes, aunque sea más difícil de excavar.»

Una vez que han alcanzado la profundidad adecuada, avanzan guiados por una brújula. Cada diez metros sacan tubos de metal a la superficie que actúan como sistema de ventilación.

Para excavar utilizan pequeñas palas. Colocan la tierra en bidones que organizan en grupos de nueve y que conducen a la superficie a través de motores que tiran ellos, como si fueran trenes. Cada uno de estos cargamentos equivale a un metro de túnel.

Lo que sí hacen es jurar sobre el Corán que no revelarán a nadie el trabajo que realizan. Y cada uno se especializa en una función. Abu Hammad se encarga habitualmente de los motores.

Cuando el túnel está terminado, el dueño les quita los teléfonos móviles y los obliga a permanecer dentro para prevenir así posibles soplos a las autoridades israelíes. Sólo él sabe cuándo pasará la mercancía.

Abu Hammad ha construido tres pasajes subterráneos. Dice que está cansado de este oficio, que no ha ganado tanto dinero como esperaba y que ansía dar un buen golpe que le permita retirarse.

«Mi mujer pensaba que era camarero en un restaurante de Jan Yunis, pero un día tuve que contarle la verdad. No podía seguir mintiéndole —afirma—. La operación que más me hizo ganar fue hace dos años. Me dio diez mil dólares, con los que abrí una tienda. Ojalá logre retirarme pronto. Me preocupa que algo me pueda pasar y que mis hijos se queden sin padre.»

Todo comenzó con un túnel que se sumergía en la tierra entre los tomates que poblaban el invernadero perteneciente a Nasser Lidbari, un humilde campesino del que no se volvió a tener noticias, y que salía al otro lado de la valla que separa la franja de Gaza de Israel.

La madrugada del 25 de junio, ocho miembros de los Comités Populares de la Resistencia (CPR), en coordinación con las Brigadas Izz ad-Din al-Qassam, el brazo armado de Hamás, entraron en el túnel con lanzagranadas, explosivos y fusiles AK-47. Al mismo tiempo, un

comando de la organización empezaba a disparar contra el paso de Sufa, situado unos kilómetros al norte, para distraer así la atención del ejército israelí.

A las 5.30 de la mañana salieron del túnel a unos 300 metros de la valla, justo detrás de un tanque y de un carro de transporte de tropas de la base militar de Kerem Shalom. Vestían uniformes verde oliva. Se dividieron en tres unidades.[6]

El primer grupo destruyó el carro de transporte de tropas. El segundo intentó tomar la torre de vigilancia, en la que se encontraban cuatro hebreos. Uno de los palestinos cayó muerto de un disparo cuando subía por la escalera.

El tercer conjunto de milicianos de los CPR se dirigió hacia el tanque. Le lanzó varias granadas. Dentro del vehículo había cuatro soldados. Dos murieron: Hanan Barak y Pavel Slutsker, ambos de 20 años.[7] El conductor resultó herido de gravedad. El cabo Gilad Shalit, de 19 años de edad, fue llevado por la fuerza.

Para poder regresar a Gaza destruyeron parte de la valla con un lanzagranadas RPG. Un segundo palestino cayó abatido mientras huían. Se llamaba Hamed Ramtis y residía en la barriada de Brasil.

Los seis supervivientes pasaron a la clandestinidad, y Gilad Shalit fue, presuntamente, entregado al brazo armado de Hamás. Inmediatamente, un comando del Tsahal se adentró un kilómetro en Gaza para tratar de rescatarlo pero sin éxito.

A las pocas horas, Abu Muyahid, portavoz de los CPR, declaró que la acción había sido una venganza por la muerte de Abu Samhadana. «Se trató de una operación compleja y bien estudiada. Los detalles van a conmocionar a los sionistas. Hay muchas sorpresas que serán anunciadas acerca del plan, el proceso y de la batalla en sí misma», afirmó.[8]

Los CPR fueron creados en el año 2000 por Abu Sam-hadana, un antiguo militante de Tanzim, la «sección joven» de Fatá, en muchas cuestiones enfrentada a la «vieja guardia» de Yasir Arafat. Su estructura y forma de actuar se inspira en Hezbolá. Al igual que hiciera la organización chií en los años noventa para enfrentarse a la ocupación israelí del sur del Líbano, los CPR realizaron numerosos ataques con coches cargados de explosivos y bombas situadas en las carreteras. Todos se produjeron en Gaza, y terminaron con la vida de

militares y civiles.

Incluso su emblema, que presenta un puño elevado con un rifle, es muy parecido al de Hezbolá, sólo que sobre una bandera palestina y con un perfil de la cúpula de la Roca en Jerusalén. En él se lee la palabra *mukamawá*, que en árabe significa «resistencia activa».

Abu Samhadana, que era originario de Rafá, había sido recientemente nombrado número dos del Ministerio de Interior palestino, responsable de la nueva fuerza de seguridad creada por el Gobierno de Hamás, a pesar de estar en el segundo puesto de la «lista de terroristas más buscados por Israel». El día 8 de junio, el ejército hebreo terminó con su vida en un ataque que mató también a los tres hombres que lo acompañaban.[9]

Jalid Kishta, que parece saberlo todo sobre la vida subterránea de Gaza, me dijo que el túnel utilizado en la incursión contra el puesto militar de Kerem Shalom se había comenzado a cavar en febrero. Su extensión iba a ser mayor, pero la ofensiva israelí empujó a los milicianos a hacerlo emerger a la superficie en un punto anterior al planificado. Su opinión coincide con la de otra gente con la que he conversado. Está seguro de que Gilad Shalit se encuentra en el barrio de al-Shabura, uno de los más populosos de Rafá, conocido como «el avispero».

También podría haber precipitado el ataque de los CPR un suceso que pasó desapercibido a la prensa de todo el mundo a pesar de su importancia: el día 24 de junio, a las 3.30 de la mañana, el ejército israelí volvió a entrar en Gaza después de la salida de los colonos en septiembre de 2005. Lo hizo para capturar a dos miembros de Hamás, los hermanos Mustafá y Osama Muamar,[10] que vivían a poca distancia del invernadero de Nasser Lidbari.

El periodista inglés Jonathan Cook, que reside en Israel y es colaborador de *The Guardian*, realizó tiempo después un exhaustivo análisis de la atención que la prensa internacional prestó a uno y otro acontecimiento.

En su artículo «Secuestrado por Israel»[11] muestra cómo la acción del Tsahal del día 24 de junio apenas encontró eco en los periódicos británicos, unas pocas líneas en *The Observer*, mientras que el secuestro de Gilad Shalit alcanzó las portadas de toda la prensa de su país.

También resalta la omisión de este dato en los análisis posteriores, lo que hace que el ataque a Kerem Shalom «pareciera salido de ninguna parte, nacido presumiblemente sólo de la maldad de los palestinos». Sobre todo, teniendo en cuenta que, para la opinión pública, Israel se había retirado completamente de Gaza.

«Ambas fueron acciones similares: violaciones del territorio del vecino. Los palestinos pueden justificar el ataque al puesto militar israelí porque el ejército israelí lo utilizaba junto a otras posiciones fortificadas para lanzar cientos de proyectiles a Gaza que contribuyeron a provocar la muerte de treinta civiles durante las semanas anteriores.»

Cita varios editoriales que se preguntan sobre la motivación del secuestro, sin mencionar las razones que él considera evidentes: «Además de los bombardeos que causaron la muerte de treinta civiles y graves traumas a los niños palestinos, Israel ha estado bloqueando las fronteras de Gaza para impedir que la comida y las medicinas lleguen a la población y presionó con éxito a los donantes internacionales para que cortaran los fondos que necesita desesperadamente el Gobierno palestino. Claro, también está el asunto de la violación del territorio controlado por los palestinos de Gaza el día anterior.»

Jonathan Cook se pregunta por qué los periodistas consideraron que el secuestro de Gilad Shalit significaba una «escalada» del conflicto, mientras que las acciones del Tsahal eran sólo llamadas «ataques». Además, compara el lenguaje en la prensa: Israel «detiene» a los palestinos, mientras que estos «secuestran» al soldado.

«Los medios liberales británicos preferían usar palabras que de manera equívoca sugerían que el cabo Shalit era una víctima, un inocente cuyo estatus de soldado no parecía relevante para su destino», afirma, en alusión a que desde el puesto militar de Kerem Shalom se ponían en marcha las operaciones de lanzamiento de proyectiles sobre Gaza.

Entre las causas de esta descripción «sesgada» de la realidad, señala que son los medios de Estados Unidos los que suelen marcar el rumbo a seguir por la prensa británica. Además, afirma que el aparato de comunicación israelí es sumamente eficiente, a diferencia del palestino. Y que los corresponsales extranjeros residen en Israel, así que reciben primero la información de la prensa y de las fuentes

locales.

La organización Human Rights Watch denunció el aumento de las hostilidades contra Gaza señalando que los disparos de la artillería hebrea desde la frontera habían pasado de 446 en marzo a 4.522 en abril.[12] Durante el mes de julio, en plena operación Lluvia de Verano, se lanzarían entre 200 y 250 proyectiles al día.

En las semanas previas al secuestro de Gilad Shalit se produjeron varios ataques que terminaron con la vida de civiles. El día 21 de junio, un misil israelí entró por error en una vivienda palestina y mató a una mujer embarazada y a su hermano, además de herir a siete niños. El 20 de junio un misil mató a tres niños. El 13 de junio otro proyectil mató a cuatro trabajadores del hospital Mohamed al-Dura, y a dos menores que estaban en la calle.[13]

Pero la acción que conmocionó a los palestinos y al mundo fue la que se produjo el 9 de junio en una playa del norte de la franja de Gaza: siete miembros de la familia Galia murieron en el acto. Las imágenes de la niña superviviente, Juda Galia, llorando junto al cadáver de su padre, serían emitidas en las televisiones de todo el planeta.

---

1 Palestinian Centre for Human Rights, informe 24/2006, <http://www.pchrgaza.ps/files/W_report/English/2006/22-06-2006.htm>.

2 Hernán Zin: «Morir para contar: James Miller», *20 Minutos* (31-10-2006), <http://blogs.20minutos.es/enguerra/post/2006/10/31/morir-contar-james-miller>.

3 Ídem.

4 Nombre de pila ficticio.

5 Las fotografías de este reportaje las publiqué originalmente en *Interviú* el 25 de septiembre de 2006.

6 Josh Brannon: «IDF poised for Gaza offensive after 2 soldiers killed», *Jerusalem Post* (26-6-2006). En la siguiente dirección de Internet se pueden ver mapas y fotos que reconstruyen el ataque: <http://cryptome.org/kerem/kerem-eyeball.htm>.

7 Ídem.

8 Ídem.

9 Karim Hauser: «Samhadana: prometen venganza», *BBC Mundo* (9-6-2006).

10 «Israel captures pair in Gaza raid», *BBC News* (24-6-2006).

11 Se puede leer el artículo completo de este periodista (autor del libro *Blood and Religion: The Unmasking of the Jewish and Democratic State*, Pluto, 2006) en <http://www.jkcook.net/Articles2/0253.htm#Top>.

12 Human Rights Watch: «Israel: IDF Probe No Substitute for Real Investigation» (10-11-2006), <http://hrw.org/english/docs/2006/11/10/isrlpa14550.htm>.

13 Palestinian Centre for Human Rights: informes 23 y 24/2006, <http://www.pchrgaza.ps/files/W_report/English/2006/15-06-2006.htm>; <http://www.pchrgaza.ps/files/W_report/English/2006/22-06-2006.htm>.

12

Los ecos del horror

Todo comenzó con un túnel. Pero, como sucede tan a menudo en el conflicto entre israelíes y palestinos, podrían encontrarse muchos puntos de partida para esta historia.

El asesinato de la familia Galia marcó un punto de inflexión. Hasta ese momento, Hamás llevaba 16 meses de respeto a un alto el fuego unilateral.[1] Lo sucedido en la playa llevó a los líderes del brazo armado a declarar que volvían a la violencia.

Dedico mis últimas jornadas en Gaza a reconstruir la tragedia de estos residentes de Beit Lahia que el 9 de junio decidieron ir a la playa para escapar del tedio y la miseria. Converso con los conductores de las ambulancias que acudieron aquella tarde a la playa, con el médico que recibió a los muertos y heridos en el hospital, con el cámara que grabó las imágenes de Juda junto al cadáver de su padre, con los supervivientes de la familia.

«Queríamos cambiar el sonido de las bombas por el sonido del mar, pero las bombas nos siguieron hasta la playa —dice Mohamed Hasán Galia, de 31 años, en una frase que seguramente ha pronunciado antes frente a otros periodistas—. Hicimos dos viajes porque no cabíamos todos en el taxi. Éramos quince personas en total: mi hermano, sus dos mujeres, los niños y yo.»

Está sentado ante la puerta de su casa en Beit Lahia. Otra paupérrima vivienda de bloques de hormigón y ventanas desnudas. En la entrada aún hay coronas de flores, aunque con los pétalos marchitos. Sobre ellas, un cartel con la foto de los siete miembros de la familia fallecidos. El padre, Alí Issa Galia, de 49 años. Una de las madres, Raesa Galia, de 35 años. Y los hijos: Alia, de 17 años, Ilham, de 15 años, Sabrin, de 4 años, Hanadi, de 18 meses, y Haitam, que era más joven aún, tenía cinco meses.

«Estábamos cocinando maíz cuando cayó un proyectil sobre una familia que estaba muy cerca de nosotros —continúa Mohamed—. Vimos a la patrullera en el mar y nos asustamos. Comenzamos a

recoger las cosas y a llamar al taxi para que nos viniera a buscar. Minutos después sentí una gran explosión.»

Mohamed acaricia la cabeza de Adham Galia, que está sentado a su lado en una silla de ruedas. Tiene diez años. Acaba de volver de Israel, donde pasó 32 días en el hospital. Observo la foto que hay en la pared: los mismos ojos saltones y la nariz achatada de su padre.

A Adham le cuesta comunicarse debido a la herida que tiene en la lengua. Se levanta la camiseta y me muestra una gruesa cicatriz que le recorre el abdomen. Su madre y sus hermanas aún están internadas y no han regresado. La pequeña Juda, que aparecía gritando en el vídeo, y que se salvó por estar junto al agua en el momento del disparo, se encuentra en Egipto. Como a tantos otros palestinos, las autoridades israelíes no la dejan entrar a Gaza.

Mientras conversamos aparece un adolescente en silla de ruedas que se sitúa junto a Adham. Le faltan las piernas. «Ésta no es la primera tragedia de la familia Galia —me dice Mohamed—. Hace un año y medio los israelíes bombardearon Beit Lahia y mataron a ocho niños. Mi hermana Mariam perdió a cinco hijos y a un nieto. Nadie se entera ni se preocupa por nosotros. Éste es nuestro destino, el de los palestinos, sufrir de esta manera.»

A Nayim Ragab le dijeron los coordinadores de la Media Luna Roja que debía partir hacia la playa de Beit Lahia, pues acababan de recibir la alerta de que una familia había sido alcanzada por un misil. Apenas se bajó de la camioneta, varias personas lo guiaron por la arena hacia donde se encontraban los heridos.

«Había un anciano al que la metralla le había arrancado una pierna. Varios niños y mujeres tumbados en el suelo —me dice Nayim, un hombre de baja estatura, padre de siete hijos, que lleva una década trabajando de conductor de ambulancia—. Cuando levanté al anciano para ponerlo en la camilla escuché varias explosiones a mis espaldas. Me di la vuelta y vi a más personas tiradas en la arena, a unos cien metros de donde estaba. Durante unos instantes no supe qué hacer, por dónde empezar a recoger a toda esa gente. Hasta que comprendí que la prioridad era rescatar a los que seguían vivos, sacarlos cuanto antes de ahí, porque en cualquier momento nos podían volver a disparar.»

De regreso en la ambulancia cogió el teléfono móvil para pedir a

un colega del hospital al-Awda, Jalid Abu Saada, que viniera lo más rápido posible. Después llamó a Zakaria Abu Hardib, periodista de la agencia Ramatán. Le dijo: «Ven a la playa, por favor, esto es una masacre.»

La primera tanda de proyectiles que cayeron sobre la playa en Beit Lahia hirió a cuatro miembros de la familia de Abu al-Amrín. Minutos más tarde, a las 16.40 horas, una segunda serie alcanzó de lleno a la familia Galia.

«Desde aquel día me pregunto qué habrá pensado el soldado que disparó contra nosotros. No estaba en riesgo su vida, no estaba en medio de una operación. Desde el barco veía que había una ambulancia, que allí no había más que civiles —me dice indignado—. ¿Tú has visto algo así en algún otro lugar del mundo? ¿Tú has visto algo tan brutal? Esto sólo lo hacen los israelíes.»

Nayim me comenta que en los últimos tiempos han aumentado los ataques contra equipos de emergencia de la Media Luna Roja. Enumera los diversos casos de enfermeros y conductores que fueron heridos o asesinados desde que empezó la operación Lluvia de Verano.

«Hacemos una labor humanitaria, pero igual nos disparan. Esto viola la Convención de Ginebra —prosigue mientras tomo nota de sus palabras—. A mí no me importaría que el herido fuera israelí. Yo lo ayudaría igual. Una vida es una vida. Pero parece que la mayoría del mundo no piensa del mismo modo. ¿Por qué los líderes de vuestros países no salieron a condenar el asesinato de la familia en la playa, o la muerte de tantos niños y mujeres en las últimas semanas? ¿Por qué salen, en cambio, a condenar el secuestro de un soldado israelí? ¿Nuestro sufrimiento no cuenta?»

Jalid Abu Saada trabaja como funcionario del Ayuntamiento de Yabalia durante el día, donde se encarga del mantenimiento de los coches oficiales, y como conductor de ambulancias en el hospital al-Awda por las noches. Sumando los dos sueldos gana 2.500 shequels (500 euros). Sin embargo, al igual que la mayoría de los empleados estatales en Gaza, lleva meses sin cobrar.

La tarde del 9 de junio fue la más dura que recuerda en sus cinco años de profesión. Empezó en Beit Hanún, donde se aventuró a través del fuego de los tanques y aviones israelíes para recoger a un miliciano herido. Apenas llegó al hospital le dijeron que tenía que

volver a partir, pues el coche en que viajaban tres jóvenes había sido alcanzado por un misil.

«Eran familiares del miliciano. Tres chicos que iban en un viejo Opel para ver qué había sucedido —me comenta—. Sus cuerpos estaban destrozados. Con el enfermero tardamos un buen rato en sacarlos de la chatarra y ponerlos en las bolsas.»

De regreso en el hospital se pidió un vaso de té en la quinta planta, desde donde se divisa todo el norte de Gaza. «No pude llegar a tomar el té porque me llamó Nayim. Parecía muy alterado. Así que bajé a toda prisa y me subí a la ambulancia», sigue adelante con la narración Jalid, cuyo aspecto, extremadamente delgado, ojeroso, de pómulos prominentes y mejillas hundidas, cubiertas por una barba rala, da testimonio de los esfuerzos que debe realizar para llegar a final de mes. Se encontraba en el hospital aquella tarde porque los viernes suele hacer guardias de veinticuatro horas. «Mientras me dirigía a la playa me llamó Zakaria, el periodista de Ramatán, que venía detrás de mí en su coche. Me pidió que lo esperara en la puerta del restaurante Wafa para venir conmigo en la ambulancia. No quería entrar con su vehículo por miedo a que los israelíes le dispararan.»

Al bajarse de la ambulancia, Jalid corrió por la arena hacia donde se encontraba la familia Galia. Recogió al más joven de todos, Haitam Galia, un bebé de cinco meses, que tenía el cuerpo cubierto de quemaduras. Lo colocó encima de la camilla y comprobó si aún tenía pulso. Estaba muerto.

«Después levanté a una mujer que tenía una enorme grieta en un costado de la cara, como si le hubiesen pegado un hachazo —me explica—. Y mientras la llevaba a la camioneta sucedió algo que nunca olvidaré. A pesar de estar en esas condiciones, abrió durante un instante los ojos y me miró fijamente.»

Dos horas más tarde, en el hospital al-Awda, Raesa Galia, la primera esposa de Alí Galia, y madre de cuatro de sus hijos, fallecía como consecuencia del impacto de la metralla del misil en la cabeza.

«Mientras trataba de colocar la máscara de oxígeno a la mujer en la ambulancia, varias personas que estaban en la playa trajeron a una joven que había perdido un brazo. Sólo tenía la manga del vestido, empapada de sangre.»

Las ambulancias de la Media Luna Roja están diseñadas para llevar

a un solo paciente. Sin embargo, en esta ocasión, al igual que Nayim, Jalid decidió que sacaría de allí a cuanta gente le fuera posible, pues los buques de guerra israelíes permanecían cerca de la costa.

Llamó por teléfono al doctor Farug Abu Sammra, que se encontraba de guardia en el hospital al-Awda, para decirle que preparara todo, que llevaba en la ambulancia a cuatro miembros de la segunda familia que había sido atacada en la playa.

Aunque esa tarde tuvo que realizar más salidas, pues la ofensiva israelí continuaba abierta en varios frentes, no podía dejar de pensar en la familia Galia. «Pasé tres días sin probar bocado. Fue el trabajo más duro que me ha tocado hacer en mi vida», me dice Jalid.

El doctor Farug Abu Sammra estudió medicina en Ucrania, por lo que habla ruso a la perfección. La tarde del 9 de junio tampoco fue fácil para él. Debido a la baja de uno de sus compañeros sólo contaba en la sala de guardia con la ayuda de dos enfermeras.

«Normalmente ves gente que llega en muy malas condiciones. Pero mujeres y niños así, despedazados, es algo que nunca había visto —afirma—. Intenté contenerme, pero era más fuerte que yo. Gritaba por dentro: “¿por qué? ¿Por qué?”»

Algunos detalles del relato de Farug no concuerdan exactamente con los de Nayim o Jalid: el orden en que llegaron los pacientes, el momento en que fueron derivados a otros hospitales. Estas discrepancias resultan lógicas, ya que para todos ellos fue una experiencia sobrecogedora, imposible de asimilar, sumamente vívida y, al mismo tiempo, irreal, lejana.

«Primero llegó la familia de Abu al-Amrín. A los pocos minutos, los niños y las mujeres de la familia Galia —continúa—. Bajaron colegas de todas las plantas para ayudarme. Las enfermeras no dejaban de llorar. Como no teníamos más lugar, nos vimos obligados a poner a los niños muertos en el suelo.»

Al igual que Jalid, Farug se sintió conmocionado por la profundidad de la herida que había sufrido la madre de los niños, Raesa Galia, cuyo rostro se había separado varios centímetros del resto de la cabeza como consecuencia de la metralla del misil. Según me explica, tuvo muchas dificultades para colocarle el suero, ya que también había perdido las piernas y los brazos en el ataque. Al final se

lo puso en el cuello. Le sorprendía que siguiera viva a pesar de todo.

«Ese mismo día los israelíes salieron a decir que había sido una mina colocada por Hamás en la playa —me explica—. Te aseguro que el tipo de heridas que tenían aquellas personas no las provoca una mina. El proyectil cayó desde arriba.»

Cuando Zakaria Abu Hardib, cámara de la agencia de noticias Ramatán, recibió la noticia, se encontraba en el hospital grabando a las víctimas de la última incursión israelí en Gaza. Inmediatamente comprendió que se trataba de algo importante. Por eso salió corriendo, se subió al Mercedes Benz de la agencia y le dijo a Mohamed Dremli, el conductor, que partiera a toda prisa hacia la playa.

Aquélla había sido una tarde ajetreada. Había filmado el bombardeo de los tanques y aviones hebreos sobre Beit Hanún. Después, mientras regresaba a la redacción, le habían informado de que un coche en el que viajaban tres jóvenes había sido alcanzado por un misil. Lo que lo obligó a ir al hospital al-Awda.

Y ahora esta última llamada, de Nayim Ragab, un conductor de ambulancia amigo. Por la angustia de la voz que había al otro lado de la línea, supo que no se trataba de un hecho carente de relevancia. Así que, cuando vislumbró el lomo dorado de la playa al final de la carretera, pulsó el botón de grabación de la cámara.

«Nada más pisar la arena me enfrenté al peor desastre que he visto en mi vida. Había un montón de cuerpos repartidos por la playa. No sabía cómo comenzar a filmar todo aquello —afirma Zakaria—. La primera imagen que recuerdo bien es la de la hermana, a la que la metralla le había arrancado un brazo. La recuerdo porque estaba consciente. Enseguida comprendí que no debía centrar mi cámara en los muertos, sino en los heridos, porque eran ellos los que estaban sufriendo.»

En una sala de reuniones de la agencia de noticias Ramatán, situada en el piso décimo de un céntrico edificio de Gaza, escucho atentamente a Zakaria. Tiene 36 años. De piel morena, lleva el cabello cortado al ras, lo que acentúa la primera impresión que recibo de él: un hombre sensible, comedido, tímido. Habla con cierta vacilación, realizando prolongadas pausas. Aunque filmó aquellas imágenes hace más de dos meses, percibo que aún se emociona al rescatarlas del

tiempo y ordenarlas para mí.

«Grabé a la niña, a la pequeña Juda, que se tiraba del pelo, que se daba golpes en la cabeza, y que gritaba: “papá, papá”. No sabía hacia dónde iba, pero la seguí de todos modos —me explica mientras extiende las manos en el aire, como si describiese un rectángulo, el encuadre de una cámara, y las mueve por la habitación—. Abrí la lente y caminé detrás de ella, la seguí por la playa. Entonces vi que se echaba encima del cadáver de su padre. Desde aquel momento hasta hoy no pasa un día sin que escuche la voz de la niña gritando “papá, papá”.»

Como periodista, le pregunto a Zakaria si en algún momento pudo abstraerse de toda aquella locura, si pudo intuir que las imágenes que estaba grabando iban a ser tan difundidas.

«Lo único que me decía era que tenía que hacer mi trabajo, que aquélla era mi responsabilidad, porque en realidad sentía ganas de tirar la cámara a la arena y ponerme a ayudar —me explica—. Algo que me dio fuerzas fue lo que se escucha en la cinta, a la pequeña Juda que me dice “grábame, grábame”. Eso me dio ánimo para seguir. Otra cosa que recuerdo que pensaba era que yo podría haber estado en aquella playa junto a mi familia. La playa es nuestra única escapatoria en Gaza.»

Ramatán, donde Zakaria se formó como camarógrafo, es la principal agencia de noticias de Palestina. Tiene dos oficinas, en Gaza y Ramala, y cuenta con más de cien empleados.

Si los israelíes se lo permiten, Zakaria viajará a Londres para asistir a la ceremonia de entrega de los premios Rory Peck, que ganó en la categoría Hard News. Se trata de un gran reconocimiento, sobre todo después de que algunos medios pusieran en duda la veracidad de la información. Afirmaban que la familia Galia había muerto por culpa de explosivos dejados en la playa por Hamás.

«Se inventan versiones para no hacerse responsables de sus crímenes. Pero Human Rights Watch ha dicho que es mentira, que la familia Galia murió por el fuego israelí —afirma—. Todo esto ha sido duro para mí, hasta hoy no he podido volver a ver las imágenes. Pero si hay algo de lo que estoy orgulloso es de que mi trabajo ha servido para mostrar lo que sufrimos aquí cada día. Si no hubiese estado allí con mi cámara, la noticia habría pasado desapercibida en los cables de prensa de las agencias internacionales: siete palestinos mueren en la

playa. Eso hubiese sido todo.»

Me despido de Zakaria. Le doy las gracias por su tiempo. Un editor de la empresa me conduce a una sala de montaje. Busca las imágenes de la familia Galia en una fila de cintas mini DV colocadas contra la pared.

Cuando ocurrió el asesinato me encontraba en Sudán, desconectado del mundo, por lo que apenas pude ver fragmentos del vídeo en Internet y algunas fotos en los periódicos. Ahora voy a visionar los brutos de la grabación. El editor coloca la cinta en el reproductor, me explica cómo funciona y se va.

Las imágenes grabadas por Zakaria se suceden en la pantalla. Se baja del coche, corre hacia los cuerpos sin vida en la arena, sigue a la pequeña Juda por la playa hasta que alcanza a su padre y comienza a gritar de dolor. En la oscuridad de la sala no puedo más que llorar.

Desmonté el improvisado despacho que había organizado en el salón del piso en el que vivía. Arranqué los mapas de la pared. Metí cuadernos, libros e informes en un gran bolso.

Después saqué las lentes de las cámaras y las metí en sus correspondientes estuches. Utilicé los últimos latidos de batería para copiar las fotografías en tres DVD que puse en la cartera que utilizo para guardar el pasaporte y las tarjetas de crédito.

Dentro de tres horas viene el taxi que me llevará hasta Erez. Creo que lo tengo todo preparado, pero antes de partir quiero hacer algo que llevo semanas postergando por falta de tiempo: bajar a la playa de Gaza y bañarme en las aguas del mar Mediterráneo.

Dejo sobre la cama la ropa que usaré para viajar. Me pongo un bañador, una camiseta y unas sandalias. Bajo corriendo por la escalera hasta la calle, donde me espera otro día de sol deslumbrante, cegador.

A medida que camino por la calle recuerdo la despedida de ayer con Kayed. Fuimos a cenar. Luego volvimos a casa para que hiciera las últimas traducciones. Y, finalmente, nos dimos un fraternal abrazo.

No puedo negar que me siento culpable de irme. Sé que es absurdo pero me resulta imposible de evitar. Volveré a mi casa, me encontraré con mis amigos, veré a los compañeros del periódico. Querrán que les cuente al detalle lo que he vivido.

Gozaré del confort y la seguridad del mundo rico. Tendré

electricidad, agua, alimentos, medicinas. Kayed, en cambio, seguirá aquí, padeciendo la escasez de casi todo, encerrado en el polvoriento y mísero campo de refugiados, sitiado cada noche con su mujer y sus hijos por el sonido de las bombas, como tanta gente a la que he conocido a lo largo de estas semanas, como todos los habitantes de esta gran prisión que es Gaza.

Para acortar camino atravieso un solar que huele a heces y orines. En una esquina, contra un tambaleante muro de ladrillo, veo el chasis oxidado de un viejo Renault 4, carcomido por la sal. Bajo a la playa, que me recibe reverberante de luz. La arena que se cuela entre las sandalias me quema los pies.

En Gaza no hay parques ni jardines. El asesinato de la familia Galia privó a los palestinos de su lugar natural de esparcimiento. Cerró la única escapatoria psicológica al hermético sitio impuesto por el Tsahal. Los campamentos de verano, de los que gozaban cientos de miles de niños, se suspendieron.

Sin embargo, hoy descubro a varios padres que se han atrevido a traer a sus hijos a la playa. Las mujeres van vestidas de la cabeza a los pies; los hombres en camiseta. Los niños juegan infatigables en el agua. Un acto valiente, un desafío, porque los barcos de guerra israelíes se hallan a pocos kilómetros de la costa, atentos a que no salga ningún pesquero del puerto.

Dos jóvenes pugnan por meter a un burro en el agua. El animal, que tiene una herida abierta en el lomo, se resiste. Tiran de él, en una dirección, en la contraria, le pegan, para tratar de llevarlo hacia el mar.

Me siento a observarlos. En la arena hay bolsas de plástico, restos de papel, de cajas, colillas de cigarrillos. Un vendedor ambulante avanza a grandes zancadas hasta donde estoy. Me ofrece maíz tostado. Le digo que no, muchas gracias. Sonríe. Le falta un diente.

Reflexiono sobre el sufrimiento y la opresión de los que he sido testigo a lo largo de estos meses. La doble moral de los poderosos que dicen estar luchando por la «libertad» al tiempo que detienen ilegalmente a la gente, practican la tortura y ponen en marcha guerras preventivas. Las falacias de su discurso legitimado y amplificado hasta la saciedad por los medios de comunicación. El silencio y la connivencia de los ciudadanos. Desde la playa de Gaza, el mundo se ve como un lugar corrompido por el poder, la hipocresía y la mentira,

en el que a nadie le importas.

Las olas toman altura, se cierran sobre sí mismas y caen contra la arena con un ahogado clamor. En su interior reverberan aún los gritos de la pequeña Juda Galia.

Dejo la camiseta bajo una piedra para que el viento no se la lleve. Avanzo hasta la orilla. Respiro profundamente, sigo caminando y me sumerjo en el mar.

---

1 Josh Brannon: «IDF poised for Gaza offensive after 2 soldiers killed», *Jerusalem Post* (26-6-2006).

13

¿Por qué?

Cuando el taxi que me recogió al otro lado de Erez empezó a recorrer la carretera hacia Jerusalén tuve la sensación de que mis pulmones se ensanchaban y volvía a respirar. Los campos verdes, las estaciones de servicio, los restaurantes, los coches modernos. No había muro alguno que interrumpiese el paisaje.

Permanecí cuatro días en Israel antes de regresar a España. Tuve el privilegio de cenar con Amira Hass en un apacible barrio de Jerusalén. Después visité a Gideon Levy en su casa de la periferia de Tel-Aviv. Y, finalmente, me reencontré con Meir Margalit, que tanto me había ayudado a organizar el viaje.

Gideon Levy, a quien había leído con interés y admiración en su columna de *Haaretz* durante mi estancia en Gaza, se mostraría crítico con la operación Lluvia de Verano. No sólo por sus efectos indiscriminados sobre la población civil, sino por considerarla contraproducente desde el punto de vista estratégico.

«Suponer que la presión sobre la población civil de Gaza va a conseguir que aparezca el soldado Gilad Shalit y evitar que se lancen misiles Qassam es una de las ideas más retorcidas y enfermas que he escuchado nunca. Porque los israelíes lo deberían saber. Cuando hay algún acto de terror o una guerra, inmediatamente la gente se vuelve más de derechas, más adepta al régimen, más contraria a los árabes. Lo mismo que les pasa a los palestinos. Con sus acciones militares en Gaza, el ejército israelí está consiguiendo exactamente lo contrario de lo que se propone.» Por iniciativa propia, Gideon haría que varios fragmentos de mis crónicas fueran publicadas en *Haaretz*. Todo un honor para mí, pero también un indicador de la escasez de información de primera mano que hay en Israel sobre Gaza.

—Me preocupa la indiferencia y apatía de los israelíes. Si sales a la calle y le preguntas a la gente, el noventa y cinco por ciento te dirá: «¿Gaza? Si ya se la hemos devuelto a los palestinos.» Lo que a todas luces es una gran mentira porque la situación ahora en Gaza no podría

ser peor —me dijo—. El guardia que vivía dentro de la prisión ahora vive fuera, pero continúa siendo el guardia y Gaza sigue siendo una prisión. Y si el guardia está fuera de la prisión es simplemente porque le resulta más cómodo.

—¿Hasta cuándo podrá durar esta situación?

—Cuando ves lo que sucede, un millón cuatrocientas mil personas que están viviendo en condiciones terribles, te dices a ti mismo, bueno, esto no puede continuar así, en cualquier momento la situación va a estallar. ¿Pero qué va a estallar? ¿Qué pueden hacer? ¿Pueden lanzar una bomba nuclear contra Israel? No hay nada que los palestinos puedan hacer para detener esto. Lo más probable es que la situación siga así durante mucho tiempo. Y al mundo Gaza no le interesa. Estados Unidos y la Unión Europea han dado muestras de ello.

A Amira Hass, que ahora reside en Ramala, y que está terminando un libro con historias relacionadas con el muro y los puestos de control, le pregunté sobre la ocupación. ¿Por qué Israel no cumple la Resolución 242 del Consejo de Seguridad y sale de los territorios ilegalmente conquistados en 1967, para que pueda existir un Estado palestino? ¿Por qué razón, al tiempo en que negociaba la paz con los palestinos, continuaba alentando la llegada de nuevos colonos desde el extranjero y su poder sobre las tierras que decía querer devolver?

«La base es material. Y se centra en el agua. Israel se comporta como si fuera Suiza, en términos de cómo utiliza los recursos hídricos. El 80% del agua de Cisjordania va para Israel. Y yo creo que debería ser compartida de forma equitativa. Los palestinos apenas emplean una sexta parte de la cantidad de agua que los israelíes utilizan a diario.»

Desde su punto de vista, otro de los obstáculos que dificultan la salida de los territorios ocupados es que éstos se han convertido en una «sustitución del desaparecido sistema de seguridad social».

«Los asentamientos ofrecen oportunidades que muchos ciudadanos no tienen en el resto de Israel. Buenos colegios, subsidios, casas lujosas y baratas. Muchos israelíes se van a vivir allí alentados por estas ventajas. Desde los años setenta y ochenta, los Gobiernos ofrecieron mejores condiciones de vida en los territorios ocupados. Y especialmente durante los años noventa, en tiempos de las llamadas “Conversaciones de Paz”.»

El tercer elemento pasa por el beneficio económico que percibe la población israelí que no vive en los territorios ocupados pero que trabaja en ellos: «Tienes constructores, maestros, médicos, cuyo trabajo está relacionado con los asentamientos, que ganan dinero gracias a ellos. Y, por supuesto, tienes un gran despliegue militar, que es donde comienza el círculo de discriminación y represión contra los palestinos.»

Después me encontré con Meir Margalit, que lucha con ahínco contra la demolición de casas palestinas. En el pasado trabajaba en el Ayuntamiento de Jerusalén, junto a Ehud Olmert. Como es un hombre de a pie, que conoce el sentir de la gente de la calle, le pregunté si cree que la sociedad israelí legitima lo que está sucediendo en Gaza.

«La postura básica israelí es que todos los árabes nos odian, que todos los árabes son terroristas, algunos pasivos y otros activos. Unos llevan la bomba y otros les dan apoyo —respondió—. Ésta es la forma más fácil y más estúpida de entender el conflicto. En lugar de comprender los matices, las motivaciones, en lugar de discernir entre un inocente y un culpable, lo más sencillo es agarrar y hacer de todos un gran conglomerado de carne humana y decir que todos los árabes son iguales.»

En este sentido, establece una analogía con lo que sucedía a los judíos en el pasado: «Lo que me da escalofríos es que era la misma fórmula que utilizaban los antisemitas para hablar de nosotros. El clásico estereotipo antisemita: todos los judíos son usureros y ladrones. Lo que los antisemitas nos hacían hace doscientos años en la diáspora, hoy se lo hacemos a los árabes. Estamos duplicando capítulos históricos en los que éramos nosotros los que nos encontrábamos del otro lado.»

Le pregunté cómo se llegó a esta situación. «Conceptos básicos que eran fundamentales en la diáspora, como el de la solidaridad comunal, pervivieron un tiempo en Israel, pero luego comenzaron a desaparecer en la medida en que se extendía la ocupación. El punto de inflexión llegó en 1967, cuando tuvimos demasiada fuerza en nuestras manos. Nos confundimos, perdimos el norte, la conciencia, y desde ese entonces estamos dando vueltas borrachos de poder.»

Meir encuentra las razones de lo que ahora sucede en el pasado: «Hay que entender la situación histórica. Dos mil años de un pueblo oprimido. De un estado de humillación, de pronto te encuentras con

que eres independiente, con que ya eres el dueño de tu propia vida. No es fácil pasar de una situación mental a la otra. A partir de ese momento, el poder se nos subió a la cabeza. Comenzamos a perder todas las bases morales que traíamos del judaísmo de la diáspora, del judaísmo bíblico, de los profetas. El poder degenera.»

Su receta para solucionar el conflicto es clara: la retirada inmediata de los asentamientos, sin negociaciones previas. Está convencido de que es el único camino para la paz, dejar que surja un Estado palestino viable, que en el futuro sea próspero.

«Toda esta corrupción, esta decadencia moral, está generada por el hecho de que estamos ejerciendo una ocupación en unos territorios que no nos pertenecen. Tiene que ver con unos frenos morales que se han desgastado, que ya no existen. Por eso tenemos que salir de Cisjordania y dejar en paz a Gaza. Como opresores estamos pagando un precio demasiado alto.»

Esta última reflexión de Meir me hizo pensar en los numerosos escándalos que afectaban al gobierno de Ehud Olmert, desde abusos sexuales hasta sobornos y cobro de comisiones. Me pregunté si sería parte de la erosión de los propios valores que genera la violencia, el precio que estaban pagando por haber terminado con tantas vidas, como si fueran los protagonistas de alguna obra de Shakespeare, de *Macbeth*, para ser más preciso.

En Jerusalén mantuve conversaciones con otros intelectuales y políticos, pero su visión de Gaza poco tendrá que ver con todo aquello de lo que yo he sido testigo. Tal Lebrán, portavoz del Comando Sur del Ejército israelí, daba la impresión de tener una explicación razonable y justificada para cada una de sus acciones. Le hablé de las muertes de inocentes que había visto. «Una de nuestras prioridades es respetar a los civiles palestinos», me dijo.

En cambio, hubo un testimonio de un reservista del ejército israelí que me resultó enormemente aleccionador, porque me permitió cambiar de perspectiva. Ese hombre me ayudó a comprender como ningún otro lo que había visto durante las incursiones armadas en Gaza.

«En Israel entras en el ejército con 18 años porque quieres luchar contra el enemigo de tu país, porque quieres dejar tu marca en la historia, y haces lo que te dicen. Todo está diseñado para que no

pienses. Misiones que cumplir, órdenes que seguir —me dijo—. Y no ves a los palestinos como seres humanos, los ves como animales. Entras en su casa durante la noche, los despiertas, les gritas, las mujeres allí, los hombres allí, y rompes lo que encuentras a tu paso, no te importa.»

Su nombre es Yehudá Shawl. Tiene 28 años. Vive en Sderot, una de las ciudades, justamente, donde caen los misiles Qassam. Nos encontramos en un café de Jaffa Road.

«Cuando entras en Gaza con el carro de combate y ves un coche nuevo, aunque tengas espacio en la carretera, pasas por encima. También disparas a los depósitos de agua. Para meterles miedo, para que te respeten, porque ésa es la lógica de lo que nos enseñan a los soldados israelíes.»

No son pocos los ejemplos que me brinda de esta clase de acciones, destinadas a atemorizar a la población civil.

«Lo mismo cuando estás en un *checkpoint*. Los obligas a esperar mucho más de lo necesario, a veces durante horas, y coges a un palestino al azar y le das una paliza, de cada quince o veinte que pasan, para que el resto tenga miedo y esté tranquilo. Sólo así, tú, que estás con cuatro soldados más, los dominas a ellos, que son miles.»

La juventud de los soldados, que aún no se han formado un criterio propio sobre la vida y que son fácilmente manipulables, es un elemento que resalta en su narración.

«Eres joven y empiezas a disfrutar de ese poder, de que la gente haga todo lo que le digas. Es como un video-juego. Estás en un *checkpoint* en medio de la ruta, tienes a veinte coches esperando, y con sólo mover el dedo hacen lo que tú quieras. Los haces avanzar, retroceder. Los vuelves locos. Tienes 18 años y te sientes poderoso. Si encuentras en la noche un paquete sospechoso que puede ser una bomba, llamas al primer *mohamed* que encuentras en la calle y le dices que lo abra. Podrías llamar a un experto para que lo desactivase, tardaría diez minutos en venir, pero mejor hacer que un palestino se juegue la vida. Para ti es lo mismo, no lo ves como un ser humano. Yo hacía eso con mis soldados en Hebrón.»

Para denunciar los abusos de los que había sido testigo y protagonista, Yehudá Shawl fundó junto a otros soldados la organización no gubernamental Breaking the Silence (Rompiendo el

silencio).

«Tres meses antes de abandonar el ejército, dirigía una unidad en Hebrón. Una mañana me miré al espejo y comprendí que todo aquello era un error y supe que no podría seguir adelante con mi vida si no hacía algo. Por eso, apenas salí, junto a los soldados de mi unidad, montamos una exposición con nuestras fotos. Se llamaba "Traer Hebrón a Tel-Aviv".»

Esas imágenes, que me pasó en un CD, y que luego yo publicaría en el periódico, dan testimonio de todas las atrocidades que Yehudá me acaba de contar. Son fotos que los soldados se hacen a sí mismos, como una suerte de trofeo, junto a los cadáveres de los palestinos muertos, mofándose de los detenidos, dentro de las casas con las familias aterrorizadas. Se parecen a las que salieron en la prensa de militares estadounidenses y británicos en Irak.

La exposición causó un hondo malestar en la sociedad israelí. Asistieron decenas de medios de comunicación así como políticos.

«Alguna gente dice que son casos aislados. Las madres dicen: "Mi hijo, que está ahora en el ejército, es bueno, no hace estas cosas, esto sólo lo hacen los soldados beduinos o los etíopes." Pero no es cierto. Todos las hacemos, porque es la lógica de la ocupación israelí: aterrorizar a los palestinos.»

Le pregunto cómo es posible que se sigan cometiendo esas vejaciones de forma sistemática, ya que existe información al respecto.

«Ésta es una sociedad de soldados, todos pasamos por el ejército tres años cuando somos jóvenes y luego un mes al año. Todos hacemos eso. Por eso existe el muro de silencio, de negación, porque todos somos responsables y no queremos admitirlo. Los *checkpoints* no sirven para impedir que los palestinos entren a Israel, sino para que la realidad no entre a Israel.»

La conclusión que alcanza Yehudá es similar a la de Meir Margalit: «Ellos son las víctimas, nosotros los verdugos. Pero, como verdugos, también pagamos un precio. Ésta es una sociedad que no se atreve a mirar a los ojos a la verdad, a sus propios actos. Es una sociedad moralmente enferma.»

Antes de despedirnos me cuenta una anécdota: «Durante el Mundial queríamos ver la televisión. Era la final. Así que en Hebrón entramos en la primera casa que encontramos, metimos a toda la

familia en una habitación y luego vimos el partido. ¿Te crees que alguien dijo algo o tuvo remordimientos de conciencia? Al contrario, nos lo pasamos muy bien, hasta nos comimos la cena de la familia.»

En Madrid seguí de cerca las noticias relacionadas con Gaza. Una conferencia internacional de donantes que se celebró en Estocolmo durante el mes de septiembre recaudó 389 millones de euros para ayudar a los palestinos. Muchos nos preguntamos por qué la Unión Europea, en lugar de costear parte de las facturas de reconstrucción de las infraestructuras civiles destruidas,[1] no se opuso con contundencia a estas acciones desde el primer momento.

Por otra parte, según el artículo 39 de la Convención de Ginebra, la potencia ocupante de un territorio es responsable de velar por el bienestar de sus habitantes. La labor que los donantes internacionales asumieron es una obligación de Israel según el derecho internacional.

En octubre salieron a la luz los resultados de la investigación realizada por el equipo del programa *L'inchiesta*, de la televisión pública italiana, sobre las denuncias de Juma al-Saqq, el portavoz del hospital Shifa, sobre la utilización por parte del ejército de Israel de «un nuevo armamento» durante la operación Lluvia de Verano.[2]

Tras burlar las medidas de seguridad del control fronterizo de Erez, las muestras recogidas en Gaza fueron transportadas a un laboratorio de la Universidad de Parma. La doctora Carmen Vaccaio, que analizó el material, determinó que éste contenía «una alta presencia de carbono y de varios materiales inusuales como cobre, aluminio y tungsteno».[3]

Esta información, sumada a los testimonios de las víctimas y los médicos, llevó a los periodistas de la RAI a concluir que Israel podría haber estado empleando en la franja de Gaza una munición de tipo DIME (*Dense Inert Metal Explosive*, explosivo de metal denso inerte), tesis apoyada por Carmen Vaccaio y por varios especialistas.

El armamento DIME fue inicialmente desarrollado por el Air Force Research Laboratory de Estados Unidos[4] para hacer frente a conflictos en zonas altamente pobladas, donde se confunden las tropas amigas con los civiles y los enemigos, como sucede en Irak, Gaza o el Líbano.

Los misiles DIME en lugar de grandes trozos de metralla cuentan

con una cubierta de carbón que se fragmenta en micropartículas. El polvo de tungsteno que llevan en su interior, al ser un metal inerte (a diferencia del aluminio, metal activo que suele potenciar el poder destructivo de las municiones), absorbe y frena la explosión, limitando su radio de acción a unos cuatro metros.

Es una deflagración de enorme poder pero concentrado, que, en teoría, podría servir para evitar la muerte de inocentes, por lo que se dice que el DIME produce un «bajo daño colateral». Esto explicaría las brutales amputaciones sufridas por los heridos en Gaza, especialmente por debajo de la cintura, así como las quemaduras y la destrucción de órganos internos.

Marc Garlasco, analista militar de Human Rights Watch, criticó que Estados Unidos estuviera desarrollando armas que serían usadas en zonas densamente pobladas. Pero lo que más polémicas ha suscitado son los resultados de un estudio publicado por la revista *New Scientist*, y que fue llevado a cabo por un laboratorio militar de la ciudad de Maryland, en el que se implantaron partículas de tungsteno a 92 ratas de laboratorio. En menos de cinco meses, todas ellas habían desarrollado una forma poco conocida de cáncer.[5]

Estas conclusiones levantaron la voz de alarma, y llevaron a científicos como Mark Witten a declarar que el armamento DIME no debería utilizarse hasta que no se realizaran nuevas pruebas para conocer sus verdaderos efectos.

Si se comprobase que el polvo de tungsteno produce cáncer, la vida de los heridos por este tipo de proyectil en Gaza estaría en grave peligro, así como la de quienes residen en las zonas donde explotaron.

Como aún no han sido probados oficialmente, los armamentos de tipo DIME no están expresamente prohibidos por la legislación internacional. Aunque el impacto a largo plazo que podrían tener en la salud de los civiles violaría lo estipulado por la IV Convención de Ginebra.

Estas acusaciones se sumaron a las que diversos médicos y ONG realizaron sobre el uso en el Líbano de bombas de fósforo blanco por parte del ejército israelí durante la guerra contra Hezbolá. Tras haber negado en un primer momento la veracidad de estas afirmaciones, el ministro Yaakov Edery admitió el 22 de octubre que sí se habían empleado estas municiones, aunque «con respeto a las reglas internacionales».

También lanzaron una sombra de duda sobre la conducta del Ejecutivo de Ehud Olmert los «altos signos de radiación» que el Comité sobre Riesgos de Radiación de la Unión Europea encontró en muestras de cráteres dejados por bombas israelíes en las ciudades libanesas de al-Tiri y Jiam (escenario de la infame cárcel israelí durante la ocupación). Análisis posteriores, en los laboratorios Harwell de Inglaterra, confirmaron la presencia de uranio en las muestras, según señaló un reportaje publicado en *The Independent* por Robert Fisk.[6]

A finales de septiembre viajé al Líbano, donde acompañé a un grupo de artificieros a desactivar bombas de racimo. Durante los tres últimos días de ofensiva, Israel lanzó 1,2 millones de proyectiles de este tipo. En los hospitales vi a niños mutilados por este armamento, que, al igual que las minas antipersona, continúa amenazando la seguridad de la población civil una vez que termina la guerra.[7]

En el mes de octubre Gaza volvió a los titulares de la prensa con el secuestro de Emilio Fernández Morenatti, fotógrafo de la agencia AP. Su liberación se produjo en menos de 24 horas, tras las gestiones diplomáticas del Gobierno de España.

Esta noticia me recordó lo que había vivido el 27 de agosto, cuando dieron una rueda de prensa los periodistas de la Fox, Steve Centanni y Olaf Wiig, a las pocas horas de haber terminado su detención.

Mientras una veintena de periodistas esperábamos en el restaurante del hotel Beach a que comenzara la ronda de declaraciones oficiales sobre el caso, una patrullera israelí abría fuego contra pescadores que intentaban hacerse a la mar. Si bien un par de camarógrafos se acercaron a las ventanas para captar imágenes de la agresión de la patrullera, la gran mayoría permaneció indiferente.

Este hecho me hizo reflexionar en primer lugar sobre cómo los periodistas tendemos en general a cubrir la información de manera uniforme, casi sin fisuras o excepciones, dejando poco lugar para hechos que se salen del programa establecido.

En segundo lugar, me hizo pensar en el distinto valor que damos al sufrimiento de unos y otros, dependiendo del lugar donde hayan nacido o de su condición social. Casi nada se ha escrito acerca de los pescadores que murieron bajo fuego israelí, cuando lo único que

intentaban era trabajar.

Curiosamente, fue sobre lo que habló la periodista Anita McNaught en la rueda de prensa tras el final del secuestro de su marido: «Nosotros estamos muy felices en este momento. Pero aquí en Gaza hay gente que está padeciendo enormes sufrimientos. No debemos olvidarnos de ellos.»

Una de las cuestiones que había estado ausente de la prensa había sido la situación de los presos palestinos cuya liberación Hamás había condicionado a la devolución con vida del cabo Gilad Shalit. Los territorios ocupados de Cisjordania y Gaza cuentan con tres millones setecientos mil habitantes. En las tres últimas décadas, 650.000 pasaron por las cárceles israelíes, cinco mil de ellos menores de edad.[8] En total, el 20% de la población.

Hoy hay casi 10.000 palestinos en prisión.[9] Se estima que unos 450 son mujeres y niños. Fue uno de los temas más relevantes de la negociación durante los acuerdos de Oslo, aunque luego cayó en el olvido.

Para la gente de Gaza tienen una importancia innegable. En radio al-Quds, por ejemplo, hay tres programas semanales dedicados a que las familias les manden mensajes. En una ocasión asistí a una de esas emisiones, que son de las más populares y escuchadas. Esposas, hijos y padres de los prisioneros les hablan como si sus seres queridos los estuvieran escuchando. Les dicen que sean fuertes, les cuentan anécdotas de su vida cotidiana.

En compañía de Yamal Faruán, director de la Organización de Apoyo a los Prisioneros Políticos, que pasó siete años en la cárcel acusado de arrojar un cóctel molotov, fui a la Cruz Roja Internacional el día en que se dan o deniegan los permisos. Los padres recibían con enorme desilusión la noticia de que, una semana más, se les prohibía salir a Israel para visitar a sus hijos encarcelados.

En un comienzo, Hamás exigió la liberación de unos mil prisioneros, pero luego redujo su petición a las mujeres y los niños. Según la ley israelí, los palestinos pueden permanecer en prisión durante años sin cargos ni juicio. La política de dispersión y la arbitrariedad con que se conceden las autorizaciones hacen que las visitas sean escasas, además de estar reducidas a los familiares cercanos y de edad avanzada.

Uno de los periodistas que sí escribió sobre esta cuestión fue Gideon Levy. En un artículo del periódico *Haaretz* afirmó: «En Gaza, un soldado es secuestrado por el ejército de un Estado en el que frecuentemente se secuestra a civiles de sus casas y se los encierra durante años con o sin juicio. Pero sólo nosotros tenemos permiso para hacer eso. Sólo nosotros tenemos permiso para bombardear centros civiles.»[10]

Debo confesar que el reflejo de la situación en Gaza por la mayor parte de los medios, salvo algunas excepciones, me pareció que poco se aproximaba a lo que yo había visto.

Descubrí una notable propensión a poner a ambas partes en el mismo plano, a pesar de la diferencia de fuerzas, de poderío económico, de que una ejerce una ocupación ilegal y la otra padece esa ocupación. ¿Las razones? Un colega por quien siento mucho respeto me mandó por correo electrónico su teoría sobre cuál podría ser una de ellas: «Creo que la autocensura es tan general, por miedo a que a uno lo llamen antisemita, que la injusticia se hace en cada artículo.»

Lamentablemente, existen organizaciones e individuos que, en lugar de realizar una lucha seria y concienciada contra el racismo, que existe y que hay que combatir de forma enérgica, emplean el término «antisemita» para calificar a todo aquel que realiza una crítica contra determinada política o gobernante de Israel. En vez de argumentar, de discutir, aducen obscuras motivaciones al otro, lo descalifican. Si estas críticas carecen de fundamento, basta con desmontarlas para que pierdan valor, no es necesario descalificar a quien las hace.

También noté en muchos análisis una carencia absoluta de flexibilidad para cambiar el ángulo de interpretación de la realidad. El argumento repetido en tantas ocasiones sobre la negativa de Hamás a reconocer al Estado de Israel podría ser un ejemplo. ¿Alguien se preguntó si Israel reconoció en alguna ocasión el derecho de los palestinos a tener su propio Estado? ¿Si hizo todo lo posible para que se haga realidad? Lo hizo Jonathan Cook: «Mientras que la facción dominante palestina, Fatá, reconoció a Israel hace 20 años, y Hamás parece listo para hacerlo, Israel nunca ha hecho una concesión semejante. Nunca ha reconocido el derecho a existir de los palestinos como individuos o como pueblo.»[11]

A finales de octubre, Ehud Olmert dijo ante una comisión del Parlamento israelí que hasta el momento las fuerzas armadas de su país habían matado a «trescientos terroristas» en Gaza. Organizaciones de derechos humanos como Betselem pidieron explicaciones al primer ministro por esta afirmación, ya que consideraban que enviaba a los soldados un mensaje «muy peligroso», según el cual los civiles desarmados debían ser contemplados como blancos legítimos.[12] Era cierto que 294 personas habían muerto, pero entre ellas se contaban 154 civiles, de los que 61 eran niños.

En esas mismas fechas recibí un preocupante correo electrónico de Kayed, en el que me decía: «Te estoy escribiendo mientras las bombas y disparos están muy cerca de nosotros. Espero terminar de escribirte antes de que se vaya la luz. La cosa está mucho peor que cuando tú estabas, amigo, y se espera que empeore. Por otro lado, casi no hay periodistas. Últimamente parece que nuestra causa cada vez interesa menos.»

Aunque casi no había repercusión de los hechos en las noticias, la presión militar sobre Gaza se estaba volviendo a incrementar. El punto culminante sería la operación Nubes de Otoño, que en ocho días terminaría con la vida de 77 palestinos, 48 de los cuales eran civiles desarmados, entre ellos 16 niños, 10 mujeres, dos ancianos y dos enfermeros.[13] Algunos analistas relacionan esta incursión militar con la entrada en octubre al Gobierno de Ehud Olmert del líder ultraderechista Avigdor Lieberman, conocido por sus declaraciones xenófobas y su política de «mano dura» contra los palestinos. Entre otras medidas, además del asesinato de los líderes de Hamás, aboga por que Israel retome el control militar de Gaza.

La operación Nubes de Otoño, sucesora de Lluvia de Verano, empezó a primera hora del día 1 de noviembre, cuando 70 carros de combate tomaron el centro de Beit Hanún. Durante el tiempo que permanecieron allí, derribaron 16 casas y una mezquita, además de destruir parcialmente otras 160. En la tan castigada zona agrícola de esta localidad, arrasaron 250 *dunams* de tierra cultivable.

El 3 de noviembre, viernes, jornada de oración para los musulmanes, más de 300 mujeres de todo el norte de Gaza marcharon hacia Beit Hanún para tratar de terminar con la violencia. De Internet descargué un vídeo que vi profundamente conmocionado y que me trajo no pocos recuerdos. Ancianas, jóvenes, niñas, caminan por la

calle, desarmadas, levantando los brazos, cuando los francotiradores israelíes, sin mediar amenaza alguna, comienzan a dispararles. Dos caen al suelo alcanzadas por las balas. La muchedumbre corre aterrorizada.

Las mujeres asesinadas fueron Ibtissam Masud, de 44 años, y Rawda Jaber, de 48 años.[14] Ambas eran residentes del campo de refugiados de Yabalia. Otras cuarenta mujeres resultaron heridas.

El miércoles 8 de noviembre, a las 5.50 de la mañana, el Tsahal realizó entre doce y quince disparos con munición de 155 milímetros sobre Beit Hanún. Los impactos mataron a 19 miembros de la familia al-Atamna. La mayoría eran mujeres y niños. Murieron mientras dormían.

Aquel día el mundo se despertó con la noticia de una nueva masacre. Primero había sido la familia Galia. Después, los 28 civiles de Qana. Ahora, la que sería conocida como la «matanza de Beit Hanún».

El ministro de Defensa Amir Perets puso en marcha una investigación. Grupos de derechos humanos expresaron sus reservas ante los resultados de la pesquisa de la comisión militar, porque estaba encabezada por el mismo oficial que dirigió la investigación de la muerte de la familia Galia. Human Rights Watch abogó por la creación de una comisión independiente. Ya en junio había criticado al general de división Meir Kalifi por rechazar pruebas que iban en contra de sus tesis sobre lo que había sucedido en la playa. «Una investigación que se niega a ver indicios contradictorios, difícilmente puede ser creíble», declaró Marc Garlasco, analista militar de Human Rights Watch.[15]

El diario *Haaretz* publicó un artículo el día 12 de noviembre según el cual la muerte de los civiles en Beit Hanún estaba relacionada con la decisión de los altos mandos del ejército de reducir a la mitad los llamados «márgenes de seguridad». Esto permitía a los artilleros, inclusive en circunstancias de no combate, disparar proyectiles a una distancia de 100 metros de los edificios habitados. La onda expansiva de esta munición varía entre los 50 y los 150 metros cuadrados del lugar del impacto.[16]

El Consejo de Seguridad de Naciones Unidas no condenó la matanza de Beit Hanún como consecuencia del veto de Estados Unidos. La Unión Europea tampoco lo hizo. El Reino Unido y Holanda

se opusieron. Sólo la Asamblea General de la ONU hizo sentir su repulsa.

El día 20 de noviembre, un grupo de 300 personas convocadas a través de mensajes de teléfonos móviles y del llamamiento del imán de la mezquita de Beit Lahia se congregaron en la casa de Wael Barud, guardaespaldas del primer ministro Ismaíl Haniya, que estaba a punto de ser bombardeada. El cazabombarderos F-16 israelí no se atrevió a soltar su carga.

El domingo 26 de noviembre entró en vigor el alto el fuego anunciado por Ehud Olmert el día anterior. La cifra de muertos desde el día 25 de junio ascendió a 405 palestinos, 243 de los cuales eran civiles entre los que se contarían 84 niños y 28 mujeres.

En enero de 2007 Olmert se reunió con el presidente egipcio Hosni Mubarak para encauzar las conversaciones que podrían llevar a la liberación del cabo Gilad Shalit. No fuimos pocos los que nos hicimos las mismas preguntas: ¿por qué no se negoció el primer día? ¿Por qué no se evitaron todas estas muertes?

---

1 «La Conferencia de Donantes para Palestina recauda 390 millones de euros», agencias, Cadena Ser (1-9-2006).

2 Hernán Zin: «Las nuevas armas prohibidas», *Interviú* (18-12-2006).

3 Meron Rapoport: «Italian probe: Israel used new weapon prototype in Gaza Strip», *Haaretz* (11-11-2006).

4 «New Explosive Concept Reduces Collateral Damage», Air Force Research Laboratory AFRL. Se puede leer la presentación completa de este nuevo tipo de armamento en la siguiente dirección: http://www.afrl.af.mil/technologymilestones/2004/support_war/04-MN-16.pdf. En «Air Force seeks a bomb with less bang», *The Wall Street Journal* (6-4-2006), Greg Jaffe hace la presentación en sociedad de este armamento.

5 *DefenseTech.org*: «Cancer worries for new U.S. bombs», <http://www.defensetech.org/archives/002434.html>.

6 Robert Fisk: «The mystery of Israel's secret uranium bomb», *The Independent* (28-10-2006).

7 Hernán Zin: «El Líbano y las malditas bombas de racimo», *20*

Minutos (27-9-2006), <http://blogs.20minutos.es/enguerra/post/2006/09/27/el-libano-y-malditas-bombas-racimo-1->.

8 Juan Miguel Muñoz: «El canje es nuestra única esperanza», *El País* (5-7-2006).

9 En el artículo «The occupier defines justice», publicado por *Haaretz* el 23 de agosto 2006, Amira Hass brinda una profunda descripción de los prisioneros y su importancia para los palestinos. Se puede leer completo en <http://www.counterpunch.org/hass08232006.html>.

10 Gideon Levy: «Operation Peace for the IDF», *Haaretz* (16-7-2006).

11 Jonathan Cook: «Kidnapped by Israel, The British Media And The Invasion Of Gaza», *Medialens* (30-6-2006). En otro artículo publicado por *Counterpunch* en noviembre, bajo el título «Why Hamas May Be Right» Cook realiza un completo análisis sobre esta cuestión, <http://www.jkcook.net/Articles2/0291.htm#Top>.

12 Betselem: «Who does the Prime Minister consider to be a terrorist?» (2-11-2006).

13 Palestinian Centre for Human Rights, informe 43/2006, <http://www.pchrgaza.ps/files/W_report/English/2006/09-11-2006.htm>.

14 Ídem.

15 Human Rights Watch: «Israel: Gaza Beach Investigation Ignores Evidence», <http://hrw.org/english/docs/2006/06/20/israb13595.htm> (20-6-2006).

16 Yuval Yoaz: «Rights groups: Expand security zone between IDF and civilians», *Haaretz* (9-11-2006).

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a toda la gente que hizo posible la labor que desarrollé en Gaza. A Arsenio Escolar, director de *20 Minutos*, por la confianza y la absoluta libertad de expresión de la que gocé en todo momento. A Ricardo Villa, por el apoyo, la amistad y las lecciones sobre periodismo digital. A Fran Pomares, culpable de mi de-sembarco en el periódico, gracias por creer. Y a toda la redacción, un equipo humano fantástico.

En la Cadena Ser, un agradecimiento muy especial a Joaquín Prat, que me brindó la posibilidad de hablar alto y claro para denunciar lo que sucedía en Gaza.

Empujado por la actualidad, y por el deseo de dar a conocer lo que está sucediendo en Gaza, he trabajado con la mayor celeridad posible para que esta obra viera la luz. Conté con la colaboración de Rosa González, que se encargó de verificar a contrarreloj que las cifras, nombres y fechas fueran correctos.

Agradezco el apoyo de Faustino Linares, director de Ediciones B, y a todos los profesionales que trabajan con él. También a los numerosos amigos que leyeron el manuscrito y me dieron sus impresiones.

Asimismo, quiero dar las gracias a los israelíes que luchan por la paz y la concordia oponiéndose, con coraje y entrega, a las acciones armadas de su Gobierno. Son gente como Amira Hass y Gideon Levy, por los que siento una profunda admiración. Ambos me regalaron su tiempo. Y, por supuesto, Meir Margalit, cuyo consejo y guía fueron una gran fuente de afecto e inspiración.

Toda mi gratitud a Kayed Hammad, compañero de viaje y gran amigo. Sin su compromiso y su dedicación, este trabajo no habría sido posible. Y a la gente de Gaza, que me abrió las puertas de sus casas, que compartió conmigo su dolor. Ojalá este libro sirva para que ningún civil más pague las equivocaciones de los políticos y sus absurdas estrategias de poder.

Quiero dar las gracias también muy especialmente a Sarai Pérez, por el apoyo incondicional y el cariño, por haberme regalado a lo largo de tres años de convivencia tantas pautas fundamentales sobre la

profesión de periodista.

A todas las personas que de forma tan generosa me ayudaron a moverme y conseguir contactos en Israel y Palestina: Sousan Hammad, Eisa Alsoweis, Hania Faydi. Asimismo a Juan Miguel Muñoz y Naiara Galarraga, por el tiempo y los consejos.

A los buenos amigos que estuvieron allí en todo momento, poniendo el hombro: Sergio Carmona, Vivi Fraga, Susana del Val, Sonia Castillejo Blanco.

Y, finalmente, al grupo de lectores incondicionales de *20 Minutos*, «la familia», que estuvieron presentes en los momentos difíciles con su afecto y su complicidad: Ana Mayor, Alicia Mora Barrera, Rosa López Mira-montes, Laura Martínez Olivares, Irene Laborda, María Teresa Escobedo López, César Rodríguez, Carmen Fernández, Valentina Jaén, Elena Alcántara Aguilar, Teresa López, Antonio Alviárez, Mar Vera Vello, Patricia Ceraso, Zied Sabbagh, Natalia López, Ana García Puertas, Mario (Keku).